

# 10 palabras clave sobre

## PASTORAL CON JOVENES

Fórum de Pastoral con Jóvenes

José María Boufista (coord.)

Interioridad

Futuro

Comunidad

Procesos

Jesús de Nazaret

Identidad

Solidaridad

Corporalidad

Red

Acompañamiento







Fórum de Pastoral con Jóvenes

José María Bautista  
(coordinador)

10 palabras clave  
sobre pastoral  
con jóvenes

*evd*

Editorial Verbo Divino  
Avenida de Pamplona, 41  
31200 Estella (Navarra), España  
Teléfono: 948 55 65 11  
Fax: 948 55 45 06  
[www.verbodivino.es](http://www.verbodivino.es)  
[evd@verbodivino.es](mailto:evd@verbodivino.es)

© Editorial Verbo Divino, 2008. *Printed in Spain.*  
Impresión: Gráficas Lizarra, Villatuerta (Navarra).  
Depósito legal: NA. 3.398-2008.

ISBN 978-84-8169-877-0

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos –[www.cedro.org](http://www.cedro.org)–) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

# Contenido

<i>Colaboradores</i> .....	7
<i>Switchers: el salto a la fe</i> .....	11
José María Bautista	
<i>Interioridad</i> .....	23
M <sup>a</sup> del Mar Galcerán	
Ana Roig	
Josep Otón	
<i>Futuro</i> .....	47
Rogelio Núñez	
Merche Mas	
Helena Román	
<i>Comunidad</i> .....	77
Juan Carlos García Domene	
José Luis Pérez Álvarez	
Teresa García	
<i>Procesos</i> .....	101
Rafel Gasol	
Cristina Menéndez	
Daniel Pajuelo	
<i>Jesús de Nazaret</i> .....	151
María Gómez	
Carlos Gil	
Alfredo Delgado	
Felícísimo Martínez	

<i>Identidad</i> .....	179
Jesús Rojano	
Pedro González Blasco	
Irune Fernández	
<i>Solidaridad</i> .....	217
Teresa Comba	
Pedro José Gómez Serrano	
Gurutze Echarren	
<i>Corporalidad</i> .....	261
Elena Andrés	
Mari Patxi Ayerra	
David Rosco	
<i>Red</i> .....	309
Maite Valls	
Ignacio Dinnbier	
Koldo Gutiérrez	
<i>Acompañamiento</i> .....	363
Teresa Iribarnegaray	
Óscar Alonso	

# Colaboradores

## Switchers: el salto a la fe

*José María Bautista.* Padre de una hija, formador y director del Programa de Prevención para Tutorías y de Sinergias entre Escuela y Familia del Departamento de Pastoral de FERE-CECA. Autor de varias publicaciones.

## Interioridad

*Ma del Mar Galcerán.* Laica, doctora en pedagogía, miembro del Equipo de la Pastoral Universitaria de Barcelona y autora de algunos libros y artículos sobre educación en valores.

*Ana Roig.* Laica, promotora de encuentros de Taizé, periodista y miembro del Equipo de Comunicación de Cáritas Diocesana de Barcelona.

*Josep Otón.* Laico, profesor de secundaria y del ISCREB Virtual. Promotor, junto a Elena Andrés, de talleres de interioridad y autor de libros y artículos de interioridad.

## Futuro

*Rogelio Núñez.* Marianista, responsable pastoral de la provincia de Madrid y coautor del libro *Soy yo. Aprendo a ser persona*, PPC, Madrid 2007.

*Merche Mas.* Laica, residente en Milán, ecologista y colaboradora de las revistas *Catequistas* y *Alandar*.

*Helena Román.* Socióloga, miembro de las comunidades Adsis en Santamarta (Salamanca) y animadora de jóvenes.

## **Comunidad**

*Juan Carlos García Domene.* Sacerdote, párroco de San Pedro Apóstol de los Ramos, de Murcia. Experto en pastoral juvenil, profesor de la Universidad de Murcia y colaborador de *Reseña Bíblica*.

*José Luis Pérez Álvarez.* Sacerdote, fundador de las comunidades Adsis. Experto y autor de varios libros y numerosos artículos de pastoral juvenil.

*Teresa García.* Laica y secretaria general de JEC España.

## **Procesos**

*Rafel Gasol.* Salesiano y delegado provincial de Pastoral Juvenil de Barcelona.

*Cristina Menéndez.* Laica, miembro de las comunidades Adsis. Pedagoga y directora del Departamento Adsis de Pastoral con Jóvenes y de la colección Jóvenes y Dios.

*Daniel Pajuelo.* Marianista de Valencia, ingeniero informático y promotor de la *web* [www.marianistas.org](http://www.marianistas.org).

## **Jesús de Nazaret**

*María Gómez.* Laica y delegada diocesana de Pastoral Juvenil de Zaragoza.

*Carlos Gil.* Capuchino y profesor de Sagrada Escritura en la Facultad de Teología de la Universidad de Deusto (Bilbao).

*Alfredo Delgado.* Sacerdote, miembro de las comunidades Adsis. Profesor de secundaria y bachillerato y de Ciencias Religiosas, miembro del Equipo Pastoral de FERE-CECA.

*Felícísimo Martínez.* Sacerdote dominico y profesor en el Instituto Pastoral León XIII de Madrid, es autor de numerosos libros y artículos sobre teología.

## Identidad

*Jesús Rojano.* Salesiano, director del Centro Juvenil del Colegio Paseo Extremadura, de Madrid. Miembro del consejo de redacción de *Misión Joven* y autor de diversos artículos de pastoral juvenil.

*Pedro González Blasco.* Marianista, sociólogo, responsable del informe *Jóvenes 1999* y experto en socialización religiosa en los jóvenes.

*Irune Fernández.* Laica, presidenta nacional de Juventudes Marianas Vicencianas.

## Solidaridad

*Teresa Comba.* Religiosa dominica de la Congregación Romana, trabaja en formación y acompañamiento de voluntarios en Cáritas de Madrid.

*Pedro José Gómez Serrano.* Casado, padre de dos hijas y miembro de una pequeña comunidad cristiana. Profesor en el Departamento de Economía Internacional y Desarrollo de la Universidad Complutense de Madrid, colabora en el Instituto Superior de Pastoral de Madrid y es autor del libro *Jóvenes e Iglesia*.

*Gurutze Echarren.* Religiosa de María Inmaculada, trabaja con inmigrantes, mujeres trabajadoras y jóvenes en San Sebastián.

## Corporalidad

*Elena Andrés.* Laica, animadora pastoral de La Cova-Manresa (Barcelona).

*Mari Patxi Ayerra.* Casada, con tres hijos y tres nietos, es autora de varios libros y artículos en *Catequistas*, *Sal Terrae*, *Reinado Social y Humanizar*.

*David Rosco.* Laico de San Sebastián y actor de teatro, entre otros, en dos musicales infantiles de Golden Apple Quartet.

## **Red**

*Maitte Valls.* Psicóloga, miembro de la AIEMPR, coordinadora de pastoral juvenil, vocacional y voluntariado del Colegio Jesús María de Barcelona y la provincia de Aragón.

*Ignacio Dinnbier.* Jesuita de Valencia, responsable provincial de pastoral juvenil y vocacional. Promotor de “Luces en la Ciudad” y autor de artículos.

*Koldo Gutiérrez.* Salesiano, párroco de San Francisco Javier, de Vitoria-Gasteiz, y miembro del equipo diocesano de pastoral con jóvenes de Vitoria.

## **Acompañamiento**

*Teresa Iribarnegaray.* Casada, profesora de Filosofía y Espiritualidad y acompañante de jóvenes y adultos en Pamplona.

*Óscar Alonso.* Laico, trabaja en SM y es miembro del Equipo Pastoral de FERE-CECA y autor del libro *Acompañar*.

# Switchers: el salto a la fe

José María Bautista

“En el universo cultural católico, las cosas se juegan más bien a nivel político, porque el optimismo católico permite el sumergirse en la historia hasta los codos y confiar en ella”<sup>1</sup>.

Anoche entregué el último artículo a Verbo Divino. Ahora, siete de la mañana, viajo en el “cercanías” y empiezo a escribir unas palabras donde impresionar mis sensaciones tras haber coordinado este libro y mis sentimientos ante el futuro tangible del panorama pastoral de nuestra Iglesia.

Me llama la atención que de los cuatro viajeros que vamos juntos, tres estamos oyendo un iPod y el cuarto va dormido. De ahí mi mente se va al momento en el que, hace ocho meses, me pasé de Windows a Apple. He visto operaciones cotidianas escondidas detrás del acto nimio de cambiar de sistema operativo y que, por otra parte, son bastante complejas porque reflejan lo que Jung llamaría estructuras míticas culturales alojadas en los universales que pueblan nuestra alma.

Ayer, en misa, en el ofertorio: “Ofrecemos este *pendrive* para que los presupuestos generales

---

<sup>1</sup>J. Jiménez Lozano, *Los ojos del icono*, Caja Salamanca, Valladolid 1988, p. 86.

algún día se ocupen del hambre, la paz y la justicia en el mundo”. Una adolescente, a mi lado, cuchichea a su amiga: “¡Pues vaya tontería! ¡Arreglar el hambre con un *pendrive*!”. Su amiga saltó enseguida: “¡Es una metáfora, mujer!”.

En ese sentido voy a recorrer las cinco actitudes que tuve como *switcher*, que es como se denomina a los que se pasan a Apple, a los que “dan el salto”.

1. *Dar el salto* es un acto de conversión, un cambio en el estilo de vida, en la forma de pensar, de resolver las tareas cotidianas, que sobrepasa la frontera del ordenador e impacta sobre gran parte de situaciones de tu vida. Por una parte se simplifican tareas que parecían bucles infinitos de acción-reacción sin solución. Por ejemplo, para instalar una red, subir una *web*... Por otra parte, se descubre todo un mundo de posibilidades nuevas al que antes no podía dedicarme por malgastar tantas energías.

2. *Seducción*. ¿Qué es lo que me impulsó a “dar el salto”? No han sido las prestaciones. Sin dudarlo, digo que fue la seducción, primero la erótica de un diseño diferente, limpio, fresco, vanguardista, que hablaba con coherencia de lo que había detrás, que olía a futuro, no a rancio. En segundo término, la seducción de un imaginario que entraba por la vista, el tacto, el oído y la palabra, por la vista de la experiencia estética. Quizá la experiencia estética es lo que me enamoró, pero no me casé con Apple hasta que un amigo me contó su experiencia y descubrí el concepto de “usuabilidad”. De pronto, alguien pensaba en la forma de pensar del usuario, del receptor. Se adelantaba a sus necesidades, las detectaba, las escuchaba, las adivinaba. Se situaba en la perspectiva de mis necesidades.

3. *Una nueva comunidad*. Cuando uno da el salto pasa a conocer a nuevos amigos, que te ayudan a resolver los problemas típicos de los inicios. Uno entra a formar parte de una nueva comunidad o red social. Uno se coloca los *feeds* y *RSS* de *Applesfera*, se suscribe a los *podcast* de Puromac,

se hace seguidor de *emilcar* en Twitter o busca un *screencast* de Tazzito para aprender un programa nuevo, en lugar de comprarte un manual o hacer un curso de 40 horas.

4. *Compatibilidad*. Tras el idilio, uno empieza a recibir los primeros contratiempos. Uno se hace consciente de estar en minoría, de ser un poco raro, de contar cosas que otros no entienden, de no entender las cosas que otros dicen. Entonces uno tiene que arreglar el salto hacia la compatibilidad. Para que funcione el escáner de mano, tengo que instalar Windows. Se instala, y punto: se salva la compatibilidad.

5. *Evangelizar*. Me sorprende la fuerza y la discreción con la que “predican” los de Apple. Hay un *podcast*, titulado *Macniacos*, hecho por dos amigos que se juntan los viernes por la noche y graban más de dos horas de programa. Pues bien, ha aparecido un “evangelizador” (así lo llaman ellos) que se dedica a entrar en los ordenadores de todas las tiendas de informática, suscribe los iTunes a *Macniacos*, luego lo pone de salvapantallas, hace una foto y la lanza a Internet. Esto se ha propagado, y otros “evangelizadores” hacen lo mismo en El Corte Inglés de otras ciudades.

Estos cinco esquemas se reproducen de forma parecida en el loco por el fútbol, el enamorado de la moda juvenil, el coleccionista de gorras, de cómics, de piedras, caracolas, relojes...; en el ratón de libros de caballería, el *fan* de la historia de la televisión, el discípulo de Ramón Trecet, de Eleftheria Arvanitaki, de Preisner..., da igual. Todos emplean estos mismos cinco sentidos de pertenencia, de identidad y de vinculación.

En estos cinco esquemas se alojan las cinco cuestiones en las que yo creo que nos jugamos el futuro de nuestra pastoral:

1. *El salto*. El “salto” es un salto de fe. Vista la vidriera desde fuera, da la impresión de que dentro “trabajan” sujetos que parecen “funcionarios de la

fe”, que se saben de memoria frases hechas y tediosos discursos, pero que no transpiran esa fe de la que hablan. No hay un estilo de vida diferente, no hay una forma de pensar distinta. Algo aún más grave: aquellos que desearían un estilo de vida distinto, no tienen a quién acudir. Dios no se hace transparente ni decodificable. Cuando la gente vive los primeros rumores de la fe, enseguida la ahogan, porque carecen de los códigos necesarios para comprender qué les pasa. No dudo de que los jóvenes tienen una gran necesidad espiritual, pero su analfabetismo espiritual y el síndrome funcional de los cristianos producen una reacción de impotencia: “No tengo a quién rezarle”<sup>2</sup>.

Dos de las diez “palabras” de este libro contienen dos rutas de navegación para nuestra pastoral con jóvenes y dos programas de formación en las competencias que los mediadores de pastoral necesitarán para ese viaje:

- *Jesús de Nazaret*. Magnífica síntesis sobre la necesaria formación bíblica, especialmente para agentes de pastoral, sobre su competencia hermenéutica y vital, para entender y degustar los millones de matices de la experiencia cristiana a la luz del Evangelio. Propone, además, la mejor selección bibliográfica que conozco, por breve y práctica, con comentarios y valoración de cada libro.
- *Interioridad*. Descubrir la fuente de donde mana nuestra experiencia cristiana. Cuántas toneladas de fotocopias hacemos, cuántas toneladas de palabras vertemos sobre las mentes de los niños y jóvenes, en colegios y parroquias..., cuando lo que necesitamos es aprender a hacer silencio para descubrir al Dios escondido en el encuentro que se produce en el interior de cada uno.

---

<sup>2</sup> J. Drexler, “Hermana duda”, en el disco *12 segundos en la oscuridad*, 2006.

2. *La seducción y la estética.* Algún decapante tenemos que encontrar para neutralizar el “imaginario rancio”<sup>3</sup> que rodea a nuestra pastoral. De siempre, la estética religiosa ha sido la más vanguardista y arriesgada, porque ha acogido lo más novedoso de las corrientes estéticas de cada época: desde el corpus mitológico, los beatos medievales, los desnudos renacentistas, el extremo barroco, etc. Y viceversa, las escuelas cristianas eran caldo de formación de los más punteros e innovadores movimientos laicos. Hoy día, ni lo uno ni lo otro. Los cristianos hemos estado 20 siglos “sumergidos en la historia y confiando en ella”, como dice la cita introductoria. Ahora llevamos poco más de 20 años con un cristianismo sin autoestima, derrotados por el consumismo, sin saber compatibilizar el consumismo imprescindible para estar a la última, con el espíritu innovador. Y entre los creadores actuales, muy pocos nacen de escuelas artísticas cristianas, porque no las hay. Pocas parroquias tienen paredes blancas sobre las que incorporar a las celebraciones imágenes, vídeos, televisión, música, proyecciones, etc. No veo en las parroquias *videoclips*, no escucho música *techno*, *chill out*, *hip hop* o electrónica.

El otro día estuve en una eucaristía en la que participaban monjas de África, Asia y América. Allí sí encontré color, calor, tambores, danzas, gritos, palmas. Todo era muy sencillo, pero era expresión viva, no acartonada.

En las paredes, en los carteles o en las *web* no encuentro los colores que luego veo en todas las revistas y anuncios de publicidad: colores ácidos, violetas, fucsias, rojos... Sólo veo una estética pasada, ocre, gris, triste, pálida, fría, muerta. La gente no se emociona, no se toca, no se mira,

---

<sup>3</sup> J. M. Bautista, “Del imaginario rancio a la pastoral líquida. Dificultades y yacimientos para la propuesta de la fe en nuestro tiempo”, en *Iglesia Viva*, nº 231, 2007, pp. 7-22.

no ríe, no llora, no bate palmas, no salta, no cuestiona, no pregunta, no responde.

Dos “palabras” en este libro marcan dos caminos y programas de formación para reeducar nuestra competencia estética:

- *Corporalidad*. Aprender a explotar la dimensión corporal, estética y emocional de la experiencia espiritual. Es un artículo muy práctico, para aprender a entrenar la relajación, la quietud, el silencio. La experiencia de Dios es una experiencia emocional y de densidad comunicativa.
- *Futuro*. Una “palabra” que mira a los jóvenes con ojos de aceptación plena de sus valores, de su jerarquía axiológica, tan diferente a la de los adultos. Una generación que nos enseña a vivir, pensar y hablar en positivo. Recuperar nuestra capacidad de seducción significa “hacer borrón y cuenta nueva” y descubrir en ellos la inocencia que hemos perdido, para reeducar y reinventar un nuevo lenguaje pastoral.

3. *Comunidad*. Sinceramente, no creo que pueda haber comunidad de fe si antes no hay comunidad emocional. Creo que es más fácil medir la inteligencia espiritual de una comunidad que la de un individuo. Y creo que la inteligencia espiritual es directamente proporcional a su inteligencia emocional. Esta última, por sí sola, no basta, pero sin ella no veo posible la espiritual.

Hoy día sabemos que esto se puede aprender: aprender a generar confianza plena entre todos para que se genere espontaneidad; aprender a vivir con autonomía; hablar en positivo; no tener miedo al conflicto; ser directos, asertivos y seguros en nuestra comunicación. Sinceramente, cuando llego a una comunidad inexpresiva, que no hablan, que no alaban, ni critican, ni proponen, ni expresan iniciativas..., sé que su fe está

muerta. Ser comunidad es ser Iglesia, y sentirse parte de un todo y estar todos a lo mismo. De ello se ocupan estas dos “palabras”:

- *Comunidad.* Este artículo habla del sueño de una Iglesia de fraternidades donde la pertenencia venga dada por la actitud fraterna, no por la lucha fratricida que divide y anula el mensaje cristiano.
- *Red.* Experiencias reales de distintas diócesis muestran la red como un medio para hacer pastoral en un mundo a la vez individualista y globalizado.

4. *Compatibilidad y pluralismo.* En medio del pluralismo religioso, axiológico e ideológico en el que nos ha tocado vivir nuestra fe, nos corresponde ser grano de mostaza, fermento en la masa, pizca de sal, lámpara que alumbrá... con los que comparten nuestra fe y con los que no. Dos “palabras” alumbran una nueva paradoja:

- *Identidad.* No se trata ya de “soportar” el pluralismo, sino de potenciarlo como signo de catolicismo. Respetar al diferente no significa disolver la propia identidad, sino reafirmar asertivamente el propio ser. Sin identidad no es posible la convivencia.
- *Solidaridad.* No hacemos una propuesta de fe intimista, ensimismada en el ombligo personal. Proponemos un cambio de modelo social, luchando por un mundo lleno de más justicia y paz. Esta solidaridad del mañana la construimos mientras nos comprometemos en una solidaridad cotidiana del hoy. Sabemos, además, que el compromiso social de la Iglesia es lo más valorado por los jóvenes.

5. *Evangelizar.* Deberíamos aprender de la metáfora del comienzo y hacer igual que el que está encantado con Apple, que lo proclama a la mínima ocasión. Ojo, pero tiene que haber oca-

sión: sólo si le preguntan, sólo si alguien se interesa... No me gustan los “fanáticos” que aburren sin venir a cuento. Vemos dos “palabras” que se centran en los dos esquemas de evangelización más comunes en nuestra pastoral con jóvenes:

- *Acompañamiento*. Es una nueva forma de evangelización, un invento de estos tiempos de crisis pastoral, donde las masas han desaparecido. La clave ahora es tocar el corazón interior de la persona, para lo cual hace falta “saber estar” cuando llegue el momento o salte la ocasión. Hace falta saber escuchar y mirar, encontrarse y esperar.
- *Procesos*. Habla del camino que sigue el crecimiento espiritual: comienza desde competencias clave, que posibilitan otras más complejas, y no al revés. Así sucede en el aprendizaje de la lectura, de la matemática, de la química. La pastoral, que se ha dedicado durante siglos a adquirir estructuras filosóficas y teológicas, debe aprender estructuras pedagógicas sistemáticas o globalizadas, que abarcan todo el proceso completo, y sistematizadas o estructuradas, porque no se aprende a educar la inteligencia espiritual sin un proyecto en el que todos saben quiénes somos, adónde vamos y con quién.

## ¿Cuándo perdimos a la generación X?

Para la Iglesia y la pastoral, la generación X es una generación perdida. La canción de Amaral nos da una primera pista para encontrar el factor que hizo que la Iglesia perdiese a esta generación:

“Dices que yo no tengo casi nada en la cabeza.  
Me miras, me juzgas, me condenas.  
¡Qué importa mi opinión!”<sup>4</sup>.

---

<sup>4</sup> Amaral, “El blues de una generación perdida”, en *Gato negro, corazón rojo*, 2008.

La Iglesia supo conectar con la generación *hippy*. Sus adoquines contraculturales pidiendo más imaginación para cambiar el mundo conectaron con el mensaje del Evangelio. Entendían qué significaba construir el Reino de Dios, un poco a lo “Jesucristo superstar”, otro poco a lo “diluvio que viene”, otro a lo “viva la gente”. Y con muchas barreras en contra, pues la Iglesia cargaba con la herencia del nacionalcatolicismo. Pero aun así conectó con la sociedad, con aquellos jóvenes de la generación *hippy* y *baby boom*.

Entonces, cuando llegó la generación X, el joven se escondió en la noche y se volvió invisible. No sabíamos dónde estaban; su “X” no nos permitió decodificarles, ni entenderles. Imposible escuchar lo que no entendíamos. Imposible aprender un nuevo lenguaje que no oíamos. Las iglesias se vaciaron de jóvenes cuando menos eran las barreras.

Ahora llega la generación Y<sup>5</sup>. Una generación que podemos prejulgar y condenar, como decía Amaral... Pero “¡un poquito de por favor!” Al menos, antes, escuchemos. Y sólo cuando hayamos entendido algo de lo que hayamos escuchado, estaremos legitimados para hacer una valoración, si es que hace falta.

La generación Y es una generación emocional, que pide una pastoral que emocione. Una generación que reivindica proyectos de autonomía que se construyan desde el método de la autonomía, y que pide una pastoral de autonomía moral y religiosa, sin dependencias ni imposiciones. Una generación positiva, en una cultura positiva, pide un lenguaje pastoral positivo. Una generación proactiva pide una pastoral movida,

---

<sup>5</sup> Algunos llaman “generación *baby boom*” a la de los nacidos entre 1950 y 1968; “generación X”, a los que nacieron entre 1968 y 1988; “generación Y”, a los que nacieron después de 1988.

que movilice, activa e interactiva. Una generación mediática pide más pantallas, músicas, colores e imágenes en nuestras iglesias. Una generación sin complejos y exhibicionista pide una pastoral directa, desmelenada, espontánea, ingenua, desnuda, divertida, atractiva. Una generación rápida pide una pastoral sin “rollos”, con ritmo, breve. Una generación sociable pide una pastoral expresiva, llena de empatía, comunicativa, pertenencial, tribal...

¿Todavía no hay obispos de la generación Y? No se escandalicen con la pregunta, pues existen algunos directores de multinacionales de esta generación. Al menos, pediremos que haya agentes de pastoral de esta generación. A ellos hemos dedicado este Fórum de Pastoral con Jóvenes. Por cierto, ¿cuántos hay de la generación X?

## Tiempo de gracia

Vivimos un tiempo de gracia. Tras dos siglos de atroz positivismo antirreligioso, hoy está naciendo una nueva cultura posmaterialista. Tras siglos de ataque sistemático del mundo intelectual contra el hecho religioso, hoy vivimos un tiempo de gracia.

Quiero mencionar, a continuación, a diez figuras emblemáticas del mundo intelectual de la actualidad que llenan sus páginas defendiendo la legitimidad y necesidad de la experiencia espiritual para la felicidad de las personas y para su desarrollo vital. No estaría mal empezar por Mardones y su magnífica cosecha de filósofos que experimentan este giro religioso. De su lista sólo destaco dos: Habermas y Vattimo. El primero protagoniza un diálogo fecundo con Ratzinger y pasa del ataque contra el hecho religioso, en sus primeros tiempos, al respeto y aceptación del mismo. Vattimo toma una actitud más proactiva en un universo religioso particular. José Antonio Marina, el principal filósofo español, dedica dos

libros al tema. Lipovetsky aborda ampliamente el giro posmaterialista de nuestra cultura, que sigue siendo consumista, una paradoja de contrarios reconciliados. En el campo de la psicología y pedagogía, sus cuatro principales figuras, Seligman, Gardner, Csikszentmihalyi y Goleman, son activos defensores de la necesidad de ocuparse de la inteligencia espiritual. Valentín Fuster, en el campo de la medicina. Paulo Coelho, como emblema de las decenas de escritores que hoy día llenan las librerías con literatura o ensayo con contenido religioso y espiritual.

Evangelizar no es tanto predicar la Buena Noticia, que lo es, como descubrirla allí donde está. ¿Hay otros signos negativos? Sin duda, y estamos legitimados para ejercer una crítica asertiva y directa.

¿Tiempo de gracia o de desgracia? La realidad no es lo que es, sino según la percibimos. ¿Os imagináis a Jesús, sentado en un aeropuerto, con el portátil en las rodillas, contestando cinco *mails* a la vez; sentado en un autobús, leyendo veinte *post* velozmente, respondiendo con buenas noticias; de pie entre las dos últimas filas de una aula de la ESO, derrochando caricias a los últimos...? ¿De verdad os lo imagináis anunciando un tiempo de gracia o un tiempo de desgracia?

Supongo que “se pilla” lo que no digo pero quiero decir.

Este libro es un punto de partida para diseñar talleres y cursos de formación en las distintas diócesis e instituciones. Quiere ser un espacio abierto al que se podrán incorporar más personas y materiales a través de la *web* [www.forumpj.org](http://www.forumpj.org).

¡Feliz post-Fórum!



# Interioridad

Mar Galcerán

Anna Roig

Josep Otón

## Introducción

El trabajo de la pastoral juvenil tiene en la dimensión interior de la persona su ámbito de trabajo por excelencia. Ese ámbito donde se forjan los pensamientos, ideales, proyectos, deseos, sentimientos, etc., más íntimos que configuran nuestro yo, nuestra identidad. Ese ámbito de profundidad de nuestro ser en el que habita también Dios.

En pleno proceso de búsqueda, construcción y asentamiento de la propia identidad, la interioridad del joven se encuentra en sus momentos más vulnerables, como aquel que anda en terreno movedizo, se desplaza por un mundo interior inestable, en constante ebullición, y no siempre consciente de las preguntas y las dudas que le acechan.

Ayudar a escucharse y a descubrir lo que en nosotros habita será una tarea fundamental para “vivirnos” más libres y más de acuerdo con lo que cada uno está llamado a ser.

Hemos dividido el presente artículo en tres partes diferenciadas. Empezamos recogiendo la voz de los propios jóvenes a partir de algunos testimonios concretos que nos narran, en primera persona, cómo entienden y viven su interioridad. Esto nos permitirá describir brevemente cómo es la interioridad de los jóvenes hoy y qué factores la condicionan.

En una segunda parte abordaremos el marco teórico y conceptual de la dimensión de interioridad y haremos un repaso histórico y bíblico de la misma.

Finalmente ofreceremos algunas pistas pedagógicas para su cultivo y desarrollo en la actualidad.

## Los jóvenes y la interioridad

### *¿Comunicando o incomunicados?*

Caos, duda, desconcierto o incertidumbre van de la mano de la alegría, la fiesta, la amistad, la ilusión, las ganas. Reconoces a un joven por esta polaridad de experiencias. Es mucho más de lo que se percibe y de lo que llega a expresar. Si le llamas, nunca sabes si estará libre, si comunicará o si simplemente no cogerá el teléfono porque está escuchando música con el MP3. Lluís, un chico de 15 años, reflexiona: “Yo, quizá más que dudas, ¡tengo caos! Yo no tengo mucho tiempo para pensar, y cuando lo tengo, me quedo dormido. ¡Si no tengo tiempo!”.

### *Jóvenes comunicando*

Lluís y Mònica son dos jóvenes de Barcelona que tienen 15 y 16 años, respectivamente. Los dos ya se han confirmado, estudian bachillerato y les va muy bien. Se reúnen periódicamente con su grupo de fe. No pueden asistir a todas las reuniones: cuando no hay exámenes, tienen partido de fútbol o ensayo de música. Éstos son dos ejemplos de jóvenes comunicando qué entienden por mundo interior y cómo es el suyo.

#### *Lluís, 15 años*

“En esta vida tiene que haber una finalidad, una meta, y un compromiso para conseguirla. En el mundo interior de cada uno

es donde se desarrolla esta meta. Siendo sincero, quiero hablar de mi vida, es decir, de mi mundo interior.

Mi mundo interior es ese lugar donde a veces tengo que ir para estar tranquilo y calmado durante un rato.

Mi mundo interior forma parte de mí.

Mientras escribo esto, que es la respuesta a una pregunta que me he hecho varias veces, estoy explicando qué es y cómo es esta parte de mí.

En estos momentos, lo que ronda por mi mundo es paz y tranquilidad, pero también hay preocupaciones y dudas, muchas dudas. Pero esto no significa que me sienta mal, sino que tengo ganas de resolver mis dudas”.

#### *Mònica, 16 años*

“El mundo interior, para mí, es lo que tú sientes, cómo eres y las experiencias que vives. Hay gente que no tiene mundo interior, ya que ni siente ni sufre. La gente que tiene mundo interior es la gente entregada a la vida, esa a la que le gusta ser como es. Cada uno tiene un mundo interior indescriptible e imaginativo, y nadie entrará si tú no quieres. Así, a veces es bueno abrirse y compartir para aprender cosas nuevas y ponerlas en tu mundo interior. Mientras una persona ayuda y otra estudia estamos enriqueciendo nuestro mundo interior. Así, yo aún no tengo mi mundo interior totalmente desarrollado, ya que todavía soy muy joven”.

Lorena y Óscar se encuentran en otro momento de su proceso formativo y personal. Acaban de finalizar sus estudios universitarios y

los dos están ya metidos en el ámbito profesional. Ambos están comprometidos en distintas ONG y, aunque no se declaran “explícitamente” creyentes, tienen un sentido alto de compromiso con la justicia social y el bienestar de la humanidad.

*Lorena 23 años*

“La interioridad es ese ‘espacio’ dentro de mi cuerpo y mi mente que me configura como persona, que me ayuda a conocerme mejor y me hace actuar de una determinada manera con mi entorno. Es lo íntimo.

Mi mundo interior pienso que es rico. Sin mi mundo interior todo tendría una respuesta científica. Mi mundo interior es la relación que tengo no sólo con las cosas presentes, sino un espacio de autorreflexión y de conocimiento profundo de mi yo”.

*Óscar, 22 años*

“Vivo la inmediatez y corro tanto en el día a día que casi no tengo tiempo para pensar ni para reflexionar sobre mi vida. Por otro lado, pensar sobre mi interior me da miedo. Me da miedo pararme a pensar qué es lo que realmente quiero, porque el hecho de no poder llegar a cumplir esas expectativas podría suponer una frustración. (...)

La vida en estos momentos me resulta tan intensa que no quiero ni pararme a pensar. Me horroriza la idea de que un día todo esto se acabe. (...)

Hay que vivir el momento, porque si te aferras a cosas fijas tienes el inconveniente de perderte muchas cosas interesantes por el camino”.

### *Elementos que condicionan la vivencia de la interioridad*

Las expresiones de estos jóvenes nos conducen a la idea de interioridad como la capacidad de profundizar en aquello que vivimos. El lugar de las reflexiones, pensamientos, sentimientos, dudas, miedos, personales e íntimos. Esta dimensión de profundidad no nos viene dada con la mera vivencia; se necesitan unas condiciones que favorezcan esta profundización, a la vez que ésta se ve condicionada por distintos elementos:

*La aceleración y las prisas.* La percepción de que no tenemos tiempo es cada vez más una experiencia que agota, que nos agota. Esta sensación hace que todo lo que vivimos lo vivamos deprisa, sin tiempo previo para prepararnos, ni tiempo posterior para reflexionar sobre esa experiencia. De esta manera, se produce una acumulación, incluso una saturación, de vivencias, y pocas consiguen ser incorporadas como experiencias de sentido.

*Todo tiene fecha de caducidad.* Las ofertas de todo tipo son tan amplias, hay tanta posibilidad, que casi la única manera de decidir u optar es convencerse de que todo tiene fecha de caducidad. De esta manera, la experiencia no se vive como limitación, sino como posibilidad. Todo es así hasta nuevo aviso. No existe la estabilidad, y aferrarse a ella, como expresa uno de los jóvenes, no te permite descubrir nuevas experiencias.

*Dificultad de contemplación.* Esta acumulación de experiencias y la falta de tiempo dificultan “parar”: pararse a vivir en profundidad este preciso instante, contemplarlo, quedarse, estar. El silencio ayuda a profundizar porque damos espacio para llenar de palabras, sentimientos y sensaciones nuestro interior. Esta dificultad para entrar en profundidad en la realidad que se vive y desgranarla dificulta el poner nombre a las cosas. Lluís Duch habla de “desapalabrar” (*desemparaulament*), el efecto que, según, él pro-

voca la televisión: “Este problema (...) impide que las personas dispongan de palabras para formular las grandes preguntas de la existencia humana y experimentar sus consecuencias”.

*La autoconstrucción del yo parte casi de la nada.* De nada sólido. La familia y la escuela, tradicionales estructuras de sentido en terminología de Lluís Duch, están en proceso de crisis, de cambio, de esa legitimidad de por sí adquirida u otorgada.

Hoy en día los jóvenes, y la sociedad en general, parecen querer romper con todo lo “antiguo”, con toda tradición histórica, cultural, religiosa... que hasta no hace demasiado habían ido influyendo y guiando las acciones presentes y futuras. Hoy, los jóvenes, como dice Francesc Romeu, especialmente optan por vivir la instantaneidad en todo y por hacer “un *reset*” total en su recorrido vital.

La construcción de la biografía del joven de la posmodernidad se produce, pues, desde un “vacío” de referentes culturales, históricos, religiosos..., desde la inmediatez del aquí y ahora que se debe proyectar para construirse e inventarse de nuevo.

Todo esto conlleva una necesidad aún más creciente de carteles de dirección. Hay sed de preguntas (¡necesitamos Sócrates que les desvelen preguntas!) y sed de respuestas (¡necesitamos personas que vivan coherentemente las respuestas que han encontrado a esas preguntas!). A partir de aquí, mediante la observación y la experiencia, cada uno irá encontrando respuestas, primero provisionales y, poco a poco, definitivas. Sin olvidar que las mismas preguntas esenciales se irán repitiendo a lo largo de la vida y que habrá que dar una respuesta renovada cada vez que nos asalten de nuevo esas preguntas en forma de garfio.

Es por ello por lo que el nivel de sufrimiento de los jóvenes de hoy es alto. Decía Lluís: “Sufres más si piensas”.

## La interioridad: un marco teórico

### *La interioridad: una definición compleja*

En 1934, una joven profesora de 25 años decidió renunciar a su cátedra de Filosofía en un instituto de secundaria para trabajar en una fábrica. Simone Weil, esta profesora, francesa de origen judío, acababa de viajar a Alemania, donde había investigado sobre el ascenso del nazismo en ese país.

Weil era una persona muy comprometida con el proletariado. Colaboraba en las actividades de los sindicatos y daba cursos a los obreros. Pero su conducta no se limitaba a la acción directa reivindicativa, sino que era también una persona intelectualmente brillante y quería reflexionar sobre los mecanismos de la dominación social.

Los felices años veinte fueron sustituidos por los tristes años treinta, una etapa muy dura para los trabajadores europeos. Después de la Primera Guerra Mundial, Europa sufrió el azote de la crisis económica de 1929. El desempleo era una tragedia terrible para millones de personas.

A pesar de esta situación tan difícil, en la mente de Weil habitaban dos esperanzas. Por una parte, la Revolución rusa abría la posibilidad de un nuevo sistema de organización social que defendiera los derechos de los obreros. Por otra, el proletariado alemán parecía el más preparado para liderar un cambio social internacional.

Pero los acontecimientos históricos no tardaron en desbaratar las expectativas de la joven Weil. Consciente de ello, fue una de las primeras voces que se alzaron para denunciar el régimen soviético porque no ofrecía una estructura liberalizadora, sino nuevos mecanismos de opresión social. En Rusia, el partido había reemplazado a la burguesía como clase dominante, pero las fábricas seguían siendo espacios de opresión

donde los obreros continuaban sufriendo una explotación inhumana.

Por otra parte, la consternación de los trabajadores alemanes no condujo a una nueva revolución, sino todo lo contrario: muchos obreros claudicaron ante las demagógicas promesas que vociferaba un nuevo líder, Adolf Hitler.

Así pues, Simone Weil decidió ir a trabajar a una fábrica para investigar las raíces de la opresión social. Allí convivió con el sufrimiento de la clase obrera. Las jornadas laborales eran agotadoras; el salario, misérrimo; el tiempo de descanso, insuficiente; las relaciones, tensas...

Pero fue precisamente allí, en el trabajo en cadena, donde descubrió uno de los mecanismos de dominación que esclavizaba a los obreros. En la fábrica se les privaba de su identidad. Allí no eran nadie. El sistema había aniquilado su dignidad. Sin una visión subjetiva del mundo, vivían alienados, despersonalizados, deshumanizados. Se convertían en seres anónimos, en una pieza más de los engranajes de las grandes máquinas que aseguraban la producción. Eran materia humana sin prácticamente consciencia. No podían pensar, ni darse cuenta de quiénes eran. Al entrar en el taller se les arrebatava su pasado y su futuro. Sólo contaba el presente, el tiempo frenético del trabajo a destajo, sin espacio para la reflexión, ni tan siquiera para entender qué labor estaban realizando en el proceso de producción.

Para sobrevivir en esas condiciones deplorables habían renunciado a la tarea de pensar por sí mismos. Detenerse a reflexionar sobre lo que hacían o sobre su vida era un esfuerzo demasiado arduo. Sin pensar, se sufría menos. Sin tener conciencia de su explotación era más fácil sobrellevar esas condiciones laborales extremas. Eran máquinas humanas sin conciencia de su propia valía. Les habían arrebatado su interioridad.

No es de extrañar que Simone Weil, después de esta experiencia, diera un giro a su vida y descubriera la interioridad como un ámbito de autoafirmación personal y, en consecuencia, de liberación social. El cristianismo le ayudó a expresar esta intuición.

Cuando nos referimos a la interioridad estamos aludiendo a la capacidad del ser humano para descubrir niveles de profundidad en la existencia. Podemos ser espectadores de la vida y mirarnos a nosotros mismos, a los demás o al mundo en general, quedándonos en la superficie, en las apariencias, conformándonos con las explicaciones simplistas que banalizan la realidad.

Pero el ser humano dispone de la capacidad de adentrarse en lo real, de ahondar en la existencia y descubrir significados cada vez más profundos que afectan de forma decisiva a toda la vida.

La interioridad es el ámbito donde se produce este descubrimiento, que aporta unos fundamentos sólidos que sustentan la existencia. El edificio de nuestro ser individual es más sólido cuanto más profunda es la concepción que tenemos de nosotros mismos, de los demás, de la naturaleza o de la historia.

Así pues, la interioridad en el ser humano sería semejante a las raíces de una planta. No es la parte más vistosa, como podrían ser las flores, las ramas o los frutos, sino que permanece oculta. A pesar de ello, su función es esencial: captan del suelo el agua y los nutrientes necesarios para la subsistencia del vegetal y le dan consistencia para que no esté a merced de los vientos y de los avatares a los que se ve sometida en la superficie.

Como esta capacidad de descubrir significados cada vez más profundos de la realidad no se agota, a través de la interioridad descubrimos un fondo sin fondo. Podemos sumergirnos en el abismo sin alcanzar nunca su límite definitivo.

Siempre hay más. Es un pozo inagotable que mana nuevos significados que enriquecen la vida con sentidos cada vez más plenos.

De este modo, la interioridad es una puerta abierta a la trascendencia, porque desde ella podemos hacer una relectura (*relegere*) de nuestra historia e intuir un sentido sagrado. La interioridad nos sitúa ante al Misterio.

En este sentido, un místico es un individuo dotado de una sensibilidad especial para captar matices de la realidad que indican la dirección de un horizonte que trasciende la dimensión puramente empírica. Así pues, los místicos son los maestros del mundo interior que aprovechan la fuerza que les brinda la interioridad humana para construir un mundo nuevo y completar así la creación.

Con ellos, en el fondo más profundo de nosotros mismos descubrimos una centella procedente de una zarza que arde sin consumirse; atisbamos una Luz que, como un faro en la noche, nos anima a seguir nuestra ruta y a adentrarnos en el Misterio. En los demás seres humanos encontramos la imagen viva que hace presente al Dios vivo. En la creación hallamos la huella del Creador. En nuestros abismos insondables reconocemos a Otro que nos acompaña sin alterar nuestro itinerario.

### *La interioridad: un concepto bíblico*

Aunque la palabra “interioridad” no aparezca explícitamente en la Biblia, se trata de un concepto fundamental en las Escrituras. En el mundo bíblico, el término “interioridad” corresponde a la palabra “corazón”. En los parámetros culturales contemporáneos, el corazón es la fuente de los sentimientos, de las emociones y de las pasiones. Tanto es así que nuestra manera de entender el ser humano establece una dicotomía entre mente y

corazón, racionalidad y emotividad, lo cognitivo y lo afectivo, que pasan a ser dos dimensiones diferentes de la persona que, si bien son complementarias, a menudo resultan antagónicas.

Para los hebreos, el corazón no es sólo un órgano del cuerpo humano, sino la sede de los sentimientos y las emociones, aunque también de la inteligencia y la voluntad, de los proyectos y las decisiones, del pensamiento y la reflexión. Así, María guardaba y meditaba lo que le sucedía en su corazón (Lc 2,19), y el Espíritu abrió el corazón de los discípulos para entender las Escrituras (Lc 24,45).

Desde el punto de vista bíblico, el ser humano es una realidad bidimensional. Por una parte, encontramos su apariencia externa, todo lo que percibimos de forma inmediata a través de los sentidos. Por otra, está el corazón, que corresponde a la interioridad, lo profundo, lo escondido, el yo interior, el centro de la persona. El mundo interior es donde se encuentra la autenticidad del ser humano. Todo lo externo sólo es importante si se corresponde con la realidad profunda, es decir, si expresa o traduce lo que realmente hay en el interior. Así pues, para la antropología bíblica la dicotomía no se da entre la mente y el corazón, como en nuestra cultura, sino entre el hombre interior y el hombre exterior.

Esta concepción del ser humano tiene consecuencias teológicas. Así, tanto los profetas como Jesús de Nazaret reivindican la religión del corazón frente al culto externo y formalista. Por boca del profeta Isaías, el Señor se lamenta: “Este pueblo me honra con sus labios, pero su corazón está lejos de mí” (Is 29,13).

Por este motivo, la renovación espiritual pasa por una experiencia de transformación del corazón. El profeta Oseas afirma: “La llevaré al desierto y le hablaré al corazón” (Os 2,16). Jeremías anuncia: “Pondré mi ley en su interior,

la escribiré en sus corazones” (Jr 31,33). Y el profeta Ezequiel proclama: “Os daré un corazón nuevo, infundiré en vosotros un espíritu nuevo, quitaré de vuestra carne el corazón de piedra y os daré un corazón de carne” (Ez 36,26).

No se trata, por tanto, del dualismo entre contemplación y acción, entre espiritualidad y compromiso social, sino que la religión del corazón apela a la autenticidad frente a la hipocresía del ritualismo y del moralismo. En este sentido, Jesús aconseja no ser como los hipócritas, que hacen ostentación de sus actos religiosos. En cambio, él propone huir de las miradas indiscretas, retirarse a un lugar escondido, porque el Padre está allí, habita en lo secreto (Mt 6,5-6).

### *La interioridad: el fundamento de la espiritualidad cristiana*

El trabajo de la interioridad era un valor indiscutible en la antigüedad clásica. Recordemos la máxima del oráculo griego: “Conócete a ti mismo”, o estas sabias palabras de Marco Aurelio: “Reconoce tu interior: dentro de ti está la fuente del bien, que puede manar sin interrupción si profundizas siempre en ella”.

El cristianismo se gestó en este contexto cultural, y la interioridad pasó a ser un elemento clave en esta nueva espiritualidad. Sin lugar a dudas, el gran maestro de la dimensión interior es san Agustín. Para él, la fuente de conocimiento reside en el interior humano: “Entra dentro de ti mismo, porque en el hombre interior reside la verdad”.

El obispo de Hipona, a partir de su experiencia personal, se refiere a Dios en estos términos: “Tú estabas dentro de mí, más interior que lo más íntimo mío y más elevado que lo más sumo mío”. Para Agustín de Hipona, el interior humano está habitado por Cristo, que es el Maestro interior: “Aunque puedas aprender algo saluda-

blemente por mi ministerio, te enseñará Aquel que es el Maestro interior del hombre interior, pues él en tu corazón te hace ver que es verdad lo que se te dice”. Así pues, el conocimiento de Dios se alcanza a través de la experiencia de la propia interioridad: “Volveos a vuestro interior y, si sois fieles, allí encontraréis a Cristo. Él es quien os habla allí. Yo grito, pero él enseña con su silencio más que yo hablando. Yo hablo mediante el sonido de mi palabra; él habla interiormente infundiendo pensamientos de temor”.

Esta certeza de ser inhabitados por Dios recorre toda la espiritualidad cristiana a lo largo de los siglos y florece con una fuerza especial en el Siglo de Oro de la mística española. Así, san Ignacio de Loyola nos advierte que “no el mucho saber harta y satisface el alma, sino el sentir y el gustar interiormente de las cosas de Dios”. Santa Teresa de Ávila compara la interioridad con un castillo interior con muchas moradas, en la principal de las cuales habita el propio Dios. San Juan de la Cruz alude a una “bodega interior” para referirse a este ámbito de la interioridad donde se produce la experiencia de intimidad con Dios.

Posteriormente, en el siglo XIX, Edith Stein, ferviente seguidora de las enseñanzas de santa Teresa de Ávila, describirá ese ámbito de intimidad como el lugar de máxima experimentación de la libertad humana donde uno puede llegar a percibir un “yo” que nos viene dado y nos lleva a realizar actos inimaginables:

“Existe un estado de reposo en Dios, de total suspensión de todas las actividades de la mente, en el cual ya no se pueden hacer planes, ni tomar decisiones, ni hacer nada, pero en el cual, entregado el propio porvenir a la voluntad divina, uno se abandona al propio destino. Yo he experimentado un poco este estado como consecuencia de una experiencia que, sobrepasando mis fuerzas, consumió totalmente mis energías espirituales y me quitó cualquier posibilidad de acción. Comparado con la suspensión de actividad propia de la falta de vigor vital, el reposo en Dios es algo

completamente nuevo e irreductible. Antes era el silencio de la muerte. En su lugar se experimenta un sentimiento de íntima seguridad, de liberación de todo lo que es preocupación, obligación, responsabilidad en lo que se refiere a la acción. Y mientras me abandono a este sentimiento, poco a poco una vida nueva empieza a colmarme y, sin tensión alguna de mi voluntad, a invitarme a nuevas realizaciones. Este flujo vital parece brotar de una actividad y una fuerza que no son las mías y que, sin ejercer sobre ellas violencia alguna, se hacen activas en mí. El único presupuesto necesario para un renacimiento espiritual de esta índole parece ser esa capacidad pasiva de recepción que se encuentra en el fondo de la estructura de la persona”<sup>1</sup>.

*La interioridad, un valor  
en el mundo contemporáneo*

Durante el siglo XX se ha producido una revalorización de la interioridad. Muchos autores, personalistas y existencialistas, han redescubierto la dimensión interior del ser humano como reacción a los estragos producidos por las ideologías que defendían un colectivo totalizador que destruía la dimensión personal del individuo. Durante unos años sumamente trágicos, la clase social, la nación, la raza o el partido se convirtieron en un absoluto, y millones de individuos fueron sacrificados en nombre de estos dioses profanos.

Ante esta tragedia, muchos pensadores reivindicaban la dimensión interior del ser humano. Así, Emmanuel Mounier, para resolver el conflicto entre individuo y colectivo, afirma que “una comunidad es una persona nueva que une a las personas por el corazón. No es una multitud. No se les une más que por sus vidas interiores, que van desde ellas mismas a la comunidad”. En la misma línea, María Zambrano considera que “pensar es

---

<sup>1</sup> Stein, *Escritos esenciales*, Sal Terrae, Santander 2003, p. 83-84

barrer la casa por dentro; si no, no es pensar. Es la empatía del corazón, y sólo a partir de aquí es posible el entendimiento con los otros”.

Algunos autores explicitan el íntimo vínculo que une la interioridad con la trascendencia. Éste es el testimonio de Pierre Teilhard de Chardin:

“Penetremos en lo más secreto de nosotros mismos. Circundemos nuestro ser. Busquemos, afanosamente, el océano de fuerzas que padecemos y en las que nuestro crecimiento se halla como inmerso. Es un ejercicio saludable: la profundidad y la universalidad de nuestras relaciones formarán la intimidad envolvente de nuestra comunión. Así pues, acaso por primera vez en mi vida (¡yo, que se supone medito todos los días!), tomé una lámpara y, abandonando la zona, en apariencia clara, de mis ocupaciones y de mis relaciones cotidianas, bajé a lo más íntimo de mí mismo, al abismo profundo de donde percibo, confusamente, que emana mi poder de acción. Ahora bien, a medida que me alejaba de las evidencias convencionales que iluminan superficialmente la vida social, me di cuenta de que me escapaba de mí mismo. A cada peldaño que descendía, se descubría en mí otro personaje, al que no podía denominar exactamente y que ya no me obedecía. Y cuando hube de detener mi exploración, porque me faltaba suelo bajo los pies, me hallé sobre un abismo sin fondo del que surgía, viniendo no sé de dónde, el chorro que me atrevo a llamar mi vida”<sup>2</sup>.

Por su parte, Thomas Merton afirma en el mismo sentido:

“No hay modo de convencer a la gente que anda por ahí resplandeciendo como el sol... En el centro de nuestro ser hay un punto de nada que no está tocado por el pecado ni por la ilusión, un punto de pura verdad, un punto o chispa que pertenece enteramente a Dios, que nunca está a nuestra disposición, desde el cual Dios dispone de nuestras vidas, y que es inaccesible a las fantasías de nuestra mente y a las brutalidades de nuestra voluntad. Ese puntito de nada y de absoluta pobre-

---

<sup>2</sup> Teilhard de Chardin, *El medio divino*, Alianza, Barcelona 2000, p. 48.

za es la pura gloria de Dios en nosotros. Es, por así decirlo, su nombre escrito en nosotros, como nuestra pobreza, como nuestra indigencia, como nuestra dependencia, como nuestra filialidad. Es como un diamante puro, fulgurando con la invisible luz del cielo. Está en todos, y si pudiéramos verla veríamos esos miles de millones de puntos de luz reuniéndose en el aspecto y fulgor de un sol que desvanecería por completo toda la tiniebla y la crueldad de la vida... No tengo programa para esa visión. Se da, solamente. Pero la puerta del cielo está en todas partes”<sup>3</sup>.

### *La interioridad: peligros y oportunidades*

En pleno siglo XXI, ante la crisis de las grandes ideologías que han sustentado el pensamiento europeo moderno, se ha reavivado el interés por la interioridad. Cursos de crecimiento personal, libros de autoayuda, terapias alternativas, la inteligencia emocional y la popularización de algunas técnicas de meditación son una buena muestra de este sincero interés por la dimensión interior del ser humano.

Podemos acoger con optimismo esta recuperación del gusto por la vida interior, ya que la sociedad occidental había olvidado este aspecto tan fundamental de la condición humana. Ahora bien, aunque sea una oportunidad magnífica para madurar en el conocimiento de la interioridad, hay que ser extremadamente prudentes, porque este retorno de la espiritualidad no está exento de peligros.

Vivimos inmersos en una antropología que presenta una interioridad sesgada. Se trata de una interioridad reducida a los componentes psicobiológicos que prescinde de la dimensión trascendente del ser humano. Se ha popularizado un mundo interior cerrado –con frecuencia,

---

<sup>3</sup> Th. Merton, *Conjeturas de un espectador culpable*, Pomaire, Barcelona 1966.

narcisista— que fomenta el ensimismamiento y consolida el modelo individualista sobre el que se apoya el sistema económico postindustrial, basado en la exaltación egoísta del afán de beneficios y en el consumismo incontrolado.

A menudo, esta interioridad desencarnada y poco comprometida con los demás es fruto de la mercantilización de la espiritualidad. Cultivar la dimensión interior se ha convertido en un terreno abonado para hacer grandes negocios. Desde la experiencia cristiana hay que denunciar esta manipulación de una interioridad secuestrada por entidades demasiado preocupadas por sus dividendos económicos.

Frente a esta situación hay que reivindicar una interioridad fundamentada en la justicia. Uno de los ejes básicos en los que se sustenta la interioridad cristiana es el compromiso ético; sin él, no hay auténtica interioridad, sino un simple autocentramiento, un peligroso repliegue sobre uno mismo.

En nuestro mundo, el entretenimiento ha sustituido al reposo; la precipitación impide tomar decisiones serenas y meditadas. Los grandes retos actuales, el ritmo de vida frenético y la falta de espacio para la reflexión reclaman el diseño de una cultura de la interioridad. Es urgente reconstruir una interioridad madura, abierta a los otros y al Otro. Es necesario cultivar la dimensión interior del ser humano para impedir su despersonalización y la degradación de la sociedad y de la naturaleza. En una sociedad en la que el desarrollo tecnológico ha alcanzado niveles impensables, resulta imprescindible desarrollar, de forma proporcional, la interioridad humana a fin de evitar convertirnos en simples piezas de un entramado frío y artificial. Si olvidamos nuestros adentros, fácilmente se nos arrebatará la capacidad de reaccionar frente a lo que nos sucede, como les ocurría a muchos compañeros de Simone Weil en la fábrica.

## El cultivo de la interioridad

El descubrimiento de la propia identidad y del Dios que en ella habita, es decir, el cultivo de la interioridad, es un proceso amplio y complejo que requiere a su vez el ejercicio de tres dimensiones fundamentales: la contemplación, el silencio y la interrogación.

### *Pedagogía de la contemplación*

Como ya hemos comentado anteriormente, nos movemos en un contexto social que, más que facilitarnos el encuentro con nosotros mismos, nos aleja de la profundidad de nuestro yo a través de dinámicas alienantes. El mercantilismo y la despersonalización, la eficacia y la tecnocracia, la banalidad y la falta de sentido, etc., nos producen frecuentemente angustia, desazón y vacío. Existe, pues, una necesidad urgente de “conectar” de nuevo con nuestra profundidad e identidad verdadera y con aquello a lo que cada uno está llamado a ser para encontrar la auténtica felicidad.

Esto implica, en primer lugar, adquirir una actitud de contemplación ante la vida. Aprender a pararnos ante la realidad que nos rodea para interrogarla e irla desgranando lentamente. La contemplación no es un quedarse “embobado” o “absorto” en vete tú a saber qué, con una actitud pasiva, sino que conlleva una actitud de entrar en la hondura de los hechos y acontecimientos, dejarse atrapar por ellos y explorarlos a fondo para sacar de ellos lo máximo<sup>4</sup>. Contemplar quiere decir ser capaz de descubrir el alma de las cosas y las personas, quiere decir literalmente “examinar profundamente” alguna realidad.

---

<sup>4</sup> El *Diccionario de la Real Academia Española* define el término “contemplación” como “aplicación intensa y atenta del alma y sus potencias a la vista y especulación de algún objeto que las atrae y arrebató a sí, sin intervención del discurso. Considerar profundamente alguna cosa”.

La contemplación nos pide, pues, una mirada “atenta” y profunda, que es fundamental y necesaria para el desarrollo de la interioridad. Hacer pedagogía de la contemplación nos pide ayudar a discernir y discriminar qué es importante y nuclear y qué secundario, circunstancial o superficial; implica ofrecer elementos y criterios para la reflexión y la mirada atenta (un espacio y entorno adecuados, un determinado grado de silencio, paciencia, la educación de los sentidos...), y también la virtud de saber encontrar la austeridad justa de información y de experiencias que nos permitan analizarlas y comprenderlas adecuadamente.

Pero ¿cuál debe ser el contenido de la contemplación para el cultivo de la interioridad? Es decir, ¿qué debemos contemplar?, ¿qué examinar con profundidad?

Es evidente que el primer aspecto será la propia persona, es decir, mi yo más auténtico, mi identidad: contemplarse a uno mismo y todo lo que en él habita, es decir, adentrarse en la primera morada que santa Teresa nos indica en su alegoría del camino espiritual. ¿Cuáles son mis auténticos deseos, sentimientos, anhelos? ¿Qué configura y ha configurado mi manera de ser y mi existir? Se trata, ciertamente, de una tarea no siempre agradable, porque implica liberarse de las propias máscaras y encararse con las propias limitaciones, contradicciones, temores, dudas, etc. Pero, sin duda, es una tarea necesaria para vivirnos más auténticos y más felices.

Existen una serie de prácticas que pueden ayudarnos a mirarnos e identificar todo lo que habita en nuestro interior, como por ejemplo la escritura autobiográfica, los ejercicios autoexpresivos, de clarificación de valores, de autoanálisis e introspección, etc. Pero la contemplación del propio yo no puede realizarse al margen de las propias experiencias de vida ni de las personas que nos rodean. El hombre es un ser relacional

por naturaleza, y mi yo sólo puede llegar a su plena autenticidad y plenitud desde un yo dialógico, en permanente interrelación con otras identidades y con todo lo que nos rodea.

La contemplación del propio yo debe hacerse, pues, a través de la mediación que nos ofrecen los otros, las experiencias de vida y los diferentes elementos culturales de valor que nos rodean. Para que la contemplación del propio yo no caiga en el narcisismo, es necesario mirarnos a nosotros mismos en permanente diálogo y contraste con los demás y con todo lo que nos rodea. Contemplar nuestra realidad externa y aprender a seleccionar y analizar aquellos aspectos de la misma que más nos ayuden al desarrollo de nuestra identidad es otra de las tareas fundamentales en el cultivo de la interioridad.

Tal y como hemos indicado anteriormente, el ejercicio de la contemplación debe ir unido a una serie de predisposiciones internas y de condiciones ambientales que puedan favorecerlo. La relajación, el silencio, la calma... van a ser también elementos fundamentales en el cultivo de la interioridad.

### *Pedagogía del silencio*

Si en la pedagogía de la contemplación hablábamos de educar una “mirada” atenta, en la pedagogía del silencio hablaremos de educar una “escucha” atenta. Para contemplarnos y contemplar la vida, para dejar que la realidad “nos hable” desde lo más profundo, nos hace falta liberarla de todo aquello que la distrae y la adormece, y escucharla desde el silencio de su habla. Sí, que el único sonido sea su misma esencia, para que resuene en nuestro interior y pueda ser captada con toda su plenitud. Es necesario que el silencio pueda ser llenado únicamente de aquella realidad que se quiere explorar y profundizar; en este caso, la propia identidad dialógica, el Dios que nos habita y su creación. No se trata, pues, del silencio

como refugio de bienestar, que huye de la realidad, sino justamente de ese silencio que permite captarla con toda su crudeza, riqueza y realidad.

Esta escucha atenta debe empezar por nuestra realidad material, nuestro cuerpo, y llegar a lo más profundo de nuestro ser, a nuestra conciencia y nuestra alma. Dice santa Teresa de Jesús que la puerta de entrada a la primera morada de nuestro castillo interior (mi propio yo) es la oración, ese espacio de diálogo interior con Aquel que sabemos que nos ama incondicionalmente.

El cultivo del silencio como espacio privilegiado de encuentro con uno mismo y con Dios implicará poder estructurar momentos para que éste pueda ser vivido, ejercitado y valorado. El silencio no supone, necesariamente, ausencia total de “sonido”. Se trata de una actitud personal mucho más honda, que va mas allá de los condicionamientos exteriores. Uno puede mantener una actitud de silencio y de escucha atenta en medio de un concierto de música *rock*. Pero esa actitud es educable, no la adquirimos espontáneamente. Para ello es necesario crear espacios y ambientes de serenidad, de calma, a veces incluso a través de la escucha de determinadas piezas musicales que invitan a la interiorización, o a través de la visualización de imágenes bellas que ayuden a nuestros sentidos a sensibilizarse ante la belleza, o a través de la lectura de textos que conecten con nuestros sentimientos y pensamientos más íntimos, etc. En definitiva, se trata de utilizar recursos externos que permitan captar nuestra interioridad y nuestra concentración.

### *Pedagogía de la interrogación*

Finalmente, el cultivo de la interioridad no requiere sólo aprender a contemplar y escuchar el silencio, sino también aprender a hacerse preguntas que nos ayuden a explorar y a permanecer permanentemente en búsqueda de nuestro yo

auténtico. Se trata también de ejercitar esas destrezas que nos permiten no solamente observarnos y escucharnos, sino también “pensarnos” y pensar la realidad. Dejarnos interpelar, ejercitar el pensamiento, el discernimiento; hacernos preguntas que nos permitan ahondar en lo que realmente nos ayuda a ser personas y nos aporta felicidad. La pedagogía de la interrogación supone ayudar a los sujetos a perforar la banalidad y frivolidad que nos envuelve haciendo uso de nuestra razón desde –podríamos decir– la famosa mayéutica socrática.

No se trata de un pensarse a sí mismo con uno mismo, sino de aprender a hacerlo en comunidad y en relación con los demás. El modelo de interioridad que hemos planteado huye del narcisismo y de la cultura del yo de la modernidad, y parte del concepto de interioridad “dialógica”, que tiene su misma génesis en el concepto trinitario del Dios cristiano. Se trata de entrar en uno mismo no para quedarse instalado en el propio yo, sino justamente para salir de sí y ofrecerse a los demás.

La pedagogía de la interrogación debe centrarse, pues, en el pensamiento dialógico, entendiendo el diálogo y la discusión –con uno mismo y con los demás– como las habilidades básicas para el pensar.

Se trata de ayudar a establecer un marco de relaciones con los iguales y con personas referentes, que permitan la diversidad de ideas, el proceso de razonamiento colectivo, la colaboración en la búsqueda de soluciones a las propias dudas y preguntas, y el intercambio de ideas y pensamientos que vivimos en nuestro interior.

Generar preguntas y acompañar en el proceso de búsqueda de respuestas, desde el contraste con los más próximos, formará también parte de este proceso educativo de la interioridad con el fin de vivirnos más libres, autónomos y en plenitud.

## Bibliografía

- Alvear, J. M. – Núñez, R., *Soy yo. Aprendo a ser persona*, PPC, Madrid 2006.
- , *Emociones. Escucho a mi corazón*, PPC, Madrid 2007.
- Andrés, E. – Osúa, J. – Otón, J., “Talleres de interioridad”, en *Sal Terrae*, nº 1.063, enero, 2003.
- AA. VV., *La interioridad: un paradigma emergente*, PPC, Madrid 2004.
- Cerezo, J. J. – Gómez Serrano, P. J., *Jóvenes e Iglesia. Caminos para el reencuentro*, PPC, Madrid 2006.
- Crosby, J. F., *La interioridad de la persona humana*, Encuentro, Madrid 2007.
- Duch, L., *La crisi de la transmissió de la fe*, Cruïlla-Fundació Joan Maragall, Barcelona 2007.
- Foucault, M., *Tecnologías del yo*, Paidós-ICE-UAB, Barcelona 1990.
- Fradera, M. – Guardans, M. T., *La setena direcció. El conreu de la interioritat*, Claret, Barcelona 2008.
- Otón, J., “Educar la interioridad”, en *Sal Terrae*, nº 1.063, enero, 2003.
- Puig, J. M., “Prácticas de reflexividad”, en *Prácticas morales*, Paidós, Barcelona 2003, pp. 165-184.



# Futuro

Rogelio Núñez

Merche Mas

Helena Román

## ¿Lo estudias o te lo trabajas?

No es la pretensión de este capítulo hacer un ejercicio de “pastoral ficción” y tratar de adivinar cómo será la pastoral con jóvenes en el futuro, sino, más bien, identificar aquellos indicadores de nuestra historia y presente que nos permitan trabajar hoy en una pastoral con jóvenes que tenga futuro.

Desbordados por el vértigo de nuestro tiempo, desalentados por tanto esfuerzo infructuoso, inquietos y preocupados por el destino de una Iglesia cada vez más envejecida, tenemos derecho a preguntarnos no tanto por las condiciones en las que se desarrollará nuestra misión, sino, sobre todo, si ésta tiene futuro. No somos pocos los que seguimos creyendo que Jesús de Nazaret, su vida y su mensaje siguen siendo la mejor invitación a la plenitud que puede esperar un ser humano y, al mismo tiempo, los que constatamos la dificultad de que los jóvenes comprendan el valor y el desafío extraordinario del Evangelio. Con esta agri-dulce sensación, sostenemos nuestra espera cuando alrededor aún está todo muy negro. Podemos aguardar al primer atisbo del alba para ponernos en marcha o, conscientes de que tal vez el novio llegue por la noche, hacer de nuestra esperanza una vigilia activa. ¿Por dónde empezamos?

En los últimos años se han publicado bastantes estudios en torno a la pastoral con jóvenes y

su necesaria y urgente adaptación a los nuevos tiempos que nos toca vivir<sup>1</sup>. Son muchas y muy buenas las pistas, intuiciones y sugerencias para ir dando pasos<sup>2</sup>. Si bien es verdad que lo más práctico es una buena teoría, el camino ya está lo suficientemente desbrozado, y es hora de pasar a la acción. No podemos aguardar recetas mágicas, mantener por más tiempo las inercias de nuestra pastoral, disfrazando de prudencia nuestra resistencia al cambio. El nuevo paradigma en pastoral con jóvenes emergerá a partir de una nueva praxis apenas balbuciente, pero que debemos ir ensayando, probando, empujando... en este tiempo de los intentos, que, antes que nada, debemos amar. No le demos más vueltas. Despertemos y no seamos como aquellas vírgenes necias que no supieron soñar activamente. El que se duerme, en ésta como en tantas otras cosas, no se come ni una rosca. El futuro no es nuestro por el mero hecho de soñarlo, de formularlo teóricamente, aunque es un buen comienzo. El futuro es para quien se lo trabaja. En esta empresa no estamos solos, y ni es bueno ni sería lícito que hiciéramos la guerra por nuestra cuenta. Ya pasó el tiempo de los francotiradores y de las pastorales autistas, como diría Goethe: “Sueño que se sueña a solas, puede ser pura ilusión. Sueño que soñamos juntos, es señal de solución”.

## Los jóvenes y el futuro

“Después fue a un pueblo llamado Naín, acompañado de sus discípulos y de mucha gente. Al llegar a la puerta de la ciudad, se encontró con que llevaban a enterrar un muerto, hijo único de

---

<sup>1</sup> J. J. Cerezo – P. J. Gómez, *Jóvenes e Iglesia. Caminos para el reencuentro*, PPC, Madrid 2006.

<sup>2</sup> P. J. Gómez, “¿Por dónde van los tiros? 10 pistas para impulsar una pastoral de juventud actualizada”, en *Misión Joven*, 318-319 (2003), pp. 99-106.

una madre viuda; la acompañaba todo el pueblo. El Señor, al verla, se compadeció de ella y le dijo: ‘No llores’. Luego se acercó y tocó el féretro; los que lo llevaban se detuvieron; él dijo: ‘Joven, yo te lo mando: levántate’. El muerto se sentó y comenzó a hablar, y él se lo entregó a su madre”.

(Lc 7,11-15)

No podemos asistir pasivamente a la despedida de una viuda del cadáver de su joven hijo. La Iglesia está a punto de perder, en el Occidente desarrollado, no sólo una generación de relevo –su futuro, su sustento, su legado...–, sino que puede estar al mismo tiempo enterrando su capacidad de transmitir la Vida, que es el sentido de su propia vida. Conmovidos por la escena, como el Señor, no podemos dejar de compadecernos de nuestra Iglesia y de hacer también nuestra su pasión. Pero en vez de acompañar cabizbajos la comitiva fúnebre, estamos urgidos a cambiar de actitud. Basta ya de lamentos y llores; hay que detenerse para cambiar de rumbo. Muchas de nuestras propuestas, métodos y procesos catecumenales nos huelen a muerto. Sospechamos que conducen al cementerio y que no aportan vida, no liberan, no salvan a nuestros jóvenes<sup>3</sup>. Pero estamos seguros de que se puede hacer una pastoral al servicio de la vida y de la esperanza<sup>4</sup>, que posibilite la experiencia de encuentro cara a cara con Dios, que permita a los jóvenes escuchar su Palabra y ponerse en pie para construir el futuro, darles voz y voto en nuestras comunidades, integrándose como miembros activos en la Iglesia.

Hablar de jóvenes y futuro viene siendo lo mismo. Estos dos términos los solemos asimilar, por la realidad que significan, en campos semán-

---

<sup>3</sup> J. Rojano, “¿Por qué fracasan los itinerarios de educación en la fe?”, en *Misión Joven*, 376 (2008), 29-32/49-54.

<sup>4</sup> R. Tonelli, *Una pastoral juvenil al servicio de la vida y la esperanza*, CCS, Madrid 2006.

ticos muy próximos. Decimos indistintamente que el futuro es de los jóvenes y para los jóvenes, y viceversa, al tiempo que socialmente atribuimos a los jóvenes la grave responsabilidad de que sólo ellos tienen futuro, es decir, sentido, viabilidad, posibilidad... Tanto es así que decir “joven” es sinónimo de “futuro”, en contraposición de lo pasado, antiguo y viejo.

Hablar sobre el futuro en pastoral con jóvenes conlleva necesariamente desentrañar esta identificación, que provoca una sinergia muy positiva en el acto evangelizador. No en vano, ambos términos también se encuentran y abrazan en torno a otros de inconfundible sabor evangélico, como esperanza, novedad, sueños, audacia y cambio. Pero, de igual modo, entre jóvenes y futuro se puede deslizar el equívoco de entender la pastoral con jóvenes únicamente como aquella que forma, socializa, evangeliza... a los cristianos del futuro, escamoteando a sus protagonistas la posibilidad de hacer actual y presente, operativa y salvadora en su aquí y ahora, la experiencia de Dios a la que han sido invitados. Y relegando a los jóvenes al papel de sujetos pasivos de itinerarios catequéticos: “Todo por los jóvenes pero sin los jóvenes”. Creando para ellos experiencias y entornos artificiales que poco o nada tienen que ver con las esperanzas y temores que hoy les preocupan. Antes de seguir leyendo este capítulo, tendríamos que pararnos a pensar si la pastoral con jóvenes, tal y como cada uno de nosotros la entendemos y la estamos “practicando”, pretende llegar al joven de hoy y/o evangelizar, adoctrinar, educar... al adulto del futuro.

Podríamos decir que los jóvenes son también el futuro de nuestra Iglesia. El anuncio de la Buena Noticia tendrá siempre por sujetos privilegiados a los jóvenes, junto con los más pobres, en cuyas vidas se manifiesta con toda su fuerza el potencial liberador y creativo del Reino de Dios. A no ser que, sin necesidad de recurrir a los últi-

mos estudios sociológicos<sup>5</sup>, concluyamos, a tenor de los pocos jóvenes que participan, celebran o comparten su fe en nuestras parroquias, comunidades y asociaciones, que la Iglesia, tal y como la conocemos, tiene muy poco futuro. No querer ver esta realidad, por muchos autobuses que seamos capaces de llenar para acudir a encuentros y peregrinaciones, es aferrarse a procesos de evangelización que hace tiempo dejaron de aportar “salvación” a los hombres y mujeres de nuestro tiempo. Plantearnos o, mejor dicho, replantearnos constantemente qué pastoral tenemos y debemos hacer con nuestros jóvenes, implica acoger la novedad de otras formas de vivir y compartir la fe que no nos podemos ni imaginar, pero que de alguna manera ya estaban implícitas en el sueño de las primeras comunidades cristianas.

El reto pasa, en clave cristiana, por nuestra capacidad profética para leer en estos signos de los tiempos qué nos está diciendo Dios a través de los jóvenes. Empezando por escucharles, teniendo el valor y la audacia de entablar un diálogo “horizontal”, sin posicionamientos estáticos, sin arrogarnos previamente la posesión de la verdad. Mucho aprenderemos de ellos y de la imagen de comunidad cristiana que para ellos encarnamos. Mucho nos será revelado si partimos de la convicción de que Dios sigue hablando y su Espíritu, más allá de “nuestras fronteras”, actuando. Todos los profetas de nuestra Iglesia se han destacado no por tener una premonición verosímil del futuro, sino por discernir, desde la escucha atenta a su presente, algunas claves operativas para construirlo. Es muy probable que, desde una perspectiva más amplia, la pastoral con jóvenes no sea más que la punta del iceberg del gran problema de encuentro entre la Iglesia y la sociedad

<sup>5</sup> P. González-Blasco (dir.), *Jóvenes españoles 2005*, Fundación Santa María, Madrid 2006.

moderna, y, por qué no, también puede ser el principio de la solución<sup>6</sup>.

## El futuro ya no es lo que era

La pastoral con jóvenes de la que venimos, la que muchos de nosotros hemos vivido, ha tenido siempre la mirada puesta en el futuro. Quizá porque se daba por hecho que la pastoral con jóvenes representa la vanguardia de la pastoral general. Los jóvenes son el grupo social más sensible a los cambios sociales y culturales. Como dignos hijos de su tiempo, para bien o para mal, a los jóvenes les ha correspondido esbozar los primeros trazos del futuro. Los agentes de pastoral con jóvenes han estado abiertos a la novedad, ágiles para innovar, ensayar, arriesgar. No se ha tratado –y honestamente así creo que se ha entendido– de estar “a la moda”, sino de responder con audacia a los cambios de la cultura juvenil para anunciar allí el Evangelio.

Trabajar para los jóvenes, por los jóvenes, con los jóvenes... en la Iglesia ha sido y es no sólo un privilegio por estar en contacto con los sujetos más vitales, llenos de potencialidad, sueños y frescura, sino sobre todo por la oportunidad que nos ha dado de caminar junto a ellos en la construcción de estructuras, estilos y comunidades nuevas en las que encarnar el Evangelio recién nacido y madurado en sus corazones. No en vano, ha sido mucho y bueno lo que los jóvenes formados durante estos años en los procesos, itinerarios, movimientos, asociaciones y comunidades juveniles han aportado, enriquecido y renovado a las comunidades cristianas en las que se han incorporado. Desde la pastoral con jóvenes

<sup>6</sup> J. L. Moral, *¿Jóvenes sin fe? Manual de primeros auxilios para reconstruir con los jóvenes la fe y la religión*, PPC, Madrid 2007.

se experimentó y extendió el uso de nuevos lenguajes, la formación y el compromiso social, nuevos estilos de oración y celebración, nuevas formas de vida en común... Fueron los jóvenes cristianos los que abrieron en la Iglesia espacios para la participación política, el asociacionismo y el diálogo ecuménico. Son los más jóvenes la punta de lanza de los nuevos movimientos, nuevas congregaciones y sociedades de vida apostólica...

Si, como hoy todo parece indicar, nuestros jóvenes ya no participan del inconformismo del que otras generaciones hicieron gala como rasgo evolutivo de su posicionamiento e integración conflictiva en la sociedad, estamos perdiendo un importante motor de cambio, pero, sobre todo, la capacidad del joven de sintonizar con el rasgo evangélico de construcción crítica y creativa del Reino. Si ya no van a ser los jóvenes quienes a través de la denuncia contracultural lideren el dinamismo de cambio social y renovación eclesial, la pastoral con jóvenes no puede renunciar al papel de aportar, a través de una nueva praxis evangelizadora, futuro a la Iglesia.

La propia evolución de la relación del joven con su futuro no está exenta de contradicciones. Hasta hace pocos años, el joven vivía en gran medida proyectado hacia el futuro, pues así se lo recordaban todos los mensajes que le llegaban tanto en su itinerario académico como en los primeros años de incorporación al precario mercado laboral. No le quedaba más remedio que pensarse y vivirse hacia delante. Si ya es difícil propiciar en los jóvenes el encuentro con el Dios de la historia cuando tienen pocos años que contar, ayudar a descubrir a los que acaban de enamorarse que Dios es amor, proclamar que Jesucristo es el Señor de nuestras vidas precisamente ahora que no reconocen ninguna autoridad..., más complicado resulta aún que hagan la experiencia de encuentro personal con el Dios de la vida cuando ni ellos mismos son conscientes y

dueños de su presente, en el que se juegan las verdaderas relaciones interpersonales.

Hoy, conscientes de atravesar una etapa vital de transición cada vez más larga, la mayoría de los jóvenes han optado por vivir evadidos de su presente o, al contrario, por entregarse al “inmediatismo” y “presentismo” con los que la cultura posmoderna ha hecho su bandera. Los sociólogos<sup>7</sup> nos dicen que nuestros jóvenes difícilmente desarrollan una identidad sólida en un mundo en el que la infinidad de cambios biográficos a los que estamos expuestos nos obliga a un esfuerzo continuo de adaptación. Los valores “tradicionales” que hasta ahora han ofrecido instituciones como la Iglesia, como anclajes de sentido, se cuestionan y mezclan con otros muchos. Optar por alguno de ellos es demasiado comprometido. Preferimos elecciones y pertenencias no vinculantes, fluidas: más vale no proyectar el futuro cuando el presente es tan incierto.

Rehenes de una cultura hedonista que identifica su juventud con vigor, salud, belleza, sexo, vitalidad, energía, empuje..., quieren, queremos, seguir siendo eternamente jóvenes. Como aquel que, interpelado por Jesús en el evangelio, no quiso crecer renunciando a todo lo que poseía. El “síndrome de Peter Pan” de nuestros eternos adolescentes les dificulta dar este salto de madurez para acoger el futuro entre sus manos y les hace esquivar, tras unas gafas de sol alternativas o de diseño, la mirada exigente y cariñosa de Jesús de Nazaret.

Son pocos los que en los últimos años se han incorporado a nuestras estructuras eclesiales renovando equipos parroquiales y diocesanos, aunque también es verdad que los adultos que nos quejamos de ser los mismos que estábamos

<sup>7</sup> Z. Bauman, *Modernidad líquida*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires 2004.

hace veinte años tampoco facilitamos mucho el relevo a los pocos audaces que lo han intentado. El juicio negativo, el recelo, la generalización injusta..., han estado, por desgracia, demasiado presentes en nuestra preocupación y ocupación por los jóvenes. Nos ha faltado mucho de acogida incondicional, aceptación, diálogo y encarnación, principios básicos de una buena evangelización, que nunca es unidireccional<sup>8</sup>.

Las cosas están cambiando mucho para todos, no sólo para los jóvenes. Sin entrar en el desarrollo de los distintos posicionamientos que ante estos cambios, el futuro y el diálogo con la cultura moderna se están dando por parte de distintos grupos, sectores o corrientes dentro de la Iglesia, no cabe duda de que de cada uno de ellos se deduce una propuesta distinta de pastoral con jóvenes. Desde la pluralidad de sensibilidades, estas diferentes opciones pastorales son una riqueza en la que pueden encontrar cabida las no menos variadas tipologías de jóvenes. Pero, en la práctica, desde algunas de ellas podemos caer en la tentación nostálgica de reproducir el pasado, manipulando la conciencia de la realidad, lo que supone una grave irresponsabilidad, al tiempo que niega al Evangelio, por desconfianza, su capacidad de ser hoy Buena Noticia.

## No están tan locos: saben lo que quieren

Aunque no se les puede meter a todos en el mismo saco, más allá de los denostados rasgos posmodernos con los que nos gusta prejuzgar a los jóvenes, también podemos rastrear algunos espacios de posibilidad hacia los que ellos miran, realidades que les dicen algo, que son significativas para ellos.

<sup>8</sup> C. González Vallés, *Los jóvenes nos evangelizan*, San Pablo, Madrid 1998.

Nuestros jóvenes, para crecer, para poder soñarse en un futuro próximo, necesitan modelos significativos en los que referenciarse. Buscan y desean encontrar cristianos audaces, pero “normales”, a los que no sólo admirar, sino también poder imitar. Nuestros jóvenes, como en otras dimensiones de su persona “en construcción”, necesitan mirarse en otros, quieren reconocerse a sí mismos y aprender a vivir su fe más por contagio que por adoctrinamiento. Los mismos que en otros ámbitos de la sociedad demandan de los adultos menos teoría y más vida, en el ámbito eclesial demandan más testimonio, una teología narrativa de andar por casa para reconocer al Dios que hace grandes cosas en tu vida, en mi vida; para enamorarse del Evangelio y de quienes lo viven. Antiguamente se usaban mucho las biografías para proponer ejemplos virtuosos, entusiasmantes. El contacto con testigos heroicos es necesario para cultivar el ideal, el sueño, para elevarnos del nivel mínimo que en ocasiones nuestro entorno nos propone... Pero, a la vez, es fundamental poder conocer cristianos que han conseguido integrar algunas intuiciones del Evangelio en la vida cotidiana, en el trabajo, el estudio, la familia... El hermano Roger decía: “No podemos pretender vivir todo el Evangelio; podemos vivir esa palabra del Evangelio que hemos comprendido”.

Los jóvenes, a pesar de su individualismo, dan un gran valor a la comunidad. De hecho, viven entre la necesidad de individuarse como personas únicas y la de vivir y apoyarse en otros. No sólo como un espacio cálido y afectivo en el que refugiarse y sanar su herida de soledad, sino también porque reconocen su potencial para el desarrollo personal y comunitario: juntos es más fácil, más útil. Y nos da menos miedo: juntos podemos arriesgarnos. Todo lo relacional despierta su interés y ejerce un poderoso atractivo, porque son más sensibles a lo afectivo que a lo ideológico. Ahora,

eso sí, rehúyen los vínculos a largo plazo y los grupos cerrados. Nuestra pastoral de “grupos” necesita ser revisada para ajustar los niveles de pertenencia y el equilibrio entre experiencias individuales y las que parten y remiten a la comunidad. Anhelan relaciones sinceras y empáticas en las que saciar su sed de comunión profunda entre tanta superficialidad, aunque para ello, en vez del cara a cara, prefieran navegar en los espacios y ámbitos artificiales de *chats*, mensajes, foros y redes sociales de Internet.

Muchos jóvenes saben que nuestro mundo está enfermo, herido de injusticia y violencia. Ellos, en muchos casos, son ya víctimas del sistema o forman parte del engranaje opresor, de las anónimas estructuras de pecado, que cuentan con nuestra pasiva complicidad para seguir expoliando el planeta de sus recursos y a los más pobres de su dignidad. Ellos quisieran escapar de esta espiral sin futuro, pero no saben cómo ni se encuentran con fuerzas. Para ellos es fundamental saber que otros muchos hombres y mujeres sueñan con “otro mundo posible” y que no están solos; que pueden compartir esta lucha, esta empresa, con los compañeros de Jesús, con otros y para otros. Pocas inversiones tienen tanto futuro como la formación y el entrenamiento de las nuevas generaciones a favor de la justicia, la paz y la integridad de la creación. Pocas realidades implican tanto como la amenaza de la vida, que, además de la denuncia, exige la movilización constructiva de todos en su preservación. Ellos, en tanto que jóvenes, tienen una responsabilidad vinculante, porque les va su futuro en ello.

Si la Iglesia católica quiere estar entre los jóvenes hoy, mañana y siempre, no puede dejar de compartir con ellos los espacios de libertad en los que pretenden, aunque no lo consigan, ser verdaderamente ellos mismos. La fiesta, el ocio, lo lúdico..., son sinónimos de cultura juvenil. Espacios y tiempos cada vez más mercantilizados

y en los que con el uso del alcohol y las drogas tratan de tapan los profundos agujeros que la falta de la auténtica alegría les deja en el alma. Saber invitarles a la verdadera fiesta tiene mucho que ver con salir a los caminos para que entren al banquete. Y para ello, cuando hablamos de pastoral con jóvenes, nos es útil recordar que vivimos en el norte del mundo: sociedad viciada, consentida, caprichosa... Por suerte, nuestra Iglesia es universal, y esto es un recurso maravilloso, una posibilidad educativa excepcional, que nos permite poner en contacto a los jóvenes del Norte con los del Sur, hermanar, visitar, aprender, acogerse mutuamente... La ocasión de abrir ojos y corazones a quienes no tienen nada más que hacer que decidir cómo pasar el tiempo libre, para descubrir prioridades, para concentrar energías y entusiasmo en mejorar juntos el mundo.

### *Nuevos y viejos lenguajes que anuncien novedad*

La evangelización es un acto comunicativo. A pesar de tener la certeza de la calidad del mensaje, cada vez somos más conscientes de la dificultad para que los más jóvenes lo acojan y entiendan. Para anunciar a Jesús de Nazaret a los jóvenes tenemos que ser capaces de hablar en su lenguaje. No se trata de usar la misma jerga juvenil, sino de exponer el mensaje a partir de contenidos y experiencias que sean realmente significativos para su vida. Ellos tienen fobia a los sermones y a todo lo que se les parezca; sin embargo, se quedan fascinados ante el testimonio apasionado de una persona coherente. No son jóvenes de ideologías y grandes utopías, como pudo suceder con la generación de los sesenta y setenta, sino que más bien se mueven y proyectan desde la experiencia, la emoción y el afecto. Son distraídos, superficiales en sus observaciones y en sus juicios, pero para captar su atención tampoco podemos caer en una escalada de recursos audiovisuales. Una

palabra franca y cercana, una imagen, un símbolo y, sobre todo, los gestos honestos y verdaderos son más elocuentes que cualquier presentación multimedia.

Un buen proceso pastoral debe culminar con la expresión de la fe recibida. Expresión celebrativa en la comunidad, orante y misionera. Necesitamos proclamar, expresarnos para “convovernos”, y dar cuenta de la fe que profesamos. La fe no sólo dinamiza nuestra cabeza, porque de ella también hablan las manos, los pies y el corazón. Para ello tenemos que poner en juego todos nuestros sentidos, nuestra creatividad, nuestra sensibilidad. Muchas veces interpretamos el mutismo de nuestros jóvenes como sinónimo de apatía o indiferencia. Como les cuesta tanto la expresión oral, es a través del lenguaje no verbal como aprendemos a escucharlos, porque sus miradas suelen ser más elocuentes que muchos de sus gritos, mudos de sentido. La cultura juvenil maneja con soltura otros lenguajes de expresión: plásticos, musicales, visuales..., pero rara vez les hemos ayudado a usarlos para contar y narrarse unos a otros su experiencia religiosa, sus búsquedas, sus sentimientos.

Pero más importante que la adaptación del código es la credibilidad y capacidad de “decir novedad”, Buena Noticia, de los emisores del mensaje. No podemos evitar constatar que otra dificultad que los jóvenes –y adultos– encuentran para sentirse atraídos y pertenecientes a nuestra pobre y maravillosa Iglesia católica es lo poco presentables de algunos mensajes incoherentes que residen en su misma estructura: organización interna, testimonio de austeridad, moral sexual y familiar, igualdad de género... Más que a los lenguajes adecuados, los jóvenes son alérgicos –más que los adultos– a las contradicciones escandalosas, a las posturas anacrónicas y autoritarias. Y si tienen que elegir en qué “club” entrar, no eligen una estructura medieval, nada democrática, rígi-

da, centralizadora y cerrada a que el Espíritu se pueda manifestar en las comunidades vivas y en los creyentes de a pie.

La actitud de muchos puede definirse en el chiste que decía: “No, si yo en Dios creo, pero es el personal de tierra el que me echa para atrás”. Llegar a aceptar los inconvenientes de nuestro “club” y conseguir que ellos no nos escondan el rostro de Cristo es un ejercicio de madurez fenomenal, que no se puede pedir a quienes se acercan a nuestra Iglesia. Creemos que la pastoral juvenil debe insistir no sólo en una metodología más eficaz para transmitir la fe, sino también en cómo abrir nuevos canales de transformación estructural para la misma Iglesia que le permitan ser más creíble. Es cuestión de encarnar a Dios en la historia, más que de perpetuar los instrumentos humanos con los que históricamente la Iglesia se ha encarnado. Desde otras latitudes con menos “historia”, las comunidades del sur nos enseñan modelos de organización más flexibles, que contrastan con la rigidez del modelo occidental.

*Ver para creer: estética  
y experiencia de Dios*

Nuestros jóvenes son imagen, consumen imágenes. Para ellos, la estética es un referente de identidad y de significado que les ayuda a encontrar su hueco en la sociedad. A través de su forma de vestir, de sus peinados..., acotan el espacio en el que se encuentran cómodos y se mimetizan en el grupo que les acoge y les permite exorcizar la tan temida individualización, que les huele a soledad. Ropas y estéticas fotocopiadas y multiplicadas por el cine y la publicidad globalizados les permiten, como mucho, distinguirse entre las distintas tribus en las que se clasifican. Los adultos, arrastrados por la misma corriente, estamos casi desautorizados para proponerles un desafío

contracultural que les ayude a posicionarse frente al torrente consumista, ayudándoles así a descubrir con gestos la sobriedad feliz, la libertad evangélica de vivir ligeros de equipaje.

Nos va a tocar movernos cada vez más entre estos jóvenes, que disfrazan sus inseguridades detrás de atuendos y marcas, que reconocen ser víctimas de la moda, aunque sea *underground*. No hay mucho más detrás; tan sólo una pose estética, sin ética o ideología que la sustente, aunque sus camisetas o las letras de las canciones que escuchan sean bastante explícitas. Habrá que aprender a situarse en medio de estéticas de muerte —*mods*, góticos, siniestros, *emos*...— e invitarles a salir de los sepulcros, para proclamar la estética de la Resurrección, cargada, ésta sí, de contenido ético y transformador.

Debajo de sus ropas, prestan una gran atención a sus cuerpos. Dominados por el culto a la propia imagen de nuestra sociedad, hacen de ella el absoluto referente de su identidad, su valor, su capacidad o no de aceptación social. Se puede expresar en gestos más o menos pintorescos y exhibicionistas, como el mostrar sin pudor su ropa interior, su cuerpo tatuado o perforado por *piercing*, siempre dentro de un meticuloso y cuidado desaliño. Pero también a través de su ocultación o maltrato, fruto de la lucha interior por el rechazo y la no aceptación de su propio cuerpo. Esta fiebre, llamada desesperada de atención, desemboca cada vez en más ocasiones en trastornos alimentarios, peligrosas patologías que llegan incluso a costarles la vida.

La imagen que proyectamos es nuestra mejor carta de presentación. Vale más que mil palabras y aclaraciones, sobre todo porque lo que entra por los ojos suele ser el primer mensaje que transmitimos, condicionando el resto de la comunicación. En nuestra pastoral con jóvenes hemos privilegiado los aspectos lógicos y verbales

en detrimento de los simbólicos y visuales. Antes de abrir la boca, nuestras comunidades e instituciones dicen mucho de sí mismas y de su falta de sintonía con la cultura, los gustos y las preocupaciones de los jóvenes. No hay más que comprobar cómo las camisetas de nuestros campamentos no se las vuelven a poner jamás, nuestros pósters y folletos apenas llaman su atención, y nuestras estampas están a años luz de los *flyer* de discotecas que coleccionan y cuelgan en el corcho de su habitación. Afortunadamente, cada vez se es más consciente de que no es indiferente el diseño, el color, la tipografía, etc.

En este panorama, la Iglesia y las pastorales con jóvenes están empezando a reaccionar, recuperando, como en otras épocas, la belleza y calidad estética como instrumento de evangelización. Si el cristianismo ha sabido como ninguna otra religión transformar sus imágenes y símbolos religiosos en obras de arte, en las últimas décadas, lo católico o cristiano ha sido sinónimo de hortera *kitsch*, *revival* obsoleto o *cutrez* improvisada. Muchos de nuestros espacios, imágenes y objetos de culto han perdido su potencial de evocación de lo trascendente porque antes han perdido su capacidad de hablar a la sensibilidad estética de sus destinatarios. Enrocados en modelos del pasado o en novedades de dudoso gusto y peor calidad, puede parecer que hemos perdido la creatividad para poder verter en odres estéticos más actuales y bellos la expresión de nuestra fe.

Los “hijos de las tinieblas”, provocando sensaciones, creando climas y ambientes cargados de sugerencia e intencionalidad, no han dejado de redecorar los espacios en los que convocan a los jóvenes para adaptarse a sus gustos y sensibilidad, mientras que nuestras capillas, locales y salones juveniles, a la par que ámbitos cerrados y normativizados, siguen siendo el paraíso del terrazo, la formica y el escay. Nos hemos empeñado en que rezaran a la luz de un tubo fluorescente y cele-

braran su fe con cantos contemporáneos del *La, la, la* de Massiel y rodeados de reproducciones en yeso policromado de imágenes barrocas. Nuestro pecado ha sido de obra y de omisión, porque está comprobado que, más que un problema de presupuesto, lo es de cariño y buen gusto.

### *La nueva mística y el miedo al silencio*

Los jóvenes son “creyentes” por definición; es más, podríamos afirmar que cada vez son más sensibles a las manifestaciones religiosas, sin por ello contradecir su evidente desinterés e indiferencia ante la posibilidad de encontrarse con un Dios capaz de reorientar su vida y llenarla de sentido. El despertar espiritual o “reencantamiento” de nuestra cultura ha conseguido fabricar sus propias religiones ateas, que conectan espontáneamente con unos jóvenes siempre propicios a los rituales, las pertenencias gregarias, los símbolos e incluso a sus propios sacramentos. También el cristianismo puede acabar siendo presentado como una religión sin Dios, y nuestra pastoral con jóvenes, como un círculo de socialización, agencia de tiempo libre o expendedora de vivencias. Hace ya tiempo que se dijo, quizá pensando en estos días, que el cristiano del futuro será místico o no será. Hoy podemos seguir repitiendo que si nuestra pastoral con jóvenes no ayuda a construir este sujeto místico como cimiento de la persona cristiana, estamos perdiendo el tiempo.

Evidentemente, entendemos por místico a aquel que ha hecho experiencia personal de Dios en su vida. Experiencias que, sin necesidad de ser aparatosas ni extraordinarias, remiten al creyente al compromiso cotidiano, viviendo su fe con los pies en la tierra. Desde que Dios se hizo hombre, el lugar de encuentro con la divinidad es la misma humanidad. Es la realidad concreta de cada joven el terreno más idóneo en el que se deben dar cita la fe y su vida. Los procesos de per-

sonalización y humanización de su vida, acompañados para ser revelados como territorio sagrado, contribuirán sin duda al crecimiento y maduración de su experiencia de Dios. “El proceso de educación a la fe, en el fondo, no consiste tanto en introducir algo externo en el interior de la vida de los jóvenes cuanto en ayudarles a caer en la cuenta, a dar a luz su intimidad más radical habitada por Dios”<sup>9</sup>.

Para empezar, es evidente que nuestro Dios habita en el interior de cada uno de nosotros, y no hay más acceso posible, canal, camino... que el cultivo de la interioridad. No el ensimismamiento egocéntrico, ni la quietud descarnada, sino la interioridad de la no superficialidad, la interioridad contemplativa de la realidad, la interioridad del silencio para la escucha. Es precisamente este último elemento el más difícil. En un mundo ruidoso, hemos perdido la capacidad de hacer y estar en silencio. Incluso nos da miedo, quizá por aquello de quedarnos a solas con nuestra verdad... Actualmente hay sólo dos lugares sociales donde encontramos silencio: las iglesias y las bibliotecas. Curiosamente, podemos observar cómo, en los últimos años, son muchísimas las propuestas de las disciplinas orientales y de la *new age* que enseñan y cultivan el silencio con más éxito que nuestras pastorales cristianas. Tal vez tengamos que aprender algo de ellas.

Aunque la experiencia trascendente sea para los jóvenes algo lejano, desde el acompañamiento pastoral sí se puede ir proponiendo un camino de crecimiento y de experiencia que les permita abrir una “brecha” por donde se cuele el Dios-Amor. El reto es empezar por quién soy y qué quiero, para acabar con la pregunta de quién habita mi entraña. Para los jóvenes, abrirse al misterio pasa por descubrir que hay algo que no controlo, que me

<sup>9</sup> J. L. Moral, “Praxis cristiana con jóvenes en una sociedad laica y democrática”, *Revista RPJ*, 441 (2008) 3-16.

remite a lo esencial. Es la experiencia de abrir los ojos para mirarme y descubrirme habitado, amado. Una vía de acceso puede ser impulsar los deseos profundos, reconocer mi herida y mi debilidad (en mi debilidad está mi fortaleza), para descubrir al Dios que se cuele por las grietas del corazón. Otra, bucear en la pregunta escandalosa: ¿Dios, por qué sufrimos?, para descubrir su presencia en mis respuestas de compromiso y solidaridad, para ser manos de Dios para los otros.

Despertar la sensibilidad religiosa o educar para la trascendencia supone partir de un sujeto que llega a nuestros procesos con una formación y socialización religiosa cada vez más precarias, cuando no inexistentes. La comunicación se quiebra si se parte de presupuestos que, aunque conocidos, no han sido aún experimentados por los jóvenes. Tenemos que empezar consolidando umbrales de sentido más sencillos, sobre los que ir alfabetizando en la vivencia y participación en los símbolos, los ritos, la liturgia y los sacramentos cristianos.

### *Los grandes fenómenos de masas*

Un caso singular pero de enorme capacidad de convocatoria y repercusión mediática son los grandes encuentros internacionales y jornadas mundiales de la juventud. En este tipo de eventos, millares de jóvenes comparten durante unos días su fe, su alegría, sus dudas e interrogantes, sus ganas de vivir. El cambio de escala, su repercusión mediática, la posibilidad de “salir del armario” para explicitar públicamente su pertenencia a la Iglesia, suelen marcar un antes y un después en la vida de fe de quienes participan. Son tiempos fuertes, vinculados a experiencias muy emotivas que recordarán durante todas sus vidas. Son un buen empujón para dar pasos de crecimiento, una experiencia que ayuda a “cargar las pilas” y de la que beber en tiempos de sequía;

una oportunidad para visibilizarse junto con otros muchos jóvenes y sentir que no estás sólo, que no eres el único loco apasionado por el Evangelio.

No tienen mucho valor si se convierten únicamente en acontecimientos anecdóticos y puntuales en la vida de la persona, si en el antes y el después no se acompaña lo vivido para *aterrizarlo* en nuestra vivencia cotidiana de la fe. Se puede correr el peligro de idealizar esos momentos –en los que seguir a Jesús es tan fácil– y renunciar a ser cristiano en la vida diaria, fomentando esa esquizofrenia tan común en muchos creyentes. Está claro que los jóvenes valoran la experiencia, pero es imprescindible que pase de los sentidos, de lo sensible, a lo profundo del corazón. No podemos convertirnos en meros creadores de consumo vivencial, sino hacer una pastoral que inserte las raíces en la tierra. Estaríamos propiciando semillas que crecen rápido pero que en cuanto sale el sol se secan por falta de raíz que las alimente.

## **Pastoral con jóvenes: del hambre de hoy al pan para mañana**

Los jóvenes, más que un problema para la Iglesia, que es lo que a menudo parece, son un desafío y una oportunidad. Es urgente, y es nuestro deber como parte interesada en el empeño de la extensión del Reino, que la pastoral con jóvenes sepa adaptarse a las nuevas necesidades, contextos y retos que el presente y el futuro que atisbamos nos están demandando<sup>10</sup>. Las dificultades por las que atravesamos deberían, cuando menos, ser un acicate para sostener la tensión de nuestro esfuerzo y la creatividad de nuestras respuestas a la hora de afrontar la situación. El cambio no dependerá tampoco de nuestra capacidad,

<sup>10</sup> L. P. Berger, *Cuestiones sobre la fe: una afirmación escéptica del cristianismo*, Herder, Bilbao 2006..

ni de nuestras propias fuerzas, sino de nuestra disponibilidad para innovar desde Dios. La historia de nuestra Iglesia, desde sus comienzos, es un ejemplo de ensayos, de aciertos y errores en la encarnación del Evangelio en distintas culturas, territorios y tiempos. Esta empresa, la pastoral con jóvenes en la sociedad occidental, sólo tendrá futuro cuando sepamos encarnar el Evangelio en nuestra realidad presente, tanto en la cultura juvenil como en los territorios por los que nuestros jóvenes viven, sufren y gozan, proclamando la verdadera Buena Noticia para los jóvenes. No es sólo cuestión de lenguaje, sino también de las opciones que tomemos: ¿qué imagen de Dios? ¿Qué modelo de comunidad-Iglesia? ¿Qué proyecto de vida cristiana?...

Quizá debemos empezar por replantearnos algunos fundamentos metodológicos. En los procesos educativos de la persona, la forja de sólidas identidades de antaño, apoyada en una estructura ideológica objetiva y transmitida desde fuera, viene hoy a ser sustituida por la decantación de los distintos modelos subjetivos, transitorios y fragmentados de las experiencias ensayadas y vividas por los jóvenes. “De la vida concebida como proyecto, en la modernidad, pasamos a la vida concebida como sucesión de experiencias de la posmodernidad. No se trata de tomar unas decisiones a las que ser fieles para alcanzar una meta en la que supuestamente permanecer (la familia, el trabajo, la propia vocación), sino de vivir en profundidad el presente y la experiencia que toca vivir en cada momento. Esta experiencia es la que va a hacer que la persona vaya seleccionando y eligiendo lo más valioso de lo que se encuentra en el camino, y busque la forma de seguir en ello”<sup>11</sup>. La pastoral es un buen lugar en el que colgar algunas de esas experiencias: afectivas, identitarias, solidarias..., balizas de referencia

<sup>11</sup> Adsis, *Jóvenes y Dios*, PPC, Madrid 2007.

en procesos mucho menos acotados y mucho más abiertos y fluidos. Sin renunciar al mismo tiempo, desde esta construcción subjetiva del sujeto, al desarrollo de capacidades, destrezas y competencias que despierten y abran al individuo a la responsabilidad moral, a la conciencia comunitaria y al sentido de trascendencia.

No podemos tampoco eludir otros retos que desde la misma realidad juvenil nos están cuestionando. Ante los gritos del alma, colaboremos con la escuela, los servicios sociales, la municipalidad... para promover la acogida de los jóvenes, escuchar los gritos del alma: los jóvenes solos, la violencia, la autolesión, el acoso, los conflictos familiares, las heridas emotivas, la confusión, el sufrimiento<sup>12</sup>. Cuando creen saberlo todo, resulta inútil adelantarse dando respuestas a preguntas no formuladas. La motivación para iniciar sus búsquedas no puede ser injertada ni prestada, pero podemos provocarla. Es la sed la que nos conduce al agua, más que la descripción de la fuente. La Buena Noticia empieza por escuchar y acoger de forma incondicional las necesidades, deseos, miedos y sueños de nuestros jóvenes.

Urge también recuperar su capacidad de indignación, teniendo en cuenta la útil, justa y necesaria rebelión ante modelos precedentes en los adolescentes. Estimular la rabia para promover la acción, la colaboración, la búsqueda de una comunidad con la cual leer-cambiar el mundo. Una de las grandes dificultades para abrirnos al encuentro con el Padre es nuestro orgullo prepotente. Y cuando somos jóvenes, nos sobran fuerzas para comernos el mundo. A menudo nos resulta más fácil ofrecer ayuda que pedirla. Qué difícil nos es reconocer nuestra fragilidad, aceptar que Dios, que el otro..., nos puede ayudar. Cuánto nos queda para aprender a aceptar el “abrazo de

<sup>12</sup> J. Elzo, *Los jóvenes y la felicidad ¿Dónde la buscan? ¿Dónde la encuentran?*, PPC, Madrid 2006.

Dios” como un regalo, para aprender a llorar en él, a reír en él.

Tenemos que volver a Jesús, recuperar la presentación de su vida y su mensaje, sin filtrar su radicalidad, sin eludir la siempre incómoda confrontación con nuestras escalas de valores y estilos de vida. En una sociedad de precarios referentes, Jesús de Nazaret sigue manteniendo insospechadas cuotas de popularidad secular, saltando del póster al musical, de la superproducción de Hollywood a la literatura pseudo-científica. Jesús ha sido uno de los pocos supervivientes del reciclado de iconos revolucionarios “mayistas”, en las barricadas “altermundistas”. Los jóvenes católicos deben recuperar tanto su figura histórica como el vínculo espiritual con él, cercano y personal. Y aprender de otras iglesias cristianas que con más espontaneidad han conseguido que Jesús llegue a ser algo más que la referencia ideológica a la que en nuestras pastorales lo habíamos reducido.

En la cultura hedonista de nuestra sociedad se da por sobreentendido que ser feliz es no sufrir. Por eso, desde el concepto de autonomía y libertad del ser humano, se ha apresurado a romper cualquier dependencia con Dios o, mejor dicho, con imágenes deformadas de un dios falso que envía, consiente y usa el sufrimiento como arma coercitiva y sádica contra la humanidad. Muchos de nuestros jóvenes, desde su ignorancia, identifican todo lo que suene a religioso como un peligroso gendarme, enemigo de su felicidad y de su realización personal. Les pedimos que vivan la norma antes que la experiencia de fe. No en vano, algunos de nuestros pastores sólo aparecen en la escena pública para prohibir, como celosos rectores de la minoría de edad moral de sus fieles.

Antes de seguir arrojando pecaminosas culpabilidades sobre nuestros coetáneos, convendría recuperar el “no tengáis miedo” y “venid a mí los

que estáis cansados y agobiados” como eficaces instrumentos en la pedagogía-economía de la salvación. Otra cosa muy distinta es cuando, desde la madurez y plenitud de la persona propugnada en el Evangelio, somos capaces de acoger el dolor, la entrega, la renuncia y el esfuerzo como crecimiento frente a la lógica del placer. Sin duda, en otras épocas el cristianismo pudo situarse en el extremo contrario; por eso, ahora nos toca equilibrar el rebote de la mala noticia del cristiano “sufridor masoquista”, el mensaje que llegó a nuestros padres, con la tiranía del placer de nuestro presentismo posmoderno.

Mientras no se aborde con valor y honestidad la revisión de la posición del Magisterio de la Iglesia respecto a la moral sexual, seguirá siendo un obstáculo prácticamente insuperable para el encuentro entre los jóvenes y la Iglesia. Y no sólo para los jóvenes, porque determinadas exigencias y condenas en torno al ejercicio de la sexualidad humana han provocado mucho sufrimiento y el alejamiento práctico de muchos adultos. Al menos, deberíamos aceptar que tenemos que sentarnos a dialogar con la sociedad, compartiendo un proceso de búsqueda común, sin dogmatismos. Mientras tanto, en la pastoral tendremos que seguir formando y orientando a los jóvenes. La inflación de información sexual contrasta con un pavoroso déficit de educación afectivo-sexual y de otros muchos temas de salud y cuidado del propio cuerpo. Y tendremos que seguir acompañando en la integración de esta dimensión fundamental de la persona, un regalo de Dios, que como todo y sin exagerar no está exento de contradicciones.

Sin lugar a dudas, la confirmación ha sido y es el núcleo de la convocatoria y la estación término de muchas de nuestras pastorales. Ya es hora de que nos planteemos si debe seguir siendo así o, al menos, de ponernos de acuerdo en su condición de medio o de fin. En algunos casos ha sido la última oportunidad para tomar contacto con los jóve-

nes, y con demasiada frecuencia, su despedida oficial de la Iglesia. La tentación es estrujar al pájaro en la mano antes de que eche a volar, reenganchándoles, mientras se dejan, en procesos catecumenales consecutivos. En torno a este sacramento se han descubierto grandes oportunidades pastorales al mismo tiempo que graves límites. Pero si queremos rescatarlo sin sacarlo de esta etapa crucial en sus vidas, tendremos que garantizar la adecuada motivación para empezar conscientemente el proceso de preparación y la madurez para culminarlo, cuidando el equilibrio entre la exigencia y la acogida de nuestros jóvenes alejados.

Las etapas de nuestros proyectos e itinerarios pastorales, entendidos como procesos de iniciación cristiana, no han conseguido culminar su misión con la desembocadura de los jóvenes que han pasado por ellos en las parroquias y comunidades cristianas de adultos. En algunos casos, porque estaban concebidas como oasis juveniles, demasiado artificiales, sin vínculos con los parámetros reales de la vida adulta a la que más tarde o más temprano se tienen que enfrentar. En otros, porque la brecha entre la manera de orar, celebrar, organizarse y comunicarse en los grupos juveniles no llegó a tener eco y continuidad en las comunidades adultas, en las que no llegaban nunca a integrarse, sintiéndolas demasiado ajenas y extrañas a su sensibilidad. Únicamente han sobrevivido aquellos jóvenes que tuvieron la suerte de ser acogidos en comunidades cálidas, donde las relaciones interpersonales ayudaron a acortar distancias y sirvieron de puente con la vida adulta y la realidad.

### *¿Dónde está la marcha? Ámbitos nuevos*

Llegados hasta aquí, necesitamos ampliar la mirada para detectar yacimientos de vida y esperanza, y reconocer experiencias y opciones pastorales que se van abriendo paso en la configuración del futuro: ámbitos en los que estar presentes

junto a los jóvenes porque ahí se juegan sus intereses, sus pasiones y su destino; buenas prácticas de las que aprender e incorporar a nuestro saber hacer. Más que un recetario, son oportunidades para ofrecer una pastoral con jóvenes más diversificada, de pertenencias flexibles<sup>13</sup>, abiertas y permeables para su acceso y recorrido en distintos niveles y a distintos ritmos. Es evidente que hoy todo es más complicado, diverso, rico..., como lo serán nuestras propuestas, respetando y personalizando el itinerario de cada individuo, pero incorporándole a la comunidad cristiana en la que Cristo resucitado se hace presente. En todas ellas palpita la propuesta comunitaria como eje transversal y contracultural por donde todo joven debería pasar, aunque sea por un tiempo acotado, como en la experiencia “Magis” de la pastoral jesuita.

La primera convicción es que o nos salvamos juntos o no nos salvamos. En torno a la comunidad de Taizé (Francia), el camino de búsqueda de Dios de nuestros jóvenes converge con el de los jóvenes de las demás tradiciones cristianas e incluso con los de otras religiones. El ecumenismo y el diálogo interreligioso son un ámbito de encuentro de todos ellos, y en ellos con Dios. Los jóvenes no conciben una propuesta de verdad única: no puede haber pretensión de unicidad. No tenemos la respuesta, pero la metodología para llegar a ella es buscarla juntos, sentarse a dialogar con otras realidades, estar dispuestos a aprender.

El desafío de la salvaguarda de la creación y la sensibilidad y el compromiso ecológico despiertan en los jóvenes su responsabilidad humana ante el deterioro del planeta azul como parte del problema y también de la solución. Al mismo tiempo, les deja desnudos, descalzos, pisando una tierra sagrada. Hermana, madre Tierra que

<sup>13</sup> J. M. Olaizola, “Las pertenencias flexibles”, en *Misión Joven*, 371 (2007), pp. 25-32 y 49-50.

les permite reconocer las mil gracias derramadas por el Creador, que pasó por estos sotos con presura, y yéndolos mirando, con sola su figura vestidos los dejó de hermosura.

Transformar el “paso de todo” al “*I care*” de Don Milani. Descubrir que hay otros fuera de mí. Hacerme cargo de la vida del otro. Adoptar un trozo de mundo como algunas comunidades de vida y servicio: Basida, Fe y Luz... Participar de un voluntariado social para enamorarme del hombre antes que de Dios (Mt 25). Y en el hombre que sufre dolor, enfermedad, injusticia, violencia, discriminación, marginación..., descubrir el rostro de Dios. Sin instrumentalizar o manipular la pobreza para acallar mi conciencia, sino para cantar con María en el *Magnificat* que el Dios en el que creemos es el que ha optado por ellos. Sobre todo si el compromiso les lleva a las causas, no sólo a las consecuencias, y promueve su implicación socio-política, no simplemente asistencial. La respuesta del servicio ayuda al joven a descubrirse también actuando, protagonista, desarrollando sus dones. Y hay que cuidar la vuelta a casa, sobre todo tras la cooperación internacional, para consolidar en su propio ambiente, sin esquizofrenias, los hábitos del corazón, para contagiar a otros el virus de la solidaridad (como ahora llamamos a la caridad).

La noche es tiempo de salvación, la noche es el tiempo de los jóvenes, el tiempo en el que ellos están y nosotros raramente acompañamos. La noche es un marco excepcional en el que abrir espacios comunitarios donde compartir, encontrarse, conocerse y no sólo celebrar, recuperando así el sentido de fiesta y ampliando su riqueza de manifestaciones y contenidos. “La noche más joven”, “La noche abierta”, etc., y otras iniciativas municipales recrean nuestras vigilias juveniles y les ofrecen espacios e instalaciones desde el ocaso hasta el amanecer. Si ellos aprendieron de nosotros, ¿aprenderemos nosotros de ellos?

La Nao, el Festival David, son algunas iniciativas no sólo de católicos, sino también de otras confesiones que van en esta línea y podrían servirnos de inspiración: “Painting Jesús”, mezcla de danza y arte, música y Evangelio, espectáculo de masas y silencio, danza contemplativa, *rock* cristiano...

El trabajo en red es otra forma de “montárselo”. Ante la tentación autista y sectaria de mirar cada uno el ombligo de su parroquia, su grupo, su comunidad, tenemos que romper las rigideces de barreras y fronteras artificiales para encontrarnos en la misión común. Es una manera más eficaz y coherente de trabajar en pastoral con jóvenes, apostando por la relación con otras organizaciones, colectivos, plataformas eclesiales y sociales, no duplicando recursos y apoyándonos unos a otros, pero también sintiéndonos y sabiéndonos “red” con otros<sup>14</sup>. Así hacemos visible todo el cuerpo de la Iglesia, convocamos al Reino, no a nuestro huerto, y nos aseguramos de que uno u otro, o entre todos, llegaremos a los jóvenes. Un buen ejemplo de esto son las experiencias de colaboración intercongregacional y diocesanas del “Monte Horeb” o todo lo que se ha venido haciendo en la diócesis de Vitoria-Gasteiz en los últimos años.

## **Diez sugerencias breves para animar a los animadores de jóvenes**

La pretensión de este último apartado no es darte la “brasa” ni echarte una “charla”, sino, simplemente, hacerte consciente de tu valor como agente de calidad y viabilidad de cara a un “desarrollo sostenible” de la pastoral con jóvenes.

1. Cuídate. Déjate cuidar y pide ayuda. El activismo quema la vida de animadores que luego

<sup>14</sup> Delegación Diocesana de Pastoral con Jóvenes, *Plan Estratégico 2005-2009*, Vitoria-Gasteiz.

tienen poco que comunicar. Responsabilízate de alimentar tu propio proceso, de asegurar momentos y espacios para “beber” junto a tus compañeros de equipo: celebrar, rezar, compartir éxitos y dificultades.

2. Permanece abierto: formas parte de un cuerpo con más miembros. El trabajo en equipo es la forma más sólida y eficaz de trabajar. Sé consciente de que formas parte de una “red” en la que confiar y dejarte caer cuando las cosas no salgan como esperabas, porque no todo depende de ti.

3. Dedicar mucho tiempo a acompañar, escuchar y personalizar. Más tiempo a estar con la gente que a la programación de magníficas dinámicas y contenidos. Aprende a “perder” el tiempo: chatea, llama, queda para tomar algo con los jóvenes... Tienes que estar muy cerca de ellos para ser consciente de sus necesidades, ritmos y tiempos. Pero recuerda que no eres un colega más, sino su acompañante. Para proponer, primero se tienen que fiar, y la confianza se gana con tu testimonio y cercanía personal.

4. Tu trabajo es un servicio a la comunidad, pero no es simplemente el desarrollo de una actividad, sino también un ejercicio de contemplación. Aprende a ser contemplativo en la acción. Mantén siempre el equilibrio entre la piedad y el compromiso tanto en la propuesta que les haces a ellos como en tu propia vivencia.

5. Con el desarrollo de las investigaciones sobre las inteligencias múltiples, hoy no se puede pensar en la educación de la fe sin integrar las dimensiones emotiva, racional, sensible, corporal... Trabajamos con todas las dimensiones de la persona, pero no para fragmentarlos aún más, sino para unificarlos en una respuesta creyente integral<sup>15</sup>.

<sup>15</sup> J. M. Alvear – R. Núñez, *Soy yo. Aprendo a ser persona*, PPC, Madrid 2006.

6. Desarrolla todas tus capacidades, valórate en lo que puedes crecer desde tus dones puestos al servicio de la comunidad. Algunos son innatos, pero la mayoría crecerán a partir de una formación continua y de calidad. Da cancha a los más jóvenes del equipo y persevera en tu compromiso. No tengas prisa por jubilarte precisamente cuando tienes más que aportar.

7. Pregúntate siempre si comunicas una mala o buena noticia. Es el mejor *test* para saber si realmente estamos pensando en ellos. En el fondo, nos cuesta ser gratuitos, y contabilizamos los resultados, su pertenencia, sin buscar su felicidad.

8. Entiende los itinerarios vitales que propones y acompañas como procesos no lineales, flexibles, porosos. Procura que queden puertas abiertas para entrar y salir, para reenganchar a los que en algún momento se quedaron descolgados, para no asfixiar a los que necesitan más espacio para crecer. Y todo, respetando y alternando tiempos de más cercanía y alejamiento.

9. En el cambio de referentes de orientación vital, el radar ha venido a sustituir a la brújula. Las identidades de los jóvenes no vienen marcadas por rumbos claros y opciones preestablecidas, sino por modificaciones continuas de posición a partir de innumerables referencias y posiciones relativas respecto a los demás. Tú eres uno de ellos, una referencia clave y cualificada en su pantalla llena de puntitos: da testimonio de tu vida y tu fe.

10. Equilibrio. Equilibrio entre comunidad y progresión personal; entre acción, oración y servicio. Equilibrio entre las distintas dimensiones de la persona: entre lo lúdico y lo formativo, entre la experiencia y la reflexión... Hay mucho que aprender del *método scout*<sup>16</sup>.

<sup>16</sup> Oficina Europea de Escultismo, *Renovación y actualización del programa*, MSC, Barcelona 2000.

# Comunidad

Juan Carlos García Domene

José Luis Pérez Álvarez

Teresa García Gutiérrez

“Porque donde están dos o tres reunidos  
en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos”  
(Mt 18,20)

En la pastoral con jóvenes hay una cuestión decisiva que ronda todo proyecto y todo itinerario. Hay que clarificar, antes o después, la identidad eclesial y la identidad comunitaria del grupo, de la asociación o del movimiento. ¿Somos Iglesia? ¿Somos comunidad? ¿Somos, vivimos y celebramos verdaderamente como la Iglesia del Señor? Decir comunidad es pensar en comunión, y decir Iglesia es decir cuerpo de Cristo, pueblo de Dios, Misterio de amor y de servicio a los pobres. No todo grupo es comunidad, ni toda comunidad es Iglesia, pero tampoco puede haber un auténtico cristiano, joven o adulto, sin una referencia comunitaria o sin una pertenencia eclesial. Seguir a Jesús plenamente sólo es posible en el interior de la comunidad cristiana. Transmitir la fe es ante todo un asunto eclesial y una experiencia comunitaria.

A partir de este arranque, queremos concretar una definición de la identidad comunitaria y eclesial de la acción misionera, catequética o pastoral con jóvenes. También repasaremos la memoria de cinco décadas de labor eclesial con jóvenes, atendiendo a las dificultades y posibilidades actuales para construir comunidad y vivir como Iglesia lo específicamente cristiano. Es tiem-

po de soñar intensamente, con realismo, desde la fuerza que nos proporciona una memoria pastoral agradecida.

## ¿Qué es una comunidad?

Hubo un tiempo en el que a casi todo en la Iglesia le llamábamos “comunidad”, y por un uso excesivo e impreciso la palabra se desprestigió y se vació de contenido. La comunidad es algo más que un grupo, algo más que una agregación de personas, algo más que un conjunto de cristianos que se unen para desarrollar un apostolado, para poner en marcha una iniciativa pastoral o crear una obra eclesial. Hacer cosas con otros o para otros no garantiza el carácter comunitario de la acción eclesial.

Para que una acción sea verdaderamente eclesial, es preciso que se lleve a cabo en nombre del Señor Jesús, en continuidad con su proyecto y su misión —que es el anuncio del Reino de Dios—, en sintonía doctrinal y espiritual con la tradición, atenta al genuino espíritu evangélico y a las mociones del Espíritu Santo, y en comunión con el resto de miembros y sus pastores. En definitiva, ser Iglesia, teniendo en cuenta los criterios de eclesialidad plasmados en la exhortación post-sinodal *Christifideles laici*, es formar parte de un grupo de hombres y mujeres llamados a vivir en la santidad de los hijos de Dios, que confiesan su fe, que la anuncian y la viven, y de la cual dan testimonio en comunión; laicos que han asumido el “fin apostólico” y evangelizador de la Iglesia y que han comprometido su presencia en la sociedad a la luz de la doctrina social de la Iglesia prestando un servicio integral a la dignidad humana (ChL 30). El perfil eclesial viene manifestado en frutos concretos que iluminan todo discernimiento:

“El renovado gusto por la oración, la contemplación, la vida litúrgica y sacramental; el estí-

mulo para que florezcan vocaciones al matrimonio cristiano, al sacerdocio ministerial y a la vida consagrada; la disponibilidad a participar en los programas y actividades de la Iglesia, sea a nivel local, sea a nivel nacional o internacional; el empeño catequético y la capacidad pedagógica para formar a los cristianos; el impulsar a una presencia cristiana en los diversos ambientes de la vida social, y el crear y animar obras caritativas, culturales y espirituales; el espíritu de desprendimiento y de pobreza evangélica que lleva a desarrollar una generosa caridad con todos; la conversión a la vida cristiana y el retorno a la comunión de los bautizados alejados” (ChL 30).

Para que una acción eclesial sea, además, verdaderamente comunitaria, es preciso que se desarrolle por un conjunto de creyentes, conscientes y libres de su seguimiento a Jesús, que estén unidos por un vínculo de relaciones interpersonales, que vivan su fe, que la celebren, la compartan y la comprometan en un amor fraternal y en una acción pública ministerial, cultural, social o política. Toda acción eclesial llega a ser comunitaria cuando integra todos o alguno de los elementos de la comunidad cristiana primitiva descrita en el libro de los Hechos: oración en común, fracción del pan, enseñanza de los apóstoles, comunicación de bienes y testimonio enérgico de la Resurrección de Jesús realizando prodigios y señales, y confiando en que el Señor agregue cada día al grupo a otros miembros (cf. Hch 2,42-47 y 4,32-35). En la comunidad se vive como hermanos, incluso en ocasiones se llega a una comunidad de vida, de convivencia ordinaria y estable, aunque no siempre ese elemento sea dado o imprescindible. Lo característico de una comunidad eclesial es la fe compartida y proyectada, revisada y celebrada. La comunidad eclesial es la referencia ordinaria para mantener viva la propia experiencia de Dios, para encontrar y consolidar una estable vocación eclesial. Es el lugar donde vives la fe y el seguimiento, el lugar propio donde eres cristiano. Una comunidad eclesial es el lugar

donde se vive como hermanos, donde se concreta la eclesialidad; es el lugar del crecimiento personal de la fe donde se concreta minuciosamente, con realismo, el seguimiento personal de Jesús. Para formar parte de esa comunidad, hay que haber realizado una experiencia de fe personal y fundante, hay que aceptar la propia identidad cristiana y eclesial como centro de la existencia, y desde ese centro vital formar parte de una organización ministerial fraterna y corresponsable.

Una comunidad eclesial de jóvenes añade dos notas a los elementos de eclesialidad y a la experiencia comunitaria antes citada. La comunidad, origen y meta de la acción misionera y catequética con jóvenes, es el lugar pastoral ordinario. En esa comunidad de jóvenes las cuatro mediaciones o notas eclesiales adoptan una coloración juvenil –primera característica– y, además, la comunidad –segunda característica– se convierte en una realidad transitoria, pero no inestable. Vamos con la primera de las dos características. ¿Qué cualificación adoptan la koinonía, la liturgia, la diakonía y el kerigma en la comunidad eclesial juvenil?

Una comunidad de jóvenes es koinonía, es decir, rostro eclesial de la fe para sus miembros. La comunidad es la Iglesia formada por coetáneos, pero vinculada a otras realidades eclesiales y sociales. La pertenencia es el lugar donde un joven se juega la identidad. Ser de la Iglesia es ser en la Iglesia y con la Iglesia. No es posible de otro modo. Junto a otros somos nosotros mismos. Nuestra identidad eclesial se arbitra en la comunión con los demás creyentes. Por su propia idiosincrasia psicológica y social, la comunidad incluye, aunque va más allá, el grupo de iguales, el grupo de amigos que es decisivo en la configuración personal y social del joven y del adolescente. Te sientes fuerte porque no te sientes solo, sino acompañado y querido, en afinidad de convicciones y con un grupo detrás. Pero también una verdadera comunidad eclesial nos vincula y

nos proyecta hacia los adultos, hacia otros creyentes de otras latitudes, de otras encarnaciones y culturas, de otros referentes. Una comunidad no puede permanecer cerrada en sí misma; su comunión le lleva a una fraternidad concreta y a una apertura eclesial universal.

Una comunidad de jóvenes es, por definición, celebrativa, liturgia, festiva y creativa en su decir la fe de la Iglesia. La alegría es, para los jóvenes, el rostro de la profecía. La comunidad ora, convirtiéndose en escuela de oración. Inicia en la celebración de los sacramentos porque su clave es de iniciación cristiana. Inicia en la celebración de quien entra por vez primera en una dinámica sacramental. En la Iglesia sacramento, se vive la gracia sacramental de la fe. Especialmente la eucaristía, joven y madura a un tiempo, con signos de ayer y de hoy, expresa la identidad sacramental. La reconciliación, como ámbito ordinario para el encuentro con Dios misericordioso, es ocasión de conocimiento personal y de crecimiento en los valores de la gracia y la verdad comunitaria. La confirmación es, por derecho propio, el sacramento estrella de este proceso de iniciación, que tiene su raíz y culmen en la eucaristía y se origina en el bautismo. Por tanto, una comunidad juvenil tendrá en el itinerario sacramental su expresión ordinaria para la fe que se hace vida y para la vida que llena la fe.

Una comunidad de jóvenes es ámbito para el anuncio, para el kerigma, vivido, explicitado, anunciado con palabras y obras, reflexionado y acogido y recibido como don y como tarea que compromete y salva. En el interior de la comunidad hay espacio para la educación en la fe, para la catequesis, para el estudio sistemático y para la consolidación bíblica, doctrinal y teológica. Por la edad de los miembros y por tratarse de una etapa formativa de toda la persona, esta mediación se hace propia y ordinaria.

Una comunidad de jóvenes sólo puede subsistir si se desangra por sus compromisos, si se hace diakonía y se enfrenta a los grandes desafíos sociales, culturales, morales y políticos del mundo de hoy, y si organiza una acción liberadora y profética en sus ambientes y en sus medios ordinarios de vida. Sin compromiso que desgasta, que interpela, que desanima y permite entrar en el realismo creyente, no podemos hablar de comunidad verdaderamente. Más allá de la celebración –imprescindible–, más allá de la comunión –verdadera necesidad–, más allá del hambre de formación y anuncio –columna vertebral de la comunidad cristiana de jóvenes–, es el compromiso concreto ordenado a la acción caritativa y social el indicador de autenticidad de una comunidad cristiana. La cercanía a los nuevos pobres, la capacidad de análisis y la actuación a favor de los últimos en la diakonía es lo que define las cotas de madurez de una comunidad que está haciéndose constantemente.

La segunda característica es la transitoriedad, porque la juventud no es un fin en sí misma. Es una comunidad de paso, que tras unos años se verá renovada en sus miembros por ley de vida y por motivos demográficos. Todo suele suceder antes de los treinta y después de los dieciséis, y siempre despidiendo y recibiendo a sus miembros. En esta estación de paso que es toda comunidad juvenil, la tarea educativa es el lenguaje propio, y la dimensión vocacional lo inunda todo. Eres joven, quizá deslumbrado y encarcelado por el presente, pero una luz interior y el contacto con la realidad te dicen que la juventud se pasa y hay que encontrar el sitio en la Iglesia, en el mundo, en el trabajo; que hay que canalizar los afectos y estabilizar el amor y el compromiso. Todo ello en apertura a la llamada que has recibido de un Dios que en Jesucristo te revela la dicha de seguirle y de amarle por encima de todo. Una vez que asumes que hay que encontrar el sitio y que lo vislum-

bras, tiene pleno sentido formarte para ser excelente en todo. Se enlazan en la comunidad la dimensión eclesial y creyente en clave vocacional y educativa.

Recapitulando, una comunidad eclesial de jóvenes es la referencia inmediata, el sujeto, el ámbito y el objetivo de toda pastoral con jóvenes. Una comunidad, rostro concreto de la comunión, es don de Dios y tarea de la Iglesia; es convocatoria y punto de llegada, camino y punto de partida.

## **Cincuenta años construyendo comunidades eclesiales**

En esta memoria pastoral de la transmisión de fe a los jóvenes proponemos una mirada a los últimos cincuenta años desde la perspectiva eclesial, teniendo en cuenta la dimensión comunitaria de todas las iniciativas y los distintos momentos vividos en el contexto español.

A finales de los años cincuenta, en el preconcilio, la pertenencia eclesial estaba naturalizada en la sociedad española como forma social conveniente. Los jóvenes cristianos, mayoritariamente articulados en la Acción Católica, eran encaminados a una militancia confesante, muy activa espiritual y socialmente, pero sin vínculos comunitarios de referencia inmediata. La eclesialidad era dada, sobreentendida, y el grupo era referente natural para el apostolado, pero no para la comunicación de bienes, de vida y como espacio de fe concreta.

Poco a poco, en la década de los sesenta, y como primer fruto de la renovación conciliar, van apareciendo elementos comunitarios como nuevas formas de vivir y encarnar la fe, especialmente en los jóvenes. Se intuyen y se sueñan nuevas presencias, que tienen como eje la encarnación, la

actuación social, la presencia en el mundo y la penetración en los ambientes. El grupo apostólico (obrero, estudiantil, femenino...) va dejándose interpelar por el mundo, que le reclama y le confronta en su espiritualidad muy idealista y poco crítica. La militancia se va abriendo paso a la encarnación, y el espíritu de diálogo gana posiciones frente al talante apologético. La vida y la realidad, más allá de los parámetros eclesiales, entra en el interior del corazón de los jóvenes cristianos, que comienzan a ser más testigos que militantes.

Al principio de los setenta toma cuerpo la inspiración catecumenal de toda la acción pastoral con jóvenes, y el proyecto comunitario, de mil maneras y bajo mil nombres y caminos, invade todo en la pastoral con jóvenes. Es el momento dorado de las comunidades juveniles. La vida de los jóvenes, la fe de la Iglesia y la presencia en el mundo polarizan la constitución de cientos y miles de proyectos comunitarios, locales, interparroquiales e incluso diocesanos. Desde entonces, gana cuerpo la afirmación de que la fe sólo se entiende y se vive en comunidad. Es el momento de la publicación del *Ritual de la iniciación cristiana de adultos* y la época del redescubrimiento de la confirmación como perla preciosa de la pastoral con jóvenes. Surgen múltiples iniciativas, y al final de la década se diversifica mucho la acción con jóvenes: educación de la fe en el tiempo libre, campamentos, grupos de oración, de solidaridad, misioneros, musicales, de teatro, etc. La palabra clave era convivencia; la intuición de fondo es que el grupo era la condición y posibilidad para el encuentro con Dios y con Jesús, la necesaria mediación eclesial. A la vez, durante aquellos años, se fue generando la necesidad de coordinación entre grupos, regiones, realidades eclesiales de vida religiosa, parroquias, movimientos emergentes. Así surgió una variedad a veces indescriptible. Todos se sienten

Iglesia, y, en la mayoría de los casos, la comunidad es la meta descrita o latente, y el grupo es la mediación eclesial de referencia. También la metodología, sin perder de vista la personalización de la fe, acentúa el proceso comunitario como estilo de vida y de trabajo.

El trabajo de coordinación durante la década de la Transición fraguó en la creación de la Subcomisión de Juventud de la Conferencia Episcopal Española. Culminaban así los años de los encuentros de Cullera, Negrals, y la creación de muchas delegaciones diocesanas de pastoral de juventud. El reconocimiento y el apoyo de la jerarquía a tantas acciones garantizaba el carácter eclesial de las mismas. La eclesialidad es un dinamismo de reconocimiento más que una voluntad particular.

Ya en los años ochenta, el documento *La catequesis de la comunidad*, y en los primeros años noventa la publicación de las *Orientaciones de pastoral de juventud* de la CEE y del *Proyecto marco* de la CEAS marcan el inicio y el final de un proceso eclesial que sirvió de referente común formulado de este modo: la fe ha de dar sentido a la vida del joven personalmente, pero también ha de ser vivida en comunidad. Estos documentos oficiales consolidaban una opción eclesiológica muy certera: la mediación comunitaria es el camino ordinario y el itinerario propio para la acción misionera, catequética y pastoral con jóvenes en la Iglesia española.

Merece la pena detenerse en el *Proyecto marco* (1993) y en su decidida opción por la comunidad como punto de llegada y camino propio para la pastoral con jóvenes. La evangelización ha de partir desde la situación concreta de cada joven y teniendo en cuenta sus rasgos culturales, sus valores personales y sociales, su religiosidad y su pertenencia eclesial, de mayor o menor identificación. El objetivo último para la pastoral juvenil

es la integración fe-vida en la comunidad cristiana. En el proceso de iniciación cristiana, genuinamente cristocéntrico, el *Proyecto marco* define a la Iglesia como “referencia comunitaria” para la vida cristiana y ofrece cinco opciones fundamentales que han marcado el devenir de la pastoral con jóvenes y han servido de pauta de unidad a todos los proyectos diocesanos, locales, carismáticos o apostólicos. Estas cinco opciones son: “Presencia de los jóvenes cristianos en los ambientes juveniles, protagonismo y corresponsabilidad de los jóvenes en la Iglesia, opción preferencial por los pobres, espiritualidad que integra la fe y la vida, y coordinación y articulación orgánica de la pastoral con jóvenes”. Así entendidas la eclesialidad y la comunitariedad, cabe encontrar un perfil de joven cristiano que se siente protagonista en el interior de la Iglesia, y sal y luz, presencia y fuerza transformadora en medio del mundo, en sus ambientes de estudio, trabajo, tiempo libre, etc. El propio subtítulo del *Proyecto marco* identificaba a los jóvenes como Iglesia en el mundo y jóvenes en la Iglesia. La opción por la coordinación, que se vivencia como una expresión de comunión, perfila también la experiencia de la identidad eclesial desde su bautismo, que les reconoce como miembros, como parte de un todo que les lleva al reconocimiento de la diferencia en la unidad.

Desde aquellos años, en la mayoría de los procesos de evangelización, el sacramento de la confirmación forma parte de la atención pastoral a los jóvenes. No surgió siendo el centro, ni el objetivo único, ni todo él agotaba la pastoral juvenil. Este sacramento fue redescubierto y cubrió durante años las expectativas de los agentes de pastoral. La orientación fundamental era la incorporación a la comunidad, integrando la dimensión eclesial, el talante educativo y la perspectiva vocacional. La primera intuición fue hacerle un hueco en la acción pastoral a la pastoral de juventud y dentro del proceso general, del

trabajo con ellos, situar la preparación catequética intensiva. Ir a la confirmación era entrar en un grupo. Después de la fase de convocatoria y de la consolidación del grupo, llegaba el conocimiento de uno mismo y el análisis de la realidad, para pasar más tarde al acercamiento a Jesús, a su Iglesia y los sacramentos, a la iniciación a la oración y al compromiso personal, y en medio del proceso estaba la preparación para el don del Espíritu, que situaba a los jóvenes en la Iglesia y en el mundo, con tareas y compromisos concretos. Poco a poco, esta intuición que integraba Iglesia-grupo, persona y misión, fue cediendo a unos cursos regularizados, de talante más escolar que pastoral, en los que formar parte del grupo ya no era lo más importante. Poco a poco, la acción pastoral se redujo a una pura catequesis donde, en muchas ocasiones, en la exposición de unos temas el contenido ganaba importancia y el proceso y la experiencia eclesial de grupo se habían diluido. Así llegaba la paradoja de que el sacramento que tendría que culminar la iniciación cristiana de los jóvenes y que debería servir de verificación de su pertenencia e inserción eclesial quedaba convertido en el sacramento de la despedida eclesial y sacramental.

A finales de los años noventa, el *Proyecto marco* entró en revisión hasta llegar a la versión definitiva dada a consulta, aprobada y corregida por la Comisión Episcopal de Apostolado Seglar que acaba de ratificar la Conferencia Episcopal Española (2007) y que ha quedado titulada como *Jóvenes en la Iglesia, cristianos en el mundo en el tercer milenio*. Se reafirma la intuición comunitaria, pero se abre la mirada a nuevas iniciativas no siempre en clave de la centralidad comunitaria, y se reconoce en la praxis pastoral la primera evangelización como la necesidad prioritaria.

En la praxis pastoral la realidad ha cambiado notablemente. Por distintos motivos, el modelo comunitario de inspiración catecumenal ha ido

decaendo progresivamente. Poco a poco, el número de jóvenes vinculados a grupos o a proyectos comunitarios de fe y de vida va disminuyendo, y la progresiva secularización de la sociedad mermará el número de miembros de los grupos efectivos juveniles.

Algo característico de los últimos veinte años ha sido la celebración de las Jornadas Mundiales de la Juventud. Surgieron en 1985 al hilo de la celebración del Año Internacional de la Juventud y de la publicación de la Carta de Juan Pablo II. Poco a poco han ido ganando número de participantes y repercusión eclesial y social, y han ido introduciéndose en la vida y en los itinerarios para la pastoral de juventud. Tienen grandes defensores, aunque también algún sector se ha mostrado crítico. Comenzaron siendo un encuentro de jóvenes al que asistía el papa y en el que podían juntarse jóvenes cristianos de todos los continentes, de todas las sensibilidades eclesiales y de distintas edades. El fórum previo, que se realizó hasta los años noventa, era una sólida reflexión sobre pastoral de juventud. En la actualidad, para algunos movimientos, las Jornadas son el verdadero eje de su pastoral de juventud y, en realidad, son motivo de una convocatoria atractiva y ocasional. Funcionan en muchos casos como arranque para una vinculación posterior, como catarsis frente al aislamiento y la pequeñez de muchas realidades eclesiales juveniles tan exiguas en Occidente y en la Iglesia española. Sirven para que jóvenes y adolescentes se digan a sí mismos: “Ni somos tan pocos, ni somos tan raros, ni estamos tan locos”.

El valor mayor que se les puede reconocer es que hacen visible y palpable la comunión eclesial con el papa y los obispos, con otras iglesias locales, con otros grupos o movimientos, en medio de la universalidad de culturas. Impactan por el tono juvenil y festivo de la vivencia de la fe y por su capacidad de espectáculo y de emoción antes

que por su capacidad de reflexión y análisis. En realidad, estos “eventos de comunión” ayudan preferentemente a los animadores, para que no desfallezcan en su tarea. También pueden favorecer el establecimiento de redes locales o interdiocesanas, y garantizan y ayudan a la unidad en medio de la pluralidad. A los propios jóvenes les pueden resultar muy gratificantes e impactantes, pero el trabajo requiere siempre mucha preparación y mucha continuidad posterior. Si sólo se quedan en una peregrinación o en un viaje, o en un mero encuentro presidido por el papa, y se desconectan de los procesos locales, estables y ordinarios y no se integran en los vínculos comunitarios y eclesiales del propio grupo, se parecerían a una gran fiesta que se ha vivido, que se ha consumido; a un maravilloso castillo de fuegos artificiales, y poco más.

Estamos necesitando una reflexión serena sobre estos encuentros en la que se evalúen los frutos, se perfilen los objetivos y se mejoren algunos aspectos de su organización. ¿Qué significa para un joven (desde la pertenencia e identidad eclesial) la participación en Colonia 2005 o en Sidney 2008? ¿Cómo fortalece la comunión interna de un grupo o la comunión eclesial más universal la asistencia a Cuatro Vientos? ¿Qué preparación exige el tiempo previo a la participación en un encuentro masivo o el trabajo posterior del Encuentro o Jornada Internacional para hacerlo “provechoso” comunitaria o eclesialmente? No estamos en condiciones de despreciar nada, pero todo no tiene igual valor. Un evento universal, un evento nacional, un encuentro diocesano y el trabajo en red son expresión necesaria de la comunión eclesial. Pero esta organización necesita el contrapunto de un proceso vivido en grupo en el que hay un tiempo personal y comunitario, de modo estable y organizado, con el carácter de lo ordinario, lo local y lo concreto, donde el Reino de Dios crezca silenciosamente y

vaya dando frutos que sazonan e iluminan la vida diaria de otros jóvenes.

La sensibilidad comunitaria ha decaído en los últimos años por distintas causas. Destacamos dos de ellas: la ausencia de comunidades de referencia, donde antes las hubo, y el descuido del proceso y la falta de animadores cualificados. Siguen proliferando las acciones con jóvenes, aunque se acentúa más el carácter de primer anuncio o primer encuentro con Jesucristo, siempre en una dinámica más personal que comunitaria.

## **Decir comunidad y decir Iglesia en medio del individualismo globalizado**

Seguir apostando por la comunidad supone afrontar viejos y nuevos desafíos: la nueva configuración psicológica y sociocultural, la multiplicidad de nuevos movimientos y asociaciones eclesiales, el nuevo paisaje social y cultural configurado por los medios de comunicación, las nuevas tecnologías y la multiculturalidad, entre otros factores.

En primer lugar, es un reto importante la nueva configuración psicológica y sociocultural de los jóvenes, cada vez más influenciados por una realidad familiar bien distinta a la de sus modelos tradicionales y en la asignación de roles. Hace tiempo decíamos que “insisten los adolescentes y los jóvenes en un gusto cada vez mayor por la noche, como quien huye del día y se refugia o se rebela contra el mundo de los adultos; que se consolida la exaltación del cuerpo; que parece ésta una generación que ha hecho del gimnasio un nuevo templo donde sacrificarlo todo ante el altar de las endorfinas y la imagen”. También constatábamos que se ha desarrollado enormemente la fascinación por la comunicación, haciendo surgir un nuevo tipo de joven adicto en ocasiones a los videojuegos y los *chat* y con una

mentalidad excesivamente rara o *friki*. No obstante, hay algo nuevo en las últimas décadas que conviene anotar y tener en cuenta. Se produce un renacer religioso, dentro y fuera de las ofertas institucionales, y las religiones de sustitución (deportes, músicas, nacionalismos...) ocupan un gran espacio existencial. La fragilidad afectiva y el débil vínculo familiar se extienden por todas las clases sociales y todas las subculturas juveniles. En cuanto a la política, se acentúa su escasa valoración. Esta generación muestra poca capacidad para “comunicar con palabras” y para explicar los sentimientos. Se da en ellos una cierta posmodernidad vivida con ausencia de grandes relatos y fuerte exaltación del individuo, la imagen y los afectos.

Ante esta somera descripción psicosocial de los jóvenes se puede hacer una pregunta radical: ¿cabe una propuesta pastoral centrada en la comunidad cuando el sujeto es fundamentalmente emotivo, corporal, nocturno, individualista, *friki*, apolítico, solidario ocasional y con escasos vínculos familiares? La respuesta es afirmativa, pero podemos intuir dos tipos de comunidad y dos percepciones eclesiales bien distintas. Ante un individuo desconexo y frágil, la Iglesia y la pertenencia eclesial pueden vivirse como una armadura que te defiende de las agresiones del mundo o como un esqueleto que te da soporte, que te vigoriza y te sostiene, pero no te inmuniza ni te aleja de la nueva realidad. La comunidad puede reducirse a un refugio cálido y temeroso o ser un espacio de humanización personal, de dinamismo social y de crecimiento en valores y proyectos. La tentación fanática es hoy muy fuerte, y la actitud beligerante puede deslumbrar en un primer momento, pero nos aleja del estilo evangélico de Jesús. La medida de la eficacia no siempre responde al camino de la verdad. La comunidad no puede ser un invernadero para proteger especies en vías de extinción; la Iglesia no es un salvoconducto para llegar seguros a la plenitud del Reino de

Dios, sino su germen y su fermento. La fortaleza evangélica es debilidad para el mundo y debe vivirse como dinamismo interior mucho más que como claridad exterior.

También la Iglesia, en segundo lugar, ha ido cambiando de paradigma pastoral a partir del Concilio Vaticano II. Han surgido nuevas realidades y movimientos, y casi todos ellos se caracterizan por el auge de lo comunitario y lo asociativo laical, que desafía y estimula a la vez la formación de comunidades juveniles. Los grupos y asociaciones no son ya algo nuevo, especialmente en las grandes ciudades y en los ambientes no muy secularizados. Muchos jóvenes han oído hablar de los nuevos movimientos y conocen testimonios de primera mano, y también han escuchado su “leyenda negra” y los tópicos que algunas veces les preceden. Todos los movimientos acentúan lo comunitario, pero viven de modo diverso la eclesialidad. Afirmaba Julio Ramos que “todos estos movimientos llevan consigo problemas de comunión y de discernimiento, los mismos que todas las realidades nuevas han planteado en sus comienzos”. En definitiva, incorporarse a un nuevo movimiento no garantiza ni mucho menos impide la pertenencia eclesial.

En orden a la pastoral de juventud, las nuevas realidades favorecen la cohesión comunitaria interna de los miembros, aseguran a los participantes una sólida identidad de grupo y acentúan fuertemente el propio carisma vivido con mucha fuerza, incluso en ocasiones también lo viven con exaltación. Pero, precisamente por su novedad, la eclesialidad y la comunión necesita ser también fortalecida. Sigue afirmando Ramos que en medio del pluralismo, legítimo y enriquecedor, es necesario “estructurar la comunión eclesial, reconocer y ser reconocido”. De un lado, hay que abrirse a lo nuevo; de otro, lo nuevo debe entender que llega a una realidad que estaba viva secularmente. La Iglesia es más que el movimiento, mucho más que

el grupo. El movimiento es “una partecica” de la Iglesia, pero no agota la totalidad del misterio de comunión y de misión eclesial.

Por tanto, cabe afirmar que será bienaventurada la comunidad que nos lleve a la Iglesia y nos permita el reconocimiento mutuo con otras realidades eclesiales, y bienaventurado será el grupo que manteniendo viva su originalidad carismática sepa que su intuición y su experiencia no agotan el Evangelio ni la vida eclesial ni la misión evangelizadora. Para muchos jóvenes, pertenecer a un movimiento es decisivo para el encuentro con Cristo en la Iglesia, pero, superadas la sorpresa y la alegría iniciales, hay que alegrarse todavía más y sorprenderse de nuevo por lo extenso, lo profundo y lo diverso de la comunión eclesial.

En tercer lugar, el paisaje social, especialmente urbano, tan individualista y globalizado a un tiempo, y la homogeneidad cultural no tienen ya en lo comunitario o en lo social su signo más distintivo. La vida de la gente es más individual y menos sensible a utopías y realidades sociales. Son tiempos para el individuo. Este acento cultural también marca a una generación juvenil con escaso palpito social. No obstante, y como contrapunto a esta manera de ser y de vivir, la comunidad de talla humana se hace imprescindible para los jóvenes que quieran vivir su fe, pero esta comunidad no tiene un modelo estandarizado y uniforme. Por más que los jóvenes de aquí y de allá se parezcan cada vez más, no existe un paisaje cultural uniformado. La ventaja de una comunidad concreta es que respeta rostros, ritmos y métodos propios. La comunidad sigue siendo necesaria, pero como espacio afectivo más que como soporte ideológico o ámbito para el compromiso y la acción.

Aunque la comunidad llene todas las dimensiones de la fe (celebración, vida y cosmovisión) y de la persona (mente, cuerpo y espíritu), el inicio del planteamiento comunitario será más afectivo que ideológico, más socializador que comprometi-

do, al menos como punto de partida. Hace unos años, la acción y el compromiso podían ser el arranque para crear comunidades, y en otro momento pudo ser la clarificación doctrinal, pero actualmente, en este universo globalizador de individuos, son la afectividad, la emoción y la interioridad el punto de partida en la mayoría de los casos: “Porque estoy bien y me encuentro a gusto con los míos, podemos proyectar cosas juntas y podemos entender el misterio de la realidad”.

En cuarto y último lugar, hay que dejarse tocar y desafiar por la multiculturalidad, la sensibilidad europeísta y por las nuevas tecnologías, que configuran y amplían las presentes y futuras comunidades. Basta asomarse a los grupos de confirmación para descubrir que jóvenes de otras razas, continentes y etnias son destinatarios de la atención pastoral. Es también ocasión para el ecumenismo vivido, verdadera novedad en la Iglesia española. Es tiempo para la incorporación de ritmos y colores africanos, sudamericanos y asiáticos. La necesidad del trabajo en red expresa más que nunca la comunión imprescindible para ser y crecer como Iglesia. En ayuda de esta red de grupos, comunidades y parroquias, de aquí y de allá, viene la asistencia de la gran red tecnológica: Internet, correos electrónicos, *blogs* y todo el soporte musical y de tiempo libre al servicio de la pastoral. Tecnología y mestizaje cultural vienen de la mano y desafían y ayudan a la sensibilidad católica, cristiana, espiritual y social.

## Seguir soñando una Iglesia de fraternidades

La fraternidad ideal puede existir, y podemos adelantar algunos rasgos. El grupo-comunidad es ante todo grupo de vida, un grupo de hermanos creyentes, es grupo-comunidad. Lo es para toda la vida de sus miembros, de toda la vida, no sólo de una parcela. No se reduce al grupo, pero pasa por el grupo. Es un ámbito de relación interpersonal

para “compartir la vida” y los intereses, donde se pasa de las vivencias (a veces sórdidas, alienantes; a veces gratificantes e incluso humanizadoras) a auténticas experiencias, donde se invierte tiempo y se consolida la persona en su cimientos. En el grupo, en definitiva, hay que “emplearse”; no es una actividad más, no es una tarea, ni siquiera es misión; es medio y manera. Para el grupo-comunidad es imprescindible una verdadera comunicación oral, corporal, y es necesaria la cercanía e incluso hay que abrirse en intimidad.

El grupo-comunidad de jóvenes es educativo, organizado y eficaz. En él encontramos “razones” para vivir (sentido), y nos podemos y nos debemos dejar “tocar” por la realidad, por el otro; en el grupo-comunidad podemos percibir la invocación profunda de la realidad y la interpelación de la misma. En el grupo hay que dejarse educar e intervenir en la realidad y en la historia. Jesucristo está presente en el grupo, y en los otros se vislumbran nuestras razones para vivir, para creer, para esperar. El grupo ofrece cauces para construir la identidad personal, para madurar por el ejercicio de la comunicación, y ofrece también un camino para no perder la memoria cristiana y la esperanza. El grupo también es grupo cristiano y eclesial, “cualquiera que sea su nombre”, porque hay criterios claros para determinar la identidad de la comunidad inmediata: “comunidad cristocéntrica, congregada por la Palabra de Dios, centrada en la eucaristía, suscitadora de comunión eclesial, misionera, corresponsable y ministerial, consciente de sus límites y de su necesaria complementariedad con las demás comunidades de la Iglesia local y universal, presente entre la gente compartiendo su historia, solidaria e identificada con la causa de los pobres, comprometida en la transformación de la sociedad según el plan de Dios”.

Esa comunidad es un equipo plural que trabaja “en-redado” en la capilaridad eclesial como condición de partida para la convocatoria y para

el anuncio; es un equipo que ha hecho experiencia personal y comunitaria del Dios de Jesucristo, que cultiva la interioridad y acompaña procesos desde los estratos más profundos de la existencia humana. La comunidad se sostiene en la alteridad, en la diferencia, en la trascendencia, y nunca en la fusión personal, en la alienación social, en la uniformidad eclesial y en la monotonía espiritual.

Crear, creer juntos y creer en la Iglesia para el bien de un mundo ordenado al Reino de Dios. El sueño no termina en conocer a Jesucristo, sino que se cumple en el amar y el sentir con la Iglesia, cuerpo vivo y templo del Señor. El proceso es decisivo, de lo personal a lo comunitario, de lo local a lo universal, de la Iglesia al Reino, pero pasando por el mundo. La identidad eclesial se concreta en la comunidad inmediata.

Atentos frente al espejismo de una fe sin comunidad. El desierto pastoral en el que se mueven las Iglesias de Occidente nos puede llevar a “rebajar el producto”. Algunas actitudes nos recuerdan la deriva posterior al naufragio. Quedan restos de un pasado glorioso flotando a merced de las olas. Hemos perdido parte del pasaje y de la tripulación, y, aunque estemos ganando la playa más próxima, cualquier tabla de salvación nos podría parecer aceptable. En esta eclesiología de rebajas no se puede ofrecer pan sin harina, vino sin alcohol, religión sin Dios o cristianismo sin Evangelio. Tampoco, sin duda, cabría aceptar el espejismo de una fe sin comunidad.

## **Diez sugerencias para los animadores**

1. El amor a los jóvenes es la raíz y la razón de ser de todo trabajo pastoral, misionero y evangelizador, catequético y eclesial en pastoral de juventud. Sólo el amor es el alma de la comunidad. El animador es animador porque ama apasionadamente. Está llamado, en el amor de Dios,

a trabajar mediante la pedagogía del amor. El animador acompaña afectos, ofrece una síntesis doctrinal enraizada en unas convicciones profundas y favorece la celebración y el compromiso cristiano en una mediación eclesial que es el grupo-comunidad.

2. No se puede transmitir lo que no se vive. Por ello, el animador, si pretende favorecer la creación de comunidades eclesiales, ha de pertenecer de modo activo y comprometido a una comunidad cristiana. Es un creyente, preferentemente joven, que habrá consolidado y probado su fe en una comunidad eclesial juvenil que lo envía y lo sustenta en su itinerario de animación pastoral con jóvenes.

3. Es imprescindible conocer la realidad de los jóvenes, su forma de vivir, su lenguaje, su afectividad, sus relaciones, su forma de interactuar con otros. Conocer su contexto y conocerles personalmente, más allá de los tópicos y de los estereotipos. Para ello, el animador es alguien dotado con una excelente capacidad de escucha y empatía. La ley de oro para conocer al otro es “hablar el 20% y escuchar el 80%”.

4. El animador es el acompañante ordinario de los jóvenes. Con unos años más que ellos, es su referente ordinario. El grupo es la mediación educativa ordinaria, pero la relación educativo-pastoral que ofrece el animador-acompañante personaliza el proceso y permite cuidar la singularidad y originalidad de cada persona, de cada proceso personal.

5. Para ayudar a crear comunidad, el animador necesita unos saberes, unas habilidades y unas actitudes características: conocer el dinamismo de los grupos humanos y eclesiales; esperar pacientemente el crecimiento humano y grupal; tener capacidad para ayudar a resolver conflictos; incentivar al grupo para programar con realismo; revisar la acción de modo ecuánime. En definitiva,

el animador debe formarse teológica, espiritual y eclesialmente, psicológica y socialmente, sobre dinámica de grupos, metodología cooperativa y participativa...

6. El animador favorece el alumbramiento de la comunidad desde el momento en que ora, intercede y presenta a Dios a su grupo y supera la tentación de la mecanización del trabajo pastoral. Se siente enviado por Dios, por la Iglesia y su oración. Se ofrece por los rostros y personas concretas. El grupo es el lugar de su compromiso apostólico y pastoral.

7. Como si fuera un director de orquesta, el animador tiene la función primordial de armonizar el proceso para que los polos divergentes se encuentren y enriquezcan a los jóvenes, verdaderos protagonistas del proceso comunitario. Armonizar la dimensión mística y solidaria-profética; armonizar la realidad grupal con otras realidades locales eclesiales o con la universalidad de la gran Iglesia; armonizar la vida ordinaria con los eventos extraordinarios; armonizar el proceso personal con el ritmo comunitario de todos.

8. El animador es un nexo eclesial que vincula y concreta la pertenencia: es enviado y se convertirá en portavoz ante otras realidades y ante una organización mayor. El animador también forma parte de un equipo de animadores que programa, realiza y revisa la acción de forma coordinada. No es un iluminado ni un francotirador.

9. La versatilidad es la nota distintiva de los mejores animadores, exigida por la nueva realidad eclesial y sociocultural y por ser la animación un ministerio de comunión.

10. La acogida incondicional del animador a todo joven, especialmente la acogida de quien es excluido y está empobrecido, expresa sacramentalmente la realidad eclesial de la salvación de Dios y de su amor sin medida y de su ternura. El

animador es el rostro de Dios y de la Iglesia para los jóvenes.

## Bibliografía

- CEAS, *Jóvenes en la Iglesia, cristianos en el mundo. Proyecto marco de pastoral de juventud (noviembre 1992)*, Edice, Madrid 1993. Edición revisada y reactualizada tras un largo proceso que concluyó en 2007. Pendiente de publicación.
- Bueno, R. – Calvo, E. (eds.), *Diccionario del laicado y asociaciones y movimientos católicos*, Monte Carmelo, Burgos 2004. Recopilación de todas las nuevas realidades y de las personas claves en la vida pastoral de la Iglesia. Buen punto de partida para entender la gran proliferación de siglas, nombres, asociaciones.
- Instituto de la Juventud de España, *Informe de la juventud 2004*, Injuve, Madrid 2005. Disponible en CD-R y en PDF *on line* en [www.injuve.es](http://www.injuve.es).
- Fundación Santa María, *Los jóvenes y la religión*, SM, Madrid 2004. Informes y estudios quinquenales sobre la juventud de la Fundación Santa María. Se analiza también la actitud de los jóvenes españoles hacia la Iglesia.
- Martínez Riquelme, A., *Pastoral juvenil diocesana. Estudio de documentos de las Iglesias locales*, CCS, Madrid 1993. Estudio clave para conocer y analizar en profundidad los proyectos diocesanos con jóvenes.
- Movilla, S., *Las comunidades cristianas juveniles en la Diócesis de Madrid (1965-1995). Extracto de la tesis doctoral*, Universidad Pontificia de Salamanca, Salamanca 1999. Buena parte de la obra gira en torno a la intuición comunitaria de la vida cristiana en el ámbito de la juventud.

Messori, V., *Leyendas negras de la Iglesia*, Planeta, Barcelona 1996. Repaso apologético de los tópicos más extendidos contra la Iglesia católica, que suponen para mucha gente un alejamiento de la fe.

Pérez Álvarez, J. L., *Dios me dio hermanos. Comunidad y pastoral de juventud*, CCS Madrid 1993. Pueden resultar interesantes las intervenciones del iniciador del movimiento Adsis. Pueden encontrarse en distintos artículos de *Misión Joven*.

Suescun, J. M., *¿La Iglesia? Vaya cuento*, San Pablo, Madrid 2002. Aproximación muy sensata a las dificultades que la Iglesia plantea a los jóvenes de hoy. Buen punto de partida.

Ramos Guerreira, J., “Nuevos movimientos eclesiales”, en *Nuevo diccionario de pastoral*, San Pablo 2003, Madrid, pp. 962-969.

Documentos relativos a las Jornadas Mundiales de la Juventud de Juan Pablo II y Benedicto XVI: Buenos Aires, Santiago de Compostela, Czestochowa, Denver, Manila, París, Roma, Toronto, Colonia y Sidney. Los documentos base y los mensajes están disponibles en:

- [www.vatican.va](http://www.vatican.va).
- [www.vatican.va/holy\\_father/john\\_paul\\_ii/messages/youth/index\\_sp.htm](http://www.vatican.va/holy_father/john_paul_ii/messages/youth/index_sp.htm).
- [www.vatican.va/holy\\_father/benedict\\_xvi/messages/youth/index\\_sp.htm](http://www.vatican.va/holy_father/benedict_xvi/messages/youth/index_sp.htm).

# Procesos

Rafel Gasol  
Cristina Menéndez  
Daniel Pajuelo

## Procesos e itinerarios

De qué hablamos cuando hablamos de proceso. Hablamos de “proceso” tanto para identificar propuestas metodológicas muy concretas para la pastoral como para referirnos a movimientos internos en las personas de difícil objetivación. De igual forma, hablamos de procesos cuando nos referimos a las personas, pero también cuando queremos explicar las acciones o programas que desarrollamos.

Etimológicamente, la palabra “proceso” viene de *pro-cedere*: ir hacia delante y caminar. De esta manera, la Academia de la Lengua define como su primera acepción “acción de ir hacia delante”.

La palabra “proceso” lleva implícito el significado de progreso, de futuro, de fin, y se refiere al camino que se sigue para llegar a él, que implica una serie de pasos sucesivos, ninguno de los cuales sería posible sin los anteriores. En la pastoral en general, y específicamente en la pastoral con jóvenes, podemos aplicar este concepto tanto a la acción que desarrollamos los agentes pastorales como a lo que sucede en los jóvenes que acompañamos.

La pregunta que surge es cuál de estos procesos ha de ser el proceso rector de nuestra pastoral. ¿Qué es lo que ha de “mandar”, qué está al servicio de qué? Como es preciso tomar alguna opción, y toda opción implica un juicio de valor, enten-

demos que, desde una pastoral al servicio de las personas y del encuentro de las personas con Dios, el proceso central, fundamental, al servicio del cual han de estar todos los procesos de intervención que se desarrollen, es el proceso del joven en su crecimiento personal y de encuentro con Dios.

## Seres en proceso

Desde el punto de vista antropológico, los seres humanos “somos” proceso. Vivimos en camino, instalados en el cambio, en evolución constante. Por mucho que lo deseemos, y en ocasiones lo deseamos, no podemos permanecer en el mismo punto ni encontramos un lugar de llegada en el que estabilizarnos completamente. La vida está llena de acontecimientos que nos modifican y, a veces nos zarandean y cambian la situación en la que nos encontramos. Cada decisión que tomamos configura un nuevo escenario, un nuevo paso, que condiciona los siguientes. Existe una especie de dinámica interna que nos sitúa en constante evolución y que hace que siempre nos descubramos, querámoslo o no, abocados a decisiones y caminos nuevos.

Esta dinámica permanente de cambio y evolución nos provoca no pocas veces un vértigo del que quisiéramos escapar “fijando” la realidad y encontrando un punto de equilibrio fijo. Pero para que todo siga igual, es preciso que todo cambie. Lo cierto es que avanzamos de punto de equilibrio a punto de equilibrio, porque vivimos caminando..., y caminar es precisamente eso, un desequilibrio controlado, el paso de un punto de equilibrio al siguiente. La vida es proceso, y vivir es ir construyendo el propio camino en el contexto y con las posibilidades y límites que nos han tocado.

El proceso personal es, por otra parte, original e irrepetible. Nadie parte del mismo punto, nadie

tiene las mismas condiciones de partida ni las mismas habilidades. Nadie se encuentra exactamente con los mismos obstáculos y posibilidades en el camino. Si miramos atentamente nuestra historia, descubriremos que nuestro proceso personal está configurado por procesos múltiples, complejos (intelectual, afectivo, relacional, físico, etc.), que se van trenzando para configurar un camino que construimos tomando diferentes elementos de lo que nos es dado en la vida y en el contexto en el que nos encontramos. En palabras de León Felipe:

“Nadie va hoy  
ni irá mañana  
ni fue ayer  
a Dios  
por el mismo camino  
que voy yo.  
Para cada hombre guarda  
un rayo nuevo de luz el sol  
y un camino virgen  
Dios”.

El proceso de fe, de encuentro con Dios, forma parte de esta misma dinámica de proceso humano y se da en el propio proceso humano por ley de encarnación. Todos los procesos que se desarrollan en la pastoral con jóvenes han de estar al servicio del proceso importante, fundamental, donde se juega la vida y la fe de los jóvenes: su proceso personal, original, único, irrepetible, en el que el propio joven es protagonista y tiene la última palabra con sus experiencias y decisiones, y en el que Dios le sale al encuentro, le llama y le hace una propuesta de horizonte y de camino.

## Proceso personal *versus* itinerarios

Hay muchas personas de las que sabemos su historia. La biografía de una persona suele narrarse contando lo que ha hecho, los lugares en que ha estado, las relaciones que ha establecido. Sin

embargo, eso no da cuenta completa de su proceso personal. Son manifestaciones exteriores que enmarcan y expresan una realidad más profunda. Conocer la historia de una persona, conocer a una persona, implica contemplar ese camino que se desarrolla en la tierra sagrada del interior. El itinerario, por lo contrario, es la manifestación exterior de ese proceso, es observable, mensurable, objetivable: ha ido a tal parte, ha estudiado esto, ha desempeñado tal puesto, se ha casado, ha tomado tal opción. El proceso, sin embargo, es subjetivo y sólo lo podemos conocer si la persona lo comunica e, indirectamente, a través de los datos del itinerario. El proceso explica el itinerario: si sólo vemos el itinerario, nos quedamos en la superficie de la persona.

Como agentes pastorales, como educadores, nos resulta más sencillo simplificar la complejidad de todo proceso humano y pretender establecer caminos únicos, itinerarios homogéneos, estandarizados, por los que deseamos hacer pasar a todos. Así pues, damos reglas y establecemos secuencias formativas por las que aspiramos que pasen los jóvenes. Nos hacemos la ilusión de que esas secuencias llevan necesariamente al resultado que deseamos. Pero en esto obviamos muchas veces dos datos fundamentales: el primero, la libertad humana y el carácter gratuito de la fe; el segundo, esa originalidad y complejidad de los procesos personales a la que aludíamos anteriormente.

## Procesos circulares *versus* procesos lineales

Añadamos un dato más. Si bien la originalidad de cada proceso personal es una constante del ser humano, hasta hace relativamente poco tiempo los cauces sociales por los que transcurrían los itinerarios vitales eran pocos y estaban bastante fijados. Las profesiones duraban para toda

la vida, la movilidad social era mucho más reducida, las opciones que una persona concreta podía tomar estaban mucho más restringidas. Sin embargo, en la sociedad actual, en la que la constante es el cambio, son muchos los factores, cambios tecnológicos, comunicaciones, movilidad geográfica, laboral, social..., que confluyen para permitir un universo de itinerarios personales inimaginable en épocas pasadas.

En este contexto, pretender encorsetar los procesos personales en itinerarios lineales, fijos, inamovibles o con “reválidas” como la obligación de estar tantos años para confirmarse y luego..., resulta una pretensión que a todas luces se está revelando imposible. Necesitamos pasar de la imagen de la carrera de obstáculos a la imagen de *puzzle*, donde cada uno va construyendo su vida en una secuencia personal y parcial con perspectiva global. Si no lo hacemos así, lo que eran apoyaturas externas para apuntalar y apoyar el proceso se van convirtiendo en muros que excluyen y obstaculizan el encuentro con Jesús a todo aquel que se salga del molde. Y cada vez más jóvenes se nos salen del molde, porque cada vez tienen más posibilidades para ello.

## Protagonistas de su historia

Esto no quiere decir que no podamos facilitar elementos para los itinerarios personales y que no debamos hacerlo con la mayor precisión posible. En la adolescencia y la juventud, el camino transcurre por la configuración de la propia identidad y la toma de las decisiones que orientarán la vida: las líneas fundamentales del proyecto de vida o la respuesta vocacional. Dentro de este proceso, el desafío pastoral es facilitar su encuentro con Jesús para que puedan configurarse desde una identidad cristiana y orientar la vida en el sentido del Reino de Dios.

¿Cuál es nuestra tarea, por tanto, en estos itinerarios? Ofrecer a los jóvenes herramientas y acompañarles para construir su propia historia, esto es, darles el espacio que necesitan para ser protagonistas de sus vidas. Protagonistas desde la libertad y la capacidad de opción. Queremos resaltar estos dos elementos fundamentales en nuestra propuesta de itinerarios:

- *El eje de la libertad.* Sólo permanecemos en las opciones que hemos asumido personalmente; sólo asumimos personalmente aquello que decidimos y elegimos en libertad. Hoy es de todos sabido que, socialmente, ser cristiano se va convirtiendo en una opción entre muchas otras posibles. Podemos lamentarnos por ello o acogerlo como regalo de Dios, que nos ama gratuitamente, nos ha creado libres y quiere encontrarse con nosotros y que le amemos en libertad. Por eso, los procesos de pastoral con jóvenes habrán de ser procesos en libertad y que eduquen a la libertad.
- *La necesidad de ofrecer herramientas.* Porque no hay libertad sin opciones. Ésta es la otra gran tarea de los procesos e itinerarios de pastoral con jóvenes: ofrecerles herramientas, experiencias y ocasiones para que puedan encontrarse con Jesús y su mensaje, dejarse seducir por él y orientar la identidad y la vida en su seguimiento. Nadie puede construir una casa sin materiales.

## Mediaciones pastorales prioritarias

¿Qué elementos hemos de ofrecer a los jóvenes para ayudarles a crecer como personas, a descubrir a Jesús y a optar por su seguimiento? Vamos a aventurarnos a señalar aquellos elementos más nucleares que consideramos que deben estar presentes y consolidarse en la persona durante el

recorrido a través de los itinerarios que propon-  
gamos a los jóvenes. Son nuestras mediaciones  
pastorales prioritarias:

- *La comunidad.* Comunidades cristianas de referencia, fraternas y solidarias, sean de pertenencia o de referencia, donde haya experiencias vivas y ámbitos de comunicación, de escucha de la Palabra de Jesús, de celebración de la fe, de compromiso social, de experiencia eclesial. “Ámense los unos a los otros. Como yo les he amado, así también ámense los unos a los otros. Por el amor que se tengan los unos a los otros reconocerán todos que son discípulos míos” (Jn 13,34b-35). La comunidad es el signo del amor de Jesús, de la fraternidad, del mundo de hijos y hermanos que Dios nos regala y nos invita a construir. Necesitamos mostrar a los jóvenes comunidades vivas, escuelas de amor donde se pueda palpar la fraternidad; necesitamos ayudarles a hacer experiencia fraterna, presencia de Dios y de las relaciones nuevas que inaugura.
- *Los pobres.* Donde Jesús ha elegido estar. “Lo que hicisteis a uno de éstos...” (Mt 25,31-46). Dios está presente en la realidad y en la historia, y ha elegido estar especialmente presente en los excluidos de la historia: aquellos que sufren con más dureza las consecuencias de la injusticia, a los que les es negada su dignidad de hijos de Dios. Ellos son los que necesitan con más fuerza y son más capaces de acoger la Buena Noticia del Reinado de Dios. Un Dios que es un Padre bueno, sensible al dolor y al clamor de sus hijos, y que se hace presente en la historia para “anunciar la Buena Noticia a los pobres, a los cautivos su liberación y a los ciegos que pronto van a ver” (Lc 4,18). Los pobres son lugar de encuentro con Dios. El encuentro con los exclu-

dos de la historia es indispensable para descubrir al Dios que camina con ellos y que nos cita en ellos.

- *El testimonio.* La experiencia de Dios se transmite de corazón a corazón. Dios no es una idea ni un teorema lógico, sino que lo podemos descubrir como presencia y experiencia liberadora que es operativa y actuante en la vida de los hombres y mujeres que nos hemos encontrado personalmente con él. El acercamiento a Jesús viene siempre de la mano de “otros” que han tenido la suerte de encontrarse con él, como lo anunció Andrés a Pedro (Jn 1,41), Felipe a Natanael (Jn 1,45), la samaritana a su pueblo (Jn 4,28-29), las mujeres a los discípulos cuando lo encontraron resucitado (Lc 24,10; Jn 20,18; Mt 28,8-10; Mc 16,10). Hemos de compartir con los jóvenes la experiencia vital, personal y comunitaria de nuestro encuentro con Jesús y de lo que él ha hecho y hace en nuestras vidas. Se trata de comunicarlo con la vida, con una vida tocada por el seguimiento de Jesús, pero también con la palabra, que les da razón de lo que vivimos y les invita a hacer ellos mismos la experiencia.
- *El acompañamiento.* El proceso personal de crecimiento y de fe es tarea personal. Y es tarea compleja, sobre todo para quien no conoce el terreno porque no lo ha recorrido. El acompañamiento es una ayuda inestimable que no sustituye a la persona, pero que puede orientar y dar pistas para que cada uno vaya reconociendo al Señor y sus caminos en su proceso personal, para ir madurando como personas, para ir situando y leyendo la experiencia, para ir creciendo en amor y libertad. Acompañamiento personal que ayude al joven a discernir planteamientos, actitudes y opciones nue-

vos, referidos a los diversos aspectos personales y sociales de su proyecto de vida. El objetivo final es la apuesta vocacional cristiana, inserta en algún contexto carismático eclesial. Es decir, la adultez del discípulo de Jesús. Para ello, el acompañante habrá de contar con su propia experiencia de proceso, con un buen conocimiento del ser humano y de los dinamismos de crecimiento y con herramientas y habilidades para realizar esta tarea. Necesitamos acompañantes expertos, capaces de acompañar a los jóvenes orientándoles sin sustituirlos.

- *El Evangelio (la formación).* La Palabra de Dios es la referencia fundamental para el seguimiento de Jesús. Aprender a leer el Evangelio, a gustarlo, comprenderlo, situarlo en el contexto y aplicarlo a la propia vida requiere un proceso de formación que ofrezca a los jóvenes las claves y los conocimientos necesarios para una lectura profunda y vital del mismo. La fe no es consecuencia de un proceso de razonamiento, pero es preciso razonarla integrando la inteligencia, así como el resto de las dimensiones de la persona, en el seguimiento de Jesús. Una pastoral únicamente de experiencias afectivas, sin contenidos racionales, no permite formar a personas creyentes maduras y autónomas, capaces de vivir el seguimiento de Jesús de forma crítica y comprometida.
- *La oración.* Si el proceso se juega en el interior de la persona, y si lo más importante es el encuentro personal de los jóvenes con el Dios que les sale al encuentro, la oración es un camino indispensable para cualquier itinerario que queramos proponer. Es preciso enseñar a rezar. No podemos dar por supuesto este aprendizaje básico, que en otros momentos se daba, de una u otra forma, en la familia. Aprender a hacer

silencio, a colocarse en la presencia del Señor, a entrar en uno mismo, a hacer el salto de fe, a escuchar el propio corazón y al Señor que habla en él y en la historia que vivimos requiere un itinerario y unos apoyos que ayuden a los jóvenes a tener experiencia de oración y a descubrirla como espacio privilegiado de encuentro con Dios.

- *El compromiso.* A Jesús se le conoce cuando se le sigue, y el seguimiento implica acciones y apuestas concretas de comprometer la vida. Sólo cuando se da ese salto, cuando uno se pone en camino, se puede descubrir el horizonte que hay por delante, se puede experimentar la bienaventuranza y reconocer al Señor que va delante. Todo itinerario ha de ofrecer, proponer y suscitar, por tanto, opciones concretas de servicio, de compromiso, de apuesta por el Reino, que permitan a los jóvenes ir experimentando en sus propias vidas y en su propia experiencia el seguimiento de Jesús. Compromisos de acción que sitúan al grupo y a las personas como fermento de servicio a favor de la justicia y de la solidaridad en medio de los desfavorecidos. Compromisos con los pobres, cuyo sorprendente resultado suele ser la transformación de la propia persona respecto a una visión más evangélica de sí mismo, del otro, del mundo y de Dios. Compromiso solidario, como estilo de vida y de militancia en la Iglesia y el mundo.

## La interioridad, lugar de desarrollo del proceso

*Interioridad y exterioridad,  
dos caras de la misma moneda*

Tal y como hemos venido definiendo el proceso personal, es evidente que se juega en el campo de la interioridad, en el interior de la per-

sona, en el complejo mundo de decisiones, valores, opciones, apuestas, deseos y afectos que configuran lo que somos y mueven lo que hacemos.

Es importante tener en cuenta que la interioridad no está en competencia con la exterioridad, con la experiencia, con la acción. Como señala muy acertadamente Juan Martín Velasco en el prólogo de *La interioridad: un paradigma emergente*<sup>1</sup>, interioridad y exterioridad son dos caras de la misma moneda y se necesitan mutuamente. Lo opuesto a la interioridad no es la exterioridad, sino la superficialidad: la incapacidad o la negativa a profundizar en lo que vivimos y experimentamos.

La exterioridad, lo que sucede en la historia, es la materia prima de la interioridad. Si no fuera así, estaríamos hablando de una interioridad cerrada sobre sí misma, de una suerte de narcisismo afectivo, intelectual o espiritualista, un refugio de ilusión desligado de la vida cotidiana en la que Dios se hace presente y en la que transcurre nuestra existencia. Al mismo tiempo, la interioridad modifica nuestra vida “externa”, nuestra actuación, nuestras relaciones y nuestras opciones. Una interioridad que no provoca cambios concretos en nuestra vida no es cristiana. “Muéstrame tu fe sin obras que yo, por mis obras, te mostraré mi fe” (Sant 2,18b). “¿Cómo podemos amar a Dios, a quien no vemos, si no amamos al hermano, al que vemos?” (1 Jn 5,20). En palabras de Jesús, “todo árbol bueno da frutos buenos, mientras que el árbol malo da frutos malos. No puede un árbol bueno dar frutos malos, ni un árbol malo dar frutos buenos. Así que por sus frutos los conocerán” (Mt 8,17-18.20).

En todo caso, incluso si pretendiéramos vivir una interioridad desligada de la vida, no sería posible. Los seres humanos somos una unidad y

<sup>1</sup> Martín Velasco, J., “Prólogo”, en AA. VV., *La interioridad: un paradigma emergente*, PPC, Madrid 2004, pp. 5-12.

cualquier tipo de proceso interior tiene consecuencias en el exterior, y viceversa. Pero cómo integremos la exterioridad en nuestra interioridad, y viceversa, nos dice ya mucho del estilo de interioridad que vivimos. La interioridad cristiana es una interioridad que se trasciende, que sale fuera de sí hacia Dios y hacia los hermanos.

Así pues, los acontecimientos de la vida son fuente de riqueza para la interioridad. Son la materia sobre la que se desarrolla el proceso interior de cada joven. Pero sin una interioridad rica, profunda y cuidada, que permita integrar toda la vivencia externa, no dejarán huella en la persona. La consecuencia práctica es que todas las actividades y experiencias intensas de compromiso a las que invitamos a los jóvenes necesitarán un adecuado acompañamiento para que puedan enriquecer la interioridad, ser leídas, asumidas, anclarse en lo profundo de la persona y, así, ayudar en el proceso personal de cada uno de ellos.

### *El proceso interior en la pastoral con jóvenes*

Toda persona vive un proceso interior más o menos rico, más o menos profundo, que se refleja en sus opciones y sus acciones. Pero nosotros queremos acompañar a los jóvenes para que en su proceso puedan encontrarse con el Señor Jesús y orientar su vida en su seguimiento.

Dentro de la originalidad del proceso personal de cada uno y de la diversidad de itinerarios, hay algunas líneas generales, secuenciales, para este encuentro con Jesús. Distinguimos fundamentalmente dos momentos:

#### *Primer momento: una Buena Noticia a descubrir*

¿Qué es lo que pasa en un joven, qué es lo que puede suceder para que se deje encontrar por Jesús o para que tome conciencia de la presencia

de Jesús? La experiencia de fe es la experiencia de una Buena Noticia. Y una noticia sólo es buena en referencia a las necesidades y expectativas personales vitales.

Para poder descubrir una buena noticia es preciso, en primer lugar, tomar conciencia de la necesidad personal de “buena noticia”, de liberación, de salvación. Sabemos que vivimos en una cultura que tiende a ocultar las necesidades y las carencias mediante la satisfacción permanente de los deseos inmediatos. El consumo permanente, la exacerbación de los “pequeños deseos” (bienestar, prestigio, placer), nos mantienen tan ocupados intentando satisfacerlos que no nos permiten tomar conciencia de los deseos profundos. La Buena Noticia de Jesús se sitúa precisamente en esa órbita de los deseos profundos: sólo quien tiene el valor de encontrarse con ellos y reconocerlos puede descubrir la propuesta de Jesús como liberadora.

Como se ha dicho tantas veces, el Reino es de los insatisfechos. El proceso interior de los jóvenes para abrirse al encuentro con Jesús pasará necesariamente, de una u otra forma, por el reconocimiento de la insatisfacción vital que anida en el fondo del corazón humano, a la que los jóvenes son, de forma especial, particularmente sensibles. Es cierto que los jóvenes son uno de los objetivos principales de la publicidad y el consumo, y que éstos se emplean a fondo para conseguir que vivan en la superficie, aturdiéndose con necesidades ilusorias. Sin embargo, lo que convierte a los jóvenes en un público tan interesante para el consumo es precisamente que, por su momento vital, están en situación de carencia, de insatisfacción, de búsqueda, de desconcierto e inseguridad.

Han salido del entorno seguro de la infancia (los privilegiados que han tenido una infancia segura) y aún no han consolidado un universo propio de seguridades. Tienen todo por hacer,

todo por decidir y todo por construir, incluso la ascensión del entorno familiar y social que no han creado y con el que tendrán que cargar sin posibilidad de escapatoria.

La tarea es difícil, y la tentación que viven los jóvenes y que la sociedad se encarga de alimentar es huir de ella sin afrontarla conscientemente, dejando que la historia, la vida, los gustos inmediatos, los acontecimientos, decidan por uno; viviendo en la superficie y buscando un espacio acomodado en el que sobrevivir. Sin embargo, esa pobreza particular que los jóvenes viven, despojados del estatus social de la infancia y aún no situados en el de la adultez, es ocasión privilegiada para tomar conciencia de la propia necesidad y acoger la Buena Noticia de Jesús.

La insatisfacción puede manifestarse en dimensiones muy distintas de la vida: en la indignación ante la injusticia del mundo que nos rodea, en la frustración por la incapacidad personal ante las situaciones de dolor, en la dificultad de aceptación personal, en la frustración en las relaciones, en la falta de amor y la necesidad de referencias. No se trata de ofrecer paliativos a la insatisfacción, ni evasiones o espacios de refugio que ofrezcan seguridades dogmáticas o generen dependencias, sino de ayudarles a formularla y darles herramientas para vivir en búsqueda, en la esperanza de que hay respuesta a los interrogantes, pero sólo cuando nos atrevemos a formular la pregunta.

El encuentro con Jesús y su descubrimiento como Buena Noticia para la vida personal y social se realiza, por tanto, en la hondura de la vida. En la medida en la que ayudamos a los jóvenes a vivir con profundidad y valentía la vida que les toca vivir, a descubrir la realidad que les rodea, el encuentro con los pobres, la construcción de su propia identidad, la aceptación personal, los encuentros y frustraciones en las relaciones irán surgiendo los interrogantes vitales hondos del ser humano. Cuando esos interrogantes han surgido,

el joven puede encontrarse con Jesús de Nazaret y su propuesta.

Como suele decir José Luis Pérez, “tenemos demasiada costumbre en la evangelización de dar respuestas a quién no tiene preguntas”. La primera tarea para facilitar el encuentro con Jesús de los jóvenes será desbrozar con ellos el terreno y proponerles experiencias y espacios para que descubran sus interrogantes vitales, que surgen en la confrontación con la vida. Ayudarles a descubrir qué buscan y qué necesitan, como preguntó Jesús a Juan y Andrés (Jn 1,38) y al ciego Bartimeo (Lc 19,40-41). De lo que busquemos dependerá lo que encontremos, lo que estemos dispuestos a acoger. Cuando se toma conciencia de la búsqueda y de la propia insatisfacción es cuando se puede valorar, reconocer y descubrir la Buena Noticia que Jesús de Nazaret supone para nuestras vidas y para el mundo.

*Segundo momento:  
un estilo de persona a construir*

La Buena Noticia de Jesús nos propone un camino, orientaciones para el proceso personal, en itinerarios personales y plurales que responden a la vocación de cada uno: el seguimiento de Jesús. Éste es el segundo momento del proceso para aquellos jóvenes que han descubierto que la propuesta de Jesús puede ser una respuesta de sentido y de horizonte para sus inquietudes e interrogantes personales y sociales y deciden dar el paso de intentar vivir desde ella.

El seguimiento de Jesús es un proceso en el que vamos construyendo, sobre la materia prima que cada uno tenemos, un estilo de persona “a imagen de Jesús”, dejándonos convertir en “otros Cristos” en la historia que nos toca vivir. Es un proceso que dura toda la vida. Pero los primeros pasos son los ensayos, que han de ser cuidados y acompañados para ir descubriendo al Jesús al que quiero seguir, probando a caminar en su

seguimiento y contrastando la vida y las actitudes personales con la propuesta de Jesús. Es el momento de adquirir herramientas que nos permitan vivir siempre en camino y orientar la vida, en las distintas circunstancias que nos toque vivir, en el horizonte del Reino de Dios.

En este segundo momento, lo central del proceso será el desarrollo de una experiencia de relación personal con Jesús que sostenga y oriente la vida. Y, de acuerdo con lo que hemos señalado anteriormente, una relación que sea transformadora de la persona y que le lleve a desarrollar un estilo de vida fraterno y solidario, en la Iglesia, según los valores del Reino. Para ello contamos con todos los elementos del itinerario que hemos mencionado en el punto anterior y que han de estar al servicio de esa experiencia interior de encuentro del joven con Jesús. Pero no olvidemos que el criterio de verificación no está en lo gratificante de la experiencia espiritual, sino en lo que produce en la persona en términos de frutos del Espíritu, en su relación con los demás y en sus opciones de vida.

Este segundo momento ha de desembocar en el discernimiento de una opción vocacional personal adulta. En que cada joven oriente su proyecto de vida o las grandes decisiones del mismo de acuerdo con esa experiencia personal e intransferible del seguimiento de Jesús. Puede traducirse, así, en opciones más o menos institucionalizadas eclesialmente, pero, aun en esos casos, siempre es una vocación personal que encuentra su ámbito de desarrollo en una institución, pero que conserva las peculiaridades de la originalidad de la llamada que Dios hace a cada persona.

### *Vivir conscientemente el proceso interior*

El requisito principal para poder orientar el proceso interior personal es vivirlo conscientemente. Esto es lo que nos permite salir de la superficial-

lidad que hace que la vida “nos viva” sin ser dueños de ella, y vivirla en plenitud y profundidad.

Vivir conscientemente el proceso interior no es fácil. Supone asumir en profundidad todos los aspectos de nuestra vida, también el dolor. Nos resulta más sencillo huir del dolor viviendo en la superficie, intentando mantenernos ignorantes de lo que sucede en nuestro interior, lo que las experiencias de la vida provocan en nosotros. También nos implicará, en muchas ocasiones, tomar opciones y decisiones que nos llevan a la plenitud pero que nos resultan difíciles de asumir. Lo cómodo es vivir en la superficie, pero la superficialidad deja en última instancia sin responder nuestros deseos profundos de vida y plenitud.

Todos necesitamos adquirir herramientas y capacidades para vivir conscientemente nuestro proceso interior. En esto consiste educar a la interioridad: generar en los jóvenes una sensibilidad y ofrecerles herramientas que les ayuden a descubrir su mundo interior, a gustarlo y disfrutarlo, a familiarizarse con él y explorarlo, esto es, a apropiarse de él y cultivarlo de modo que sea el centro de referencia donde se elaboran e integran los aprendizajes y experiencias de la vida y desde donde se responde al mundo.

Esta educación a la interioridad es una necesidad simplemente para formar jóvenes dueños de su vida, que puedan crecer, vivir y crear con originalidad y libertad. Pero es, a su vez, una ayuda inestimable para facilitar el encuentro de los jóvenes con Dios, que habita en el centro de su corazón, que es, en expresión de san Agustín, *intimior intimo meo*, lo más íntimo de nuestra intimidad. En la medida en la que entramos en la tierra sagrada del propio corazón, la interioridad, podemos dejarnos encontrar por Dios, que quiere habitar dentro de nosotros. Como experimentó san Agustín (*Confesiones* X, 27, 38):

“Tú estabas dentro de mí, y yo fuera, y fuera te buscaba yo, y me arrojaba sobre esas hermosuras que tú creaste. Tú estabas conmigo, mas yo no estaba contigo. Me mantenían lejos de ti aquellas cosas que, si no estuviesen en ti, no existirían. Llamaste y gritaste, y rompiste mi sordera; brillaste y resplandeciste, y ahuyentaste mi ceguera; exhalaste tu fragancia, la respiré y suspiro por ti; te gusté y tengo hambre y sed de ti; me tocaste y me abrasé en tu paz”.

Vamos a mencionar únicamente de forma sintética algunas actitudes que facilitan el terreno para vivir conscientemente el proceso interior y que son la parte propedéutica de cualquier itinerario de educación a la interioridad.

- *Sorprenderse*. Sólo cuando algo nos llama la atención, nos sorprende, nos centra hasta el punto de querer bucear para ver qué se esconde debajo. Lo que consideramos normal, habitual, gris, obligado y debido no nos provoca ningún movimiento. La vida, también la vida cotidiana, está llena de experiencias y realidades sorprendentes y maravillosas. La misma vida es un milagro cotidiano. Que la vivamos así depende más de nuestra mirada que de la realidad que vivimos. Una de las primeras consecuencias del bombardeo de estímulos que sufrimos cotidianamente es la pérdida de la capacidad de sorprendernos aun por lo más maravilloso. Educar para la sorpresa es acompañar y guiar a los jóvenes a descubrir la paradoja, lo inesperado, lo gratuito, misterioso y maravilloso que encierra la realidad cotidiana. Es ponerles frente a la realidad de una manera distinta, chocante, que resalte estas dimensiones. El arte es un recurso inestimable para educar la capacidad de sorprenderse y de ver la realidad con una mirada nueva. También lo es cualquier dinámica que coloque a los jóvenes en situaciones imprevistas, ante paradojas que

les obliguen a preguntarse y buscar. Se pueden aprovechar los juegos lógicos y de paradojas, que estimulan la creatividad y el pensamiento divergente, las experiencias nuevas, el contraste con otras vidas... Lo importante será, en todo caso, que sepamos acompañarles para prolongar y proyectar estas experiencias de sorpresa a la vida cotidiana y así reconocer la maravilla que ésta encierra. Sólo si aprendemos a sorprendernos, a reconocer lo inesperado, lo diferente, lo no debido, podremos reconocer la presencia de Dios, totalmente Otro y totalmente cercano.

- *Agradecer.* Es tan fácil acostumbrarse a lo bueno que, especialmente cuando se vive en contextos de bienestar, se va desarrollando un umbral muy alto para la alegría y la satisfacción y un umbral muy bajo, sin embargo, para la insatisfacción. Cualquier acontecimiento negativo se convierte fácilmente en una tragedia, mientras que los acontecimientos positivos pasan desapercibidos, salvo que sean muy especiales. Y, sin embargo, para las personas que viven situaciones de dolor y dificultad, la capacidad de agradecer cualquier pequeño gesto es precisamente una fuerza que les permite resistir y afianzar la esperanza. Educar para la interioridad pasa también por generar el hábito de fijarse en lo bueno que sucede cotidianamente. Pasa por desarrollar la capacidad de agradecer: a las personas, a la vida, a Dios. Una mirada agradecida de la realidad, que no es una mirada ingenua ni acrítica, nos va capacitando para percibir nuestro mundo interior como amable y situarnos en una mirada positiva ante el mundo que nos permitirá afianzar la esperanza, aprender a enfrentar el dolor y atrevernos a buscar más allá de los límites de seguridad en los que nos movemos.

- *Contemplar*. Todo esto implica la capacidad de contemplar, esto es, fijarnos en la realidad, en nuestro interior, en lo que sucede; mirarlo con profundidad, sin pasar rápidamente por encima. Detener la mirada y el corazón, dejando que la vida nos desvele las capas profundas que la sostienen. Fijarse en los detalles, detenerse en la belleza, mirar con los ojos del corazón. De nuevo el arte se convierte en un instrumento privilegiado para aprender a contemplar. También la naturaleza, también técnicas introspectivas como las visualizaciones o imaginé-rias... Se trata de aprender a mirar en profundidad y tener experiencia de que desde esa mirada se descubre mucha más riqueza que la que aparece a simple vista, y, poco a poco, aprender a tener esa mirada hacia la propia vida y el propio proceso interior.
- *Soñar*. El hombre es un ser que proyecta, que sueña, que planea, que crea. Y sin esa capacidad no se desarrolla. Como para otras dimensiones de la interioridad, la cultura que vivimos nos bombardea con tantos proyectos inmediatos que, al tiempo que nos estimula, nos deja casi sin tiempo y sin espacio para soñar personal y originalmente, para compartir sueños y para crear nuestros propios sueños. Vivir conscientemente el proceso interior implica también ayudar a los jóvenes a tomar conciencia de sus sueños y sus deseos profundos, a crear sueños, hacer laboratorios de sueños, futuribles diversos. En ese intento podremos ir conectando con lo que buscamos en lo profundo de nuestro corazón.
- *Sentir*. Al igual que sucede con la mirada, que en la vida cotidiana se nos reduce muchas veces a la mirada operativa y super-

ficial, vivimos tan llenos de sensaciones fugaces que nos cuesta detenernos y sentir en profundidad. El oído, el tacto, la vista, el olfato, el gusto, se nos saturan y atrofian. En ocasiones, también los afectos nos golpean y nos zarandean, pero no nos hacemos dueños de nuestros propios sentimientos. Y los sentimientos ignorados son muy peligrosos: se las arreglan para “vengarse” de las formas más insospechadas. Es necesario aprender a sentir y apropiarnos de lo que sentimos. Nos ayudan las experiencias de tomar conciencia de nuestros sentidos: tocar, gustar, desarrollar toda la dimensión corporal. Así, poco a poco, podemos ir trasladándolas a nuestros sentidos interiores, a nuestros sentimientos: el dolor, la alegría, el amor, el conflicto..., aprendiendo a vivirlos en profundidad, explorándolos y apropiándonos de ellos para descubrirnos en ellos y que no se conviertan en tiranos que nos manejan desde fuera.

- *Preguntar.* Los nuevos horizontes vitales se abren cuando nos atrevemos a formularnos nuevas preguntas respecto a lo que vivimos interna y externamente. El proceso interior requiere generar el hábito de profundizar en la realidad que se vive, preguntándose por los porqués, buscando respuestas nuevas, buscando el sentido de cada uno de los elementos que encontramos en el camino. Las experiencias de solidaridad, pero también las de introspección y la formación, ayudan a explicitar las preguntas que pueden funcionar de motor e impulso para el proceso interior de crecimiento, maduración y toma de postura ante la vida.
- *Callar.* Para todo esto es preciso aprender a callar, a hacer silencio, a enfrentar el silencio. El silencio siempre implica la toma de

conciencia de nuestra propia soledad y es el espacio en el que se evidencia el mundo interior, con su riqueza, pero también con los temores que nos cuesta afrontar. En la sociedad del ruido que vivimos, es necesario favorecer espacios de silencio y ayudar a hacer silencio interior, requisito para bucear en la propia interioridad. Las técnicas, muchas de ellas de corte oriental, de relajación y meditación pueden ser ayudas interesantes para aprender a hacer silencio, pero también lo son muchas de las técnicas y herramientas de la tradición espiritual cristiana, adecuadamente adaptadas a la sensibilidad y la realidad de estos jóvenes.

- *Expresar.* Para hacernos conscientes de lo que vivimos y sentimos, necesitamos expresarlo incluso a nosotros mismos. Formular, plasmar en una expresión de algún tipo lo que vivimos, es requisito para lograr la distancia necesaria para apropiarnos de ello y poder, así, incorporarlo en nuestra vida y nuestro proceso. La palabra es, sin duda, un medio de expresión privilegiado, por su precisión y por la riqueza de matices que puede incorporar. Sin embargo, formular algo en palabras requiere un alto nivel de elaboración de la vivencia de la que se trate. Hay otros lenguajes más ligados a lo afectivo y a la intuición que pueden ser un buen puente a la hora de expresar el proceso y la vivencia interior, ayudando a tomar conciencia de ello y a poder elaborarlo. Nos referimos de nuevo a todo el lenguaje artístico y creativo: la expresión plástica, la expresión corporal, la música, los gestos simbólicos... Reflejarse en la expresión de otros mediante poemas, canciones, narraciones, imágenes, es también un buen camino para asumir nuestro proceso interior mediante la expresión.

## El acompañamiento durante el proceso

Nos preguntábamos anteriormente cuál es nuestra tarea en estos itinerarios. Y decíamos: ofrecer a los jóvenes herramientas y acompañarles para construir su propia historia.

Vamos a apuntar, a continuación, algunas características de este acompañamiento imprescindible. No pretendemos sustituir el capítulo específico sobre el “acompañamiento” que aparece en estas “diez palabras clave”. Queremos subrayar la labor insustituible del acompañante, de los acompañantes, cuando hablamos de procesos. Acompañante perseverante, estable, paciente, que permanece junto a las personas en proceso de maduración manifestando la propia identidad cristiano-eclesial; acompañante adaptado a un largo proceso, desde la convocatoria a grupos en la adolescencia hasta la inserción madura en la comunidad cristiana.

### *¿Qué papel juega el acompañante?*

Su labor fundamental es ayudar a las personas a descubrir y reconocer la sed de Dios, a crecer en una pertenencia madura a la Iglesia real, a entender el mundo desde la fe y la propia vida en clave vocacional y misional. En definitiva, le toca ayudar a la persona a madurar como cristiano y a que dicha maduración sea integral.

Para que ello sea posible, el acompañante reúne estas siete características:

1. *Actúa desde la fragilidad personal y la fuerza de Dios.* El acompañante es un sugeridor de rutas, entre posibles itinerarios, en el desierto religioso que le rodea. Desierto que lo desnuda de seguridades, de certezas. Desierto como lugar de tentación, una de las cuales es la añoranza de otros tiempos al sentir la impotencia pastoral. Desierto que

le dispone a tener experiencia de hijo en las manos de la madre, de padre del hijo mayor de casa, de buen pastor que sale a buscar las 99 ovejas que se han marchado del redil.

2. *Aporta la visión reposada del corredor de fondo.* De entrada, a la persona joven puede interesarle únicamente algo muy puntual, y quizás se acerca con un objetivo preciso y sin mucha más ambición. Es posible que algunas de las cuestiones que son básicas en la pastoral (Dios, la Iglesia, uno mismo o el mundo) no le preocupen especialmente. Quienes tienen que tener ese horizonte son quienes lideran los proyectos. El acompañante y sus equipos deben tener claro que todas esas dimensiones de la experiencia de fe tienen que ir apareciendo en una vida que va adquiriendo una cierta hondura cristiana.
3. *Se adapta al ritmo de las personas y no las sustituye.* El acompañante ha de ir buscando las formas de que cada paso conduzca a poner nombre a la sed de trascendencia y de interioridad que toda persona tiene. Y lo ha de hacer, como decíamos anteriormente, adaptándose a los ritmos y la disposición de cada persona, respetando su libertad, aceptando los rechazos y fracasos que pueda haber y asumiendo que el protagonismo en el proceso siempre va a ser del joven, y, en todo caso, del Espíritu, que puede actuar dónde y como quiere.
4. *Hace una propuesta clara.* Tiene una Buena Noticia que comunicar. La gran oferta que hacemos en pastoral juvenil es el don que hemos recibido: Jesucristo. Ofrece, desde la lectura creyente del Evangelio, el modelo de humanidad en plenitud. Desde aquí se plantean los diversos itinerarios para que cada persona pueda hacer su proceso de

seguimiento personal y comunitario mediante la experiencia de encuentro y seguimiento de Jesús.

5. *Hace una propuesta amplia.* Quiere dar a conocer a Jesucristo a todos los jóvenes. Sabe que llega más a fondo a algunos. Afirma que le importa cada uno. Esta amplitud y variedad de destinatarios está en la base de la pluralidad de propuestas de itinerarios.
6. *Quiere llegar a la globalidad de la persona.* No hace sólo una *oferta cognitiva*, aun reconociendo que la propuesta tiene unos contenidos que requieren formación y una asimilación que permita dar razón de la propia fe. La dimensión del saber, en su doble fidelidad al mensaje y a la persona humana, requiere que el acompañante conozca bien el mensaje que transmite y, al mismo tiempo, conozca al destinatario que lo recibe y el contexto social en que vive. Los conocimientos contemplados y asimilados son más fácilmente comunicables.

No hace sólo una *oferta afectiva*, aun reconociendo que toda la afectividad resulta implicada. La adhesión a la fe incluye todos los niveles de sentimientos, afectos... El proyecto de bienaventuranza que se propone invita a una vida feliz en la que el joven se encuentre a gusto y genere felicidad en su entorno. El acompañante, por su parte, destacará por su gratuidad en el amar y ser amado.

No quiere sólo una *oferta de acción, ética y transformadora*, aun reconociendo que propone construir el mundo según el proyecto del Evangelio. Lavar los pies y apostar por los últimos, según el estilo de Jesús, son decisiones fundamentales del verdadero discípulo; no las únicas. El compromiso social y la dimensión mística del acompa-

ñante suelen ser un lenguaje inteligible para los jóvenes.

7. *Es capaz de conjugar múltiples formas de acompañamiento.* El acompañamiento personal de la vida creyente de los jóvenes ayuda sobremanera a personalizar la fe y a ponerla a la escucha y búsqueda del proyecto singular que Dios alberga sobre la vida de cada uno. En otras palabras: fortalece el sentido vocacional de la vida cristiana. El acompañamiento grupal posibilita el lugar donde aprender a servir y acompañar a los otros sin apropiárselos, a cuestionar los propios intereses y relativizar el propio yo en función del nosotros y de los otros, donde aprender a amar en lo concreto. El acompañamiento ambiental permite generar un espacio donde se van transmitiendo otros valores, otro estilo de relación, otra forma de vivir y relacionarse. Al mismo tiempo, es un espacio donde los jóvenes pueden ser referencia unos para otros; un espacio donde hay una oferta de acompañamiento a través de otros movimientos más plurales de encuentro y a través del tejido de redes primarias, en el que donde se da mucha importancia a la comunicación y al deseo de relaciones personales auténticas.

## El valor de “hacer experiencia” en el proceso

La praxis pastoral nos ha demostrado que las personas hacen procesos cuando la metodología empleada es coherente con la identidad y la finalidad del proyecto. También hemos aprendido la centralidad de la experiencia, personal y grupal, interiorizada y personalizada, como el motor que permite hacer proceso personal a través de los diversos itinerarios propuestos a los jóvenes. Vamos, ahora, a reflexionar sobre ambas.

### *Algunas aportaciones sobre la metodología*

Raúl Berzosa, planteando las claves principales que están en juego en el tema de la transmisión de la fe en este nuevo siglo, repite las tres más básicas y transversales:

- *Comunidades vivas de referencia*, de donde nacerán testigos del Dios vivo y se fomentarán redes de cultura cristiana.
- *Procesos nuevos y serios de iniciación*, que favorezcan la dimensión experiencial de Dios en clave mistagógica o de proceso integral y continuado.
- *Redes sociales* de cristianismo en todos los ámbitos, donde se visualice la presencia pública de dicho cristianismo.

Para hacerlas posibles, optamos por una metodología activa e inductiva. Estamos convencidos de que hay una gran diversidad de experiencias que conviene hacer a lo largo del proceso personal. Frecuentemente se realizan en itinerarios aparentemente paralelos: de interioridad, de compromiso social, de formación cristiana, de vida comunitaria, etc. Aunque parezcan inconexas, las vemos como piezas de un gran *puzzle* que se va construyendo en el tiempo. La colocación de cada pieza, convenientemente acompañada, hace posible un salto de cualidad en el propio crecimiento.

Para “hacer experiencia” es imprescindible una red de ofertas. El proceso de cada persona se beneficia de la gratuidad de años invertidos en su formación, incluso cuando el proceso en conjunto queda fuera de las manos de los acompañantes del momento. Rodríguez Olaizola dice: “A veces pienso que la pastoral hoy en día tiene que ser mucho más como el *puzzle*. Supuesto un marco mínimo, luego hay que ir empezando a poner piezas –a veces dispersas, difusas y colocadas con lógicas diversas– para llegar a poder alcanzar aquellos cuatro objetivos que señalábamos como

básicos en toda pastoral: Jesús, la Iglesia, el mundo y uno mismo”.

En este momento histórico, toca detectar distintos caminos y ofrecer vehículos que hagan todos esos recorridos, para que la gente se suba en alguno y vaya a la velocidad que pueda. En el apartado primero de este capítulo señalábamos las mediaciones pastorales que consideramos más nucleares: la comunidad, los pobres, el testimonio, el acompañamiento, el Evangelio (formación), la oración, el compromiso. Todas son dimensiones de la vida cristiana, y todas deberían estar presentes en una vida de fe madura y consolidada; pero, como en el *puzzle*, hoy en día podemos intentar empezar por alguno de los sitios para llegar a los demás. Multiplicar y diversificar las ofertas busca que las personas puedan engancharse por alguno de estos caminos. El resultado es que habrá casi tantos itinerarios como personas están en proceso.

### *Profundizando sobre la importancia de la experiencia*

Hablamos de una pedagogía de la experiencia que lleve a pensar, sentir y actuar. No nos referimos al activismo, sino a la experiencia humana integral: a la vivencia. La vivencia es todo lo que constituye la vida real del chico o de la chica, pero, sobre todo, aquello que pueda ser más significativo. Hay vivencias cotidianas habituales, otras que resaltan por su intensidad, y otras que promovemos porque ayudan a vivir a fondo.

La experiencia de la propia vida, lo concreto, es el principal recurso educativo. Es el ámbito en el que consolidar y contrastar lo que se va intuyendo y descubriendo. Desde la experiencia vivida, abierta a la comunicación, todo adquiere densidad vital. Invitamos a opciones definitivas que sólo son posibles si ayudamos a vivir con sentido lo cotidiano.

Por “hacer experiencia” entendemos un aspecto decisivo en el proceso educativo de una persona hacia la conciencia y la libertad, a través del que se posiciona ante la vida y actúa en ella desde la unidad de sentimiento, pensamiento y acción. Sabemos que es un proceso que va desde lo más exterior y puntual, una acción determinada, a lo más profundo y constante, una actitud arraigada en la persona, y lo consideremos, por ello mismo, un elemento educable si somos capaces de crear las condiciones oportunas. Por todo ello, proponemos ir haciendo experiencia consciente del diverso nivel de profundidad de las cosas que se viven. Para nosotros, es un camino privilegiado para encontrar sentido a la vida.

Aplicado esto al campo de la fe, diremos que hay experiencia de fe cuando se descubre la presencia de Dios en las vivencias que conforman la existencia. Nuestra experiencia de educadores cristianos nos permite señalar diversos elementos en nuestra metodología que ponen su acento en “hacer experiencia”:

- *La expresión de las vivencias personales.* El expresarse lo consideramos como una vivencia básica que permite crecer en el proceso de trascendencia. Consideramos imprescindible que los niños, jóvenes y adultos crezcan con la capacidad de manifestar y verbalizar sus necesidades y deseos, desde los más superficiales a los más profundos. En nuestra concepción cristiana de la vida impulsamos la expresión de uno mismo porque lleva a la personalización de la experiencia religiosa y a la decisión personal ante las propuestas e invitaciones que vienen de Dios.
- *La formulación de preguntas.* La pregunta busca provocar la toma de conciencia de lo vivido y la reflexión sobre ello, dándole contenido existencial. Para abrir a una persona a la experiencia espiritual y a la fe, interesa

ponerla en contacto con experiencias, propias o ajenas, que cuestionen la normalidad de la vida de cada día y el pensamiento único que transmiten los medios de comunicación. Es la vía para reconocer las rendijas de trascendencia que se esconden en la vida ordinaria y que, tarde o temprano, podrán ser identificadas y nombradas. La pedagogía del preguntarse y del preguntar se manifiesta como un excelente caminador que lleva al discípulo a encontrarse con la verdad de sí mismo, de los otros y de Dios.

- *La capacidad de escoger entre varias opciones.* No es suficiente el plantear teóricamente la importancia de un sentido de la vida o el descubrimiento de los diversos sentidos, entre ellos el cristiano. Ponemos a la persona en situación de mirar las múltiples respuestas que se dan en el propio entorno sociocultural, facilitamos las herramientas para la captación de lo que ofrece cada opción para la realización personal, e invitamos a la opción libre y decidida de aquel sentido de la vida que más la haga posible.

La persona que expresa lo que quiere, que se pregunta y que distinguiendo entre diversos sentidos hace sus opciones, puede descubrir la fuente de donde mana el sentido cristiano de la vida. Puede ser capaz de descubrir que, si los creyentes viven de una manera concreta, no es porque tienen un carácter determinado o un voluntarismo ético, sino porque reconocen la presencia de Dios en la entraña de la vida y de la cultura, y captan cómo ha vivido esta presencia Jesús de Nazaret.

### *Las experiencias bisagras*

Para hacer este puente entre las vivencias cotidianas y Jesús de Nazaret, vamos a hablar de unas experiencias concretas. Llamamos “expe-

riencias bisagra” a situaciones “normales” de la vida que, vividas con profundidad y acompañamiento, pueden permitir el salto a la experiencia de Dios. Las consideramos aplicables en todas las edades del desarrollo de la persona, adecuadas, claro está, al momento evolutivo de la misma.

Podemos decir que estas experiencias facilitan el recorrido procesual si ayudan a pasar de la integración pasiva a la respuesta activa, del ámbito colectivo al personal, y de las respuestas concretas en determinados momentos a una actitud global de respuesta ante la vida. Las principales experiencias bisagra que hemos identificado y vemos posible trabajar a lo largo del crecimiento de una persona son las siguientes:

- *Ser acogido.* Es una experiencia inicial que abre la puerta a un largo proceso, ya sea de los niños más pequeños, ya sea cuando alguien se incorpora a un grupo. Es una experiencia pasiva que crea las condiciones para una respuesta activa de la persona. Puede despertar cierta pregunta: ¿por qué me aceptan? Es una especie de confirmación de haber acertado en la elección, de haber hecho bien al apuntarse a tal grupo o al ir a tal escuela o de haber nacido en tal familia... Y es básico para animarse a dar nuevas respuestas. La acogida puede consistir en prestar atención a la persona nueva, escucharla, presentarle quiénes son los otros..., pero también en crear un ambiente donde se sienta cómoda, ofrecerle espacio para participar en las actividades del grupo, dedicarle tiempo en encuentros de tú a tú y, finalmente, ir dando respuesta a las necesidades reales que tiene, manifestadas o no.

¿Cómo conecta esta experiencia bisagra con la experiencia de Dios? Ser acogido enlaza con la experiencia de un Dios universal, el Padre, que acoge y acepta a cada cual tal

como es y que no tolera ninguna marginación.

- *Hacer fiesta.* La fiesta, religiosa o laica, es una expresión colectiva de sentimientos, de valores, de opciones del grupo... Un espacio donde se estrechan los vínculos sociales y donde se renuevan las grandes ilusiones o se apuesta por la superación de los fracasos. El ritmo del año o las etapas de la vida personal quedan marcados por las fiestas y celebraciones que van dando sentido al paso del tiempo según la cultura del grupo. En las fiestas hay un colectivo que celebra, un motivo de celebración y elementos simbólicos (imágenes, músicas, gestos, palabras, objetos, personas...). La celebración se tiene que adecuar a la edad y dimensión del grupo, velar para que se entiendan los motivos y tener cuidado de la significatividad de los símbolos. Igualmente, es preciso prestar atención a la organización y al orden que aseguren el ritmo y la coherencia de los diferentes momentos de la fiesta y, a la vez, son precisos espacios de participación donde todo el mundo se pueda integrar a su manera.

¿Cómo conecta esta experiencia bisagra con la experiencia de Dios? Hacer fiesta acerca a los sacramentos: los siete grandes y los numerosos pequeños sacramentos de todos los días.

- *Establecer relaciones.* En todos los procesos personales, los vínculos con otras personas son una motivación importante. La vinculación con los otros da confianza, despierta nuevos horizontes, permite dialogar y contrastar puntos de vista, y facilita experiencias de colaboración. El acompañamiento personal, la amistad o la vida de pequeño grupo hacen posible la maduración de muchos procesos personales. Permiten

expresar en un clima de confianza las inquietudes o alegrías que la persona vive. Hacen posible el cuestionamiento y la revisión de actitudes personales, la elección y valoración de opciones, y la búsqueda de nuevas respuestas. También, a largo plazo, animan y apoyan la continuidad en las respuestas donadas. Dependiendo de la edad, la vinculación fundamental será con los adultos de referencia, los iguales, la pandilla con la que la persona se identifica, los amigos... A partir de cierto momento, la persona puede optar por una vinculación de carácter permanente con la pareja, con una comunidad o con un grupo.

¿Cómo conecta esta experiencia bisagra con la experiencia de Dios? Establecer relaciones forma parte del aprendizaje para la vida en comunidad y está en la raíz del valor cristiano de la solidaridad.

- *Encontrarse con testimonios.* Es un caso particular de relación con personas que son un referente personal y colectivo por su vida y sus experiencias. Algunos son religiosos, otros no de forma directa. Reconocidas públicamente o presentes en ámbitos reducidos, hay muchas personas que son un estímulo para quienes las conocen. El descubrimiento y el conocimiento de estas personas suele desvelar interrogantes sobre uno mismo y motivar el interés por aprender cosas nuevas. Principalmente, son una muestra, un modelo, de respuestas que se pueden dar, y ayudan a expresar y dar forma a los deseos personales: “Yo quiero ser como...”. Esta admiración puede animar a dar respuesta a los retos que se le plantean a cada cual. Para los más pequeños es imprescindible el testimonio directo de personas de hoy, aunque esta fórmula es válida y de interés para todo el mundo. A

partir del dominio del lenguaje se puede acceder al testimonio de personas más lejanas en el tiempo o en el espacio.

¿Cómo conecta esta experiencia bisagra con la experiencia de Dios? Encontrarse con testimonios permite descubrir el valor de los maestros interiores y el sentido del seguimiento de Jesús.

- *Desarrollar la autonomía personal.* Es una experiencia central. La autonomía personal permite utilizar la libertad de la que se dispone para dar una orientación a la historia personal. Permite buscar respuestas a los retos de cada etapa de la vida. Comienza por detectar y asumir de forma personal los interrogantes y las dudas que la vida plantea. Continúa por un proceso de investigación, conociendo, valorando y eligiendo entre las opciones dadas o buscando nuevas respuestas cuando sea necesario. Finalmente, las opciones de cada persona llegan a ser una expresión, una palabra, una propuesta sobre el posible sentido de la vida. Una primera autonomía pasa por dominar y aprovechar de forma creativa y personal las habilidades corporales, intelectuales y sociales que se adquieren durante la infancia: actuar, valorar, opinar, dialogar, manifestar los sentimientos... En la adolescencia se rompe con el pasado, actitud que tal vez habrá que reanudar en algún otro momento de la vida, y la autonomía se gana ejerciendo el sentido crítico y tomando distancia de aquello que nos han enseñado. Finalmente, la persona toma opciones que van definiendo su vida: estudios, amigos, compromisos..., y para hacerlo debe ser capaz de profundizar en ella misma, asumir la responsabilidad de cuidar y desarrollar todo aquello que ha descubierto de valioso y dar forma a un proyec-

to de vida integrador de las diversas dimensiones de la personalidad.

¿Cómo conecta esta experiencia bisagra con la experiencia de Dios? Desarrollar la autonomía personal hace posible una opción de fe madura, libre y responsable.

- *Participar en la vida de grupo.* La participación permite sentirse protagonista de una historia colectiva. Pide una cierta seguridad y madurez para responder ante los otros. Hace posible llevar a cabo proyectos compartidos, hace visible la complementariedad entre diferentes personas y ayuda a madurar una visión compartida de la realidad, un sentido. Participar es dar respuesta: la persona responde al grupo y con su contribución todo el grupo puede responder. Pero es necesario encontrar momentos para preguntarse sobre la dinámica del grupo y la vinculación que se tiene con él, y hacer balance. Participar es poder incidir en las elecciones que el grupo hace, no sólo seguir las indicaciones de otros; por ello, es clave el diálogo: expresarse, escuchar y encontrar puntos de coincidencia.

¿Cómo conecta esta experiencia bisagra con la experiencia de Dios? Participar en la vida de grupo prepara para descubrir que el Espíritu de Jesús habla a través de las múltiples voces de la comunidad.

- *Ponerse al servicio.* Una forma destacada de participación es el servicio. La persona actúa motivada por las necesidades de otros y la experiencia puede contribuir a su crecimiento personal. Algunos servicios están al alcance de todo el mundo; otros piden preparación y madurez personal. A la larga, un servicio se hace imposible si no se tiene cuidado de renovar la motivación que lo anima. El servicio es la respuesta a una nece-

sidad concreta; no es servicio ofrecer aquello que no es preciso o cuando no conviene: exige un esfuerzo para acertar en la demanda que se hace y valorar su urgencia. Es preciso, pues, cierta formación para contextualizar el servicio. Hay una actitud general de servicio que permite responder con generosidad a las necesidades del otro, y hay compromisos de servicio concretos que se eligen en función de las aptitudes. Se tiene que asumir que no se puede hacer todo. El servicio también lleva a preguntarse sobre el sentido último de la acción y qué tipo de mundo queremos: es preciso ayudar a revisar las motivaciones y hacerlas explícitas. Hay gran cantidad de pequeños servicios que muestran nuestro interés por los otros y crean un clima de atención a las personas. Eso es bueno a todas las edades. Hay, además, servicios concretos que se pueden llevar a cabo primero en grupo y más adelante de forma personal; que comienzan por el entorno próximo y poco a poco van dirigiéndose a los más necesitados de nuestra sociedad y de nuestro mundo. Finalmente, la opción profesional puede tener un sentido de servicio.

¿Cómo conecta esta experiencia bisagra con la experiencia de Dios? Ponerse al servicio descubre la clave de la moral y la política cristianas: la búsqueda de una humanidad nueva, el Reino.

- *Disponer de tiempo de personalización.* Antes de cualquier búsqueda del sentido de la vida, es preciso fijarse en la vida concreta que estamos viviendo, distinguir aquello que es fundamental de aquello que no lo es. Sólo después podremos comenzar a leerla e interpretarla. El silencio ambiental facilita la relajación de nuestro organismo, y éste el silenciamiento interior que permi-

te recoger aquello que se ha vivido, entender el momento presente y descubrir hacia dónde se proyecta la propia vida. El tiempo de personalización hace posible que las voces interiores se expresen con más claridad y que la persona pueda captarlas, darse cuenta del momento que vive, plantearse las preguntas adecuadas y buscar su respuesta. El silencio habitual facilita la serenidad, ayuda a no vivir pendiente de las cuestiones inmediatas y a no perderse en respuestas precipitadas y, de esta forma, expresar de forma nítida quién se es realmente. Acompañar a hacer silencio puede comenzar por apartar a la persona de la actividad que está haciendo durante unos minutos y pedirle que reflexione sobre lo que acaba de hacer. Se puede proponer un tiempo más largo en contacto con la naturaleza o en un espacio recogido. Se puede introducir el silencio como espacio de reflexión al comenzar el día o antes de emprender una actividad especialmente significativa. Los silencios más largos piden músicas, indicaciones motivadoras, lecturas o pistas para reflexionar que los acompañen. Finalmente, se puede llegar a establecer un ritmo de espacios de silencio: un ritmo diario o semanal de pequeños momentos, y un ritmo anual de momentos de parada.

¿Cómo conecta esta experiencia bisagra con la experiencia de Dios? Disponer de tiempo de personalización abre el camino a la plegaria y a la búsqueda espiritual.

- *Descubrir y enfrentar la presencia del mal.* El sentido se construye pese al sinsentido: el dolor, los fracasos, las víctimas inocentes... ponen en cuestión la posibilidad de encontrar un sentido a la vida, una respuesta que lo explique todo de forma satisfactoria. No

esconder estas realidades hace que las personas no nos conformemos con respuestas fáciles y tranquilizadoras y nos esforcemos para llegar hasta el fondo de cada cuestión. Descubrir el mal nos muestra la cara menos amable de la vida: enfermedades, injusticias, desastres naturales..., y hace evidentes nuestras limitaciones. Es la máxima expresión del sinsentido; por ello, pone en crisis los procesos personales y los proyectos colectivos, hace dudar de casi todo y es un interrogante que no desaparece nunca completamente. Pone a prueba el sentido que hemos dado a la vida, pero también es una invitación a reafirmar la confianza en uno mismo y en los otros, a continuar luchando por superar las dificultades y a renovar la esperanza pese a todo. Aceptar las limitaciones y las pérdidas es un reto que se plantea desde bien pequeños, y supone encarar las situaciones sin rehuir el dolor, pero tampoco magnificándolo. Los educadores pueden ayudar a que la persona asuma la situación de crisis o de conflicto según sus capacidades. Conviene ayudar a detectar el mal, no esconderlo, en el entorno próximo, social y también global. Conviene trabajar para detectar sus causas, pero también descubrir que en algunos casos no hay una causa clara y que la opción que nos queda es apoyar a las personas perjudicadas.

¿Cómo conecta esta experiencia bisagra con la experiencia de Dios? Descubrir y enfrentar la presencia del mal pone en sintonía con la acción de Jesús, que pasó haciendo el bien y liberando a las personas de todo tipo de marginación

En el apartado siguiente, vamos a presentar los lugares pastorales donde “hacer experiencia”. En ellos planificaremos la presentación de las

mediaciones que, como decíamos anteriormente, permitirán a las personas descubrir y reconocer la sed de Dios, crecer en una pertenencia madura a la Iglesia real y entender el mundo desde la fe y la propia vida en clave vocacional y misional.

## Lugares pastorales para hacer procesos

Ya hemos dicho antes que la interioridad es el lugar de desarrollo del proceso, y la exterioridad es su materia prima. Parte de esta materia es el lugar del proceso, entendido como el “ámbito” en el que la persona se desenvuelve, entra en relación con los otros, consigo mismo y con Dios a través de elementos que son mediación. Las responsabilidades y derechos que el individuo asume y tiene en cada lugar, los acontecimientos, los reconocimientos y adversidades, y el grado de interrelación con otros miembros constituyen las mediaciones.

Disponemos de unos lugares privilegiados para trabajar la pastoral con jóvenes. Lugares clásicos son la familia, la parroquia, el colegio, el centro juvenil... Otros más novedosos son las plataformas sociales, las comunidades virtuales de Internet, la formación a distancia...

En cualquiera de estos lugares pastorales nos interesa trabajar un elemento común que favorece la realización, concreta y a largo plazo, de los procesos personales: la comunidad.

### *La comunidad*

Los procesos son personales; los lugares son espacios comunes y los ocupa un grupo. Un buen lugar donde cuajen los procesos de maduración en la fe es aquel en el que el grupo de personas forman una comunidad cristiana.

A menudo, los grupos los constituyen personas con intereses comunes y en torno a éstos se

forman las relaciones. Todos obtienen beneficio del grupo. Nuestro concepto cristiano de comunidad es distinto. Para nosotros, la comunidad tiene por centro a Cristo: él es el que convoca. La comunidad es misionera, no se constituye para obtener beneficio, sino para testimoniar el amor de Dios y su presencia entre nosotros. Creemos fundamental que nuestros *lugares pastorales* tengan por núcleo una verdadera comunidad cristiana.

La *comunidad de referencia* de un joven es aquella que constituye el eje vertebral de su proceso de maduración en la fe. Normalmente, aquella en la que se elabora, se comparte y se revisa el proyecto personal de vida en el Espíritu. La comunidad de referencia es aquella a la que puedo pertenecer toda una vida porque sus miembros se han sentido llamados a vivir el seguimiento de Jesús bajo el carisma de esa comunidad. Esto deben tenerlo claro tanto la persona que viene a formar parte de uno de nuestros lugares pastorales como los responsables de los ámbitos.

La existencia de una comunidad de referencia es vital para que nuestros itinerarios no desemboquen en el vacío y ahogemos los procesos personales. El catecumenado, los grupos de fe o grupos de oración, los equipos de matrimonios, acaban en nada cuando sus miembros no tienen posibilidad de incorporarse a una comunidad más amplia que les permita seguir creciendo en la fe.

A menudo, nuestros *ámbitos* están desconectados entre sí, dispersos y con poca relación y conciencia de ser un todo. Nuestro esfuerzo pastoral debe estar en crear verdaderas comunidades de fe que sean el núcleo de nuestros lugares y, a la vez, en llegar a crear esa comunidad de referencia, comunidad de comunidades, donde las relaciones interpersonales sean más intensas, donde haya una dinámica de confrontación con el estilo de vida de Jesús, donde sea posible tener la experiencia de la plegaria y oración común, y donde exista un compromiso con la justicia y la paz.

*Dos lugares relacionales por excelencia:  
los grupos de fe juveniles e Internet*

No nos parece ahora que debamos hablar de todos los antiguos y nuevos lugares para la pastoral. Simplemente, hablaremos de dos, por su capacidad de generar relaciones. Esto los hace especialmente interesantes para un trabajo pastoral que ayude a realizar procesos personalizados.

*Los grupos de fe juveniles*

*Características:* son grupos ofertados a todas las edades, generalmente entre los 12-13 y los 17-18 años. Es una llamada a chicos y chicas que están en estas edades. Se acoge en ellos a todas las personas, sea cual sea su nivel de vivencia de la fe. Partiendo de la situación de cada uno, procuramos ayudarles a dar pasos en su camino, para que su vida se pueda ir enriqueciendo y definiendo. El grupo ofrece un recorrido vital estructurado en etapas. Se da, pues, una progresión que los chicos y chicas deben percibir como tal y comprometerse con ella.

Éste es un camino tanto personal como de grupo. Es necesario trabajar las dos dimensiones. Además, procuramos abarcar todos los ámbitos de la vida de la persona, buscando la progresiva integración de la fe en las estructuras de la personalidad y en la vida cotidiana. Ofrece una llamada a vivir la comunidad. Nuestro proyecto se desarrolla en el contexto de la comunidad cristiana y pretende llevar al descubrimiento vital y progresivo de la misma. Aquí la experiencia de la comunidad se vive en distintos niveles: en las vivencias grupales y comunitarias o en el conjunto de la comunidad parroquial o colegial, en el encuentro con otros grupos y comunidades de la diócesis, en experiencias extradiocesanas y en encuentros con otros grupos y movimientos. En todos ellos buscamos desarrollar el sentido de pertenencia a la Iglesia y educar en la capacidad de

responder con generosidad a las llamadas de Dios, que llegan a la persona por múltiples caminos. Respondiendo a las pequeñas llamadas que la hacen salir de sí misma, la persona se abre progresivamente a la vivencia de la vida como vocación y se va disponiendo a entregarse a aquella vocación que Dios le tiene reservada. En este camino es fundamental el encuentro con el otro, especialmente con el necesitado y con el pobre.

El objetivo, por tanto, de los grupos de fe es posibilitar el encuentro con Jesucristo vivo. Este encuentro lo experimenta cada persona en su vida, e incluye un doble movimiento: por un lado, la persona se siente amada gratuitamente, objeto de múltiples dones que le hacen ser lo que es; por otro, percibe una llamada y un impulso a ir más allá de sí misma por medio de una entrega confiada a ese amor primordial. Este doble movimiento es el que buscamos promover en los chicos y chicas que se integran en estos grupos.

Esta tarea de educar en la fe es exigente y requiere un equipo de animadores preparado, entregado y que educa más por lo que son y se aman entre ellos que por lo buenos que son haciendo actividades. La formación y el cuidado de estos grupos de fe exigen a la formación y acompañamiento de una comunidad cristiana monitores que puedan llevar a cabo esta tarea. Los grupos de fe son, por tanto, una gran oportunidad para ofrecer un proyecto misionero a jóvenes de la franja de edad comprendida entre los 19 y los 30 años.

### *Internet*

*Características:* Internet es un aliado en la formación de la persona. Es importante conocer las peculiaridades de este entorno de relaciones, identificar los peligros y aprovechar sus oportunidades.

Si en Internet se desarrollan las relaciones como en el mundo real, ¿se puede uno relacionar

con Dios a través de este medio?, ¿se puede despertar la fe, compartirla, fortalecerla? Sin lugar a dudas, la respuesta es sí. No sucede de la misma manera que en la realidad tangible, pero podemos aplicar las leyes de las relaciones del mundo físico sin mucha variación.

Una de las características de las relaciones en la red es la fuerte tendencia a crear comunidades. Su estructura hiperenlazada propicia la creación de grupos de personas que se enlazan unas con otras creando, según afinidades e intereses, comunidades. Ésta es una de las grandes potencialidades de Internet: la comunidad.

Los cristianos tenemos un mensaje antiguo, no anticuado. El amor de Dios manifestado a los hombres en Cristo Jesús sigue siendo hoy el centro de nuestra predicación, también en la red. Sin embargo, no podemos predicar este amor de la misma manera que se hace desde un púlpito, en un campamento, con un cine-fórum, en la asistencia directa a enfermos, con una lectura... Trasladar las propuestas pastorales del mundo físico al virtual sin una adaptación previa lleva al estrepitoso fracaso.

*Oportunidades:* la comunidad cibernética tiene por centro un interés, un gusto común. Hay comunidades centradas en la informática, otras en la fotografía, los deportes, los coches... Su fin es reunir a personas con la misma inquietud y potenciar sus relaciones. Una persona puede pertenecer a muchas comunidades cibernéticas, a tantas como intereses tenga.

En el ámbito pastoral, podemos explotar esta cualidad de la red creando comunidades cibernéticas cuyo núcleo es una comunidad religiosa, unas personas que se saben llamadas a una misión. Por eso las iniciativas pastorales en Internet más significativas son las que tienen una comunidad detrás: un grupo parroquial, un movimiento de Iglesia, una congregación religiosa, una comunidad de fe...

Los primeros exploradores pastorales de la red eran solitarios francotiradores que dedicaban horas y horas a crear nuevos espacios, subir materiales, atraer visitantes. El problema es que una sola persona no puede mantener durante mucho tiempo un espacio actualizado, atender a los usuarios y albergar una alta calidad de contenidos, sin hablar de los costes económicos que puede acarrear un gran proyecto. La vida de la comunidad es el mejor testimonio de la presencia del Resucitado. Si conseguimos crear este tipo de comunidad en la red, estaremos no sólo ofreciendo contenidos religiosos, sino evangelizando. Presentamos a continuación algunos ejemplos de los medios más interesantes para promover iniciativas pastorales en Internet:

- *Listas de correo*: una lista de correo permite enviar correos electrónicos a todo un grupo de personas. La lista puede administrarse localmente con nuestro gestor de correo o a través de un servidor externo. Según la política aplicada, hay listas en las que sólo puede enviar mensajes el administrador (*newsletter* o boletín); se utilizan, por ejemplo, para informar de novedades en una *web*. Otras permiten participar a todos sus miembros (*mail group* o grupo de correo) y promueven la comunicación entre sus participantes.
- *Páginas web*: es la forma de presentar contenidos hiperenlazados en un ordenador. Las páginas *web* suelen ofrecer el plato suculento de los internautas: información. Tienen carácter estático, aunque pueden dinamizarse. Podemos crear una página *web* para presentar un grupo, colegio, proyecto; ofrecer recursos: dinámicas, oraciones, presentaciones, lecturas; mostrar noticias, artículos de actualidad (mediante *feeds* o *RSS*).
- *Foros*: los foros son la herramienta más potente para crear comunidades cibernéti-

cas. Permiten a los usuarios vincularse a una comunidad, participar en debates, intercambiar recursos, valorar la participación de otros usuarios. Por su carácter interactivo, requieren un fuerte equipo de animadores que fomenten el diálogo, velen por el respeto y la calidad de los contenidos que se vierten, y acojan y orienten a los usuarios.

- *Blogs*: un *blog* (“bitácora” en castellano) es un sitio *web* en el que se publican anotaciones (historias, artículos, *posts*) mediante un sistema de edición sencillo. Una de las principales características es que las anotaciones son cronológicas y están ordenadas de más recientes a más antiguas. Los *blogs* suelen ser personales, se actualizan a menudo e incluyen enlaces a otras páginas. Casi todos los *blogs* permiten la participación de los lectores mediante comentarios. Cada persona puede entender su propio *blog* de forma distinta<sup>2</sup>. Cuando detrás de un *blog* hay verdaderos testimonios de vida en la fe, testigos del Resucitado, entonces es posible encontrar a Dios a través de estos espacios. Juan Pablo II ya lo decía a los jóvenes: “¡Sed testigos, no tengáis miedo!”. Para poder dar los frutos del Reino, un *blog* debe ser la ventana que ayude a encontrar a esos testigos.

Esto es Internet, un nuevo lugar lleno de posibilidades y retos. En palabras de Juan Pablo II, “un nuevo areópago donde llevar la Buena Noticia”.

Para acabar: en nuestra acción pastoral deberemos priorizar los lugares en los que vamos a trabajar y la creación o ampliación de la comunidad cristiana de referencia que dé soporte y continuidad a toda la acción misionera. De esta manera garantizaremos una completa red de ofertas donde el joven pueda madurar en sus procesos e ir encajando de una forma personalizada cada

<sup>2</sup> Definición tomada de [microsiervos.com](http://microsiervos.com).

una de las partes, a modo de *puzzle*, a través del acompañamiento que le ofrezca esa comunidad de referencia.

## Conclusiones

Presentamos nuestra síntesis sobre el capítulo referente a la palabra “procesos” resumiendo lo que consideramos más nuclear. Situándonos con esta perspectiva mental y espiritual, creemos que un joven puede llevar a cabo su proceso personal con mayor protagonismo y con una mayor implicación y que, al mismo tiempo, la comunidad cristiana que se lo ha ofrecido podrá sentirse más corresponsable de la oferta que ha hecho en nombre de Jesús de Nazaret.

1. Una imagen para explicar el proceso: la construcción de un *rompecabezas*. Necesitamos pasar de la imagen de la carrera lineal de obstáculos a la imagen del *puzzle*, donde cada uno va construyendo su vida en una secuencia personal y parcial con perspectiva global.

2. Las piezas del *puzzle*. Consideramos como principales mediaciones pastorales la comunidad cristiana de referencia, los pobres, el testimonio, el acompañamiento, el Evangelio (formación), la oración y el compromiso.

3. *Ir a fondo*. La superficialidad como algo contrario a la interioridad y la exterioridad.

4. *La constancia*. El sentido de una vida difícilmente se consigue de golpe. Nuestra visión del proceso apuesta por el trabajo eficaz y casi desapercibido del día a día.

5. La red de ofertas que presentamos no es un mercadillo indefinido para llenar nuestro activismo. Todo está pensado para que el joven descubra *buenas noticias* que le permitan decidir un cambio de vida y optar por construir un estilo de persona según Jesús de Nazaret.

6. “*Hacer experiencia*”. Elemento indispensable, bisagra, para tomar “nueva” conciencia de uno mismo, de los demás, del mundo y de Dios. Puerta de acceso a la trascendencia

7. *El acompañante*, facilitador del protagonismo y la libertad en el encuentro del joven y Dios. Acompañante plural, ya que difícilmente es la misma persona quien acompaña desde la adolescencia a la adultez cristiana.

8. *La comunidad cristiana de referencia*, factor determinante en la continuidad de los procesos y acompañante plural de los procesos personales y grupales.

## Bibliografía

Adsis, *Jóvenes y Dios. Proyecto de pastoral con jóvenes*, PPC, Madrid 2007.

Alberich, E., “El Evangelio hoy: exigencias y retos”, en [www.misionjoven.org/07/12/371\\_1.html](http://www.misionjoven.org/07/12/371_1.html).

Álvarez, M., “Juventud cristiana y compromiso: interrogantes, procesos y esperanzas”, en AA. VV., *La Iglesia y los jóvenes a las puertas del siglo XXI*, Verbo Divino, Estella 2002, pp. 205-235.

Andrés, E., *En camino hacia el interior con los adolescentes. Suspirar, contemplar, respirar para desvelar*, en [www.misionjoven.org/05/01/336\\_337\\_8\\_19.html](http://www.misionjoven.org/05/01/336_337_8_19.html).

AA. VV., *La interioridad: un paradigma emergente*, PPC, Madrid 2004.

Berzosa, R., *En el planeta joven: retos y propuestas en la transmisión de la fe*, en [www.misionjoven.org/07/09/368\\_2.html](http://www.misionjoven.org/07/09/368_2.html).

Calvo, R., *Una misión joven en una sociedad laica*, en [www.misionjoven.org/07/09/368\\_3.html](http://www.misionjoven.org/07/09/368_3.html).

- Cerezo, J. J. – Gómez, P. J., *Jóvenes e Iglesia. Caminos para el reencuentro*, PPC, Madrid 2006.
- Chordi, A., *Los jóvenes nos hacen mover ficha. ¿Cómo impulsar la pastoral con jóvenes hoy?*, en [www.misionjoven.org/06/07/354\\_355\\_3.html](http://www.misionjoven.org/06/07/354_355_3.html).
- García, J. M., *Acompañar el camino de oración de los jóvenes*, en [www.misionjoven.org/06/03/350\\_2.html](http://www.misionjoven.org/06/03/350_2.html).
- , *¿Qué espiritualidad proponer hoy a los jóvenes?*, en [www.misionjoven.org/05/05/340\\_14\\_22.html](http://www.misionjoven.org/05/05/340_14_22.html).
- Gasol, R., *La formación cristiana de los niños/as y jóvenes*, en [www.misionjoven.org/06/09/356\\_5.html](http://www.misionjoven.org/06/09/356_5.html).
- Gevaert, J., *Experiencia humana y anuncio cristiano*, CCS, Madrid 1976.
- Ginel, A., *Reflexiones para una pastoral en situación de no cristiandad*, en [www.misionjoven.org/06/07/354\\_355\\_1.html](http://www.misionjoven.org/06/07/354_355_1.html).
- González-Ramírez, J., “La pastoral juvenil... Orientaciones metodológicas”, en *Revista Medellín*, nº 94, junio 1998, pp. 261-266.
- Guzmán, M. D., *En busca de la espiritualidad perdida*, en [www.misionjoven.org/05/05/340\\_22\\_30.html](http://www.misionjoven.org/05/05/340_22_30.html).
- Inspección Salesiana de Barcelona, *Educación la búsqueda de sentido* (en preparación).
- Maideu i Puig, J. M., *Caminos para la fe. Líneas básicas sobre itinerarios de educación en la fe*, CCS, Madrid (en preparación).
- Menéndez, C., “Una mirada nueva a una nueva situación. Con el mirar de Dios”, en *Revista de Pastoral Juvenil*, nº 442-443, febrero-marzo 2008.

- Moral, J. L., *Proponer a los jóvenes una "vida con espíritu"*, en [www.misionjoven.org/05/05/340\\_4\\_13.html](http://www.misionjoven.org/05/05/340_4_13.html).
- , *Una pastoral juvenil para el cambio (de época)*, en [www.misionjoven.org/06/07/354\\_355\\_2.html](http://www.misionjoven.org/06/07/354_355_2.html).
- Pérez, J. L., "Experiencia mayor...", en *Misión Joven*, nº 120, 1987, p. 30ss.
- , "Entre lo propio y lo ajeno. La experiencia comunitaria en la pastoral de juventud", en *Revista de Pastoral Juvenil*, nº 423, diciembre 2005, pp. 3-14.
- , "Metodología para un proceso de personalización", en *Dios me dio hermanos*, CCS, Madrid 1993, pp. 101-106.
- , *Pastoral de juventud en una sociedad laica*, en [www.misionjoven.org/07/09/368\\_1.html](http://www.misionjoven.org/07/09/368_1.html).
- Oriol, R. – Equipo Plajis, *Educación en la justicia y la solidaridad. Un plan para educar integralmente en valores sociales*, Inspectoría Salesiana de Barcelona, Barcelona 2004.
- Rodríguez Olaizola, J. M., *Las pertenencias flexibles... o la necesidad de hacerse todo a todos para anunciar el Evangelio*, en [www.misionjoven.org/07/12/371\\_3.html](http://www.misionjoven.org/07/12/371_3.html).
- Tonelli, R., *Rejuvenecer la Iglesia. Hacia una relación entre jóvenes e Iglesia*, en [www.misionjoven.org/06/01/348\\_349\\_42\\_53.html](http://www.misionjoven.org/06/01/348_349_42_53.html).
- , *¿También la pastoral procede por proyectos y programaciones?*, en [www.misionjoven.org/06/06/353\\_2.html](http://www.misionjoven.org/06/06/353_2.html).
- Uríbarri, G., *El mensajero. Perfiles del evangelizador*, Desclée de Brouwer, Bilbao 2006.



# Jesús de Nazaret

Alfredo Delgado

Carlos Gil

María Gómez

Felicísimo Martínez

## Introducción

(María Gómez)

“Yo soy el camino, la verdad y la vida.  
Nadie va al Padre si no es por mí”  
(Jn 14,6)

Así nos cuenta el evangelista cómo se definió Jesús ante sus discípulos. Partimos de esta cita para explicar que nuestra intención no es hacer una presentación de Jesús ni confeccionar un método nuevo y original de pastoral con jóvenes; nuestra intención es simplemente ofrecer pistas, una orientación para todos aquellos interesados en el trabajo pastoral con jóvenes, que sirva de ayuda para presentar quién es Jesús, de modo que los jóvenes puedan llegar a encontrarse con él.

Sabemos de las dificultades que nos encontramos hoy en día para presentar el mensaje evangélico con claridad en medio de una sociedad que genera tanto sonido de altos decibelios. A menudo nos preguntamos: ¿cómo hacernos oír con toda esa publicidad de lo cómodo, lo fácil, lo vistoso, lo exitoso...? Pensamos que para presentar a Jesús debemos partir de la realidad –social, cultural, afectiva...– que viven los destinatarios, porque si no partimos de la realidad de los jóvenes, de lo que les motiva o les afecta, nada de lo que les digamos les va a llegar. Aunque el horizonte de

conocimiento sobre Jesús en muchos jóvenes sea pobre, incluso muy pobre, siempre será una base para iniciar un camino. En el Evangelio, Jesús habla a los apóstoles desde su horizonte, desde lo que entendían, con ejemplos de su cotidianidad. De esta manera, partiremos del universo del joven (amigos, estudios-trabajo, novia o novio, familia, diversión, dificultades, etc.) para presentarle un Jesús cercano, compañero y amigo, con el que comparte sus alegrías y, también, con el que sufre.

Una vez provocado este primer contacto con Jesús, el animador tiene que seguir favoreciendo ese proceso de crecimiento propiciando experiencias de oración, encuentro, silencio. En este proceso es muy importante el ejercicio de compartir con la comunidad y con otros jóvenes, para que el conocimiento de Jesús cale en lo hondo. Así, podremos presentarle en un tercer momento a la persona de Jesús desde Jesús mismo, ya no sólo desde su realidad como joven. Poco a poco llega el encuentro con el Jesús resucitado, cuando observe que su vida ya no es una vida “muerta”, sino una vida de plenitud con Cristo.

Acabamos de desarrollar a modo de introducción el itinerario que todo animador o agente de pastoral, a nuestro entender, debería seguir. Es fundamental comenzar por lo que atrae a los jóvenes, su realidad más próxima, y mostrarles cómo ésta se relaciona con Jesús, para iniciar el camino que lleva a descubrir a Dios-Padre. Es una vez más el ejemplo de Jesús lo que nos lleva a plantear este proceso: Jesús va a cenar a casa de Zaqueo (es lo que atrae) y luego le dice que lo venda todo (empieza el camino). En definitiva, lo que el animador busca al presentar a Jesús es generar el encuentro del joven con él. Pero para ello es fundamental que el animador haya tenido experiencia en primera persona de este encuentro. Muchas veces, es el testimonio auténtico del animador y el clima de confianza que éste genera el que facilita el conocimiento y el encuentro con

Jesús. De ahí que sea imprescindible cuidar nuestra actitud hacia los jóvenes. Ser lo más coherentes posible y atender los aspectos afectivos de la relación que se establezca entre el animador y el joven. Además de cuidar una relación personalizada, el animador no debe perder el interés ni la motivación por su crecimiento interior: oración, lectura, comunidad, realidad social, estudio... Y tiene que avanzar en su propio camino de fe y crecer en experiencia de Dios no sólo para aumentar sus recursos formativos, sino para seguir ampliando sus conocimientos pastorales.

Para terminar, nos gustaría hacer una última recomendación: como animadores, hemos de ser conscientes de que nuestra labor es sólo propiciar el encuentro con Jesús. En última instancia, es el mismo joven desde su libertad quien puede dar el "sí" al seguimiento de Jesús. Conocer a Jesús y encontrarse con él es gracia, pero la gracia hay que propiciarla yendo junto al joven, del mismo modo que el último paso del "sí" a Jesús debe partir del propio joven, respetando siempre los procesos de cada persona.

Vamos a ofrecer, de acuerdo con estos presupuestos, una propuesta sobre cómo presentar a Jesús a los jóvenes. Dividimos lo que sigue en tres partes. En la primera queremos mostrar cómo se puede presentar a Jesús desde el punto de vista de los intereses de los jóvenes. Tomamos como punto de partida los temas de interés del joven y ofrecemos algunas pistas sobre cómo acercar la persona de Jesús al joven. En la segunda parte, suponiendo que se ha logrado captar el interés del joven por Jesús, pretendemos ofrecer algunas pistas sobre cómo es el encuentro con Jesús partiendo de los evangelios, puesto que son testimonios privilegiados de estos encuentros que dejan huella. En la tercera parte ofrecemos, de modo muy esquemático, algunos temas que deberían ser desarrollados en la pastoral con jóvenes tras los dos pasos anteriores, es decir, un conocimiento un

poco más detenido del contexto de la vida de Jesús, de su mensaje y milagros, de sus relaciones, el conflicto con el judaísmo, su esperanza... Terminamos con una bibliografía comentada que quiere ayudar al animador en la tarea propuesta aquí, especialmente en la tercera parte.

## Jesús tiene actualidad (Alfredo Delgado)

Partimos de la convicción de que Jesús tiene actualidad porque “está vivo” (Lc 24,5), de que es posible encontrarse con él (“Dichosos los que han creído sin haber visto”: Jn 20,29) y de que encontrarse con él da vida, hace feliz y nos salva y nos llena de sentido (Mt 28,8), porque él tiene el manual de instrucciones (el Evangelio) sobre el hombre y sobre nuestras relaciones entre nosotros y con Dios (Mt 5–7).

### *El encuentro con Jesús, fin de la pastoral*

Lo que denominamos “pastoral con jóvenes” es el intento evangelizador y catequético de una comunidad cristiana por ayudar al joven a encontrarse con Jesús de Nazaret. Esto implica todo un proceso de acompañamiento y trabajo en red que ayude al crecimiento y la maduración del joven en su identidad y en sus relaciones, para posibilitar ese encuentro.

Jesús es el tema central de la pastoral con jóvenes: es el fin, es el medio y es el origen de la pastoral. Y también lo tiene que ser de la comunidad. Jesús es el modelo de identificación que tenemos que proponer al joven. Su vida, sus palabras, sus hechos, son paradigma para nuestra vida. El Evangelio, la vida y las enseñanzas de Jesús son el manual para la vida que nos enseña a amar. Jesús nos ha creado, por eso también es él quien nos tiene que enseñar quién es el hombre y quién es Dios.

Jesús está ya dentro del joven, de quien no debemos suponer que generalmente está evangelizado. Dios ya habita en su corazón. Se tratará de ayudarle a que le reconozca y le ponga nombre a algo que le constituye y le acompaña desde siempre. “La experiencia religiosa no es una experiencia de otro mundo, sino un modo más profundo de vivir la realidad. La experiencia religiosa es lectura en profundidad de lo vivido, hasta el nivel del misterio y la apertura al Trascendente. La realidad viene captada en el horizonte de la totalidad. Dios está en el centro de la vida aun estando más allá de ella”<sup>1</sup>.

Por tanto, desde la pastoral queremos que el joven tenga un encuentro personal con Jesús. “Encuentro” es una palabra que resume una experiencia. “Encuentro” es la palabra que expresa la construcción que elabora la persona que ha llegado a conectar con otra y con la que formula que se ha producido un conocimiento, un diálogo y unión con otra. Es una experiencia.

“Experiencia es una situación vivida, en la que se ha dado un contacto vivencial y directo con la realidad. La experiencia es una vía de acceso a la comprensión de la realidad. Habrá que superar la idea superficial que identifica la experiencia de una persona con los años transcurridos o las situaciones vividas. La experiencia es una realidad pensada e interpretada. Sólo con la reflexión y el esfuerzo interpretativo adquiere significado y valoración, quedando integrada en el contexto vital de la existencia, dotada de sentido, puesta en relación con otros acontecimientos y experiencias. Este esfuerzo interpretativo hace que la vivencia llegue a ser experiencia, lección de vida, acceso a la realidad, orientación existencial”<sup>2</sup>

---

<sup>1</sup> H. Zahrnt, *A vueltas con Dios*, Hechos y Dichos, Barcelona 1972, p. 184.

<sup>2</sup> E. Alberich, *Catequesis evangelizadora*, Abya Yala, Quito 2005, p. 80.

Ese encuentro acontece en el corazón del joven a través del Espíritu, posibilitado en una comunidad, en la oración y en el servicio con los pobres y con los que sufren (Mt 25). La experiencia religiosa auténtica es un don gratuito, algo recibido que viene de fuera.

La fe, el encuentro con Jesús, tiene dos patas: el testimonio (que alguien me cuente la Buena Noticia) y que yo lo experimente. No basta sólo con la primera, y la segunda no es posible sin la primera. Los evangelizadores han de ser “aguijones e intérpretes”; han de ser aguijones que recuerdan a la comunidad la importancia del testimonio de la misma a la hora de la transmisión de la fe; y como intérpretes, explican a los destinatarios qué es la vida cristiana, introduciéndoles en el misterio y en la vida<sup>3</sup>. Por ello, es fundamental narrar a Jesús, dar testimonio de su acción en nuestra vida, de nuestra relación viva con él, de cómo le hemos experimentado, y, a la vez, ayudar a que esa experiencia pueda hacerla él. También a los apóstoles les contaron las mujeres la noticia de la resurrección y ellos no les creyeron. Tuvieron que experimentar. Cleofás y Tomás son paradigmas de ello.

### *Itinerario*

Esto requiere un pequeño itinerario que debería ser un trabajo en red: la familia, el colegio, la parroquia, las comunidades... son ejes en todo este proceso:

- El testimonio y el acompañamiento de la comunidad.
- El cultivo de la interioridad y la trascendencia.
- El grupo como ámbito de crecimiento.

---

<sup>3</sup> La expresión es de G. Routhier, *Catéchiser au-jourd'hui*, Quebec 2001, citado por B. Huebsch, *La catequesis de toda la comunidad*, Sal Terrae, Santander 2005, p. 27

- El ambiente amplio, la red de relaciones.
- El valor de la solidaridad.

### *Estar con ellos*

Para empezar, es fundamental estar con los jóvenes. La comunidad tiene que estar con ellos allí donde están ellos, para comunicarnos y relacionarnos con ellos, para hablar y conocer su idioma, sus intereses, sus vidas y problemas. Encontrarles, escucharles, hablarles, conocerles, acompañarles. Y, sobre todo, quererles. Como decía Don Bosco: “No basta amar; han de sentirse amados”. Quererles porque son hijos de Dios (“Jesús le miró con amor”: Mc 10,21). Y al estar con ellos, suscitar el testimonio, la pregunta, la paradoja, y ser modelos de identificación por nuestra radicalidad, coherencia y valores. Potenciarles en su crecimiento, ser mistagogos, llevarles al Misterio, ayudarles a trascender.

### *Suscitar el interés por algo*

Hoy, un gran problema para presentar a Jesús es que él es alguien que plantea respuestas profundas a preguntas profundas: el sentido de la vida, la enfermedad, el sufrimiento, las relaciones, el perdón. Además, normalmente te pregunta: “¿Qué quieres que haga por ti?” (Mc 10,51). Hoy no se invita al joven a ser crítico, a hacerse preguntas de sentido. La pastoral deberá cuidar constantemente este proceso.

A través de experiencias, encuentros y procesos hemos de ir generando en el joven la inquietud por la vida, por la existencia; la sorpresa y la maravilla ante el mundo, ante el amor, así como el pasmo y el asqueo ante la injusticia y el sufrimiento de tantos.

### *Suscitar el interés por alguien*

Una vez que el joven se va preguntando cosas, que tiene interés por algo, deberemos pasar a

generar el interés por alguien. Interés por crecer como persona en todas sus dimensiones. No hay encuentro con Jesús sin encuentro con uno mismo. Y no hay encuentro con uno mismo sin antes haber tenido relaciones profundas. Habremos de suscitar interés por las personas, por vivir unas relaciones profundas, por un proyecto de vida, por construir un mundo más justo. Todo ello posibilitará que el joven pueda plantearse un proyecto de vida.

### *Suscitar el interés por Jesús*

Si vamos planteando al joven unas relaciones nuevas, si hacemos que participe en un grupo (plataforma y experimento de comunidad), si le acercamos hasta donde están los que sufren, si suscitamos la paradoja con nuestro testimonio, iremos generando un proceso inductivo que le llevará a un cuestionamiento de su vida y de la de Jesús. Iremos narrando y presentando a Jesús y adecuando la primera presentación a sus intereses. Y ayudándole a leer su vida en clave de Dios.

El recuadro de la página siguiente presenta este proceso con los pasos y valores implicados.

### *Cómo presentar a Jesús*

Tenemos que ir presentando a Jesús en las diferentes etapas de la vida del niño y del joven. Sin conocer las palabras no se podrá poner nombre a la experiencia. Necesitan conocer las palabras, las historias y los hechos de Jesús antes de haber experimentado. No hay experiencia sin Palabra, aunque necesitan experimentar para poder conocer. Las experiencias religiosas sólo pueden darse en personas que han aprendido el lenguaje para interpretar religiosamente la realidad. Quien no ha oído hablar de Dios no puede tener experiencia de Dios. El que sale al encuentro de la realidad sin conceptos, sin lenguaje, sin

<p><b>EL JOVEN DE HOY</b> Intereses posibles del joven</p>	<p><b>JESÚS</b> Presentación de Jesús posible</p>
<p>El proyecto de vida Conocerse a uno mismo</p>	<p>Jesús y el Reino Jesús y el seguimiento La trascendencia</p>
<p>La novia, el novio</p>	<p>Jesús y el amor Amar en cristiano es entregarse Amar en cristiano es lo que dice Pablo</p>
<p>El encuentro</p>	<p>Jesús está vivo</p>
<p>Los amigos</p>	<p>Jesús y sus discípulos, amigos, hermanos Jesús y el servicio Lázaro, Marta y María</p>
<p>Los estudios, el trabajo</p>	<p>Jesús tuvo un trabajo y un proyecto, como sus amigos</p>
<p>Nuestras heridas y dolores</p>	<p>Jesús curó y cura Te cura porque te ofrece un sentido</p>
<p>La diversión</p>	<p>Jesús y las comidas La última cena</p>
<p>La familia</p>	<p>Jesús y su familia Jesús y su nueva familia</p>
<p>Lo que nos alimenta</p>	<p>La “gasolina” de Jesús es el Padre y el Espíritu La oración de Jesús</p>

cuadros de interpretación, sin hipótesis de trabajo, percibe sólo una realidad vaga y confusa.

Pero esta presentación ha de partir de la vida del joven de hoy. Será fundamental escucharles y preguntarles. Así también fue la presentación de Jesús que aparece en los evangelios y en las cartas de Pablo: se presenta a Jesús desde sus interrogantes profundos y sus deseos de una vida plena y eterna.

¿Qué le interesa hoy al joven? Ésta será una pregunta cíclica y redundante con los jóvenes. Los amigos, la novia o el novio; la familia, sus heridas y dolores; el proyecto de vida; conocerse a sí mismo; el encuentro, los estudios, el trabajo, la diversión, aquello que le alimenta. Desde ahí iremos dialogando y presentando diversos aspectos de la vida de Jesús. Habría que partir de sus problemas para presentarle a Jesús. Ante sus situaciones, búsquedas y problemas, nosotros, la comunidad, conocemos a Jesús. Se trata de ir trenzando historias y narraciones con las que podamos tejer unidos la vida del joven, el testimonio de la acción de Jesús en nuestra vida, y la historia de la vida de Jesús.

- Si al joven le preocupan la diversión y el pasárselo bien, también a Jesús le gustó la fiesta y la alegría: le llamaron comilón y borracho, amigo de publicanos y prostitutas (Mt 11,29). Desde ahí podremos hablar de que esas comidas eran signos del amor de Dios, que nos quiere integrar a todos como hermanos; de que la última de sus comidas con sus amigos les demostró de verdad que les quería, hasta el punto de entregar la vida.
- Al joven de hoy le interesa el novio o la novia. Le mueven y le interesan las relaciones, los afectos, sentirse querido. Le tenemos que escuchar y, en su momento, presentar a un Jesús que es un experto en relaciones, que tiene unos valores claros:

perdón, servicio, ser él. Ayudarle a vivir que lo que hace feliz es darse y entregarse por otra persona, poner a otros en el centro de nuestra vida. Desde ahí podremos narrar la centralidad del amor en el proyecto de Jesús.

- Detrás de las amistades, la familia, los amigos, el *chat* o el sms lo que está es el deseo de encuentro que tenemos todas las personas, el deseo de felicidad y amor. Desde ahí podremos anunciar el kerigma: Jesús está vivo y es posible encontrarse con él.
- Ante las heridas del joven, podemos presentar la curación de Jesús, que escucha y dota de sentido al joven.
- El joven es un buscador de sentido, de felicidad, de espacio y hueco en la sociedad, de amor, de autenticidad. La sociedad, la televisión y mucha gente también te proponen un modelo de vida. Jesús tenía un proyecto de vida que le centraba y dinamizaba.
- Presentar al joven la necesidad de crecer con otros y de conocer la realidad de este mundo: la pobreza y el drama de tantas personas, la ecología y las demás situaciones que nos llaman a construir un mundo más justo.

Todas estas narraciones, diálogos, dinámicas y experiencias quieren generar en el joven el deseo de conocer a Jesús; que tenga un encuentro pequeño con él; que pueda llegar a decir: “Quiero conocer un poco más a ese Jesús”. Entonces podemos comenzar la catequesis.

### *Narrar a Jesús*

Una vez que se ha producido el encuentro, entonces el joven dirá: “Quiero conocer a Jesús”, “Maestro, ¿dónde vives?” (Jn 1,38). Ahí comien-

za la catequesis, que ha de ser ya seguimiento. No se conoce a Jesús sólo leyendo un libro, sino rezando, compartiendo en comunidad y sirviendo a los demás. Aquí habremos de presentar sistemáticamente a Jesús. Seguir a Jesús es la única forma de conocer a Cristo de un modo auténtico. Todo intento de conocer a Jesús es un camino, un seguimiento. Sólo siguiéndole e imitándole podemos conocer con quién estamos tratando.

Es el momento en el que podremos presentar sistemática y ordenadamente la vida, el ministerio y el misterio de Jesús de Nazaret, su Misterio pascual, su muerte y resurrección, el Reino, su relación con el Padre.

## **Qué experiencias tuvieron quienes se acercaron a él** (Carlos Gil)

Los evangelios son testimonios privilegiados de quienes se encontraron con Jesús, de aquellos que lo conocieron en Galilea, quienes se dejaron atrapar por su anuncio del Reino de Dios y por el Dios del Reino, quienes se adhirieron a él y, tras su muerte, le reconocieron resucitado. El reconocimiento del Resucitado no podía haberse dado entonces, ni ahora, si no hubieran conocido antes a Jesús. A Jesús hay que haberlo conocido para reconocerlo ahora; de ahí la importancia del itinerario anterior, sin el cual no se puede reconocer lo que los evangelistas cuentan en sus relatos, escritos para quienes habían conocido a Jesús (o habían sabido de él) y ahora debían reconocerlo como Señor de sus vidas.

En los evangelios hay relatos e historias con testimonios de quienes se encontraron con él. En este apartado pretendemos ofrecer, de la mano de aquellos primeros testigos, algunas claves de la experiencia de encuentro con el Resucitado que

nos presentan en los relatos evangélicos. Son muchos estos testimonios porque son muchas las experiencias de encuentro con el Señor; en realidad, cada persona tiene sus propias experiencias, y las de los demás apenas sirven si no es como ayuda para nombrar, para identificar, para reconocer esas experiencias cuando llegan; de ahí que esta presentación sea únicamente para ello, para ayudar a nombrar y reconocer al Resucitado, de acuerdo a los testimonios de quienes se acercaron a él.

Se trata de ejemplos; cada evangelio puede ser leído como un encadenado de testimonios sobre lo que Jesús ha hecho con quien se ha encontrado con él. El animador de un grupo de jóvenes puede tomar cualquier evangelio y hacer una lectura transversal de los encuentros: cada personaje ha dejado su testimonio, su experiencia, de la mano del evangelista, que los ha utilizado (personajes literarios) para reflejar experiencias reales: no se explica de otro modo su hondura, su calado y su verdad. No es nada descabellado pensar en recuperar los evangelios, cada uno, como pedagógicos caminos para encontrarse con Jesús; ésta es su primera vocación y su último horizonte. Es verdad que pertenecen a otra cultura y que su lenguaje es ajeno, pero si se ha logrado que el joven capte algo de lo que se ha mostrado en la primera parte, la lectura continua de un evangelio, guiada por la orientación del animador, puede resultar una experiencia gozosa.

Los personajes secundarios de los relatos evangélicos ofrecen unas claves muy útiles para nuestro propósito, puesto que están presentados para ofrecer ejemplos de encuentro con Jesús, incluso para los mismos discípulos. Hemos escogido unas mujeres, de entre las muchas que se encontraron con Jesús, para ofrecer algunas de estas claves que nos ofrecen los evangelistas.

*La mujer del perfume (Mc 14,3-9)*

El evangelista Marcos introdujo el relato de la pasión con una escena un tanto desconcertante. No es fácil saber si estaba ya o no en el relato de la pasión que él recibió de la tradición; en cualquier caso, para Marcos, la mujer del perfume ofrece una clave imprescindible para comprender lo que ocurre a continuación: la muerte de Jesús. El problema más agudo de la historia de Jesús es por qué murió en la cruz. No nos referimos a cuáles fueron las causas de este final, sino al porqué de Dios. ¿No era posible otro final para Jesús? ¿No podía Dios haberse revelado de otro modo? La mujer del perfume ofrece una respuesta.

Marcos no nos ofrece ningún dato de la mujer; es cualquier mujer, cualquier lectora del evangelio. Sólo nos dice una cosa de ella, que nos revela lo más importante para Marcos: llevaba un frasco de perfume de unos 300 denarios y lo derrama en la cabeza de Jesús. 300 denarios es una cantidad astronómica (el sueldo de un año) y hace del gesto algo incomprensible y conmovedor: ¿cómo es posible gastarse el sueldo de un año en algo tan inútil cuando le se podía haber dado un uso mucho más práctico? Ésta es, precisamente, la pregunta que quiere provocar Marcos: ¿qué ha visto la mujer en Jesús para entregar algo tan costoso de modo tan inútil? ¿Qué le ha hecho romper el frasco (no se contenta con abrirlo y vaciarlo) y derramarlo entero sobre Jesús?

Marcos no nos cuenta la respuesta de la mujer. Sólo nos plantea la pregunta. Es como si nos dijera: hasta que no sepas por qué la mujer ha hecho semejante estupidez, no podrás comprender lo que sigue, por qué Jesús ha muerto en la cruz. Sin embargo, no es difícil intuir qué hay en el fondo de este relato: esta mujer ha descubierto que en Jesús hay algo por lo que merece la pena desgastar un año de la propia vida. Y lo que ha descubierto es, aparentemente, inútil. Los que la

rodean no la entienden (¡y tienen su razón!). Su pasión le ha llevado a una generosidad incomprendible, estúpida incluso. Ha hecho algo que provocará el rechazo de los demás (los más sensatos); se ha arriesgado a la incompreensión y al rechazo por algo aparentemente inútil. Algo le ha arrancado de su cotidianidad, de lo de siempre; Jesús le ha abierto una puerta que nadie comprende, pero que ella sabe que le trae una nueva dimensión a su vida: “Dondequiera que se proclame la Buena Noticia, en el mundo entero, se hablará también de lo que ella ha hecho para memoria suya”.

Jesús altera los valores porque mueve a una generosidad difícilmente explicable; Jesús lleva hasta el final su entrega porque sólo de ese modo se puede descubrir con toda su hondura el rostro de Dios. A Jesús se le reconoce también en esos anhelos del joven que nadie sino él comprende; en esa generosidad estúpida e irracional que tiene, sin embargo, algo de lo más profundo de la naturaleza humana. Será importante, pues, cultivar esos aspectos de generosidad, cuidarlos y darles sentido poniéndolos en relación con la vida y la entrega generosa e incomprendible (para otros) de Jesús. A Jesús se le descubre en los deseos y ambiciones, en los sueños e ideales; también en los sacrificios y entregas, en la generosidad y la solidaridad. Quizá el joven puede intuir esto mejor que nadie.

*La mujer cananea (Mt 15,21-28)*  
*y la mujer con flujo de sangre (Mc 5,25-34)*

Una de las escenas más duras y extrañas de los evangelios es aquella en la que Jesús tiene unas duras palabras con una mujer cuyo único propósito es que él cure a su hija. Jesús aparece distante, displicente e insultante: algo inaudito y muy inquietante. Es verdad que la mujer no era judía, de los elegidos, pero ¿importaba eso a Jesús? El

texto parece decir que sí, que Jesús actúa como un nacionalista excluyente que se desentiende de los problemas de los que no son como él. Pero ¿es esto coherente con el resto de la vida de Jesús?

La cuestión que está en discusión es si los que no eran judíos también podían ser destinatarios de la Buena Noticia de Jesús. Parece que Jesús, durante su etapa en Galilea, no tenía pensado ir más allá de las fronteras de Israel; sin embargo, sus discípulos sí fueron, y tuvieron que explicarse este paso de gigante. Y lo hicieron contando la historia del encuentro de una mujer pagana con Jesús; una mujer que fue capaz de convencer a Jesús y hacer que cambiara su forma de pensar y su actuación.

Esta historia cuenta el empuje, el empeño y la decisión de una mujer cuya hija estaba a punto de morir. La primera respuesta de Jesús es el silencio; tras mucha insistencia de la mujer, Jesús responde rechazándola; por tercera vez, la mujer insiste tanto que consigue lo que busca: que Jesús cure a su hija. Es la historia del poder de la propia confianza, de lo que es capaz de hacer la confianza en Jesús, aunque parezca que él está de otro lado. El encuentro con Jesús, en este relato, surge de la necesidad, del empeño más hondo, de la superación de las fronteras sociales; la ruptura de esa distancia que separa a unos de otros por la razón que sea es aplaudida por Jesús (inicialmente reticente) y consigue que él le acoja.

Así ocurre con la mujer con flujo de sangre (Mc 5,25-34): la impureza de la sangre la tenía marginada, fuera de los ámbitos sociales. Para encontrarse con Jesús, esta mujer ha tenido que romper la exclusión y salir al centro, hacerse visible, arriesgarse al rechazo, negarse a su situación marginal, violentar las normas sociales; de este modo ha llegado donde Jesús. Así tuvieron que

hacer los camilleros del paralítico (Mc 2,1-12): rompieron el techo de la casa de Jesús porque quienes oían al Maestro en la puerta no les dejaban entrar.

Jesús, quizá demasiado a menudo, está inaccesible porque las normas y fronteras religiosas, étnicas, sociales, económicas, etc., lo alejan de quienes lo necesitan. Acercarse a Jesús conlleva, muchas veces, romper esas barreras; el joven puede tener una sensibilidad especial para ello y una capacidad que otros no tienen. El encuentro con Jesús unas veces ayuda a romperlas, y otras veces está tras la ruptura de las barreras que ponemos los demás.

### *María (Jn 20,11-18)*

Uno de los relatos de aparición del Resucitado es el encuentro con María Magdalena. Tal como lo narra Juan, es un encuentro lleno de ternura e intimidad, en el que tocar a Jesús y escuchar el propio nombre resume el encuentro amoroso.

María llora la ausencia de Jesús; ha experimentado su vacío y su deseo. Éste es un punto de partida diferente a los anteriores, pero tan válido como ellos. Quizá sea una experiencia fácilmente generalizable en el joven, tan lleno de cosas y tan vacío a la vez; tan pronto para saciar el deseo de llenar el vacío y tan inconsciente de su dificultad. El llanto de María adquiere aquí un sentido universal: María busca llenar su vacío.

Pero María busca llenar ese vacío con el cuerpo muerto de Jesús, porque no tiene más horizonte que recuperar su pérdida; es lo que le pide a quien se le aparece (Jn 20,15). Es incapaz de reconocer a Jesús resucitado sencillamente porque su horizonte no comprendía la posibilidad de encontrárselo resucitado. Esta situación es muy común en el joven: no tiene herramientas, lenguaje, modelos, referencias para nombrar e

identificar las experiencias que, si las tuviera, le servirían para tomar conciencia del encuentro con Jesús.

Por eso, el diálogo con el Resucitado, por su brevedad, adquiere una relevancia y densidad difícilmente igualables. Escuchar su nombre, “María” (Jn 20,16), será determinante para reconocer a Jesús. Es tan breve que parece insignificante. Sin embargo, es la expresión de un cambio de horizonte: María esperaba llenar su vacío con el cuerpo muerto, por eso se abalanza sobre él. No tenía más esperanza porque no conocía nada más; su mundo estaba cerrado. Escuchar su nombre le ha abierto a un nuevo horizonte, el que le permite reconocer a quien tiene delante. Se sabe reconocida y así querida; se sabe “dicha” y “pronunciada” por Jesús; es interlocutora de alguien y tiene identidad. Ha dejado de centrarse en su vacío e insatisfacción para descubrir su identidad de boca de Jesús.

La búsqueda de identidad del joven es, probablemente, su tarea más importante y difícil. En esa búsqueda, el joven necesita escuchar su nombre, saber dar nombre a sus propias experiencias, a todas; sólo en ellas puede escuchar su nombre como pronunciado por Jesús y producirse el encuentro. Necesita para ello tomar conciencia de su vacío y deseo, como María, estar dispuesto a abrir su horizonte y ver más allá de lo evidente (al Resucitado en el hortelano), y estar dispuesto a dar identidad y sentido a todo ello.

Por tanto, la tarea más importante del animador de pastoral juvenil será proveer al joven de esas herramientas, lenguajes, modelos y referencias para nombrar e identificar sus propias experiencias de encuentro con Jesús. Para ello se escribieron originalmente los evangelios, para ofrecer esas herramientas. Si el animador es capaz de encontrar y mostrar esos modelos, el joven dará nombre a su vida y escuchará su nombre en ella.

## Quién es Jesús

La pregunta de Jesús a mitad del evangelio de Marcos (Mc 8,27-30), “¿quién decís vosotros que soy yo?”, es la pregunta que tiene que responder en cada momento de su vida todo creyente. También el joven en su proceso de acercamiento a Jesús. Si Jesús ha logrado captar su atención enganchándole de algún modo en su vida cotidiana, en sus deseos y problemas; si, después, ha logrado penetrar más allá y ha dado nombre a su vida, es posible que se pueda hacer una presentación más amplia y completa de Jesús.

En esta presentación de Jesús, para la que ya se cuenta con un proceso previo, se pueden ofrecer temas y referencias para un conocimiento más profundo de Jesús, menos condicionado por el mundo del joven y más abierto a aquellos puntos alejados de su mundo: el contexto de Jesús y la relevancia de su mensaje, el significado de sus milagros, el sentido del anuncio del Reino de Dios, sus relaciones, el conflicto con el judaísmo y con el Imperio, su esperanza, etc. En este punto no vamos a ofrecer información detallada, sino que vamos a referirnos a otras obras publicadas, ya que pueden servir a este propósito. Lo más importante de la tarea de presentar a Jesús ha sido el proceso anterior, puesto que una vez que el joven conoce a Jesús, el conocimiento sobre él resulta mucho más fácil porque hay motivación.

Las cuestiones que se pueden abordar abarcan un amplio abanico de temas. El primero es el del contexto. Una de las características más importantes de la investigación sobre Jesús de las últimas décadas ha sido contextualizarlo en la Galilea del siglo I de nuestra era. Existe una tendencia errónea a universalizar la enseñanza de Jesús sin las cautelas y procesos necesarios; de este modo se cae fácilmente en el moralismo, en las lecturas fundamentalistas... Jesús tenía un mensaje concreto para sus oyentes judíos galileos del siglo I, y en ese concreto mensaje se volcó

el anuncio del Reino de Dios; y ahí hay que volver para recuperarlo. La opresión socio-política a la que estaban sometidos los destinatarios hace relevante para un oyente contemporáneo el sentido del Reinado de Dios, aunque no sea el único punto importante, como vamos a ver.

Uno de los temas menos abordados en los estudios de Jesús ha sido su experiencia religiosa. Es, probablemente, una carencia que se está corrigiendo con el tiempo, pero que dejaba a la vista una parcial comprensión de su persona. Sin la peculiar y profunda experiencia que Jesús tuvo de Dios, son inexplicables su mensaje, sus acciones y, sobre todo, el devenir y las decisiones vitales de Jesús. La tradición evangélica muestra la importancia de este tema al colocar antes que nada en su vida pública la experiencia del bautismo. Este relato constituye el punto más claro de esta experiencia: Jesús supo que Dios era su padre porque experimentó su amor como el amor de un padre por su único hijo; un amor que descubrió como donación, como autoentrega, como vida regalada, como amor incondicional y por encima de todo lo demás. Esta experiencia explica la íntima unión de Jesús con el Padre y la vocación de Jesús hasta el final.

El sentido judío del Reino de Dios, junto con las características que tiene en el mensaje de Jesús, especialmente expresado en las parábolas, constituye un punto fundamental en la presentación de Jesús. Las parábolas utilizan el lenguaje poético para expresar una realidad difícilmente sujeta a conceptos. En el mensaje de Jesús, el Reino de Dios funciona como nexo de unión de dos realidades puestas en relación de modo peculiar por Jesús: el pueblo del Reino y el Dios del Reino. Pueblo y Dios adquieren una nueva dimensión en este núcleo del mensaje de Jesús.

Los milagros han adquirido también en los últimos decenios una nueva relevancia, tras los limitados intentos de leerlos racional o simbóli-

camente. Las acciones milagrosas de Jesús nunca fueron negadas por sus contemporáneos, que le acusaron de hacerlas en nombre del príncipe de los demonios. Para Jesús, aquellas acciones eran signos de que el Reino de Dios ya estaba actuando, y esa actuación no se limitaba a unos conceptos políticos o a una nueva forma de religión, sino a la radical aceptación de la primacía de Dios en la vida de los creyentes, que era capaz de abrir puertas cerradas y ofrecer esperanza más allá de lo imaginable. Los milagros deben ser vistos, pues, como signos del Reino de Dios que se abre paso en la vida de Jesús. Los evangelistas, como Marcos, ampliaron el sentido de los milagros para presentarlos como signos del poder de Jesús para perdonar pecados. Es importante incorporar también esta dimensión, puesto que la actuación de Jesús mostraba “el dedo de Dios” que ofrecía “vino nuevo en odres nuevos”.

Las relaciones de Jesús, especialmente con sus discípulos, serán un tema central de la presentación del Maestro. Lo primero que hace Jesús cuando inicia su anuncio del Reino de Dios es llamar a un grupo de seguidores para que estén con él y reproduzcan su mensaje y vida. El seguimiento nace del anuncio del Reino y es su primera consecuencia y fruto. Una lectura de los evangelios desde esta clave descubre la importancia que tienen en su vida; y también descubre la función didáctica que cumplen, pues muestra tanto el entusiasmo de una respuesta generosa a la llamada; como la incomprensión, el miedo, la dificultad, la traición o el abandono. Un modelo de seguimiento que se enraíce en los evangelios evitará el idealismo y será accesible, a la vez que mostrará la necesaria vinculación personal con Jesús, que es el único elemento irrenunciable.

Junto a los discípulos, las relaciones de Jesús con fariseos y escribas, familia, autoridades religiosas, etc., será otro punto importante. Estas relaciones constituyen uno de los hilos que per-

miten comprender la trama de su vida, tal como aparece en los evangelios. Su creciente oposición y los motivos por los que cada vez aparecen más enfrentados ayudan a explicar el porqué de su trágico final. El conflicto con el judaísmo será cada vez más agudo no porque sea una consecuencia inevitable del anuncio del Reino, sino porque constituye una parte del mensaje de Jesús.

Jesús decide, en un determinado momento de su vida, subir a Jerusalén. Este hecho, sin duda histórico, refleja algo muy importante del proyecto de Jesús (por lo menos en ese momento): Jesús pretende renovar radicalmente el judaísmo desde dentro, y por eso decide ir al centro, a Jerusalén y al templo. Allí tendrá lugar el punto culminante de un conflicto que tiene su centro en la función de las instituciones religiosas judías. Jesús critica desde dentro la deriva de una religión que ha perdido su vocación salvadora; Jesús sabía de lo que hablaba, porque no hablaba de oídas, sino por experiencia: sabía quién era Dios y hablaba como él. Esto suponía una declaración insostenible para quienes sustentaban su vida en la continuidad de unas instituciones que ya no reflejaban la voluntad salvífica de Dios.

Jesús, además, probablemente concibió su propia vida y su final trágico como el momento culminante de una historia que iniciaría tras su muerte una nueva etapa. Para Jesús, Dios ya no podía estar más tiempo al margen de la historia, y debía intervenir cumpliendo sus promesas de que su Reino era lo más definitivo de la historia. Estas esperanzas de Jesús, probablemente, impulsaron sus últimos días. Así se explica que su autoentrega en la cruz, la muerte más humillante, vergonzosa y deshonrosa que existía, fuese para Jesús el modo de mostrar cómo es Dios. Sin ese final aceptado, no sería posible descubrir la hondura de aquella experiencia inicial que había movido a Jesús a vivir toda la vida entregado al Reino de Dios. Sólo así es posible descubrir que Dios no se

reserva nada para sí, que es autoentrega y donación completa, como lo es Jesús y como lo ha demostrado sin quedarse nada para sí. Esto no lo descubrieron sus discípulos sino más tarde.

La resurrección de Jesús transformó la frustración de la cruz en una explosión de vida. Completó la imagen que tenían de él, ampliándola de un modo absolutamente original. Aquel que había muerto en la cruz no podía ser sino el hijo de Dios, tal como en el bautismo Jesús mismo lo experimenta. Dios había decidido cambiar el curso de la historia estableciendo una nueva alianza mediante la muerte y resurrección de Jesús que abría las puertas a todos aquellos que los actores de la antigua alianza habían dejado de lado. Jesús fue reconocido como Señor, exaltado a la derecha de Dios y adorado como Dios.

Todo este proceso, únicamente esbozado aquí, puede ser un proceso catequético que permita al joven adentrarse en el misterio del Hijo de Dios. Se trata de recorrer aquellos aspectos de la vida y el mensaje de Jesús que permiten recuperar lo que sus discípulos fueron descubriendo en su vida y tras su resurrección. Para este proceso será necesario, primero, que el animador cuide su formación y su experiencia de seguimiento, ambas realidades de la mano. Para ello, además del cultivo de su propia espiritualidad, el recurso a una bibliografía selecta puede serle de utilidad.

Éste es el objetivo de la siguiente lista con algunos libros que le pueden servir para acercarse cada vez más a su respuesta sobre quién es Jesús.

## **Algunos libros sobre Jesús**

Ofrecemos en orden alfabético algunos de estos libros. El criterio de selección ha sido pensar en títulos que ayuden al animador de pastoral juvenil a prepararse para acompañar el proceso de presentación de Jesús que hemos hecho en este

artículo, especialmente la tercera parte del mismo: presentar a Jesús una vez que se ha hecho un proceso previo que ha permitido conectar de algún modo el mundo del joven con Jesús.

- Aguirre, R., *Aproximación actual al Jesús de la historia*, Universidad de Deusto, Bilbao 1996.

En lenguaje asequible y riguroso, el autor presenta el estado de la cuestión sobre Jesús a finales de los años noventa y hace una breve exposición de algunos aspectos candentes, como los orígenes de Jesús, la predicación del Reino y su eco en Galilea, el conflicto y la condena. Se trata de un libro muy recomendable para iniciarse en la lectura sobre el Jesús histórico y, por su brevedad, es un buen punto de inicio en el tema.

- Busto, J. R., *Cristología para empezar*, Sal Terrae, Santander 1995.

Nacido a partir de unas conferencias del autor sobre el tema, se plantea como un libro que quiere acercar la reflexión teológica sobre Jesús, el Cristo, a quienes no tienen conocimientos teológicos. Su objetivo es “recuperar la plena humanidad de Jesús para poder acceder a su plena divinidad”. La última parte del libro aborda la fe en la divinidad de Cristo y ofrece así un puente entre la investigación histórica y la confesión cristológica, mostrando su proceso.

- Gnllka, J., *Jesús de Nazaret. Mensaje e historia*, Herder, Barcelona 1993.

Obra reciente de este reconocido exégeta católico alemán. Es un libro interesante y serio, que expone el mensaje de Jesús en el contexto del mundo político, religioso y social de su tiempo, destacando tanto la continuidad como la discontinuidad para explicar el porqué del conflicto que le llevó a Jesús a la muerte.

- González Echegaray, J., *Jesús en Galilea. Aproximación desde la arqueología*, Verbo Divino, Estella 1999.

El autor es un arqueólogo español que ha trabajado de primera mano en Tierra Santa y es por ello un magnífico conocedor del contexto. La obra hace una lectura de las excavaciones arqueológicas de Galilea, iluminándolas con los datos sociales e históricos del tiempo y poniéndolos en relación con la figura de Jesús. Describe la geografía de Galilea, los hitos más importantes de su historia, la economía, las religiones y cultos, la importancia de la capital Séforis y del lago en la vida cotidiana, terminando con una presentación breve de las primeras comunidades cristianas en Galilea tras la Pascua.

- Horsley, R. A. – Silberman, N. A., *La revolución del reino. Cómo Jesús y Pablo transformaron el mundo antiguo*, Sal Terrae, Santander 2005.

La primera parte es una presentación del ministerio y el mensaje de Jesús que subraya su dimensión socio-crítica respecto a la teología imperial romana. No se limita únicamente a una presentación de Jesús, sino que pone en continuidad a Jesús con Pablo. Es una presentación original del nacimiento del cristianismo enraizado en la figura histórica de Jesús, una presentación que mira fundamentalmente hacia la cultura grecorromana en detrimento de las conexiones judías.

- Kee, H. K., *Qué podemos saber sobre Jesús*, El Almendro, Córdoba 1992.

El libro se plantea como una indagación sobre la pregunta que da título a la obra, para lo que el autor hace un recorrido por las diferentes fuentes: extrabíblicas, no evangélicas, fuente Q, Marcos y otros evangelios. El autor subra-

ya las diferentes imágenes y presentaciones de Jesús que surgen de las diversas fuentes. Pone a Jesús en relación con los diferentes grupos judíos de su tiempo y subraya el conflicto final, basado en la diferente concepción de Jesús sobre la pertenencia al pueblo de la alianza y sobre el “agente” por cuyo medio Dios plantea una renovación de aquél.

- Martínez Díez, F., *¿Ser cristiano hoy? Jesús y el sentido de la vida*, Verbo Divino, Estella 2007.

Este libro es una relectura divulgativa de un libro anterior titulado *Creer en Jesucristo, vivir en cristiano*, en el que se presentan cuestiones actuales sobre la persona de Jesús, como la identidad de Jesús entonces y ahora, la resurrección y el inicio de la fe cristiana, el seguimiento de Jesús, la confesión de Jesús como Dios, la salvación que acontece en Jesús, la esperanza cristiana, la celebración de la fe... Todo ello con un lenguaje y un estilo asequibles y bien fundamentado. Un libro muy recomendable para la tarea del animador.

- Meier, J. P., *Un judío marginal: Nueva visión del Jesús histórico*. Tomo I: *Las raíces del problema y de la persona*. Tomo II/1: *Juan y Jesús. El Reino de Dios*. Tomo II/2: *Los milagros*. Tomo III: *Compañeros y competidores*, Verbo Divino, Estella 1998-2005.

El autor es un católico norteamericano con una larga trayectoria de investigación y publicaciones y un gran prestigio. Es probablemente la obra actual más completa sobre Jesús. Al ser tan amplia, todavía está inconclusa y permite un tratamiento extenso de cada uno de los temas. Aunque las notas son muy técnicas, tienen un gran valor informativo; el texto es ágil y se lee bien. Es un libro ponderado, idóneo para profundizar.

- Pagola, J. A., *Jesús. Aproximación histórica*, PPC, Madrid 2007.

Se trata de un libro de divulgación, pero serio, basado en las investigaciones más recientes, que incorpora con sentido crítico y abierto, sin entrar en cuestiones académicas discutidas. Es claro, está muy bien escrito y es de agradable lectura. Presenta a Jesús como “patrimonio de la humanidad”, caracterizado por una misericordia que reflejaba su experiencia de Dios y le hacía particularmente cercano a todos cuantos sufrían.

- Ratzinger, J., *Jesús de Nazaret*, Planeta, Madrid 2007.

El autor escribe este libro no como un acto magisterial, sino como expresión de su búsqueda personal “del rostro del Señor”. Se trata de una reflexión teológica y espiritual sobre Jesús, desde el bautismo hasta la transfiguración, que subraya la centralidad de Dios en el mensaje y la persona de Jesús. Ofrece como valor para los animadores de jóvenes que se deja guiar por los relatos evangélicos y los muestra como una buena orientación catequética.

- Sanders, E. P., *La figura histórica de Jesús*, Verbo Divino, Estella 2000.

Es un libro que divulga lo que el autor había presentado en otra obra anterior más técnica. Destaca su visión escatológica de Jesús y tiene la ventaja de que lo contextualiza muy bien en el entorno judío, aunque quizá está más preocupado por entenderlo desde la mentalidad de un protestante liberal contemporáneo que por entrar en las categorías culturales del siglo I.

- Theissen, G. – Merz, A., *El Jesús histórico*, Sígueme, Salamanca 1999.

Se trata de un libro concebido como un manual amplio, profundo pero a la vez peda-

gógico. Recurre en algunos momentos de forma sugerente a las ciencias sociales. Presenta los grandes temas del estudio del Jesús histórico: historia de la investigación, fuentes, el marco de la historia de Jesús, su actividad y predicación, su final y Pascua. Resulta muy útil como libro de consulta para aspectos puntuales.

- Theissen, G., *La sombra del galileo. Las investigaciones históricas sobre Jesús traducidas a un relato*, Sígueme, Salamanca 1988.

Como indica el subtítulo, el autor quiso traducir a un relato las investigaciones que él mismo y otros habían hecho sobre el Jesús histórico. Es un libro muy interesante y entretenido, porque de modo indirecto presenta a Jesús en su contexto. Es muy recomendable como lectura, también para los jóvenes.

- Vidal, S., *Los tres proyectos de Jesús y el cristianismo naciente*, Sígueme, Salamanca 2003.

El autor distingue tres fases en la forma en que Jesús comprendió el Reino de Dios y su propio ministerio: la de Juan el Bautista (que concebía la necesidad de preparar a Israel para la venida del “más fuerte” que transformaría definitivamente la tierra y el pueblo de Israel), el primer proyecto de Jesús (la proclamación y escenificación del Reino de Dios en Galilea que acabaría con el gran *Shalom* para todos los pueblos) y el definitivo de Jesús (tras el fracaso del anterior en Galilea, Jesús intenta adelantar su proyecto de renovar Israel con Jerusalén como centro, por lo que viaja allí para instaurar el Reino mesiánico). Es un trabajo original, pensado y sugerente, que permite comprender algunos aspectos fundamentales de la persona de Jesús.

# Identidad

Jesús Rojano  
Pedro González Blasco  
Irene Fernández

## Introducción

Nos va a permitir el lector que abramos nuestra reflexión con una obertura de esas del cine de los tiempos dorados de Hollywood, cuando la cámara enfoca un gran valle o una cadena de montañas nevadas: una vista de pájaro que contempla un paisaje grandioso, justo antes de descender y centrarse en unos cuantos personajes o en problemáticas sectoriales y concretas... Esa vista del paisaje, que sólo dura unos segundos, o quizá los minutos en que aparecen los rótulos de presentación de la película, dejan la sensación de que el mundo es mucho más amplio de lo que luego vamos a ver y que esos personajes pertenecen a un universo mucho mayor y, sobre todo, más hermoso y gratificante que ellos. Eso favorece que los espectadores salgan del cine satisfechos y contentos al sumergirse de nuevo en sus vidas.

Normalmente sucede así, aunque no siempre: la película de Sam Mendes *American Beauty*, ganadora de cinco Oscar en 2000, comenzaba con una vista con *zoom* que se va acercando a una ciudad, luego a un barrio, a una calle, a una urbanización de casas ajardinadas relajantes y pacíficas. Pero luego nos hace contemplar unas vidas decepcionantes, atormentadas y existencialmente frustradas que quieren ser el reflejo de una sociedad, la actual, sin valores y llena de elementos inmorales que contradicen el irónico título, que

habla de *belleza*. Es difícil presentar un retrato más negativo sobre la *identidad* del ser humano actual. Sabemos que muchos hoy nos dirían, usando una de esas expresiones que se ponen de moda en el lenguaje coloquial: “Es que *es lo que hay*”.

Algunos de los mejores directores de la película de la *identidad* humana nos han dicho que el ser humano es un misterio para sí mismo, que es capaz de lo mejor y de lo peor, que está habitado por una enorme desproporción interior... Quiere hacer el bien, pero a veces no es capaz de no hacer el mal (Pablo de Tarso). Tiene una enorme sed de infinito, pero suele preferir perderse en la diversión y la superficialidad (Kierkegaard, Agustín de Hipona). Por eso, el ser humano es, y aquí ese “es” significa más bien “puede llegar a ser”, mucho más que lo que vemos, porque “el hombre supera infinitamente al hombre” (Blaise Pascal). Incluso desde visiones no tan creyentes de la realidad se nos dice que el ser humano es un proyecto abierto, que es libre de hacer con su vida una verdadera obra de arte llena de autenticidad (así, en parte, Heidegger). Jesús elevó el listón de este proyecto al máximo cuando dijo: “Vosotros sed perfectos como vuestro Padre lo es”. Creemos que, a la vez, nos dio los medios para que esta tarea de apuntar a lo mejor no sea un esfuerzo titánico y frustrante, como la de aquel Sísifo que subía un piedra enorme por una cuesta arriba imposible de superar.

Sin perder de vista lo anterior, vayamos acercando el *zoom* de nuestro objetivo a nuestro tema de la *identidad* personal del joven, que se puede acotar con preguntas más sencillas y asequibles: ¿Quién soy? ¿Quién puedo ser? ¿Quién quiero ser? La juventud es uno de los momentos decisivos, aunque no el único ni el último, en la plasmación de ese proyecto de futuro que es el ser humano. En ese momento se comienza a forjar la identidad de la persona, aunque es tarea de toda

la vida reelaborarla una y otra vez, y prestar toda nuestra atención a dicho proyecto, nunca concluido ni conquistado del todo. Este tema, central en el Evangelio, “salvar la vida, vida en abundancia”, es el fondo de la *identidad*. Y no puede ir aparte de la acción pastoral: la identidad humana y cristiana van juntas. Con razón podemos aplicar al crecimiento humano y cristiano aquella famosa frase de Ortega y Gasset mucho más profunda que la versión que suele citarse habitualmente: “Yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella, no me salvo yo...”.

Nos ha parecido conveniente dividir el camino que vamos a seguir en este artículo en tres tramos:

– Partiremos de una descripción de la identidad personal juvenil, y para ello tendremos en cuenta los ambientes y agentes de socialización que rodean hoy al joven, así como la estructura de valores que se le ofrecen y que va abrazando, además de prestar cierta atención a la maduración de la sexualidad y las dificultades que plantea la actual prolongación de la adolescencia y juventud.

– En segundo lugar, describiremos los rasgos de la identidad cristiana del joven, con sus luces y sombras, junto a las diversas opciones de inserción eclesial que se le presentan y las diferentes vocaciones en las que puede desarrollar dicha identidad cristiana, examinando las dificultades que hoy existen en ese campo.

– En un tercer momento, ofreceremos algunas pistas de trabajo para la pastoral juvenil que quiere cuidar con sensatez esta dimensión esencial de la identidad humana y cristiana del joven. En este apartado partiremos de ejemplos concretos de lectura de las posibilidades y retos que ofrecen el lenguaje y las manifestaciones culturales juveniles en la música, la literatura y el cine.

## Identidad personal juvenil en este contexto social

No se puede hablar de cómo elaboran su identidad los jóvenes sin tener en cuenta que pertenecen a una sociedad muy determinada y que la inmensa mayoría de ellos se sienten parte convenida de *este* tipo de sociedad, que tiene unas características que nos son bien conocidas: presentista, lúdica, consumista, con muchas posibilidades, pluralista, en continuo cambio, digitalizada, icónica o visual (en la que las imágenes han relevado a los textos escritos como método de conocimiento, formación y diversión)... Todas estas características son positivamente asumidas por la mayor parte del sector juvenil en Europa occidental. Los datos sociológicos que avalan esta afirmación están suficientemente documentados de unos años para acá, y remitimos al lector a la bibliografía incluida al final de este artículo<sup>1</sup>. Aquí haremos una descripción de los rasgos que influyen más en el tema que nos ocupa, la identidad personal juvenil.

Los jóvenes ahora no son, en general, contraculturales (en el sentido de buscar unos valores alternativos a la sociedad en la que viven). Quizá sea un tópico pensar que alguna generación lo haya sido de verdad. Más bien hay que decir que, hoy especialmente, a tenor de los estudios citados, los jóvenes no quieren cambiar la sociedad, sino que se adaptan con facilidad y rapidez a ella. En algunos aspectos, de hecho, se sitúan con comodidad en los vectores de tendencia que marcan el sentido de las modas y los cambios sociales.

En una sociedad cambiante y presentista como la que estamos describiendo, los jóvenes están muy influidos, a la hora de configurar su identidad, por los diversos ambientes en que viven. Es ingenuo

---

<sup>1</sup> *Jóvenes 99, Jóvenes 2005, Jóvenes 2000 y religión*, de SM; *Informes anuales 2004 y 2006* del Injuve; *Jóvenes, valores, drogas*, de FAD en 2006.

pensar que los jóvenes son lo que ellos, a solas consigo mismos, quieren y deciden ser. Veamos cómo influyen en ellos esos diversos ambientes y agentes:

### *Agentes de socialización*

#### *Familia*

Los jóvenes dan en general mucha importancia afectiva a la familia, y la mayoría permanecen en el hogar paterno, debido a las dificultades de acceso a vivienda y trabajo estable, hasta cerca de los 30 años, sin grandes fricciones. Dicho hogar es para ellos el nido afectivo en el que son cuidados y mimados. Hay menos conflicto que hace unos años entre los jóvenes y sus padres, pero se debe sobre todo a una especie de pacto implícito de no agresión. En realidad, los padres insisten menos en transmitir sus valores y normas sociales, morales y religiosas. Cada uno lleva su vida y se evitan las ocasiones de fricción. Por ello, aunque la familia siga teniendo mucha importancia como institución socializadora, ésta va bajando en lo que se refiere a los valores fuertes que forjan la identidad personal. Aunque no todos, muchos padres han ido desertando de esta función. A menudo los niños pasan más tiempo con los abuelos, que en ocasiones son la única referencia adulta real en la infancia. Hoy, muchos padres dan la impresión de haber “negociado” sus valores, cediendo en cuanto a la transmisión de sus convicciones básicas para ganar en tranquilidad aparente y en tener a los hijos más tiempo con ellos. Esto motiva que, en la mayoría de la generación juvenil actual, se dé una mayor labilidad y fragilidad de identidad.

#### *Escuela*

La escuela siempre ha sido un elemento socializador y que contribuía de modo importante a elaborar la propia identidad, proporcionando a los jóvenes conocimientos, normas y valores. En algu-

nos casos, favorecía decisivamente también la formación de la identidad cristiana. Podemos poner el ejemplo de Francia, que durante muchos años ha considerado la escuela como el lugar privilegiado para moldear al ciudadano según el típico modelo republicano francés. Sin embargo, en España la escuela ha bajado muchos enteros como elemento que forja la identidad juvenil, por los diversos y numerosos planes de enseñanza, que han creado cierto desconcierto e inestabilidad, y la pérdida de autoridad del profesorado. La multiplicación de conflictos y los problemas con el fracaso escolar han minado mucho la influencia positiva de esta institución. Por esos y otros motivos, esa influencia que se daba antes con frecuencia del “maestro” como modelo y como la persona que suscitaba los mejores valores en muchos chavales ha disminuido sensiblemente.

### *Medios de comunicación*

En este caso, la evolución de su influencia en los jóvenes no es a la baja, sino muy ascendente. Son, de hecho, los medios de comunicación los que dan hoy la cosmovisión predominante en la sociedad, y muy especialmente en los jóvenes: la música y las letras de las canciones que escuchan, las series de televisión de tema juvenil, la información y las imágenes que circulan por Internet, algunos programas de radio, etc., son los que proporcionan los ladrillos con los que se edifica la casa de la visión juvenil del mundo y, por tanto, de la propia identidad.

### *Pares/amigos*

Tienen mucha importancia para el joven a la hora de consultar problemas y cambiar impresiones, comunicarse y expresar, divertirse... La diversión, por cierto, es una actividad muy importante en cuanto a la franja de tiempo que ocupa y la energía que se invierte en ella. Un ado-

lescente suele necesitar mucho tiempo para prepararse bien para divertirse con los amigos: buscar y comprar ropa de moda, peinarse, ensayos de poses, llamadas y mensajes de móvil para quedar, estar al día en música y ciberjuegos... Con todo, cuando se meten en líos y las cosas se ponen realmente mal, se sigue recurriendo a la familia. La película *Juno* (2007), de Jason Reitman, en la que al final la ayuda principal que recibe una adolescente embarazada es la de sus padres, puede considerarse paradigmática en este sentido.

### *Asociacionismo*

Es, en realidad, numéricamente pequeño. Cuando se dan porcentajes de jóvenes asociados, la inmensa mayoría pertenece a grupos deportivos, pero muchos de ellos tienen el carnet, juegan algún partido y poco más. Eso, siendo positivo, no influye gran cosa a la hora de formar el núcleo duro de su identidad personal. El asociacionismo sindical y político está en horas bajísimas. El número de jóvenes asociados en grupos cristianos con una presencia constante, no esporádica, ha bajado también mucho, aunque se mantiene una minoría activa, muy respetable.

### *Iglesia*

Ha sido en España una fuente muy importante de socialización juvenil y de interiorización de valores, y no nos referimos ahora sólo a la catequesis o educación en la fe. Hoy, es llamativo el descenso de su influencia en este sentido, como se ha puesto en evidencia en algunos estudios cuando se ha pedido a los jóvenes que expresen dónde se dicen las cosas importantes para encontrar sentido a la vida.

### *La calle*

Se trata de una especie de “filosofía ambiental” que impregna a un gran grupo de jóvenes,

aunque también del resto de la sociedad, para decirlo todo. Se trata de vivir alegres, confiados, sin pensar en la muerte ni en el día de mañana, despreocupados de grandes causas y sin entregarse con constancia a los demás.

Al estar sometido a estos influjos variables, es frecuente el fenómeno de irse formando una *identidad fragmentada*: en casa doy una imagen, en el instituto o facultad otra, y otra en la calle o con los amigos. Lógicamente, esta flexibilidad y maleabilidad hace difícil que la identidad personal sea armónica y coherente: ahora toca ser esto, ahora lo otro... Hay jóvenes que presentan su identidad –si se nos permite el ejemplo, que podría hacer llorar– como una *cebolla*, con sucesivas capas superpuestas y sin un núcleo estable y elegido como proyecto personal. En este caso, hay quien dice que no orientan su personalidad ya con una *brújula* que señala siempre el norte, sino al estilo del *radar*, que lanza impulsos alrededor y sobre la marcha va respondiendo según las señales que le van llegando o él interpreta. Así, no se eligen valores definidos estables, sino que los van cambiando. Esta flexibilidad la aprenden también de los adultos con los que se relacionan, a los que oyen decir que lo que importa es “vivir el día a día” y no ser demasiado rígido o estable. En este caso, es el que no se mueve el que no sale en la foto.

### *Estructuras de valores*

Los jóvenes suelen optar por valores *de fondo* o *finalistas*: la paz, la libertad, la ecología, la solidaridad, la autorrealización... Pero éstos no suelen estar acompañados de los valores *instrumentales* correspondientes: esfuerzo, constancia, gratuidad, sacrificio, resistencia ante las dificultades... De este modo, la formación de una identidad personal sólida con frecuencia se transforma en un “quiero y no puedo”. Los jóvenes no sue-

len adscribirse a modelos distintos de los adultos. Precisamente hoy se está dando un desplazamiento hacia la inmadurez de sectores de personas adultas que quieren aparentar ser jóvenes, pero tomando justamente los valores que denotan labilidad o indecisión. Algunos sociólogos hablan en este caso de *síndrome de Peter Pan*. Más allá de la anécdota, es importante estudiar con calma la *viabilidad general actual de las estructuras de valores*, pues es incoherente pedir a los jóvenes lo que no viven (vivimos) tampoco los adultos.

En cualquier caso, es esencial no analizar todo esto desde fuera de ellos. La pastoral juvenil ha de recurrir a la sociología, pero la debe impregnar de empatía hacia los jóvenes. Por ejemplo, no hay que fiarse demasiado de la apariencia: muchos jóvenes, también los que se confiesan cristianos, “aparecen” de una determinada manera porque los ambientes en que se mueven les piden esas poses. Pero profundizando suele haber más. Por eso, la relación personal no superficial hoy es imprescindible para llegar a cada joven como es de verdad, no desde esas apariencias que de entrada muestran.

El sociólogo Zygmunt Bauman viene hablando desde hace unos años de este tipo lábil y flexible de sociedad, y la ha caracterizado como una vida *líquida*, en vez de sólida. El líquido es inestable, de forma cambiante, se concentra, se extiende, en cuestión de décimas de segundo. Así son hoy muchos jóvenes y adultos a la hora de elegir valores, normas, ideas o convicciones. Esto se refleja en las relaciones afectivas con la propia familia, con los amigos, con la pareja: “Hoy te quiero, mañana no sé. Prefiero no comprometerme demasiado, por si hay que desatar las amarras pronto”. En su libro *Amor líquido*, Bauman describe con abundancia de ejemplos esta situación, que no retrata sólo a los jóvenes, sino a toda la sociedad. Lo que sucede es que en los jóvenes, que no han conocido la época en que se vivían

valores más “sólidos”, esta situación incide mucho más, por carecer de términos de comparación. En realidad, la mayoría desconoce que se puede vivir de otra manera, y se extrañan mucho al oír hablar de ello.

Otra metáfora de Bauman compara el modo de vida actual con el *patinaje sobre hielo*. Cuando patinas sobre hielo, en efecto, si te paras, puedes caerte; hay que correr a toda velocidad sencillamente para no perder el equilibrio. Imposible pararse a pensar, decidir, proyectar, revisar... Pero, claro, así es muy complicado que los jóvenes se formen una identidad propia de modo crítico, equilibrado y armónico. Ya están demasiado ocupados en acelerar sin parar como para dedicarse a esa labor de maduración. Ya decía Sócrates que la vida que no se revisa a sí misma y se autoproyecta, con una reflexión seria y consciente, apenas merece ser vivida. De hecho, hacen falta ideas, trabajo, cultura y tiempo para formar o forjar una identidad personal coherente. Hoy, los jóvenes suelen tener mucha información, aunque, según el sociólogo y filósofo Jean Baudrillard, hay más bien saturación y exceso de ella. El problema es que esta cantidad de información no cuaja en cultura por falta de tiempo y de posibilidad de una maduración reposada.

La pedagogía y la psicología nos hablan de la importancia de los *modelos* al elaborar la identidad personal. Así, el problema que estamos describiendo se agranda si los únicos modelos que se les presentan son futbolistas multimillonarios, ganadores de *Operación Triunfo* o los protagonistas de esos programas de *telebasura* que ven cada noche. Para cerciorarse de ello, basta hojear las revistas que leen, muy diferenciadas, por cierto, según los lectores sean chicos o chicas.

Muchos adultos se sorprenderían si leyeran varios números de esas revistas para adolescentes y las recetas de felicidad rápida que ofrecen. En este sentido, hay que prestar atención a los

modos en que se realiza hoy la socialización juvenil. Podemos decir que, en general, el modelo ideal socializador es aquel en el que entran en interacción el *yo* y el *tú*, y desde ahí se construye el *nosotros*. Hoy, muchos jóvenes se quedan fijados en una relación *yo-yo*, al buscar las relaciones afectivas exclusivamente en espacios sociales donde se encuentran con personas demasiado iguales, donde se sienten bien. En este caso, más que socializarse a partir de la relación con personas distintas (adultos y personas de otras edades o ideas o procedencias), uno “se cuece en su propio caldo”, con el consiguiente empobrecimiento personal. La pastoral juvenil no debería de ninguna manera ignorar estas complejas realidades y seguir actuando como si nada de esto pasara.

### *Identidad sexual*

Hay un común acuerdo hoy entre sociólogos, psicólogos, educadores y agentes de pastoral en que un factor esencial de maduración y realización de la persona es lograr una identidad sexual realizada y humanizada, y que ésta influye directamente en la (in)felicidad de la persona. Pero prácticamente ahí se acaba el consenso. Tras varios siglos de una educación demasiado represiva y negativa de la sexualidad, la liberación sexual, en el sentido de “aquí todo vale”, vino en los años sesenta a Occidente para quedarse. Baste recordar aquellos lemas: “amor libre”, “haz el amor y no la guerra”, “lo personal es también revolucionario”... Después, la extensión del sida a partir de los años ochenta reactivó los miedos y las precauciones, y favoreció que desde diversas instituciones se haya ofrecido a los jóvenes más información, sin duda necesaria, pero por desgracia no complementada con una imprescindible formación. Los jóvenes tienen la sensación de que hay que experimentar mucho y cuanto antes

en ese campo, y que el que no lo hace es una persona rara o incluso tarada. Los medios de comunicación social, desde luego, no suelen favorecer una madurez sexual, sino que confunden y banalizan esa dimensión esencial de la persona. Un sociólogo como Bauman, libre de sospechas de ser un reaccionario, ha estudiado y descrito esa inmadurez, fragilidad y continua experimentación en las relaciones afectivas. Viene a decir que hay más relaciones, pero más superficiales y cambiantes, sin vocación de profundidad y estabilidad.

Por otra parte, la llamada *filosofía de género* ha ofrecido avances importantes en el respeto a la mujer y a las minorías sexuales, pero también ha creado confusión al hacer creer que el ser humano puede elegir sexualmente lo que quiera sin ningún condicionante fisiológico y biológico, aplicando a esta dimensión de la persona lo que ya dijera en el Renacimiento Pico della Mirandola en su *Discurso sobre la dignidad del hombre*: el ser humano puede ser todo lo que libremente elige. Esta postura, llevada a su extremo, puede generar muchas frustraciones e inseguridades en una persona en crecimiento, pues es incapaz de dar cauces reales para asentar y fundamentar lo que promete.

En general, los agentes de pastoral juvenil saben que el cuidado y la formación en la dimensión sexual del joven son decisivos para que haya persona madura y equilibrada, y que deben buscar un equilibrio entre la antigua represión y el actual “todo vale”, y tienen claro que la unión entre amor y sexo nos hace más humanos. Es decir: educación sexual, sí, pero también y a la vez educación afectiva. Lo que faltan son proyectos, orientaciones y experiencias educativas positivas e ilusionantes para trabajar en esa línea. Las palabras del papa Benedicto XVI en una entrevista del verano de 2007 son un referente: el mensaje cristiano no comienza por el *no*, sino por una propuesta positiva, un *sí* inicial al amor.

*Odisea adolescente: otra metáfora*

Como es bien sabido, el viaje de regreso de Ulises hacia su amada isla de Ítaca, para volver con Penélope tras la guerra de Troya, de entrada parecía un mero trámite. Sin embargo, se convierte en toda una odisea, porque las circunstancias y las propias equivocaciones del héroe le van demorando y llevando de un lado para otro como un juguete del destino. Cuando Ulises se encuentra con Penélope, ya es un hombre distinto del que partió a la guerra años antes.

Pues bien, hoy la adolescencia se está convirtiendo cada vez más en un viaje prolongado, problemático y errático. Se ha estirado en dos direcciones: empieza antes (ahí están esos chicos y chicas de 9 o 10 años que tienen muchos rasgos de los que la cultura anglosajona adjudica a los *teenagers*, de 13-19...) y acaba cada vez más tarde. La autonomía personal cada vez se tarda más en alcanzar. Ni siquiera se busca con demasiado ahínco. En realidad, la misma sensación que le queda al lector de *La odisea* se tiene hoy con la adolescencia: que no hay tanta prisa por salir de ella... En descargo de los adolescentes, debemos tener en cuenta que la meta está tan lejana que se desdibuja: ser independiente a los veintimuchos años. Ítaca queda demasiado lejos.

Precisamente, en uno de los episodios de *La odisea*, Ulises y sus compañeros son apresados por el terrible y gigantesco cíclope, que los almacena en su cueva para comérselos poco a poco. Ulises dice llamarse Nadie para engañar con una hábil estratagema al monstruo: "Nadie te ha herido, señor"... Ulises, una vez que huye, recupera su nombre y, con él, su identidad. ¿Y si Ulises hubiera sido Nadie durante unos meses o años...? ¿Y si hubiera olvidado quién era...?

Una adolescencia prolongada genera una problematización muy fuerte de la elaboración de la propia identidad personal. El joven se siente a

menudo a disgusto consigo mismo porque no sabe quién es. Se siente permanentemente Nadie. Esto explica, al menos en parte, ciertos comportamientos en masa en los que participan muchos adolescentes y jóvenes que sólo buscan dar la nota, hacerse notar, hacer ver que “intento ser alguien”: la masa de los conciertos de música *rock*, los aficionados deportivos fanáticos, las pintadas y *grafittis*, las bandas con sus símbolos de identidad al estilo de las de Los Ángeles, el diluirse en los disturbios de la *kale borroka* o de grupos racistas o neonazis... Son ambientes que frecuentan también algunos adolescentes y jóvenes, aunque no sean, desde luego, la mayoría. Sólo se inmunizarán contra estas tendencias sociales si van elaborando pronto una identidad personal madura y equilibrada, si dejan de *sentirse nadie* mediante caminos constructivos...

Ulises no podía volver atrás, hacia Troya, porque allí sólo había unas ruinas quemadas. Tiene que seguir necesariamente hacia adelante. El adolescente tiene que recorrer su camino y darse golpes contra muchos obstáculos. Nadie lo puede hacer por él o por ella. Sus padres o educadores pueden hacer, eso sí, una cosa importante: acompañarle en ese camino, ayudarle a formularse preguntas, poner nombre y prevenir los golpes más peligrosos... pero sin querer absorberle o detenerle en Escila (la infancia).

## Identidad cristiana del joven

Las encuestas recientes sobre valores juveniles, como se puede comprobar en los estudios sociológicos citados en la bibliografía del final de este texto, nos dicen que va descendiendo el número de jóvenes que se confiesan cristianos; sin embargo, son todavía un grupo importante, aunque su identidad cristiana presenta muchas irregularidades y perfiles diversos. Abundan los que son cristianos a medias o “a la carta”.

Los que sí participan en grupos cristianos, “consumen” con frecuencia durante un tiempo acciones pastorales, pero luego queda poco en el *núcleo duro* de la identidad personal. Así, van a las celebraciones si les llevan (en el colegio, en los grupos de fe, a un encuentro especial masivo...), pero luego por su cuenta no participan ni sale de ellos ir.

Una dificultad muy fuerte que encuentran es que son muy escasos y poco visibles los referentes culturales cristianos entre artistas e intelectuales. Más bien, se está marginando a los cristianos de la vida cultural. Así, ser creyente no goza de prestigio social. Es un dato muy importante y que condiciona mucho a los jóvenes que se plantean ser cristianos. Los que se identifican como creyentes tienen que negociar continuamente la validez de esa postura cuando están con otros. Esto condiciona mucho la construcción de la propia identidad creyente y hay que saberla llevar. Por eso muchos jóvenes cristianos llevan una especie de “doble vida”: en la universidad y/o en el trabajo ocultan su identidad y luego la manifiestan en sus grupos, parroquias o movimientos. Empleando una expresión hoy muy extendida, cada cosa “toca” en su lugar.

El clima general invita a no ser nada dogmático y a pasar al extremo contrario, al relativismo casi total, pero para ser creyente hay que lograr un equilibrio entre ambas actitudes. Al final, hay dogmas, guste o no, que plasman lo esencial de la fe, y no son de libre elección. Quizá falle la pedagogía sobre la función y el carácter dinámico de los dogmas en el conjunto del edificio cristiano. Sigue valiendo como referencia y piedra de toque esta frase de san Agustín: “Unidad en lo esencial, libertad en lo dudoso, caridad en todo”. Pero da la impresión de que los jóvenes cristianos de hoy con frecuencia no tienen formación y elementos suficientes para discernir esas tres categorías, y más bien no dan importancia a dicho discernimiento.

En general, los jóvenes rechazan el adoctrinamiento religioso. Para ellos, nadie tiene la exclusiva de lo religioso. Quieren compaginar lo católico con la modernidad según la entienden ellos. Se trata de una síntesis necesaria, pero difícil... De hecho, hoy la antinomia principal no es entre ser joven *ateo o católico*, sino *antiguo o moderno*. Actualmente, todos quieren ser y aparentar ser progresistas o modernos... Juan Pablo II tuvo esto muy presente cuando dijo en su mensaje de mayo de 2003 a los jóvenes españoles en Cuatro Vientos que “se puede ser a la vez moderno y seguidor de Jesucristo”. Los que trabajan por los pobres, marginados, etc., sí son percibidos como cristianos modernos por los no creyentes, pero habitualmente éstos no aceptan la fe que mueve a esos luchadores por la justicia y la solidaridad, sino que la toleran como mal menor... Una tarea apasionante para la teología de los próximos años sería describir lo específico de la identidad cristiana, sin que ello conlleve ignorar a los que no son cristianos.

Hablando a grandes rasgos, la posición de la mayoría de los jóvenes cristianos es la de un “catolicismo liberal”, de poco compromiso fuerte y poca práctica celebrativa. Aceptan el voluntariado temporal, no tanto el vocacionado, el que antes se llamaba “militante” o que tiene la intención de ser permanente. Ese tipo de voluntariado con medida y racionado está muy bien descrito en el libro de Helena Béjar *El mal samaritano*.

Según las grandes encuestas, en España hay dos grandes opciones en los jóvenes respecto a la religiosidad: catolicismo e indiferencia. Las demás opciones son menos visibles y menos numerosas. No se cambian del catolicismo a otra identidad, sino hacia la indiferencia. Entre los que sí se confiesan católicos se percibe desde hace años la presencia de minorías de jóvenes creyentes de convicciones fuertes y, a veces, bastante

“conservadores”. Pertenecen a asociaciones católicas consistentes y de principios claros. También hay otra minoría de jóvenes cristianos en grupos o comunidades de signo más avanzado o “progresista”. Es importante advertir que los adjetivos *conservador* y *progresista* se emplean aquí de modo aproximado, nunca como modo de descalificación, y han de interpretarse con mucha prudencia, porque a veces se han utilizado con excesiva rotundidad y sin los matices necesarios. Ambos sectores son numéricamente minoritarios respecto al grueso de su generación, pero bastante activos. Cada una de esas orientaciones presenta ventajas y desventajas, y lo ideal sería que la pastoral juvenil supiera imitar las primeras y evitar las segundas.

Los jóvenes que pertenecen a movimientos más tradicionalistas suelen recibir una atención más esmerada en aspectos como la oración, la celebración litúrgica o el seguimiento y acompañamiento personal. En ocasiones, dependen excesivamente de su grupo y les suele costar más la inserción en su entorno no creyente y el compromiso social duradero. En cuanto a los jóvenes que pertenecen a grupos de mentalidad más avanzada, suelen tener un compromiso social mayor y colaboran con facilidad con personas no creyentes en el campo de la acción social o en el mundo de la lucha contra la marginación, por ejemplo, pero con frecuencia cuidan menos su identidad personal creyente (oración, participación en la liturgia de la Iglesia, coherencia en el campo de la moral personal, etc.). Tenemos que avanzar en la convicción de que tiene que haber diversidad de opciones en la Iglesia y que dicha diversidad es una gran riqueza que hay que saber hacer dialogar y colaborar en la comunión de una Iglesia que es “comunidad de comunidades”. Favorecer la comunión de sensibilidades, carismas y espiritualidades debe ser una meta prioritaria de la pastoral juvenil presente y futura.

Conociéndose más unos grupos a otros, lograremos eliminar ciertos prejuicios que vienen del desconocimiento mutuo, y ofrecer un amplio abanico de vivencias cristianas para los jóvenes, sin que ninguna forma de vivir el catolicismo pretenda imponerse a las otras como la única posible.

### *Sobre la vocación*

Si la historia personal y la historia cristiana —o, dicho de otro modo, la formación de la identidad humana y cristiana— deben avanzar y madurar en sintonía y entrelazadas, esto se ha de manifestar de modo privilegiado en lo que la tradición bíblica y cristiana denomina *vocación*. Sin descubrir y tratar de realizar la propia vocación no existe identidad cristiana. Por eso llevamos años diciendo que la pastoral vocacional es la culminación de la pastoral juvenil, y que la primera debe ir inseparablemente unida a la segunda.

El principio está claro, pero no tanto los resultados. Los análisis sobre la escasez vocacional a veces son superficiales y se contentan con echar culpas acá o allá. Nada se entiende sin comprender que la razón principal de este descenso es el desencuentro entre el mundo secular y la Iglesia desde finales del siglo XVIII. Han faltado modernos Tomás de Aquino que hayan tendido puentes entre la Iglesia y el mundo moderno, y por ello el contexto no facilita el cultivo de las vocaciones. Cada época ha suscitado un tipo adecuado de vocación, y la que se necesita hoy es la de jóvenes que sepan poner en práctica la frase antes citada de Juan Pablo II: ser “modernos y buenos seguidores de Jesús”. Facilitar dicha síntesis es el camino para que haya vocaciones que no vivan en una tensión o frustración continuas, que no se centren en uno de esos dos polos para descartar el otro, sino que sepan compaginarlos. Esto no es una petición de laxitud o de

hacer componendas reductivas, sino todo lo contrario: hoy lo difícil y exigente es ser capaz de conocer y amar al mundo de hoy (el único que tenemos, al que ha amado Dios hasta entregarle a su hijo único: cf. Jn 3,16) y vivir radicalmente el Evangelio.

La calidad y coherencia de las vocaciones religiosas y sacerdotales, por ejemplo, debe ser mayor que en otros tiempos en los que el ambiente facilitaba la socialización cristiana. Se debe seguir replanteando y estudiando el *origen*, la *trayectoria* (con sus procesos formativos) y el *destino en la misión* de dichas vocaciones. Lo mismo cabe decir de las vocaciones al matrimonio cristiano y a la vida laical. En este sentido, es muy importante que los jóvenes tengan referencias vitales cercanas y coherentes en sus comunidades de fe. Nada deja tan claro que *se puede* vivir la vocación al matrimonio cristiano o a un compromiso exigente como laico o laica en la Iglesia de hoy, pese a las conocidas dificultades (*ad intra* y *ad extra*), como el encontrarse con personas concretas en el propio ambiente que dan verdadero ejemplo de vivir así.

Por otra parte, sea la vocación que sea (sacerdotal, religiosa, laical, matrimonial...), hay que tener en cuenta que todas tienen una doble dimensión de *misterio* que hay que respetar (Dios que llama y la persona que responde libremente) y que deben vivirse con una dimensión de *honestidad* y profundidad personales. Hay que ser fieles a las propias identidades cristianas religiosas o ministeriales en vez de buscar por medios artificiales, fingidos o engañosos incrementar el número. Traicionar la propia identidad inventándose atajos que parecen estar de moda (unos muy integristas, otros demasiado relativistas) puede tener ciertos resultados a corto plazo, pero a la larga puede resultar funesto por falta de autenticidad, y si la sal se vuelve sosa...

## Pistas de trabajo para la pastoral juvenil

Como decíamos antes, parece que nos hallamos ante una generación juvenil menos religiosa y algo alejada de la institución eclesial y de su lenguaje. Hay jóvenes cristianos comprometidos y coherentes, pero es evidente que hoy la conocida parábola evangélica, aplicada al mundo juvenil, tendría que hablar más bien de las 99 ovejas perdidas. Esto provoca desánimo en muchos agentes de pastoral. Sin embargo, dicen los que conocen el idioma chino que el ideograma o dibujo que se usa como traducción de *crisis* significa a la vez *desafío* y *reto*. Así debemos leer la difícil situación a la que nos acabamos de referir. Rendirse o tirar la toalla nunca es una opción para el seguidor de Jesús. También en esta realidad juvenil de ahora “el Espíritu habla a las iglesias”, como leemos en el libro del Apocalipsis. Otra cosa es que elijamos escucharle o no, claro.

Hoy, como siempre, el Evangelio sigue siendo ese tesoro escondido (cf. Mt 13,44) que busca el ser humano, y de un modo especialmente intenso los jóvenes. Así lo muestran sus ansias de felicidad, de sentido de la vida, de experiencias de plenitud... Pensamos que hoy toda acción pastoral con jóvenes debe partir de saber leer sin precipitaciones la situación juvenil, con sus luces y sombras, y descifrar sus lenguajes, tan distintos –ni mejores ni peores– del que tenemos en las diversas realidades eclesiales. Por eso vamos a partir aquí de un análisis muy esquemático de lo que se nos dice sobre la identidad juvenil actual en la música, la literatura y el cine recientes.

Uno de los lenguajes preferidos de los jóvenes es la música, en concreto en el formato de canción comercial. Hace unos pocos años sonaba en las emisoras españolas una canción, interpretada por la joven solista del grupo El Sueño de Morfeo, muy escuchado por chicos y chicas de 14 a 20 años. La canción se titula *Ésta soy yo*, y queremos recoger aquí parte de su letra porque refleja per-

fectamente esa situación de despiste, de duda, de ansias de vivir y de encontrar la felicidad que define a tantos jóvenes:

Ésta soy yo, ésta soy yo...

Dicen que soy un libro sin argumento,  
que no sé si vengo o voy,  
que me pierdo entre mis sueños.

Dicen que soy una foto en blanco y negro,  
que tengo que dormir más,  
que me puede mi mal genio.

Dicen que soy una chica normal  
con pequeñas manías que hacen desesperar,  
que no sé bien dónde está el bien y el mal,  
dónde está mi lugar.

Y ésta soy yo, asustada y decidida,  
una especie en extinción, tan real como la vida.  
Y ésta soy yo, ahora llega mi momento,  
no pienso renunciar, no quiero perder el tiempo.  
Y ésta soy yo, y ésta soy yo...

Dicen que voy como un perro sin su dueño,  
como barco sin un mar,  
como alma sin su cuerpo.

Dicen que soy un océano de hielo,  
que tengo que reír más  
y callar un poco menos.

Dicen que soy una chica normal...<sup>2</sup>

En general, sería difícil comprender a los jóvenes de los sesenta sin estudiar las canciones de los Beatles o los Rolling Stones, o a los jóvenes españoles de los ochenta sin las de Mecano. Tampoco entenderíamos la subcultura de ciertas franjas sociales juveniles sin el *heavy metal*, el *punk* o, más actualmente, el *rap* o el *hip hop*. Detrás de esas canciones hay unos estilos de vida, de pensamiento, de expresión, que nos describen identidades juveniles reales y soñadas. El agente de pastoral debe conocerlas para captar la vida que hay en ellas y, evitando las condenas previas y globales, ser capaz de expresarse en esos códigos lin-

<sup>2</sup> El Sueño de Morfeo, "Ésta soy yo", disco *El sueño de Morfeo*, 2005.

güísticos, que sabemos que sí llegan a los jóvenes y, en gran parte, están elaborados por ellos.

Por poner sólo un ejemplo actual del mundo de la música, la estrella juvenil musical del momento se llama Amy Winehouse, nació en Londres en 1983, en el seno de una familia judía, y con 20 años grabó un disco, *Frank*, que asombró a los críticos y seguidores del mundo de la música por la calidad de su voz y la fuerza incisiva de sus letras. Su segundo disco, *Back to Black*, publicado en 2006 (antes de cumplir los 23 años), ha sido número uno en todo el mundo y ha ganado cinco Premios Grammy, que vienen a ser como los Oscar de la música moderna. Antes de cumplir 20 años tenía ya una voz con una fuerza impresionante y un desgarrar que recuerda a las mejores cantantes de color de *jazz* y *soul* de la historia de este género musical... A los 13 años ya tenía un grupo musical y actuaba con éxito en público. Amy lo tiene todo para triunfar y ser durante muchos años la mejor cantante en su género, por la calidad de su voz, de sus letras, de su fuerza artística... Podría ser así, pues le sobran cualidades y genialidad artística, y sin embargo... Sin embargo, tiene un gran enemigo: ella misma. Sus problemas con la droga son continuos. A finales de junio de 2008 estaba internada por ello en una clínica y nadie está seguro de que no se quiebre pronto su brillante carrera. Ya ha tenido tiempo de estar decepcionada con la vida y el amor, y cantar así:

¿Por qué deseo no haber jugado nunca?  
Vaya desastre el nuestro.  
Y ahora, la última imagen.  
El amor es un juego en el que siempre se sale perdiendo.

Y también:

Él se va, el sol se pone.  
Se lleva el día, pero soy adulta.  
Y en tu camino, en esta sombra azul.  
mis lágrimas se secan solas.

¿Por qué una joven que parece haber logrado el mejor de los sueños y está en la cima de la fama parece elegir autodestruirse? ¿Y por qué es admirada y seguida por millones de jóvenes en todo el mundo? En otra de sus canciones recientes dice que la vida es como una pipa que hay que fumar, y ella lo está haciendo rápido. Quizá sea una respuesta...

Parece que la vida que hemos creado no satisface el ansia juvenil de felicidad, ni siquiera a los que parecen ser los grandes triunfadores de este tipo de sociedad. Quizá especialmente a ellos. Algo similar le sucedía en los años cincuenta al actor James Dean o, al comienzo de los noventa, al cantante Kurt Cobain, líder de Nirvana, que era el Winehouse de entonces y acabó suicidándose... En realidad, el promotor discográfico inglés Adrian Leight se aproxima bastante a la verdad cuando dice de ella: “Es una rebelde, y mucha gente se identifica con eso. Hay gente peligrosa por ahí, pero ella no lo es. Sólo es peligrosa para sí misma”. La felicidad y el deseo de sentido pleno de la vida, cuando no se satisfacen en profundidad, con un proyecto de vida ilusionante y coherente, provocan un vacío que no se llena con nada, y la persona se vuelve autodestructiva. Escuchemos de nuevo a Amy:

Me engañé a mí misma  
 como sabía que haría.  
 Te dije que soy un problema.  
 Sabes que no soy buena...

En realidad, ese “sabes que no soy buena” (una autoestima resquebrajada), unido al “no tengo ni idea de por qué estoy aquí” (se supone que es la sincera respuesta en su canción más famosa, *Rehab*, al terapeuta que intenta ayudarla...), explica bastante bien las cosas. ¿Quién puede ofrecer soluciones –no sólo palabras– a tantos jóvenes que se deslizan por la cuesta debajo de la autodestrucción personal...? Rastrear

estos modelos/antimodelos de vida y desentrañar qué hay detrás de sus genialidades y miserias debe formar parte de las preocupaciones de la pastoral juvenil cristiana situada en el mundo juvenil. No se puede elaborar una pastoral juvenil que dé respuestas a preguntas que nadie hace, sino a las demandas y necesidades de *estos* jóvenes realmente existentes, *aquí y ahora*.

Otro campo interesante para sondear estos signos de búsqueda y de esperanza mezclada con desesperanza es la novela escrita por escritores jóvenes. La novela del canadiense Douglas Coupland titulada *Generación X*, de 1991, hizo fortuna como descripción de toda una generación juvenil bastante desencantada. En España se puede obtener un retrato interesante de la visión de algunos novelistas jóvenes desde los noventa hasta la actualidad. Por ejemplo, José Ángel Mañas escribió *Historias del Kronen* (1993) cuando tenía 22 años. *Historias del Kronen*, llevada con éxito al cine, describe un mundo particular: la versión española de la “generación X”: jóvenes de buena familia sin nada por lo que luchar y con el único objetivo de consumirse en el ocio. Mañas se acerca al nihilismo y al desencanto de los años noventa frente a la euforia que había supuesto el Madrid de los ochenta, a través de su propia experiencia. Narra las andanzas nocturnas de un grupo de chavales de clase media-alta por las calles madrileñas. Este reflejo de una juventud acorralada era un tema poco tratado en España hasta ese momento, por lo que la obra, finalista del Premio Nadal 1994, se convirtió en un verdadero fenómeno social. Algunas obras posteriores desarrollan su retrato de su generación: *Mensaka* (1995), con versión cinematográfica; *Ciudad rayada* (1998) y *Sonko95* (1999), hasta constituir una tetralogía sobre la juventud madrileña de la que el propio autor se ha visto prisionero, al ser encasillado irremediabilmente en esa especie de subgénero.

Otro importante novelista sobre jóvenes es Ray Loriga (su nombre real es Jorge Loriga Casanova). Loriga busca el lirismo en sus páginas, nos trae mundos sacados de las canciones de *rock* de los setenta y personajes cargados de ternura, buscando siempre una ayuda, esa chica rubia y escandinava que aparece en casi todos sus libros, una escapatoria. Los personajes de Loriga creen que el mundo puede ser mejor, y están dispuestos a esperar a que llegue. No piden grandes cosas: “Bebíamos cerveza y le pedíamos a Dios una chica bonita”, dice el protagonista de *Héroes* (1993). No son revolucionarios, pero se encuentran envueltos en un mundo hostil en el que no saben cómo integrarse. No sucede lo mismo con Mañas: sus personajes viven en un continuo nihilismo y les da igual todo. Sólo intentan aprovechar sus oportunidades. Si el mundo de Loriga es de soñadores, el de Mañas es de francotiradores. Las chicas no se piden a Dios; se buscan... y se encuentran.

En *Lo peor de todo* (1992), Ray Loriga escribió, a los 25 años, una novela corta en la que ya se ven algunas de sus constantes: un narrador en primera persona que no se despegaba en ningún momento de las sensaciones del personaje principal, imágenes impactantes, personajes de ensueño, un mundo hostil que oprime al protagonista y una manera de contar las cosas oblicua, a pinceladas. La primera frase del libro ya es significativa: “Lo peor de todo no son las horas perdidas, ni el tiempo por detrás y por delante; lo peor son esos crucifijos hechos con pinzas para la ropa”. Novelas posteriores de Ray Loriga, como *Caídos del cielo* (1995), que fue reeditada con el título de *La pistola de mi hermano* en 1997 (posteriormente llevada al cine), o *Tokio ya no nos quiere* (1999), profundizan en esa imagen de Peter Pan moderno que no soporta el mundo de los adultos. Loriga ha hecho incursiones en el mundo del celuloide con guiones cinematográficos. La más

polémica fue una película sobre santa Teresa: *Teresa, el cuerpo de Cristo*, de 2007<sup>3</sup>.

Una sensación dejan las novelas de Lucía Etxebarría, nacida en 1966. Los personajes que desfilan por las novelas de Etxebarría son sobre todo mujeres: solteras, casadas, lesbianas, jóvenes, maduras... Mujeres asaltadas por dudas y problemas, a través de las cuales la autora narra su visión del papel de las mujeres en la sociedad actual. *Amor, curiosidad, Prozac y dudas* (1997), título que ya dice casi todo, trata sobre la difícil búsqueda de la identidad juvenil femenina a partir de sus tres protagonistas: una ejecutiva, una camarera y un ama de casa. Fue llevada al cine en 2001. Su segunda novela, *Beatriz y los cuerpos celestes*, que profundiza y desarrolla una visión parecida, recibió el Premio Nadal de Literatura en 1998.

Espido Freire, nacida en 1974, ganó el Premio Nadal en 1999 (a los 25 años, por tanto) con su novela *Melocotones helados*, una historia de búsqueda y pérdida de raíces, según dijo ella misma. El título simboliza seguramente la pérdida de los sueños rotos de su generación. Un año antes había publicado *Irlanda*, una historia de terror narrada por una chica cuya alma se debate entre la luz y las tinieblas, que huye de la realidad para refugiarse en su mundo de sueños y de sombras. Como nueva Peter Pan, se niega a crecer y a abandonar su mundo de fantasía y fabulación. Recientemente ha hecho incursiones en el ensayo para describir los problemas de su generación, muy recomendables para comprender su visión sobre los jóvenes, y en los que nuestro tema (la identidad juvenil) tiene un papel central: *Cuando comer es un infierno* (2002), sobre la anorexia y la

---

<sup>3</sup> Se puede consultar una interesante página de Guillermo Ortiz (que aquí hemos resumido parcialmente) sobre Loriga en [www.babab.com/no22/loriga.php](http://www.babab.com/no22/loriga.php).

bulimia, y *Mileuristas. Retrato de la generación de los mil euros* (2006), con una segunda parte, *Mileuristas II: La generación de las mil emociones* (2008). Estos ensayos, como sus novelas, dejan una sensación de pesimismo y desencanto.

Un autor menos joven, Agustín Fernández Mallo, nacido en 1967, ha escrito un libro, *Nocilla dream* (2006), que ha servido para bautizar a una nueva generación de escritores, la “*generación Nocilla*”, formada por autores que narran de un modo fragmentario, con influencias audiovisuales. Podría decirse que se parece más a un *blog* que a una novela. Esa fragmentariedad tiene mucho que ver con las dificultades de “cristalización” de la identidad que hemos ido describiendo<sup>4</sup>.

La autora más joven, pues nació en 1977, es Laura Gallego, que ha cautivado a un considerable público juvenil con sus historias de fantasía, llenas de ángeles, demonios y seres sobrenaturales, en las que tienen mucha importancia los sentimientos y el amor. Una novela de este estilo, *Finis Mundi* (1999), escrita a los 21 años, obtuvo el Premio Nacional Barco de Vapor de la Editorial SM. Han seguido otras muchas, hasta las recientes *La emperatriz de los etéreos* (2007) y su última novedad *Dos velas para el diablo* (2008). Esa opción por la fantasía, la magia y los sentimientos, al estilo de la famosísima saga de Harry Potter, ofrece muchas pistas de interpretación de las identidades juveniles vividas, deseadas, soñadas o temidas (todo mezclado y lleno de luces y sombras que no son fácilmente discernibles). Aunque este mundo de ensoñación y fantasía pueda presentar inconvenientes, como el peligro de huida de la realidad, podemos reconocer al menos una visión de la vida más alegre e ilusionada que la de los autores citados antes.

---

<sup>4</sup> Se puede encontrar información sobre ellos en <http://generacionnocilla.blogspot.com>.

Sobre los novelitas mencionados se puede encontrar una interesante información en la página *web* de la Biblioteca Virtual Cervantes y, sobre todo, en el libro de Antonio Gutiérrez Resa, citados en la bibliografía del final.

Menos matices nos parece que tiene el cine comercial cuando habla sobre los jóvenes. Nos suele presentar los rasgos más conflictivos de una juventud que, sin olvidar los tópicos que mueven estas películas —especialmente la acentuación de los rasgos morbosos o negativos—, indudablemente tiene dificultades diversas para elaborar una identidad coherente y satisfactoria. Algunas de esas películas que dan pistas sobre nuestro tema —además de las mencionadas cuando hemos hablado de novelas de jóvenes y sobre jóvenes— pueden ser: *Clerks* (Kevin Smith, 1994), *Reality bites* (Ben Stiller, 1994), *El odio* (Mathieu Kassovitz, 1995), *Martín Hache* (Adolfo Aristarain, 1997), *Kids* (Larry Clark, 1995), *Diario de un rebelde* (Scott Kalvert, 1995), *La vendedora de rosas* (Víctor Gaviria, 1998), *Thirteen* (Catherine Hardwicke, 2003), *Sólo un beso* (Ken Loach, 2004), *Yo soy la Juani* (Bigas Luna, 2006), *Cuatro minutos* (Chris Kraus, 2006), *Juno* (Jason Reitman, 2007)... Aunque no son una fuente de conocimiento demasiado riguroso sobre la juventud, sí nos dan el encaje general del cuadro y captan un lenguaje juvenil vivo, fresco y palpitante al que debemos prestar atención crítica. Remitimos al número monográfico de la revista *Misión Joven* sobre jóvenes y cine que citamos en la bibliografía final.

Tras esta aproximación brevísima a la foto de la juventud actual en la música, la literatura y el cine, podemos decir que, al menos, se percibe en estas manifestaciones parecidas ansias y deseos de salvación que los primeros padres apologistas griegos percibían en los poetas y literatos de su cultura contemporánea. Esto, y lo que hemos descrito en los dos primeros apartados, nos llevan

a sugerir unas pistas de trabajo para la pastoral juvenil actual y futura:

1. *Paciencia y perspicacia pastoral*. La primera pista de actuación a la hora de trabajar la identidad juvenil personal y cristiana es tener paciencia y perspicacia para interpretar los datos que nos hablan sobre su situación real y sus mundos vitales. Su imaginario, por lo entrevisto en las canciones, la literatura y las películas a las que acabamos de aludir, es muy distinto del que suelen tener los agentes de pastoral y la “gente de Iglesia”. No podemos ignorar esta distancia, y hay que poner los medios para salvarla, estudiando la condición juvenil a nivel global y local. El famoso dicho de “ponerse en sus zapatos”, de tener empatía por su mundo y subcultura, nos parece imprescindible. Normalmente, a través de ese proceso nos damos cuenta de que los jóvenes de hoy necesitan especialmente encontrar felicidad plena y sentido de la vida, y los cristianos seguimos creyendo con toda convicción que ésta se halla en Jesucristo (cf. Hch 4,12). Muchos jóvenes necesitan hoy nuevos *Pablos* que les digan que les vienen a mostrar (no sólo a hablar) a ese Dios desconocido que buscan sin darse cuenta y sin saber darle nombre (cf. Hch 17). Pero esta necesidad ellos muy raramente la expresan así. Por eso necesitamos interpretar su cultura y sus expresiones y preguntas implícitas, del modo más serio, y a la vez flexible, que nos sea posible, y saber partir de lo mucho positivo que hay en ellos. El trabajo *hermenéutico* (de interpretación, de lectura profunda de lo que se vive y siente, de hacer experiencia vital propia a partir de la experiencia de otros, en este caso la de los jóvenes de hoy), en el sentido más profundo de la palabra, es la primera e imprescindible pista para la pastoral que se quiera ocupar hoy con la formación de la identidad juvenil.

2. *Saber escuchar y encarnarse en la vida de los jóvenes*. Es el propio Jesús el que nos marca el

camino y el método de todo encuentro pastoral, también con jóvenes. En los momentos de crisis graves, los mejores cristianos, los que han aportado soluciones, siempre han vuelto la mirada a lo esencial, a Jesús. Sólo hay un modelo pastoral permanentemente válido, un camino siempre nuevo, y es la actuación de Jesús, que vivió según lo que algunos han llamado el *Principio Encarnación*. Si él, que era la Palabra, habitó entre nosotros y asumió nuestra carne (cf. Jn 1), y siendo rico se hizo pobre por nosotros para darnos su riqueza (cf. 2 Cor 8,9), sólo compartiendo la vida de los jóvenes de hoy se puede hacer pastoral juvenil *cristiana* (y “cristiana” aquí quiere decir “como la de Cristo”).

Cuenta el evangelio de Marcos que Jesús en una ocasión, al ver a la multitud, se conmovió porque andaban como ovejas sin pastor (cf. Mc 6,34). Esa compasión, que en el original griego indica “conmoción de las propias entrañas”, es la que ha de mover al agente de pastoral para vencer las dificultades y resistencias internas a la hora de acercarse a los jóvenes de hoy.

Si lo anterior es el fondo, también en cuanto a los modos la acción de Jesús nos da pistas importantes para la pastoral juvenil de hoy. En el camino de Emaús (cf. Lc 24,13-35), Jesús se muestra paciente y pedagogo con los dos discípulos. Sabe darles su tiempo para que ellos vayan descubriendo lo que él les va revelando y sugiriendo poco a poco, en un alumbramiento progresivo de la verdad que nos recuerda la conocida mayéutica socrática. También el que quiera acercar el Evangelio a los jóvenes tendrá que saber escuchar miedos, esperanzas e inquietudes juveniles, tendrá que saber ser pedagogo, no quemar etapas, acompañar las dudas y dar nombre a las verdades que se van vislumbrando muy lentamente.

La escena del diálogo de Jesús con la samaritana (cf. Jn 4,4-42) también nos da pistas precio-

sas para el trato con los jóvenes y para hacer aflorar las preguntas sobre la propia identidad: la importancia del diálogo personal, del proceso de fe adaptado de verdad a la situación y las necesidades de la persona concreta que está delante del evangelizador; la atención a las necesidades afectivas y existenciales de la persona; reconocer las tentativas que muestran el deseo y la sed de felicidad; saber suscitar y proponer el mensaje de salvación trascendente justo a tiempo (ni antes ni después); hacer que el joven evangelizado sea el primer evangelizador de otros jóvenes...

El buen pastor que fue Jesús no salvaba con el mando a distancia, sino compartiendo la vida. No hubiera conocido a cada uno de los suyos por su nombre desde un despacho. Ya lo dijo san Pablo, maestro de pastores en tiempos difíciles: “Con los judíos, me conduzco como judío... Con los que no se atienen a la ley, actúo como si fuera uno de ellos con tal de ganarlos... A todos traté de adaptarme totalmente para conseguir, cueste lo que cueste, salvar a algunos” (1 Cor 9,20-22). No desarrollamos más la centralidad de Jesucristo en la formación de la identidad juvenil cristiana porque otra “palabra” de esta obra colectiva está dedicada a él, pero no se debe perder de vista que tiene que estar presente en el principio y en el final de toda pastoral juvenil que quiera incidir en la identidad juvenil cristiana con posibilidades de futuro.

*3. Unir y acompañar historia personal e historia de salvación.* Otra pista de trabajo futuro esencial es ayudar a cada joven a leer su vida como historia de salvación. Se trata de conseguir entrelazar vida cotidiana (trabajo, estudios, familia, noviazgo, amistades, diversión, proyectos de futuro, orientación laboral...) y vida de fe. El conocido filósofo Zubiri lo expresó así: “La experiencia de Dios no es una experiencia al margen de lo que es la experiencia de la vida cotidiana: andar, comer, llorar, tener hijos..., no es experiencia al margen

de esto, sino que es la manera de ‘experimentar’ en todo ello la condición divina en que el hombre consiste (...). No se trata de ocuparnos de las cosas y, además, de Dios, como si Dios fuese una realidad añadida a la de las cosas. No; el hombre se ocupa de Dios ocupándose con las cosas, con las demás personas (...). El hombre tiene que ver en este mundo con todo, hasta con lo más trivial. Pero tiene que ver con todo divinamente. Justo ahí es donde está la experiencia de Dios”.

De otra manera, Pablo dijo lo mismo a los cristianos de Roma cuando les manifestaba que es *toda la vida* la que es liturgia ofrecida a Dios, no sólo unos ratos especiales de oración: “Os exhorto, pues, hermanos, por la misericordia de Dios: presentaos a vosotros mismos como una ofrenda viva, santa, agradable a Dios. Ése ha de ser vuestro auténtico culto. No os acomodéis al mundo presente; antes bien, transformaos mediante la renovación de vuestra mente, de forma que podáis distinguir cuál es la voluntad de Dios: lo bueno, lo agradable, lo perfecto” (Rom 12,1-2).

Por lo que acabamos de ver, aprender a ser cristiano en la vida de cada día, no en otro lugar aparte, es el modo acertado de ayudar a forjar una identidad juvenil humana y cristiana equilibrada, sin dicotomía, sin esquizofrenias. Pero ese leer la vida de cada uno como una historia en la que Dios me acompaña y está a mi lado, y caer en la cuenta de que tengo que agradecerse con una respuesta madura y generosa, nunca ha sido sencillo. Y hoy el ambiente lo hace más difícil. El joven que va haciendo con provecho este camino llega a saber distinguir la diferencia entre “una vida diaria con Dios” y “una vida sin Dios”. Sin descalificar a nadie ni creerse mejor que otros jóvenes que no cuentan con Dios en su vida, sabe leer entre líneas lo que le va sucediendo y tomar decisiones y encaminar su vida *con los mismos sentimientos que tuvo Jesús* (cf. Flp 2,4-5).

El documento de los obispos de Québec que citamos al final en la bibliografía insiste mucho en esta necesidad de encontrar al Dios de la Vida en la vida cotidiana. Evidentemente, eso no se aprende a hacer a solas. Hacen falta *acompañantes* que enseñen a los jóvenes a leer su historia personal como historia de salvación y encuentro con Jesús. No personas que hablen demasiado de experiencias que apenas han hecho ellas o que pretendan dirigir como marionetas a otros para compensar quién sabe qué complejos o represiones... No, éstos sobran; lo que hace falta son acompañantes que sean verdaderos maestros espirituales y ayuden con paciencia y sin infantilismos a descubrir el propio *itinerario personal* hacia la identidad cristiana madura. En esta tarea de acompañamiento personal y de descubrimiento del propio camino hacia la fe cristiana común nos deben servir, hoy más que ayer, estas palabras del poeta León Felipe:

Nadie fue ayer,  
ni va hoy,  
ni irá mañana  
hacia Dios  
por este mismo camino  
que yo voy.  
Para cada hombre guarda  
un rayo de luz el sol...  
y un camino virgen  
Dios.

En este camino no podemos ignorar la experiencia de los grandes santos que han sido maestros de espiritualidad cristiana. Una ayuda importante para la pastoral juvenil de hoy y de mañana, y desde aquí nos gustaría lanzar ese reto, sería acudir de nuevo a los itinerarios personales de vivencia de la fe de Agustín, Francisco de Asís, Juan de la Cruz, Teresa de Jesús, Francisco de Sales, Teresa de Lisieux... y adaptarlos, sin desfigurarlos, al lenguaje juvenil. Puestos a buscar fuentes, ¿por qué no ir a las mejores? Ya dijo Karl Rahner hace tiempo, y estamos plenamen-

te de acuerdo con él, que el cristiano del futuro será un místico, o sea, una persona que ha experimentado por sí mismo a Dios, o no será cristiano.

Dentro de este proceso personal, hay una parte que no podemos descuidar en la pastoral juvenil, que es reforzar la *autenticidad personal y la honestidad* con uno mismo. Sin persona humana madura no hay cristiano maduro. ¿Cómo vivir hoy en un mundo en el que casi todo es apariencia y en el que si se vive a cara descubierta se lleva uno continuas “patadas” y sinsabores? No basta con tener información, sino que hay que ofrecer a los jóvenes la posibilidad real de encontrarse con ellos mismos y reflexionar sobre su proyecto personal de vida, facilitando también tiempos y espacios. Eso exige tiempos de silencio, de lectura y de escucha de orientaciones profundas, para que vaya “cuajando” esa personalidad acrisolada que sabe ser coherente aunque cueste trabajo y esfuerzo, y a la vez flexible para afrontar las complejas realidades actuales. Encuentra uno con frecuencia entre los jóvenes –también entre los adultos, pero esa es otra historia– “huidas personales” por miedo a afrontar la realidad como es, el querer demasiado tiempo para mí mismo o cambiar de lugar u ocupación a la primera dificultad. Cuidado, pues, con esas salidas, del tipo “necesito más tiempo para mí mismo”, “estoy agobiado y me tomo un tiempo...”, cuando se repiten con demasiada frecuencia. Hay que contrastarlas y enfrentarse al problema de fondo, porque se juega la madurez y la formación de la identidad personal y cristiana equilibrada. Además, mientras no se resuelvan esas dificultades, no habrá posibilidad de establecer una relación madura con otras personas o de integrarse con fruto en una comunidad. Se trata de ayudar a alcanzar ese equilibrio dinámico que nos recuerdan los famosos versos de Gerardo Diego en su poema sobre el *Río Duero*:

Quién pudiera como tú,  
a la vez quieto y en marcha,  
cantar siempre el mismo verso  
pero con distinta agua.

4. *Generar comunidades cristianas que acojan y acompañen a los jóvenes.* La historia personal de encuentro con el Dios de Jesús tiene como complemento igualmente imprescindible tener claro que la fe cristiana se vive con hermanos, en comunidad, en una Iglesia local y universal, que es “comunidad de comunidades”. La creación y potenciación de comunidades que acojan a los jóvenes que se plantean y quieren vivir la fe cristiana, y les ayuden a caminar, tiene que ser una preocupación prioritaria para la pastoral juvenil. Sin ellas, la identidad cristiana se teje en el aire y sin base sólida. Que esas comunidades ofrezcan una vida cristiana que cuide todos sus rasgos esenciales, al menos sus cuatro dimensiones básicas —*diakonía, kerigma, liturgia, koinonía*—, y ayuden a los jóvenes a iniciarse en su vivencia es otra pista de trabajo urgente para la pastoral juvenil.

5. *La estrategia de las cerezas.* El especialista en pastoral juvenil Ricardo Tonelli suele decir que en este tiempo de fragmentariedad y de ruptura de procesos trillados y cuadriculados, el agente de pastoral tiene que ser capaz de emplear la *estrategia de las cerezas...* Cuando se logra coger la primera, las demás suelen venir detrás con más facilidad porque están en racimo. En la tarea de educar la identidad humana y cristiana del joven de hoy hay que saber leer cada situación concreta para saber cuál es la primera cereza de la que hay que tirar, de cara a reconstruir un proceso pastoral coherente. Siempre hay que comenzar por el principio, pero, en el caso de la pastoral juvenil actual, el principio unas veces está en un lugar y otras en otro, y hay que saber distinguirlo.

Como toda esta tarea tiene mucho más de poesía que de ciencia exacta, terminamos con un

poema que nos habla de esa tensión en equilibrio dinámico que es la identidad madura humana y cristiana cuando se sabe conseguir que crezcan a la par:

¡Quiero vivir! A Dios voy  
y a Dios no se va muriendo,  
se va al Oriente subiendo  
por la breve noche de hoy.

De luz y de sombras soy  
y quiero darme a las dos.

¡Quiero dejar de mí en pos  
robusta y santa semilla  
de esto que tengo de arcilla,  
de esto que tengo de Dios!

(José María Gabriel y Galán, *Quiero vivir*)

## Bibliografía

Asamblea de Obispos de Québec, “*Proponer hoy la fe a los jóvenes*”, en Martínez, D. – González, P. – Saborido, J. L., *Proponer la fe hoy. De lo heredado a lo propuesto*, Sal Terrae, Santander 2005, pp. 163-191.

AA. VV., “Jóvenes de película”, monográfico en *Misión Joven*, nº 378-379, julio-agosto, 2008.

———, *Informe 2004: Juventud en España*, Injuve, Madrid 2005.

Bauman, Z., *Amor líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*, Fondo de Cultura Económica, Madrid 2005.

Biblioteca Virtual Cervantes (página sobre escritores jóvenes): [www.cervantes.de/es/03\\_bibliothek/bibliographie/jovenes/inicio.html](http://www.cervantes.de/es/03_bibliothek/bibliographie/jovenes/inicio.html).

Cerezo, J. J. – Gómez, P. J., *Jóvenes e Iglesia. Caminos para el reencuentro*, PPC, Madrid 2006.

- Elzo, J., *Los jóvenes y la felicidad. ¿Dónde la buscan? ¿Dónde la encuentran?*, PPC, Madrid 2006.
- Falcón, E., *¿Cómo ven el mundo los jóvenes?*, Cuadernos Cristianismo y Justicia nº 106, Barcelona 2001.
- García Roca, J., *Las constelaciones de los jóvenes. Síntomas, oportunidades, eclipses*, Cuadernos Cristianismo y Justicia nº 62, Barcelona 1994.
- González Anleo, J. (dir.), *Jóvenes 2000 y religión*, SM, Madrid 2004.
- González Blasco, P. – Elzo, J. (dirs.), *Jóvenes españoles 2005*, SM, Madrid 2006.
- Gutiérrez Resa, A., *Sociología de valores en la novela contemporánea española: la Generación X*, SM, Madrid 2003.
- Lozano, J. M., *¿De qué hablamos cuando hablamos de los jóvenes?*, Cuadernos Cristianismo y Justicia nº 41, Barcelona 1991.
- Megías, E. – Elzo, J., *Jóvenes, valores, drogas*, FAD, Madrid 2006.
- Moral, J. L., *¿Jóvenes sin fe?*, PPC, Madrid 2007.
- Rubio, M., “La juventud del siglo XXI en el cine más actual”, en *Moralia* 30 (2007), pp. 191-207 y 449-481.
- Tonelli, R., *Una pastoral juvenil al servicio de la vida y de la esperanza. Educación a la fe y la animación*, CCS, Madrid 2007.



# Solidaridad

Teresa Comba Gutiérrez  
Pedro José Gómez Serrano  
Gurutze Echarren Sarasola

“El mundo que dejemos a nuestros hijos dependerá, en gran medida, de los hijos que dejemos a nuestro mundo”.  
(Federico Mayor Zaragoza)

## Introducción

¿Vivimos en una sociedad crecientemente solidaria o que camina, poco a poco, hacia una mayor insolidaridad? ¿Son las nuevas generaciones más sensibles a las causas comunes de la humanidad o, más bien, buscan evadirse de los problemas globales? ¿La proliferación reciente de ONG y voluntariados diversos es reflejo de un firme deseo compartido de acabar con las principales injusticias planetarias o fruto del *marketing* social y de la moda? ¿Somos los adultos estímulo y referencia para el compromiso social de los jóvenes o factor de desaliento y pesimismo para ellos? ¿Sabemos iniciar a nuestros descendientes en la asimilación y el ejercicio de la solidaridad o —como ha escrito el sociólogo francés Lipovetsky— “lo que de verdad importa a los padres es que los hijos se esfuercen en los estudios para tener una buena profesión”<sup>1</sup>? ¿Caminamos hacia “un mundo sin hogar” o hacia una fraterna “aldea global”?

---

<sup>1</sup> G. Lipovetsky, *Metamorfosis de la cultura liberal. Ética, medios de comunicación, empresa*, Anagrama, Barcelona 2003, p. 43.

A explorar estas cuestiones candentes se dedican las siguientes páginas, en las que nos interrogaremos sobre la identidad, las raíces, los apoyos, los adversarios y las potencialidades de la solidaridad, para ver en qué medida este valor fundamental puede ser acogido y recreado por los jóvenes en las condiciones socioculturales en las que les ha tocado vivir. El diálogo entre “jóvenes” y “solidaridad” se planteará tanto desde el análisis de lo realmente existente como desde las grietas que presenta esa misma realidad para avanzar en la construcción de un sujeto más solidario que ayude a desarrollar un mundo más humano.

La reflexión que presentamos tiene el siguiente itinerario. En primer lugar intentaremos perfilar el concepto de solidaridad a partir de sus raíces etimológicas, constatando cómo su significado ha ido evolucionando a lo largo del tiempo. En un segundo momento, trataremos de buscar el fundamento bíblico de la concepción cristiana de solidaridad. Un tercer paso del análisis nos llevará a plantear el modo en el que el acelerado cambio cultural en el que estamos inmersos ha ido modificando el modo como se percibe y realiza este valor. La cuarta etapa de este recorrido consiste en intentar describir el tono con el que se vive la solidaridad en este momento, para, a continuación, identificar las principales modalidades de su ejercicio. Finalmente, los últimos apartados del capítulo se dedican a la fundamentación racional de la solidaridad y a la búsqueda de una pedagogía adecuada para su educación, ofreciendo pistas de trabajo a quienes se mueven en el ámbito de la pastoral juvenil o la educación en valores.

## **El concepto solidaridad: breve historia del término**

La palabra “solidaridad” tiene una historia reciente. Su origen directo viene del francés. Su procedencia latina, sin embargo es anterior. Se

encuentra dentro de la familia de palabras de *solidus*, que significa “sólido”, “compacto”, “entero”. En la raíz etimológica del término encontramos dos universos significativos:

- El de “construcción”: algo edificado compactamente, sólidamente.
- El de las obligaciones *in solidum*. Se refiere, dentro del ámbito jurídico, a aquellas en las que, en presencia de varios acreedores, cada uno de ellos tiene derecho a exigir la totalidad del crédito. También se aplica a los deudores que contraen una obligación *in solidum*. De este modo, cada uno tiene el deber de asumir íntegramente la deuda en el caso de que los demás se declaren insolventes. Así, se podría entender como participación en un mismo destino. Supondría, como afirma Patxi Álvarez, “una implicación mutua, un compartir cargas y luchas, tomando por propias las ajenas”<sup>2</sup>.

Actualmente los significados que han quedado de la palabra en el *Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española*<sup>3</sup> son:

- Adhesión circunstancial a la causa o a la empresa de otros.
- En el ámbito del derecho, modo de derecho u obligación *in solidum*.

Es en el siglo XVII cuando aparece en francés el adjetivo “solidario”. Poco después vinieron los términos “solidariamente” y “solidaridad”, que se desarrollaron siguiendo la doble vertiente anteriormente indicada. La palabra “solidaridad” se

---

<sup>2</sup> P. Álvarez, *Comunidades de solidaridad*, Mensajero, Bilbao 2002, p. 32.

<sup>3</sup> *Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española*, Madrid 2001.

irá llenando así de diversos sentidos a lo largo de la historia. De los ámbitos de la construcción y del derecho pasará a referirse a realidades sociológicas, formas de ser y de actuar, para llegar a referirse, como afirma Marciano Vidal<sup>4</sup>, a “uno de los valores y una de las actitudes más nobles de la convivencia humana”. Analicemos despacio cómo fue el proceso de aparición de las diversas significaciones.

### *La solidaridad “sociológica”*

Auguste Comte, el padre de la sociología e impulsor del positivismo francés, entendió el concepto “solidaridad” como “construcción organizada y equilibrada”, base para un programa de reconstrucción social. Durkheim, que recibió influencias del anterior, centra su estudio de la sociología en los hechos sociales; más aún, en las causas más determinantes que los explican. Así, describe dos clases de sociedades, a las que les corresponden dos tipos de solidaridades:

- Las sociedades simples, basadas en la consanguinidad, con un patrimonio de experiencias, ideas y creencias comunes que generan la cohesión del grupo, apareciendo así una solidaridad mecánica.
- Las sociedades con especialización y división de funciones, con miembros no homogéneos y con diferentes intereses. En ellas la división del trabajo es la que genera la cohesión del grupo, apareciendo entonces una solidaridad orgánica.

Esta solidaridad sociológica significa así el vínculo que mantiene unido y organizado el todo social, aquello que impide la quiebra y la ruptu-

---

<sup>4</sup> M. Vidal, *Para comprender la solidaridad*, Verbo Divino, Estella 1996, p. 13.

ra del mismo. La palabra “solidaridad” es la causa de la cohesión del grupo.

### *La solidaridad “política”*

Pierre Lerroux se refería a “la religión de la solidaridad universal”, a la cual deberían estar subordinadas la propiedad, la familia y la patria. Con el término “solidaridad” intentó sustituir el de “caridad cristiana”. Leon Bourgeois alude, sin embargo, a la condición de interdependencia social, de la que se desprende un deber. Este deber o solidaridad será lo que permita superar la buena voluntad, así como la caridad cristiana. Por ello ha de ser confirmada por una organización planificada y no puede dejarse en manos de la arbitrariedad caritativa o el buen gobierno. Se trata, entonces, de un proyecto social, una meta que tiene que lograrse, que nos obliga debido a la interdependencia social que forma parte de la realidad.

### *La solidaridad del movimiento obrero*

Con el movimiento obrero aparece la solidaridad como proyecto compartido, más allá de su interpretación como cohesión de grupo. La solidaridad se establecía entre una mayoría de iguales, proletarios, que no gozaban de los beneficios de la producción, frente a una minoría de privilegiados, empresarios. Se apoyaba en la idea de que “la unión hace la fuerza”, generando así una transformación social sobre la vida y el trabajo de todos los obreros por medio de la acción colectiva. Este movimiento dotó a la solidaridad de un deseo universalista y transformador, introduciéndola en el mundo de la acción política que busca alivio ante una situación de injusticia padecida por un determinado grupo social.

Llegados a este punto de la reflexión, podemos preguntarnos: ¿compromiso y felicidad son opuestos? Si la felicidad consiste en alcanzar el modo de vida más cómodo o placentero posible al margen de las condiciones de existencia de todos los demás seres humanos, la oposición entre ambos términos resulta evidente. Pero si experimentamos que el compromiso ya no es una exigencia o una carga, sino que nuestra felicidad depende estrechamente de la de los demás, del tipo de organización social de la que formamos parte y del género de valores con los que nos comprometemos, aunque sean difíciles de mantener o de llevar a la práctica, resulta igualmente obvio que el compromiso con el bien común puede ser un camino privilegiado para alcanzar la felicidad. Es lo que de un modo muy sencillo señala el Evangelio cuando señala que “el que pierda su vida la encontrará” (Mt 10,34) o lo que expresa el autor de los Hechos cuando afirma que “hay más alegría en dar que en recibir” (Hch 20,35). Y es que la experiencia de la vida enseña que toda entrega tiene siempre también su enriquecimiento para el que da, aunque sea en otro plano y no anule la gratuidad del acto.

## Fundamentación bíblica de la solidaridad

En este apartado, como acabamos de ver, no nos podemos referir a “solidaridad” como tal, puesto que es un término posterior. Sin embargo, sí vamos a tratar de descubrir cómo fue el Dios de Israel en relación a los pobres y desheredados, cómo se interpretó el amor de Jesús y cómo fue vivido en las primeras comunidades. ¿Podemos decir que nuestro Dios fue solidario? ¿Y Jesús de Nazaret, aquel en el que tantos hombres y mujeres pusieron su confianza? ¿Qué matices tuvo esta “solidaridad”?

*Solidaridad en el Antiguo Testamento.*  
*El sueño de Dios: de Moisés a los profetas*

*Moisés y el Éxodo*

Comenzaremos acercándonos a una reconstrucción de los primeros pasos del pueblo elegido<sup>5</sup>. Posiblemente algunas tribus nómadas, procedentes del desierto del Sinaí, debido al hambre y la sequía entraron en las fértiles tierras egipcias, regadas por el Nilo. Allí, por ser extranjeras, fueron empleadas como peones y obligadas a arrastrar piedras para la construcción de templos y ciudades: una difícil situación para grupos nómadas, acostumbrados a la libertad... Con el paso del tiempo este pueblo quiso recobrar su libertad, pero, en un momento de intensa actividad constructora, como fue el de Ramsés II, se encontró con una gran resistencia e incluso una persecución con carros de combate (Éx 14,5-9). Sin embargo, guiado por Moisés, este pueblo logró la libertad (Éx 14,15-31). Pero ¿qué tiene de especial este éxodo para que la tradición judeo-cristiana le haya concedido tanta importancia? En la historia ha habido muchísimas epopeyas de liberación, algunas al margen de Dios, otras incluso contra Dios, pero ésta tiene de especial el que se hizo por inspiración de Yahvé:

“Bien vista tengo la aflicción de mi pueblo en Egipto, y he escuchado su clamor en presencia de los opresores, pues conozco sus sufrimientos. He bajado para librarle de la mano de los egipcios y para subirle de esta tierra a una tierra buena y espaciosa.(...) Ahora, pues, ve; yo te envío al faraón para que saques a mi pueblo, los israelitas, de Egipto” (Éx 3,7-10).

Resulta significativo el cambio de sujeto. Al principio dice Dios: “He bajado...”, pero concluye ordenando a Moisés: “Ahora, pues, ve...”. El

---

<sup>5</sup> L. González-Carvajal, *Con los pobres contra la pobreza*, Paulinas, Madrid 1991.

modo de Dios de solidarizarse con los oprimidos es moviendo a los hombres y mujeres para que los liberen. La revelación del nombre de Dios ocurrió precisamente con motivo de la liberación de Egipto (Éx 3,13-15). Israel conoció la identidad de Dios luchando por su libertad. El Sinaí fue a su vez el lugar donde Israel fue invitado a formalizar su alianza con Yahvé (Éx 19,1-8). Dios se desvela a su pueblo antes que como Dios creador, como el Dios que salva.

Durante el Éxodo, Yahvé regalaba a su pueblo el milagro cotidiano del maná y de las codornices. Había suficiente con la condición de que nadie acaparara. Dios educaba al pueblo en la solidaridad haciendo que el maná acumulado para el día siguiente se pudriera (Éx 16,20) y que quienes salieran en su búsqueda el día de descanso vinieran sin nada (Éx 16,27). Israel fue descubriendo así que la riqueza que viene de Dios es suficiente. Vivieron la experiencia de “ser mucho teniendo poco” y les resultó tan bonita que guardaron una vasija con maná en el arca de la alianza (Éx 16,33) para que sus descendientes recordaran “el pan de cada día” y no las “ollas de Egipto”. Dios sacó a su pueblo de Egipto y lo cuidó como un padre mientras anduvo a través del desierto hacia la tierra prometida. Pero parece evidente que su solidaridad no podía desarrollarse siempre en acciones tan directas como ésta, sino mediante legislaciones que garantizaran la igualdad y el justo reparto de los bienes. Veamos algunas de ellas.

### *El jubileo y los profetas*

Para el pueblo de Israel, la tierra y su reparto no era una cuestión secular. Dios era su dueño y el que quería que todos sus hijos e hijas disfrutaran de ella por igual (Jos 22,19; Os 9,3, etc.)<sup>6</sup>. Así,

---

<sup>6</sup> M. de Barros – J. L. Caravias, *Teología de la tierra*, Paulinas, Madrid 1988.

al llegar a la tierra prometida se hizo un reparto equitativo entre todas las tribus, según el número de sus individuos: “Repartiréis la tierra a suertes entre vuestros clanes. Al grande le aumentaréis la herencia y al pequeño se la reduciréis. Donde le caiga a cada uno la suerte, allí será su propiedad” (Núm 33,54; 26,55-56). Pero, para evitar que con el paso del tiempo se generara desigualdad, cada cincuenta años debía celebrarse el año jubilar, durante el cual las tierras volvían a sus propietarios originales (cf. Lev 25,8-17; 23-34). Debido a que la tierra era de Dios, los campesinos no podían segar los campos en su totalidad, para que los pobres pudieran beneficiarse de aquello que no se había recogido (Lev 19,9-10; 23,22). El episodio de Rut, que espigaba los campos de Booz, es un ejemplo de ello. En caso de necesidad, los pobres tenían derecho a entrar en cualquier campo para satisfacerla, sin esperar a que los dueños hubieran recogido la cosecha (cf. Dt 23,25-26).

Los agricultores que hubieran perdido sus tierras entre un jubileo y el siguiente, teniendo que trabajar para un tercero, tenían derecho a un salario suficiente y sin demoras: “No explotarás al jornalero humilde y pobre, ya sea uno de tus hermanos o un forastero que resida en tus ciudades. Le darás cada día su salario sin dejar que el sol se ponga sobre esta deuda, porque es pobre y para vivir necesita de su salario. Así no apelará por ello a Yahvé contra ti, y no te cargarás con un pecado” (Dt 24,14-15).

En materia de préstamos, el pueblo de Israel fue tan lejos que prohibió a los prestamistas cobrar ningún tipo de interés: “Si prestas dinero a uno de mi pueblo, al pobre que habita contigo, no serás con él un usurero; no le exigirás interés” (Éx 22,24). Y lo que es más increíble todavía, al llegar el año sabático, que se celebraba cada siete años, debían perdonarse todas las deudas (cf. Dt 15,1-3; 9).

Todas estas leyes no pudieron impedir que en Israel se fueran desarrollando grandes injusticias económicas. Con la llegada de la monarquía, por ejemplo, en un principio se empleó en las construcciones reales a los cananeos y esclavos, pero más tarde el rey Asá obligó a todo el pueblo de Israel a realizar aquellos terribles trabajos de los que Yahvé les había salvado (1 Re 15,22). Se fueron encontrando a su vez todo tipo de trampas para burlar la ley. El jubileo nunca llegó a ser una práctica general, lo cual no le resta su valor, sino que muestra con claridad cuál fue el propósito de Dios: la creación de estructuras solidarias.

Movidos por el dolor ante las tremendas desigualdades e injusticias que se desarrollaron en Israel, comenzaron a oírse las voces de los profetas, que no tuvieron reparo en denunciar a gobernantes, a los que promulgaban leyes injustas, a los ricos que se adueñaban del país. Pero en aquel tiempo había muchos reformadores sociales que denunciaban abusos. ¿Qué tenían estos profetas de peculiar? Que hacían oír sus voces en nombre de Dios. En la vivencia de la solidaridad con aquellos y aquellas que padecían injusticias los profetas hacían la experiencia de Dios de un modo profundo, místico. Así, sus dos principales acusaciones fueron el adorar dioses extranjeros y el oprimir a los pobres.

### *Solidaridad en el Nuevo Testamento.*

#### *La ternura de Dios: misericordia, ágape y koinonía*

##### *La misericordia*

Jesús, como buen judío, sabe que el primer mandamiento, “amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas”, es inseparable de la solidaridad, de la misericordia con los demás, del “amar al prójimo como a uno mismo”. Analizando la etimología de la palabra “misericordia” nos encontramos con que se refie-

re a acercar la miseria del otro (*miseri*) al propio corazón (*cordia*), dejándola descansar ahí. En numerosas ocasiones podemos contemplar esta actitud en Jesús: cuando ve a la viuda de Naím, que acababa de perder a su hijo único, quedando emocional y materialmente en la miseria, y lleno de misericordia le resucita (Lc 7,13), o cuando cura enfermos (Mt 14,14), les enseña con calma (Mc 6,34) o les da de comer (Mt 15,32), etc. Pero ¿qué características tiene esta misericordia de Jesús?

– *La misericordia en Jesús le hace ver “lo invisible”*. Jesús se mueve por misericordia hacia los necesitados, tanto a niveles personales como colectivos, haciéndole ver sus necesidades (Mt 9,36; 14,14; Mc 6,34). Los “ninguneados”<sup>7</sup>, en expresión de Galeano, las personas y grupos ocultos y ocultados del momento, son reconocidos, vistos, escuchados. La misericordia le abre a Jesús los ojos y el corazón.

– *La misericordia en Jesús es revelación de la misericordia de Yahvé*. El verbo empleado para referirse a ella es *splanjnídsô*<sup>8</sup>, que significa una misericordia que remueve las entrañas, que conmueve, que afecta. Es un término empleado por el judaísmo helenista cercano al Nuevo Testamento para referirse a la misericordia de Dios que llegaría de modo especial en el tiempo mesiánico. Se afirmaba incluso que el Mesías era la misericordia del Señor y que era un hombre que hacía justicia y misericordia.

– *La misericordia en Jesús es subversiva*. Este modo de fijarse y de atender a la persona y su dignidad le hace a Jesús anteponerla a las leyes. Así, recordando a Oseas, les dice a los fariseos que para Dios la misericordia es lo primero y está por delante de cualquier sacrificio o precepto legal

---

<sup>7</sup> E. Galeano, *El libro de los abrazos*, Siglo XXI, Madrid 2003.

<sup>8</sup> R. Aguirre, o. c., p. 24.

(Mt 9,13;12,7). Este sentimiento agudo hacia la dignidad de las personas le hace no pasar de largo ante sus carencias, solidarizándose con su prójimo, dejándose interpelar y tocar, y movilizándolo su capacidad efectiva de ayuda. Así, la misericordia, la solidaridad, en Jesús va siempre unida a la justicia.

### *El “agápè”*

Para los autores del Nuevo Testamento, el amor de Jesús fue tan especial que no se refirieron a él con el término comúnmente empleado en aquel momento, *éròs*. Éste designaba el amor deseo, no únicamente el sexual, sino el de todo aquello que es digno de ser poseído. Fue en todo el mundo grecorromano el motor principal de la vida moral, artística, filosófica, religiosa, etc. En el Nuevo Testamento se refieren a la caridad de Jesús, a su solidaridad, en términos de *agápè*, que, al parecer, no se empleaba como sustantivo. El verbo tenía un significado impreciso y fluctuante, desde “manifestar contento hacia algo” o “tratar bien” hasta “saludar”. Era un término marginal. Quizás debido a este significado tan vasto e indefinido, los autores del Nuevo Testamento lo escogieron para darle un significado propio. La literatura cristiana fue la que acabó precisando el significado de *agápè*. Pero ¿qué tenía de nuevo este estilo de amor, de solidaridad?<sup>9</sup>

– *Amar lo no amable*. *Éròs*, como acabamos de ver, se orienta a lo que es digno de deseo por su calidad, belleza o valor, pero ¿qué ocurre entonces con aquello –o aquellos– que es indigno, feo o poco valioso a los ojos de la sociedad? Pablo hace notar que en Jesús fuimos amados cuando aún éramos pecadores (Rom 5,8-10).

---

<sup>9</sup> L. González-Carvajal, o. c., p. 110-112.

– *Amor oblativo*. *Éròs* se orienta a poseer lo que es digno de ser poseído, *agápè*, por el contrario, es un amor que se entrega, que se ofrece. Por ello *éròs* no hace más que confirmar los valores existentes, mientras que *agápè* es fuente de valores nuevos. Lo que no tenía valor comienza a tenerlo porque es amado, porque importa a alguien.

– *Amor universal*. El judaísmo se refería a un amor “con fronteras”; el amor de Jesús, sin embargo está llamado a no tener límites, ni de territorio, ni de género, ni de raza, etc. Como dice Pablo, “ya no hay judío ni griego, ni esclavo ni libre, ni hombre ni mujer...” (Gál 3,28). Y lo que va todavía más allá: se extiende incluso a los enemigos.

– *Amor sin medida*. ¿Cuál será entonces la medida de este amor? En Jesús vemos que la única medida es la desmesura, la generosidad infinita. Cuando perdona, lo hace sin límites: “Hasta setenta veces siete” (Mt 18,22). Y cuando da no reserva ni la propia vida: “Nadie tiene mayor amor –dijo Jesús– que el que da la vida por sus amigos” (Jn 15,13).

### *Solidaridad en las primeras comunidades: la koinonía*

La palabra *koinonía* significa “comunidad”, “participación” y se refiere en el Nuevo Testamento al modo de organizarse y funcionar como grupo los seguidores y seguidoras de Jesús<sup>10</sup>. Tiene dos vertientes, una mística, que alude a la comunión que vivían los cristianos con Cristo y en el Espíritu, y otra social, que fruto de la primera les llevaba a cultivar relaciones de corresponsabilidad y servicio mutuo. Esta *koinonía* alcanzaba todo el sistema de relaciones, tanto en el eje vertical, de ejercicio del poder, como en el horizontal, de vida social propiamente dicha. Po-

<sup>10</sup> M. Vidal, o. c.

dríamos traducir esta vertiente social de la *koinonía* por “solidaridad”. Ésta aparece en el libro de los Hechos en tres acciones solidarias: la comunidad de bienes (Hch 2,42-47), el servicio de dispensario (Hch 6,1-7) y las colectas (Hch 11,27-30). Comunión mística y solidaridad social tienen, por tanto, una relación imprescindible, puesto que ambas se necesitan. La primera necesita de la segunda para verificarla, y la segunda, a veces, puede llevar a “conocer” la comunión mística.

### De la modernidad a la hipermodernidad: de “Superman” a “Los invencibles”

En la llamada “primera modernidad”, el ser humano gozaba de concepciones entusiastas del progreso humano<sup>11</sup>. Era una época de utopías y de metarrelatos. Se trabajaba por la libertad, la paz, la igualdad, etc. Existía la convicción de que si se luchaba, podrían acercarse a sus grandes sueños o incluso llegar a conseguirlos. Así, la solidaridad era un valor en alza, apreciado y respetado. Muchos hombres y mujeres fueron capaces de vivir las más altas entregas y sacrificios personales en aras de los ideales, del bien de los demás, incluso de aquellos a quienes nunca conocerían. Había unos marcos de sentido, dentro de los cuales se pensaba y actuaba, que contenían y de algún modo protegían a las personas del caos, de la incertidumbre, del vacío. Éstos eran las estructuras tradicionales: familia, Estado, religión, etc. Pero, mezclados con los ideales más elevados y la entrega más generosa, podían emerger también ciertas dosis de voluntarismo, que podía dificultar el encuentro con el otro desde su fragilidad o la dedicación a las causas de la intimidad, como la pareja, la familia o la amistad.

---

<sup>11</sup> Gran parte de este apartado recoge las ideas de G. Lipovetsky en *Los tiempos hipermodernos*, Anagrama, Barcelona 2006.

En la modernidad, la solidaridad se definiría por la exaltación del compromiso social<sup>12</sup>. Esta solidaridad pone su mirada de modo especial en lo social-político, en las grandes causas que mueven al ser humano. Se basa en una ética de la convicción, que apenas se deja influir por vaivenes ambientales. Se caracteriza por una gran pasión por la “causa”, por la generosidad, el exceso, la entrega desinteresada y desmedida. Va ligada indiscutiblemente a la utopía, aunque no se pueda ver, ni tocar. El prototipo de esta solidaridad de la modernidad podríamos representarlo con Superman, un verdadero superhéroe, conocido por todos, incansable, siempre dispuesto, sin un rasguño, sin apenas deterioros en su vestimenta, etc. Ciertamente, es un personaje que da tranquilidad y seguridad, porque está cuando se le necesita y porque sabe salir de sí mismo, dejando a un lado lo suyo para volcarse generosamente en defender a los débiles y luchar contra las injusticias.

Sin embargo, esta época empieza a entrar en crisis y comienza la ruina de los metarrelatos, por varios motivos. El primero de ellos fue el fracaso de la modernidad político-económica (caída del Muro de Berlín, etc.). Comienza a darse una consagración del presente por la aparición de nuevas pasiones y seducciones –el surgimiento masivo de nuevos sistemas de referencia, la invasión de los medios de comunicación social, el auge irrefrenable de la publicidad-consumo, etc.– que poco a poco van remodelando la mentalidad.

A finales de los años setenta nace la posmodernidad como una reacción a estilos anteriores en el ámbito de la arquitectura. El término “pos” resulta confuso debido a que únicamente mira atrás, pero finalmente se fue constatando cómo se constituyó no en una superación de la moder-

---

<sup>12</sup> L. Aranguren, *Presente, pasado y futuro del compromiso social*, Congreso del Colectivo Verapaz, Madrid 2001.

nidad, sino en una modernidad de segundo cuño. Es un momento de descompresión, de disolución de encuadres sociales, políticos e ideológicos, que se caracteriza por un auge del hedonismo y la fiesta. Se necesitaba una sociedad menos lastrada por expectativas de futuro, más heterogénea. Se contemplan entonces unos horizontes más cercanos. Nace una nueva temporalidad: el “aquí y ahora”. Con ello aparece también lo precario y lo efímero. La solidaridad, en este momento, vuelve su mirada hacia el sujeto, hacia aspectos relacionales, también de probación, introspección, autoconocimiento. Aparece más unida a una ética de la responsabilidad, en la que priman las consecuencias de los actos que se realizan, los efectos de la acción a corto plazo. Se da una toma de distancia, necesaria para situarse, para un compromiso con mesura, con razón y prudencia. Viene a su vez ligada a las causas de lo cotidiano: el valor del aquí y ahora, compatible con la entrega en la familia, la amistad o la comunidad. Un símbolo de este momento es Spiderman. Se trata de un superhéroe vulnerable, que cae agotado después de haber salvado a la gente que viajaba en un tren. Spiderman se pregunta por su acción y se queda sin energía cuando abandona las causas relacionales, como su pareja, sus amigos o su familia. Entra en un gran conflicto de identidad, puesto que ama las grandes causas de ayuda a los demás, pero constata la necesidad de las causas íntimas para vivir con equilibrio su entrega y para ser feliz. No elabora planteamientos de futuro, permaneciendo en el presente.

La época actual, la “hipermodernidad”, supone la entrada en la sociedad del hiperconsumo y se caracteriza por ser un momento de exceso, donde todo es “híper”: hipermercados, hiperconsumo, hipervigilancia, etc. Nace el *Homo consumericus*, un turboconsumidor desatado, móvil, que busca experiencias emocionales nuevas y de

mayor bienestar, de calidad de vida, de salud, de inmediatez y de comunicación<sup>13</sup>. Lejos de ser la despedida definitiva de la modernidad, es una época de transformación hacia la modernidad más radical, puesto que antes la existencia de determinadas tradiciones –familia, Estado o religión– daba un contrapeso, un marco de sentido y de valores a la actuación de las personas, pero al venirse éstas abajo en la posmodernidad, lo que se espera es el triunfo definitivo de la racionalidad individual. Estos tiempos hipermodernos se caracterizaran por<sup>14</sup>:

- El sujeto individual como protagonista. El sujeto es el centro indiscutible de la realidad. A él le compete elegir. De nada sirven ya respuestas de otros o el mero hecho de que las cosas han sido siempre así.
- El desarrollo técnico-científico desmesurado. Los rápidos avances de las ciencias y la técnica, unidos a un gran relativismo ético, han trastornado vertiginosamente las referencias a la muerte, la alimentación y la procreación.
- El consumo masivo y atroz. Esta sociedad de consumo aparece bajo el signo del exceso, de la profusión de mercancías. Esto se amplifica aún más gracias a los hipermercados y superficies cada vez más gigantesacas, que con sus decoraciones lujosas y sus cúpulas resplandecientes crean climas compulsivos y sensuales propicios a la compra.
- El auge enorme de las comunicaciones. La galaxia Internet y el diluvio de montañas digitales: millones de sitios, de páginas y de caracteres que se multiplican cada año que pasa, crean una nueva comunicación: rápi-

---

<sup>13</sup> G. Lipovetsky, *La felicidad paradójica*, Anagrama, Barcelona 2007.

<sup>14</sup> G. Lipovetsky, *Los tiempos hipermodernos*, Anagrama, Barcelona 2006

da, instantánea y sin necesidad de presencia física.

Ante la caída de los marcos tradicionales que dictaban determinadas normas, pero que también otorgaban a las personas una seguridad, el sujeto se ve en la actualidad constantemente abocado a decidir, a elegir qué hacer, qué decir y qué escoger. Esta tarea constante genera una intensa sensación de desamparo y de ansiedad, puesto que supone una gran responsabilidad. A esto se le une un gran relativismo de valores que dificulta aún más dichas elecciones: todo es susceptible de ponerse en duda; incluso lo justo y lo injusto están en debate, hecho que antes no ocurría. Muchas de estas decisiones diarias vienen, además, determinadas por la sociedad de consumo. El desarrollo de esta última y sus formas de seducción están influyendo en campos muy importantes de la vida de las personas, como la religión, el amor, la amistad, el tiempo libre, etc.

Las vivencias de desamparo en el ámbito relacional cobran enorme trascendencia para el hombre y la mujer contemporáneos, en un momento de vínculos líquidos, rápidos, cambiantes<sup>15</sup>. Ni la pareja, ni la amistad, ni siquiera los lazos familiares pueden verse hoy como “para toda la vida”. Todo vínculo es susceptible de desaparecer o transformarse. Las relaciones a menudo nacen, se desarrollan y mueren casi sin enterarnos. Sin embargo, las relaciones de pareja y de amistad son temas que preocupan y son objeto de interés y cuidado. Hay una gran búsqueda de aprendizajes que faciliten la convivencia, la gestión de conflictos, la comunicación mutua. Los cambios en la comprensión de los roles de género nos obligan a tratar de acercarnos, de entendernos de modos

---

<sup>15</sup> Z. Bauman, *Amor líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*, Fondo de Cultura Económica, Madrid 2005.

diferentes y a dejar que crezcan el respeto y el apoyo mutuo. Éste es uno de los grandes temas pendientes que tiene nuestro momento, fundamentales en la búsqueda de la felicidad, aunque ésta sea hoy “paradójica”, puesto que se tiene una gran abundancia de bienes materiales y seguridades y, sin embargo, se vive un momento de gran incertidumbre y vacío.

No obstante, donde puede parecer que todo conduce al exceso, en todos los terrenos, se da a su vez un hipercontrol. Coexiste, junto al auge de los trastornos alimenticios, como la anorexia o la bulimia, una gran ascesis en el cuidado por la salud, por prevenir enfermedades o hacer deporte. La persona hoy, a diferencia de en la posmodernidad, tiene un “terror interno” al futuro. El neoliberalismo, llevado a sus extremos más inhumanos, provoca consecuencias terribles en la vida de multitud de personas. La gran flexibilidad en el terreno laboral, los horarios interminables, que imposibilitan la vida familiar o relacional, la incertidumbre laboral, que imposibilita vivir proyectos a largo plazo, los salarios reducidos o incluso míseros, que impiden a tantas personas, de modo especial a los inmigrantes, trabajar menos y poderse dedicar a sus hijos, etc. Esta convivencia cotidiana con la incertidumbre y el miedo, junto con el contraste de la publicidad que ofrece paraísos maravillosos, podría facilitar una explicación de estos comportamientos paradójicos, que bien conducen al exceso, bien al límite.

La solidaridad en esta etapa está por definir. Hay, sin embargo, toda una imaginería de la solidaridad<sup>16</sup>, una proliferación de imágenes sobre el tema en los medios de comunicación. Las acciones y prácticas solidarias se dan en y a través de instituciones independientes de los partidos polí-

---

<sup>16</sup> J. Baltá, C. López, L. Medina et al., “Imaginando la solidaridad”, en *Atenea Digital*, nº 9, 2006.

ticos y sindicatos. Veamos algunos rostros de la solidaridad.

*Solidaridad en imágenes.* La solidaridad viene representada por las ONG, algunas de las cuales fueron herederas de los planteamientos de los setenta, aunque otras nacieron posteriormente, con otras prácticas e ideario. De todos modos, vivimos el nacimiento de una nueva sensibilidad hacia los problemas sociales, marcada por la relación individual, subjetiva, hipermediatizada, con otro que no es cercano, ni igual, ni semejante, sino otro, lejano, ubicado en otro mundo. Esta solidaridad se materializa en forma de dinero para ser compartido, pero también como acciones de voluntariado y trabajo social. Las imágenes que más aparecen son las manos, como reflejo de unión, y las miradas, como espejo de la humanidad. En general, los niños son los mayores protagonistas, generalmente solos y mirando a la cámara, con una sonrisa o una expresión triste o anhelante.

*Solidaridad en acción.* Hay tres momentos en el desarrollo de la solidaridad: uno de sensibilización, en el que aparecen desastres naturales, pobreza, etc.; otro de acción solidaria, en el que se ve el voluntariado o una donación de dinero mediante tarjeta de crédito, alimentos, ropas, etc., y un tercero, que es el resultado de la solidaridad, a veces simbólico: sonrisas, abrazos, niños felices, y otras material: ayuda al desarrollo, buena alimentación, un trabajo dignificador.

*Solidaridad en consignas.* A diferencia de otros momentos en los que éstas se dirigen al apoyo o adhesión a una causa ajena y a la vez propia, en tanto “otro como yo”, hoy persiguen objetivos más generales. Se trata de enunciados más abstractos y con una orientación utópica: llamada mundial a la acción contra la pobreza, la educación como fuerza de cambio o los derechos de los niños.

Un símbolo de superhéroe de la hipermodernidad podría ser el protagonista de la película *Los invencibles*, antiguo superhéroe de grandes causas, valorado y admirado, al que le han prohibido arreglar el mundo y cuya vida se centra en trabajar como funcionario y ayudar a las personas que sufren injusticias desde la relación personal. Es un superhéroe que comparte esta tarea junto a su pareja y sus hijos. Todos ellos son superhéroes “líquidos”, que se estiran y se encogen, según la situación lo demande, y son capaces de transformarse y permutar su apariencia para poder esquivar los peligros. Se trata de una familia con una gran capacidad de adaptación y cambio, muy flexible.

## Solidaridad y voluntariado: retos para hoy

Si consideráramos el mundo del compromiso social como espejo del arraigo del valor de la solidaridad en nuestra sociedad, con el trasfondo del análisis de la mutación cultural que acabamos de describir, podríamos constatar un profundo cambio a lo largo del tiempo que ha conducido a una mayor profundidad en la captación de sus señas de identidad y los manantiales que la nutren<sup>17</sup>. Esta evolución podría ilustrarse con las figuras del misionero, el militante y el voluntario<sup>18</sup>. Como hemos visto, todas ellas son figuras que encarnan la solidaridad, pero que, al mismo tiempo, lo hacen desde referencias culturales y valorativas distintas, que podemos designar como tradicional, moderna y posmoderna. Con todo, aunque el esquema aparezca en clave cronológica, lo cierto es que estos tres modelos “tipo” puros de

---

<sup>17</sup> L. Aranguren, *Cartografía del voluntariado*, PPC, Madrid 2000.

<sup>18</sup> J. García Roca, *Solidaridad y voluntariado*, Sal Terrae, Santander 1994.

persona solidaria coexisten, de hecho, en el tiempo y pueden, incluso, darse en mayor o menor proporción dentro del mismo individuo<sup>19</sup>.

En el primer caso, la motivación de fondo suele tener raíces religiosas y valores éticos fuertes. La acción social parte de una experiencia interna que genera una dinámica expansiva, la de sentirse incondicionalmente amados y llamados a amar del mismo modo, desde la convicción profunda de que el prójimo nos interpela personalmente y de que su dignidad debe ser respetada absolutamente, del hecho de formar parte de una familia, la humana, ante la que nos hemos de comportar como hermanos. Esas convicciones de fondo, alimentadas por cierta espiritualidad, generan, asimismo, unas actitudes propias, como pueden ser la compasión, el servicio, la cercanía a los pobres, la constancia, la entrega y la gratuidad. El proceso de secularización avanzada que se ha dado en Europa en el último siglo ha debilitado esta figura, que, no obstante, sigue siendo muy frecuente en el voluntariado de cierta edad de nuestro país y que, por otra parte, existe también en espacios dominados por otras confesiones religiosas. Pensemos, por ejemplo, en la formidable figura de Gandhi.

Un segundo modelo de la solidaridad, más cercano a la mentalidad ilustrada, es el que podríamos denominar cívico-democrático. Éste ancla su compromiso en la asimilación de los valores de la revolución francesa, de la democracia, de la participación, de la búsqueda del bien común<sup>20</sup>. La Declaración Universal de los Derechos Humanos constituye su horizonte de sentido, y su negación efectiva el acicate para comprometerse. Sus

---

<sup>19</sup> H. Béjar, *El mal samaritano. El altruismo en tiempos de escepticismo*, Anagrama, Barcelona 2001.

<sup>20</sup> R. Petrella, *El bien común. Elogio de la solidaridad*, Temas de Debate, Madrid 1998.

representantes típicos son los militantes políticos y sindicales. Acentos propios de esta modalidad de persona solidaria son el análisis crítico de las causas que generan la desigualdad y la pobreza; entender su acción no como caritativa o asistencial, sino como política y transformadora de las estructuras; poseer un modelo alternativo de sociedad; articularse en proyectos políticos operativos (con un análisis detenido de fines, medios y estrategias); buscar el poder a partir de instituciones colectivas fuertemente institucionalizadas, etc.<sup>21</sup> Esta forma “moderna” de la solidaridad, representada en nuestro país por los protagonistas de la transición política, ha visto mermados sus efectivos tanto por el desencanto generado por la acción política desde finales del siglo XX como por el progresivo avance de la cultura de la satisfacción, que ha calado profundamente en todos los estratos sociales.

El tercer modelo de encarnación de la solidaridad estaría representado por el voluntario. Su desarrollo en nuestro entorno se ha dado a partir de los años ochenta y se visibiliza en la profusión y expansión de las ONG. En plena sintonía con los valores posmodernos, esta forma de compromiso social presenta rasgos nuevos: preferir la incidencia efectiva sobre un problema sectorial (medio ambiente, derechos humanos, alivio de la pobreza, humanización de las cárceles, acompañamiento en la enfermedad, cooperación internacional, etc.) a la pretensión, entendida como desmesurada, de cambiar el mundo y construir una sociedad nueva; moderar las aspiraciones y los discursos para influir prácticamente en la vida cotidiana; integrar la dimensión reivindicativa con la lúdica y la expresiva; buscar al mismo tiempo la realización personal (sentirse útil, vivir experiencias intensas, hacer relaciones, etc.) y la

---

<sup>21</sup> J. García Roca, *Exclusión social y contracultura de la solidaridad*, HOAC, Madrid 1998.

operatividad social; radicar la motivación en elementos afectivos y emocionales; preferir las organizaciones pequeñas y participativas a las grandes y burocráticas, etc. El voluntariado, así definido, ha experimentado un fuerte ascenso hasta hace poco tiempo, aunque asistimos a un cierto declive en la actualidad. Sus puntos más débiles se encuentran en la falta de un arraigo suficiente en las opciones fundamentales de los individuos y en la parcialidad del compromiso que genera, que puede verse amenazado por mil circunstancias: cansancio, otras prioridades, aburrimiento, fracasos, conflictos interpersonales, búsqueda de nuevas experiencias, etc. Son los síntomas de una cultura narcisista, que depende extraordinariamente de lo anímico.

Sería una estupidez elegir entre estos modelos como quien coloca una cruz en la quiniela esperando acertar el resultado correcto. En realidad, un compromiso solidario que merezca tal nombre debería intentar integrar lo mejor de los tres modelos tan esquemáticamente descritos, esto es, arraigar en el mundo de las convicciones éticas profundas, introducir la potencia de la racionalidad instrumental y crítica, pero también incorporar los elementos de la sensibilidad y la afectividad que tanto influyen en la motivación humana. Sin utopía es difícil mantenerse en la acción social, pero sin modestia y humildad se corre el peligro de llevar a las personas hacia el desencanto y la frustración. Conocemos demasiadas personas quemadas que se comprometieron socialmente, llenas de entusiasmo y buena voluntad, y acabaron decepcionadas ante la dureza de la realidad. Lograr una síntesis acertada entre estas dimensiones es el desafío mayor al que nos enfrentamos quienes creemos en este valor.

De lo que cabe poca duda es de que el ejercicio de la solidaridad, en la cultura del bienestar, caracterizada por el aumento del individualismo

y la persecución permanente de mayor confort y comodidad, tendrá un carácter cada vez más contracultural y alternativo, por lo que precisará un cultivo sistemático de sus fuentes de alimentación y el desarrollo de fuertes estructuras de apoyo. El debilitamiento de las motivaciones espirituales, la crisis de las ideologías de la modernidad y la menor necesidad directa de los otros para resolver los problemas cotidianos de la existencia propia de las sociedades desarrolladas, minan la acción solidaria y reclaman nuevos reconstituyentes. Tendrán éstos que ser el descubrimiento de una ética cívica compartida, la indignación ante las injusticias globales y los nuevos desafíos planetarios, la confianza en la eficacia de la acción colectiva y la convicción de que un mayor nivel de vida no está significando ni mucho menos mayor calidad y plenitud de vida, sino al contrario: mayor soledad, vacío, desorientación, ansiedad y depresión. De no encontrar nuevos puntos de apoyo, el compromiso solidario puede degenerar en una nueva y trivial moda: el turismo o el consumismo solidarios<sup>22</sup>.

## ¿Cómo fundamentar hoy la solidaridad?

En un contexto caracterizado por el amplio pluralismo cultural, no cabe apelar a un único marco de referencia para fundamentar la necesidad de asumir un comportamiento solidario, sino tratar de sumar argumentos sobre la bondad ética y la conveniencia racional de asumir esta actitud, que pueden proceder de ámbitos filosóficos, ideológicos y espirituales muy diversos. A este respecto, resulta muy sugerente la articulación de los motivos para la solidaridad que hace

---

<sup>22</sup> P. J. Gómez, "La solidaridad y sus adulteraciones", en *Revista de Pastoral Juvenil*, nº 355, ICCE, Madrid 1998, pp. 15-18

Luis de Sebastián<sup>23</sup> diferenciando entre motivos de decencia, motivos de conciencia y motivos de conveniencia. Aunque a algunos estos últimos pudieran parecernos rechazables, merece la pena tomar todos en consideración.

Consideramos motivos de decencia aquellos que remiten al derecho de todos los seres humanos a cubrir sus necesidades básicas y a poder elegir su tipo de vida al margen de cualquier circunstancia particular concreta (género, nacionalidad, creencias, etc.). El reconocimiento efectivo de los derechos humanos fundamentales y de la igualdad básica en dignidad de todas las personas ha sido recogido por el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) al definir lo que llaman derecho a una “vida decente”.

Por otra parte, un análisis científico elemental puede poner de relieve tres hechos de enorme alcance para afianzar estos motivos de decencia. En primer lugar, que lo que somos o tenemos en la vida es consecuencia en mucha mayor medida del azar y de circunstancias ajenas a nuestra elección (género, país de nacimiento, herencia genética, etc.) que a nuestro propio esfuerzo, que, en todo caso, siempre se realiza en un contexto que nos ha sido dado y que condiciona extraordinariamente nuestras oportunidades vitales. De ahí que nadie pueda atribuir a su exclusivo mérito lo que tanto tiene que ver con la fortuna. En segundo lugar, y contra lo que sostienen el neoliberalismo y el individualismo contemporáneos, nadie se ha hecho a sí mismo solo. En el principio no está el individuo, sino la relación: nadie se ha gestado a sí mismo, ni se ha dado el alimento y la identidad,

---

<sup>22</sup> P. J. Gómez, “La solidaridad y sus adulteraciones”, en *Revista de Pastoral Juvenil*, nº 355, ICCE, Madrid 1998, pp. 15-18

<sup>23</sup> L. Sebastián, *La solidaridad. Guardián de mi hermano*, Ariel, Barcelona 1998.

nadie ha inventado el idioma que usa, ni creado de la nada los conocimientos que maneja.

La interdependencia no es una opción, sino el origen mismo de la existencia de cualquier persona y de sus posibilidades de subsistencia y realización. La opción realmente posible consiste en romper o fortalecer esos lazos que nos unen a la humanidad. Por eso, la solidaridad no es sino el reconocimiento responsable de este depender los unos de los otros y del planeta que habitamos. Por último, resulta evidente que el lugar que ocupamos en la estructura social y económica del mundo limita hasta nuestras condiciones de vida. También es evidente que, en esas estructuras, se dan muchas veces relaciones de dominio y explotación ¿Con qué derecho vamos a sostener que quien haya nacido en un país desarrollado o en el seno de una familia de clase alta tiene derecho a disfrutar de una existencia plena y que quien haya nacido en otro contexto debe resignarse a luchar cada día por la supervivencia?

Con todo, los argumentos meramente racionales suelen convencer intelectualmente, pero no movilizan para la acción. Por ello, es preciso buscar motivos de conciencia. Nos referimos con esta expresión al conjunto de valores que las distintas tradiciones éticas y religiosas han cultivado a lo largo de la historia y que han otorgado sentido a la vida de los que se han identificado con ellos, al tiempo que les han dotado de energía para luchar por su realización, en algunos casos incluso con riesgo de su vida. Una sociedad que no alimente su conciencia ética acabará asimilando la injusticia como inevitable. Ciertamente, estos motivos de conciencia que remiten a cosmovisiones, modelos de felicidad y éticas de máximos no pueden ser impuestos a los indivi-

---

<sup>24</sup> Como es sabido, Adela Cortina ha desarrollado este planteamiento en nuestro país de forma excelente a lo largo de toda su obra.

duos, sino descubiertos por ellos libremente<sup>24</sup>. Estamos necesitando recuperar urgentemente el tesoro ético de la filosofía griega, el derecho romano, el humanismo renacentista, el igualitarismo liberal ilustrado, la cultura emancipatoria del movimiento obrero y lo mejor de los valores de tantas corrientes religiosas como han sostenido lo que se conoce como “la regla de oro de la moral religiosa”: “lo que quieres para ti, se convierte en exigencia moral para el otro”<sup>25</sup>. Una sociedad rica en este tipo de tradiciones se encontrará, sin duda, mucho más capacitada para impulsar el valor de la solidaridad que otra compuesta por individuos aislados domesticados por el consumo. Sólo cuando los valores han generado una adhesión profunda en el individuo cabe esperar una verdadera motivación para la transformación social. Con mayor motivo podemos decir esto de la experiencia religiosa, que no sólo proporciona valores morales, sino la fuerza espiritual para llevarlos a la práctica, incluso en condiciones de fuerte oposición. En el caso del cristianismo, la relación dialéctica entre fe y compromiso resulta evidente<sup>26</sup>. Posiblemente el desafío actual en este terreno radique en que las distintas cosmovisiones aprendan a convivir en un marco político laico, alimentando cada una a su modo un comportamiento solidario, complementariamente, sin exclusivismos e imposiciones.

Pero, por mucho que a algunos nos desagrade, dada la magnitud de los desafíos que la humanidad tiene planteados, debemos referirnos también a los motivos de conveniencia para impulsar una cultura de la solidaridad. Nos referimos al hecho de que ésta va a resultar imprescindible por motivos estrictos de supervivencia. La

---

<sup>25</sup> M. Vidal, “¿Existen verdades morales cristianas reveladas?”, en *Iglesia Viva*, nº 233, 2008, p. 98.

<sup>26</sup> Recuérdense el clásico J. M. González Ruiz, *Creer es comprometerse*, Marova, Madrid 1970.

razón no puede estar más clara. Que los acomodados nos desentendamos de los problemas sociales, políticos y ecológicos del mundo porque –por ahora– hemos logrado evitar que nos salpiquen, constituye una actitud insensata y suicida. A la postre, los problemas del mundo van siendo cada vez más globales, y o somos capaces de instaurar una solidaridad global para enfrentarnos a ellos o todos acabaremos sufriendolos. El terrorismo, las migraciones, las nuevas epidemias, las tensiones internacionales, la pobreza y la desigualdad extremas tienen que afrontarse no sólo pensando en los que padecen estas lacras directamente, sino en el conjunto de la humanidad, que acabará afectado por ellas de un modo u otro. Es ciertamente una motivación egoísta y no altruista o generosa ésta de la que estamos hablando, pero no es menos cierto que casi todos los avances sociales de la humanidad se han producido por la lucha de los perjudicados por las situaciones de opresión e injusticia y negociando con los privilegiados que no querían ver amenazada su supervivencia.

## Pasos necesarios en una educación para la solidaridad

La solidaridad entendida seriamente no es un “tema del programa”, ni una “actividad de temporada”, ni un “sentimiento compasivo”, ni siquiera una “materia transversal”. Es una manera global de situarse ante la vida, ante los demás seres humanos y ante el planeta mismo. Por ello, en el caso de que llegue a asumirse libremente, terminará afectando a todas las dimensiones de nuestra experiencia personal: percepciones, senti-

---

<sup>27</sup> P. J. Gómez, “Educar para la solidaridad en un mundo roto”, en *Cuadernos para el desarrollo*, nº 9, FERE, Madrid 1999. El apartado recoge una parte de este trabajo. En una línea muy parecida, cf. A. Pangrazzi, *Hacer bien el bien. Voluntarios junto al que sufre*, PPC, Madrid 2006.

mientos, ideas y comportamientos. Configuraré un talante general que podrá concretarse en múltiples gestos e iniciativas<sup>27</sup>.

Al educar para la solidaridad proponemos a los destinatarios de nuestra actividad que asuman un planteamiento según el cual “nada humano nos sea ajeno”, ya que todos estamos necesitados de un reconocimiento efectivo mutuo, todos formamos parte de un proyecto compartido, por más que la diversidad de circunstancias e intereses haga conflictivo y difícil su realización práctica. La clave de la oferta no puede estar en la “renuncia” o la “generosidad” (aunque éstas sean tantas veces necesarias), sino en la corresponsabilidad, la cooperación y el enriquecimiento mutuos que han de ejercerse en la lucha por superar las lacras globales. Se trata de alcanzar la convicción de que es preferible vivir en un mundo en el que todos puedan sentarse a la mesa (incluso con algunas estrecheces) a habitar otro en el que algunos llegan a pisar la luna mientras otros no tienen zapatos. O con la bella expresión de Bertold Brecht: “O todos o ninguno, o todo o nada, uno solo no puede salvarse”.

Cómo es lógico, un proceso educativo que aspire a orientar la existencia de los implicados desde una perspectiva contraria a los valores culturalmente más influyentes y que implique, asimismo, ciertas cuotas de renuncia al propio interés individual, no será nunca fácil ni rápido. Por el contrario, sólo alcanzará su propósito si realmente se ha producido un verdadero itinerario de personalización en el que los educandos han participado libre y activamente. Y, aunque las trayectorias biográficas pueden ser múltiples, cabe proponer una serie de etapas esenciales para el descubrimiento y la asimilación del valor de la solidaridad.

El conocido relato del buen samaritano, que nos narra el evangelio de Lucas en el capítulo 10,

puede ofrecernos unas sugerencias metodológicas magníficas con clara aplicación pedagógica. En concreto, la parábola permite identificar cuatro pasos necesarios del proceso.

### *1º: Hacernos conscientes de la realidad*

“Bajaba un hombre de Jerusalén a Jericó y cayó en manos de unos bandidos que, después de haberlo despojado de todo y de haberlo molido a golpes, se fueron dejándolo medio muerto (...) Pero llegó junto a él un samaritano que iba de viaje, lo vio y se compadeció” (Lc 10,30; 33).

Existe la errónea y extendida convicción de que, en la actualidad, somos más conscientes de todo lo que ocurre en nuestro mundo, gracias a la amplitud de información que tenemos a nuestro alcance. Nada más lejos de la realidad; la avalancha informativa, que no podemos procesar o discernir, y el ritmo de vida acelerado, que a todos nos atrapa, han generado una enorme superficialidad. Pocas personas están atentas verdaderamente a lo que les rodea, pocas poseen una capacidad contemplativa desarrollada. Las redes informáticas multiplican el acceso potencial a la información y a la comunicación, pero, con frecuencia, los “navegantes” se ahogan entre tantos datos irrelevantes difundidos hasta la saciedad. Las emisoras de radio y las cadenas de televisión nos bombardean con noticias de continuo, pero son pocas las agencias que las elaboran y no es raro que distintos medios difundan los mismos eventos, que son interpretados desde similares perspectivas.

Para alcanzar una mejor comprensión de la realidad, puede ser útil tener en cuenta algunas cuestiones:

- Reconocer la importancia de los sentidos. Dice el refrán: “Ojos que no ven, corazón que no siente”. De eso se trata, de ver, oír,

tocar y oler la compleja realidad del mundo que nos rodea, saliendo de la burbuja que nos protege o atreviéndonos a parar desde la velocidad que nos aturde. Y no sólo ver, sino mirar; no sólo oír, sino escuchar la voz de la vida y sus amenazas; no sólo ser rozados, sino aferrados por lo que nos rodea. Si algo de esto no ocurre, ¿no será que estamos dormidos o anestesiados? Quizá estamos más bien saturados de ruidos, sonidos e imágenes que nos mantienen permanentemente entretenidos con la impresión de que “estamos en la onda”. Orientar la mirada hacia lo importante o centrar la atención en lo esencial: he ahí la tarea del verdadero educador en este plano.

- ¿Nos duele la realidad? ¿Ha llegado a afectar a nuestro corazón? Porque éste es el punto de partida de todo compromiso: el dolor que sentimos cuando percibimos el abismo que existe entre el mundo que podría ser y el que realmente tenemos; entre la aspiración a la dicha que late en todas las personas y sus posibilidades de alcanzarla. Algunas preguntas pueden llegar a provocarnos: ¿por qué a mí me ha tocado esto? ¿Por qué nosotros no podemos...? Aquí se juega el punto nuclear de la motivación al compromiso: el “saber” no nos moviliza; hacen falta el “doler” y el “soñar”. Son estos últimos los que nos empujan a estudiar para comprender; a querer comprender para transformar. Con razón señalan los psicólogos que “sólo lo afectivo es lo efectivo”.
- Aunque, como es lógico, es preciso conocer y comprender la realidad. Porque también la cabeza tiene algo que aportar en este asunto. De nuestra capacidad intelectual cabe esperar preguntas: ¿por qué esto es así?; explicaciones: ¿cuáles son las causas?, y

soluciones: ¿qué podemos hacer al respecto? Sin el momento de análisis crítico, la solidaridad no pasará del sentimentalismo y ya sabemos que “el infierno está lleno de buenas intenciones”. No es sencillo alimentar el espíritu crítico en un clima marcado por la tendencia a “no comerse el coco”, pero es ésta una exigencia que entra de lleno en los objetivos que debería asumir todo centro educativo.

- Por último, resulta imprescindible descubrir la dimensión ética de la solidaridad: consiste en responsabilizarnos de la realidad sin echar balones fuera. Es descubrir y asumir la urgencia de poner manos a la obra, porque la historia humana es cosa nuestra y, en todo caso, los creyentes pensamos que Dios puede ayudarnos en ella pero no sustituirnos en nuestra labor “co-creadora”.

## *2º: Cambiar de mentalidad*

“Por casualidad bajaba por aquel camino un sacerdote; al verlo dio un rodeo y pasó de largo. Lo mismo hizo un levita al llegar a aquel lugar: lo vio, dio un rodeo y pasó de largo” (Lc 10,31-32)

En esta fase es preciso llevar a cabo dos tareas de gran importancia. La primera consiste en pasar a sentirnos implicados por la vida de las demás personas. En el contexto de la parábola es pasar a considerar a los demás “prójimos” y no “extranjeros”. Pero esta apertura de la implicación tiende a producirnos pánico; recuérdese que el fariseo que había iniciado la conversación lo hizo “queriendo justificarse”, esto es, queriendo tranquilizar su conciencia con una conducta éticamente correcta. Y, claro, el problema es que si la solidaridad no ha de reducirse a “los míos” (familia, amigos, compatriotas, camaradas políticos, de mi mismo sexo, etc.), entonces toda mi existencia queda amenazada (tiempo, bienes, cualidades). No podré fabri-

car mi reducto de seguridad, a salvo de la llamada de los que sufren. En definitiva, el cambio al que nos referimos se produce cuando el dolor de la humanidad lo interpretamos como padecido por “uno de los nuestros” y no podemos refugiarnos en las palabras de Caín: “¿Acaso soy yo el guardián de mi hermano?”. La única pista educativa que se me ocurre es la de atrevernos a ponernos en el lugar de los otros para preguntar: ¿y si me hubiera ocurrido a mí? ¿No es la vida al mismo tiempo una realidad individual y un asunto social o comunitario? Recordemos el lema de una campaña de Manos Unidas: “Tu indiferencia te hace cómplice”.

La segunda tarea no es menos importante, y consiste en identificar nuestras defensas ante los problemas de todos para iniciar el “desarme del corazón”, la ruptura de su “coraza”. Y aunque cada uno tenemos ardidés particulares para desentendernos del resto, algunas tretas son de uso casi universal y podemos citarlas a modo de ejemplo, aunque cada uno haría bien en poner, a cada una de ellas, nombre y apellidos:

- “¡Bastante tenemos nosotros con lo que nos ha tocado!” (la solidaridad restringida).
- “¡Seguro que ellos se lo han buscado!” (buscar en los afectados algún defecto, que sin duda tendrán).
- “¡Qué lástima, qué malos somos! (la culpabilización sentimental y paralizante).
- “¡Estos problemas nos desbordan y son irresolubles!” (la técnica del realismo resignado).
- “¡La culpa la tiene el gobierno!” (magnífica forma de echar balones fuera).

Ocurre con frecuencia que, a la hora de describir nuestra sensibilidad ética ante la cuestión que nos ocupa, uno no puede por menos de reconocer la singular validez del principio según el cual “vemos la mota en el ojo ajeno antes que la

viga en el propio”. Así, cuando un conflicto o la injusticia ocurren a cierta distancia temporal, geográfica o existencial de nosotros, poseemos una enorme clarividencia. Nos escandalizamos del racismo brutal de Sudáfrica, de los horrores del genocidio nazi, del inaceptable comportamiento de la Inquisición, de la corrupción de algunos políticos, de la explotación de los obreros en los inicios de la revolución industrial e, incluso, de las atrocidades cometidas por nuestros predecesores en la conquista de América. La cosa cambia por completo cuando la cuestión nos afecta directamente a nosotros o a “los nuestros”.

No creo exagerar la caricatura señalando que la mayoría de nosotros considera que lo que tiene es la merecida recompensa a su notable y honrado esfuerzo, mientras pensamos que los que se encuentran por encima, “los ricos”, han obtenido en general lo que poseen por medios corruptos y disfrutan de una posición acomodada a costa de nosotros. Por supuesto, los que se encuentran peor que nosotros, “los pobres”, ocupan la posición que ocupan por falta de “cualidades”, “constancia”, “suerte”, “sacrificio”, “esfuerzo”, “deseo de trabajar”, etc. Es otra necesaria tarea educativa desmontar esas justificaciones, que, por otra parte, se encuentran muy extendidas entre nosotros, los beneficiados de la situación actual.

### *3º: Hacer algo práctico, progresivo y acorde con nuestras posibilidades*

“Se acercó a él, le curó las heridas con aceite y vino y se las vendó; después lo montó en su misma cabalgadura, lo llevó a una posada y se encargó de cuidarlo” (Lc 10,34).

Para quienes han cambiado de mentalidad acecha otro serio peligro: el de sentirse los salvadores. Éstos son los que quieren resolver los principales problemas del mundo en un trimestre porque desconocen sus propios límites personales

y aquellos otros que proceden de las estructuras económicas y sociales. Comienzan con entusiasmo e ingenuidad, y acaban decepcionados y “quemados”. Algunos criterios realistas que la experiencia va enseñando a este respecto, a los que los educadores deberían estar muy atentos, son los siguientes:

- Prestar mucha atención a la fundamentación, motivación y permanente revisión de lo que hacemos y sentimos. La calidad y la continuidad de nuestra participación es tan importante como el trabajo desarrollado; la eficacia, como los procedimientos.
- La exigencia ética sana ha de vincularse estrechamente a nuestras capacidades reales sin permitir que florezca la fantasía de omnipotencia. El criterio de medida para evaluar nuestra labor han de ser nuestras fuerzas, no la magnitud de los retos de nuestro mundo. De lo contrario, acabaremos aplastados por el agobio derivado de la desproporción existente entre ambos.
- Lo fundamental no es “hacer igual que todos”, sino emplear adecuadamente nuestros “talentos”: descubrirlos, agradecerlos, mimarlos y acrecentarlos. Todos podemos aportar algo y todos podemos mejorar en algo. Facilitar este descubrimiento en la práctica es otra de las misiones esenciales de un educador.
- Nuestra acción compartida debe impulsar las capacidades de todos, para que nadie sea cada vez menos autónomo o se fomenten la irresponsabilidad y la dependencia. Se trata de complementar los esfuerzos de todos, no de sustituir a nadie en su deber o protagonismo.
- La participación ciudadana en la lucha por la justicia necesita un acompañamiento, progresividad y discernimiento para que las

personas no se vean desbordadas por las dificultades. Existe un peligro muy claro de frustración si el compromiso no asume las actitudes de la paciencia y la perseverancia.

- Deberíamos educarnos en la capacidad de descubrir y agradecer los muchos gestos positivos de solidaridad que existen a nuestro alrededor, porque estamos deformados por el influjo de las noticias negativas que los medios de difusión transmiten a todas horas. Sólo esta sensibilidad puede alimentar la esperanza.

#### *4º: Pensando en el futuro*

La revisión de las motivaciones, actitudes y acciones y la consolidación de las iniciativas ya operantes:

“Al día siguiente sacó dos monedas y se las dio al posadero, diciéndole: Cúldalo, y lo que gastes de más te lo pagaré a la vuelta”  
(Lc 10,35).

En el terreno de la solidaridad y, sobre todo, en el ámbito de la economía se suele producir una experiencia: la falta de continuidad. La dureza de los problemas planteados, el desgaste psicológico o las decepciones convierten muchos compromisos en “flor de un día”. Bueno es recordar que la propuesta de la solidaridad es para el largo plazo. Los educadores deberían evitar generar la impresión de que algunos valores son apropiados para ciertas edades de la vida, y en concreto “la ilusionada etapa de la juventud”. Por el contrario, aquí lo que se juega es el tipo de sociedad hacia la que queremos avanzar, y ésta la construyen principalmente los adultos. Además, la adecuación permanente de nuestras iniciativas en forma y contenido a las circunstancias históricas, pero también a las personales, es un requisito esencial de una educación para la solidaridad que tenga una perspectiva duradera. La pasividad, la comodidad, el realismo adaptativo

y la falta de capacidad de interiorización que caracterizan a tantos jóvenes son algunas de las principales dificultades actuales para educar en la justicia y la fraternidad.

Dadas las circunstancias sociales, políticas y económicas en que nos movemos, resulta imprescindible propugnar la creación de las denominadas “redes de solidaridad”. O lo que es lo mismo, estructuras asociativas, flexibles pero estables, que permitan a los más débiles y a sus aliados afrontar sus problemas. Sin algún tipo de vertebración asociativa, la multitud de acciones y proyectos que se están impulsando terminarán siendo incapaces de responder a las necesidades de los empobrecidos y de promover reformas sustanciales de las estructuras del vigente sistema económico. Será preciso inventar formas organizativas que superen las deficiencias observadas en las instituciones tradicionales (partidos, iglesias, sindicatos), pero de lo que no cabe duda es de que para conseguir cambios significativos, los impulsores necesitan agrupar sus energías en colectivos amplios y sólidos. Lo contrario (la proliferación de microgrupos activistas) puede ser más gratificante desde el punto de vista individual, pero será mucho menos eficaz en términos globales.

Otra cuestión básica que no deberíamos olvidar se refiere a la coherencia de vida. No es posible implicarse a largo plazo en el horizonte de la solidaridad sin preguntarse qué relación guarda nuestro género de vida cotidiano con las asociaciones desde las que realizamos proyectos de transformación social y con las opciones políticas que estamos apoyando. Sólo la integración y articulación en un proyecto de vida humilde, pero mínimamente coherente en los planos personal, grupal y político, podrá dar consistencia a las personas que quieran entender la existencia en clave solidaria.

## Diez pistas para iniciar a los jóvenes en la solidaridad

“Necesitamos gente que contagie. (...) El que contagia es aquel que sabe ver los horrores del mundo y sus maravillas, el que no puede soportar los horrores y busca todas las soluciones posibles para que haya cada vez menos. Es la persona digna de ser escuchada porque no sólo habla, sino porque actúa.”

(Abbé Pierre<sup>28</sup>)

Para iniciar a los jóvenes en la solidaridad, para contagiar, es imprescindible ante todo que los educadores hayan tenido la experiencia del “dejarse tocar por el otro”, de haberse sentido afectados irremediabilmente por el dolor ajeno. De otro modo, resultará muy difícil poder acompañar y apoyar a aquellos que intentan iniciarse en ella y en ella hacer la experiencia del encuentro con Dios. Proponemos algunas ideas para esta tarea:

1. “*Dejarse tocar*”. Puede pensarse que las vivencias de solidaridad están destinadas a gente especial, a personas “elegidas” por su madurez, capacidad de resistencia y fortaleza, etc. Sin embargo, como el joven Jeremías, que se sentía aterrado e incapaz de la misión a la que le enviaba Yahvé, todos estamos invitados a ponernos a tiro de la exclusión, a acercarnos, a ver, a lanzarnos..., también los jóvenes. A ser solidario no se aprende en los libros, sino en la alegría y en el dolor compartido.

2. *Emplear el cine* para generar contagio hacia la solidaridad y para dejar resonar las experiencias, poniendo palabras a lo sentido: alegría, sorpresa, gratitud, incertidumbre, miedo, dolor, etc. El cine, como recurso didáctico, posee la cualidad de ayudar a que aflore lo vivido con una gran profundidad. También ofrece la posibilidad de encontrar pistas de sentido para la acción, valores

---

<sup>28</sup> Abbé Pierre, *Testamento*, PPC, Madrid 1994, p. 195.

desde los que diferentes personas se han acercado y se han mantenido en el compromiso social.

3. *Emplear la música* para facilitar la conexión de los jóvenes con la sintonía que emerge al “dejarse tocar” en contextos de exclusión social. La música despierta fibras muy profundas del interior, que tienen una enorme fuerza motivadora. Escoger canciones que se refieran a la solidaridad, que denuncien injusticias o bien que hablen de ese Otro que nos seduce en estos contextos de carencia y dificultad, como las canciones de Migueli, de Luis Guitarra o tantos creyentes. ¿Quién no se ha sentido realmente interpelado por canciones como *La vida no vale nada*, de Pablo Milanés?:

La vida no vale nada si no es para perecer por que otros puedan tener lo que uno disfruta y ama.

La vida no vale nada si yo me quedo sentado después de que he visto y soñado que en todas partes me llaman.

La vida no vale nada cuando otros se están matando y yo sigo aquí cantando cual si no pasara nada.

4. *Convertirnos en geos* de los jóvenes, es decir, en personas que les dejan “a su aire” pero acuden en el momento preciso. De este modo podrán “dejarse tocar”, vivir a fondo el encuentro con los demás, caer y levantarse, aprender de los errores. Pero sabrán que si se sienten desbordados por sus sentimientos de impotencia, responsabilidad, culpabilidad, etc., si llegan los “secuestros emocionales”, esos de los que no saben o no pueden salir, podrán llamar a alguien que les ayudará a salir de allí y a ver con distancia y sentido lo vivido, alguien que les apoyará facilitándoles herramientas y habilidades para que ellos mismos salgan por sí solos la próxima vez.

5. *Facilitar “espacios verdes”* en los que los jóvenes puedan traer las experiencias vividas, tanto positivas como negativas, espacios para

expresar: llorar, respirar, drenar lo vivido y dejarse apoyar por una mano amiga. Espacios de cuidado mutuo, espacios sanadores, capaces de hacerles bucear en la profundidad de lo real, de hundirles en lo humano para emerger más verdaderos, más humildes, más en las manos de Dios.

6. *Facilitar “espacios para otear” la realidad*, para ver el horizonte, para descubrir qué ocurre en la sociedad, qué ocurre en el mundo en este momento de nuestra historia, para entender por qué Ana va tan retrasada en el colegio y vive en una casa tan pequeña y fría. Es fundamental subir a atalayas que ayuden a los jóvenes a ver en conjunto, a entender, a reconocer cuáles son las causas que generan desigualdad hoy.

7. *Facilitar itinerarios espirituales* para que los jóvenes puedan releer la experiencia desde la fe. El Evangelio, a la luz del compartir en contextos de exclusión<sup>29</sup>, adquiere unas tonalidades increíbles, una enorme fuerza de vida, capaz de arrebatarnos, si dejan que penetre hasta lo más profundo de su interior, allí donde se encuentran impotentes, desolados a veces, desbordados, asombrados o agradecidos. Tanto las vivencias pueden ayudarles a releer el Evangelio y llenarlo de vida, como el Evangelio puede ser el alimento que les haga permanecer, tras las caídas, el miedo y los fracasos, tornando estas experiencias en crecimiento. Les irá transformando en personas más transparentes, más humanas, más obedientes y conscientes de sus limitaciones y dones; en definitiva, más hermanos y hermanas de todos.

8. *Facilitar espacios para el humor*. Es fundamental, en contextos de exclusión, ayudar a que los jóvenes puedan reconocer que, como dice el texto del evangelio, “siervos inútiles somos, hacemos lo que tenemos que hacer” (Lc 17,10).

---

<sup>29</sup> J. Segura – T. Comba, *Itinerario para una espiritualidad de la ternura*, PPC, Madrid 2008.

Cuando se desarrolla esta convicción de que no vamos a “salvar” a nadie y se vive desde la confianza en que “la unión hace la fuerza” y en que “en mi debilidad encuentro tu fortaleza”, y la de mis compañeros y compañeras, entonces brota la alegría y uno se permite “perder el tiempo” con el humor. Aquí todos somos iguales en la capacidad de relativizarnos, de encontrarnos desde lo que somos: personas.

9. *Facilitar espacios para probar.* Es importante ofrecer herramientas y dotar a los jóvenes de habilidades para que puedan aprender a situarse y crecer en el cuidado de sus hermanas y hermanos. Es fundamental ayudarles a ahondar en lo que las experiencias les dicen de sí mismos y que puedan bucear en su interior para ir trabajando actitudes, reacciones y formas de relacionarse con los demás. Los contextos de exclusión son grandes maestros de vida y de conocimiento personal. Y ahí, como dice Catalina de Siena, en la celda interior, en la transparencia de lo que somos, nos espera Dios.

10. *Facilitar espacios para la reflexión.* Es positivo ofrecer a los jóvenes materiales de reflexión acerca de la pobreza hoy, testimonios de hombres y mujeres comprometidos con la solidaridad y de creyentes que dejaron que los nombres de otros poblaran su interioridad. Es imprescindible también acompañarles en una buena formación para capacitarles hacia el colectivo con el cual desean implicarse: menores, drogodependientes, mayores, etc.

## Bibliografía

Abbé Pierre, Testamento, PPC, Madrid 1994.

Álvarez, P., *Comunidades de solidaridad*, Mensajero, Bilbao 2002.

Aranguren, L., *Cartografía del voluntariado*, PPC, Madrid 2000.

- Bauman, Z., *Amor líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*, Fondo de Cultura Económica, Madrid 2005.
- Béjar, H., *El mal samaritano. El altruismo en tiempos de escepticismo*, Anagrama, Barcelona 2001.
- Galeano, E., *El libro de los abrazos*, Siglo XXI, Madrid 2003.
- García Roca, J., *Solidaridad y voluntariado*, Sal Terrae, Santander 1994.
- González Ruiz, J. M., *Crear es comprometerse*, Marova, Madrid 1970..
- González-Carvajal, L., *Con los pobres contra la pobreza*, Paulinas, Madrid 1991.
- Lipovetsky, G., *La felicidad paradójica*, Anagrama, Barcelona 2007.
- , *Los tiempos hipermodernos*, Anagrama, Barcelona 2006.
- , *Metamorfosis de la cultura liberal. Ética, medios de comunicación, empresa*, Anagrama, Barcelona 2003.
- Petrella, R., *El bien común. Elogio de la solidaridad*, Temas de Debate, Madrid 1998.
- Sebastián, L., *La solidaridad. Guardián de mi hermano*, Ariel, Barcelona 1998.
- Segura, J. – Comba, T., *Itinerario para una espiritualidad de la ternura*, PPC, Madrid 2008.
- Urbieto, J. R., *El regalo de sí mismo. Educarnos para educar*, Narcea, Madrid 2005.
- Vidal, M., *Para comprender la solidaridad*, Verbo Divino, Estella 1996.



# Corporalidad

Elena Andrés  
Mari Patxi Ayerra  
David Rosco

Comencemos nuestro acercamiento al término “corporalidad” con unas cuantas preguntas: ¿para hablar de pastoral con jóvenes es necesario tratar la corporalidad como uno de sus contenidos? ¿No será todo esto del cuerpo y de la corporalidad una moda pasajera? ¿Qué es exactamente la corporalidad? ¿Cómo se puede integrar la corporalidad en nuestros proyectos de pastoral, de catequesis, de acompañamiento?

## Reflexiones iniciales a modo de “ejercicios de calentamiento”

*“Porque el cuerpo no es sólo la unidad de mis miembros, sino la presencia de mi persona.”  
(Mari Patxi Ayerra)*

Vivimos tiempos en los que el culto al cuerpo es exagerado. Hay una tiranía de la perfección que tiene encadenados a hombres, mujeres y niños, que viven persiguiendo un tipazo ideal que nos venden a todas horas y no corresponde con el que la gente corriente suele tener. Pero nos hacen creer que la felicidad va muy acompañada de esa talla perfecta, en forma de una delgadez extrema para las mujeres y de unos músculos prominentes para los hombres que resultan casi inhumanos, por lo que cuesta conseguirlos. Y ahí tenemos a la gente, dejándose horas y horas de su vida en el gimnasio, muchas veces mientras

atienden el correo electrónico que les llega por el teléfono móvil, persiguiendo esa esbeltez que es signo de bienestar y de juventud.

Las chicas sufren desde niñas en cuanto se ven un poco gorditas, y las adolescentes hacen lo indecible para que su cuerpo se parezca al de las modelos en medidas y en ropa. España es el país occidental donde más operaciones se realizan en adolescentes: 40.000 liposucciones anuales. Las chicas de 18 años se hipotecan para aumentarse el pecho o los labios. Esta sociedad de consumo que nos marca los patrones de comportamiento y nos ofrece constantemente la felicidad a domicilio nos uniformiza en talla y en moda, en vestimenta, en accesorios y en adornos. Y así andamos todos, corriendo tras una estética que creemos personalizada pero que nos viene dada desde los diseñadores y las marcas comerciales, haciéndonos creer que nuestro valor aumenta si somos los primeros en vestir lo último, si llevamos las prendas de último diseño y no vestimos ya nada que recuerde la temporada pasada...

### *El cuerpo envejece cada día*

Este cuerpo en el que vivimos cada uno, compañero fiel de días y noches, va creciendo desde el día en que llegó a este mundo... y, también, envejeciendo día a día. Llega a su esplendor en la juventud, que es cuando está preparado para emparejarse y reproducirse, como el de todos los seres de la naturaleza. El maravilloso milagro del cuerpo humano es que se ha formado desde el amor de unos padres y con su cuidado, que es único e irrepetible. No hay nadie en el mundo que posea las células ni las neuronas como otro. Puede parecerse a sus antecesores, pero siempre será diferente y poseerá expresiones y características que nadie más en la humanidad ha tenido jamás.

Cada cuerpo tiene su belleza especial y, además, requiere una serie de cuidados y atenciones.

Hay que saber darle su ración de alimento, higiene, descanso, cuidados, ejercicio, belleza y afecto.

El cuerpo es nuestra tarjeta de presentación, lo primero que se ve de una persona y el medio a través del que nos comunicamos. La forma de mirar, de tocar, de andar, de moverse y la postura corporal dicen mucho de la persona. Hay cuerpos tensos, rígidos, fríos; otros, en cambio, son cálidos, armónicos, acogedores y parece que danzan la vida, que gozan siendo y viviendo. Esta capacidad de comunicación corporal nada tiene que ver con la belleza del cuerpo, sino con sus gestos y su interioridad, porque el cuerpo es lo exterior que se ve de una persona, pero la interioridad, lo que ocurre en “los adentros” de cada uno, se transmite hacia fuera aun sin quererlo uno mismo. Porque el cuerpo, igual que está abierto a la exterioridad y al encuentro, al mismo tiempo es el espacio y tabernáculo de la mayor intimidad. Somos como ventanas al mundo, con una historia por inventar y un proyecto por construir.

Nuestras relaciones son las que hacen habitable y agradablemente familiar a nuestro cuerpo. Ellas enferman nuestra salud y sanan nuestra enfermedad; dan calidad o empobrecen nuestra vida; nos potencian y nos disminuyen a la vez. Por eso enferman las personas y sus relaciones, las miradas y el corazón. Los demás nos pueden aportar salud, optimismo, entusiasmo, agradecimiento... y remover en nuestro cuerpo el amor, que sostiene, levanta y aúpa al ser humano.

### *La memoria del cuerpo*

El cuerpo retiene las experiencias. Tiene una especie de memoria, cierto sentido de cada persona y situación que vivió. Posee una sabiduría propia que lo comprende todo armónica e inmediatamente. No miente nunca. La mente, en

cambio, nos engaña muchas veces, pero el cuerpo delata lo que la boca está callando. Si estamos tristes, aunque digamos que nos sentimos bien, nuestro gesto y nuestra postura expresan lo que ocurre en nuestro interior. Puede uno querer disimular un enfado e intentar sonreír, pero el gesto nos delata enseguida: se nota la tensión o el resentimiento de “los adentros” en nuestro cuerpo. Hay mucha gente acostumbrada a esconder sus problemas, a no compartir su intimidad con nadie, y, con los años, suele ocurrir que en su cuerpo aparece una enfermedad, que es la queja, la válvula de escape por la que se expresa aquello que se quería ocultar: es el cuerpo el que grita, el que somatiza el problema.

Cada persona lleva tatuados en su cuerpo la ternura y la afectividad que ha recibido desde su más tierna infancia y los aprendizajes sobre la expresión corporal del cariño o el enfado. Casi todos los seres humanos hemos sido tocados, abrazados y acariciados en la vida familiar, y nos ha sabido a miel, a dulzura, a delicia, a alimento de esa necesidad que tenemos de amar y ser amados. También hemos aprendido a responder con ternura, a comprobar que los demás responden a los gestos tiernos de nuestro cuerpo con más de lo mismo, es decir, que la ternura genera ternura.

Pero también hay personas que nunca han recibido una caricia, un gesto de ternura, una expresión de amor. En las familias desestructuradas, en las que la violencia está a flor de piel y el amor no se comunica, los niños, hambrientos de ternura, hacen lo que sea para recibir atención y cuidado. Y se comportan mal y hacen cosas que molestan a los adultos para, ya que no reciben cariño, conseguir que se fijen en ellos.

Asimismo, puede ocurrir también el comportamiento opuesto: el exceso de ternura. Hay algunas madres buenas, casi siempre inseguras, por carencias de amor, que van por la vida rezu-

mando miel, formando invisibles telas de araña en las que los hijos quedan atrapados. Son incapaces de comprender el terrible daño que puede causar su solapado amor absorbente, que superprotege, infantiliza e impide el crecimiento personal, la adquisición de responsabilidades y la independencia de los hijos. Son las *madres araña*, cuya ternura invade, envuelve y hace vivir a los hijos una relación de dependencia eterna: aunque sean adultos y vivan ya fuera del hogar, siempre se sentirán culpablemente agradecidos a esa madre sacrificada y salvadora, que se entrega hasta el extremo, sin saber pedir ni educar hijos generosos.

Lo que más alimenta la seguridad en uno mismo y la necesidad de saberse amado es el montón de ternuras, detalles y caricias que han entretejido nuestra historia personal. También para la autoestima es importante haber recibido caricias, físicas y sociales.

### *Escuchar al cuerpo*

Prestar atención a nuestro cuerpo nos ayuda a estar en el presente, pues el cuerpo sólo existe aquí y ahora. Hay personas que tienen una gran dificultad para conectar con su cuerpo y viven una especie de dispersión, de descentramiento. La vida se vive en el tiempo presente, porque el pasado es memoria y el futuro imaginación, pero, a veces, vivimos con nuestro cuerpo presente en el lugar donde estamos pero con la mente ausente. Es como si lleváramos un cartelito colgado que dice: "He salido fuera unos minutos", y no volviéramos nunca más. Porque estamos muy acostumbrados a estar en la cabeza, como si fuéramos mentes flotantes, sin cuerpo. Aunque racionalmente sabemos que tenemos un cuerpo y que hay que cubrir sus necesidades básicas, pocas veces somos conscientes de él.

El cuerpo siempre está en el lugar donde nosotros estamos; sin embargo, la mente puede estar en otro sitio, viajando por diferentes escenarios. Y así, desconectados de nuestro cuerpo y atrapados por nuestra mente, cargada de patrones y “deberías”, tratamos de controlar lo que pensamos y lo que sentimos y esto nos acaba pasando factura. A más intento de control, más tensión, más bloqueos. Y como nuestra mente no para de pensar, la única solución viene precisamente del “no hacer”, soltar, relajar y volver al cuerpo. Y no me refiero a vivir al servicio del cuerpo, sino a sentirlo, a cuidarlo, a relajarlo, para estar con el otro en totalidad, para vivir unificados, armónicos y plenos.

### *Las catedrales del consumo y el cuerpo*

Podemos encontrar espacios al servicio del cuerpo en todos los centros comerciales: cosméticos, alimentos, adornos, sillones de relax, seguimientos dietéticos, entrenadores personales, clases de baile, gimnasios y *spas* –un intermedio entre los baños públicos y los balnearios urbanos– para el disfrute y cuidado del cuerpo. También las agencias ofertan viajes a balnearios y a lugares en los que se brindan todo tipo de goces corporales.

Mientras todo el mundo habla del estrés, de lo que le cuesta adelgazar, de la última operación estética o del *botox* que se ha inyectado para borrar el “código de barras” del labio superior..., se castiga al pobre cuerpo por cada anomalía o imperfección que muestre y se le ignora a continuación. Pero las multinacionales siguen utilizando todo este *boom* del cuerpo para ofrecer sus productos con los medios más sofisticados, como por ejemplo vestir a los 200 primeros jóvenes que se presenten desnudos en una tienda de ropa juvenil, para salir completamente equipados, o conseguir hacer de una

marca concreta de desodorante para hombres el culmen de la masculinidad y del atractivo varonil, hasta el punto de que las mujeres hacían cualquier locura por estar con ellos en cuanto percibían el efecto de ese olor tan especial. Han llegado incluso a componer una canción, basada en la de *Ellos las prefieren gordas, muy, muy gordas*, de la Orquesta Mondragón, con esta letra: “Ellas los prefieren secos, secos..., muy, muy secos..., sin sudor”. El trío femenino que la canta se ha puesto el nombre de Hartas de Tus Axilas” y, si visita su página *web*, uno se puede informar de cómo las relaciones sentimentales pueden ser desastrosas por la sudoración de algunos hombres que poseen “axilas cataratas” y no utilizan el recomendado desodorante. Pretenden que la canción se ponga de moda, que el *marketing* viral funcione y que la sintonía acabe de boca en boca y de móvil en móvil, para vender más desodorantes.

Y todo esto ocurre sin que apenas nos demos cuenta los sufridos consumidores, mientras se nos van inoculando unos valores consumistas, una esclavitud corporal, una tiranía del verbo “apetecer”, que ha llegado a ser uno de los más conjugados por las nuevas generaciones y que lleva a hacer pequeños tiranos que no saben más que tener o hacer todo lo que desean en cada momento; que sólo tienen en cuenta sus propias apetencias, deseos y gustos, y desoyen lo que el otro necesita, lo que el mundo espera de ellos, lo que aún tienen por construir, por crecer y por ser...

### *Sexualidad, afectividad y comunicación*

Vivimos en una sociedad que nos ofrece el sexo como lo principal en la vida de las personas, y más aún en la de los jóvenes. La publicidad, la prensa, el cine, la televisión, los periódicos, las canciones, las modas, la red... nos ofrecen la sexua-

lidad como la panacea de la felicidad. Estamos envueltos en una cultura supererótica, que ofrece una sexualidad reducida simplemente a los genitales y al acto sexual. Aunque se conjugue el verbo “hacer el amor”, lo han despojado de lo que realmente es el amor. Parece que las partes más importantes del cuerpo son los órganos genitales, que los hombres tienen que ser conquistadores y poseer una gran potencia sexual, y que las mujeres han de ser atractivas para seducir a los hombres y para presumir de sus conquistas. Así ocurre que un conocido cantante presume de haber hecho el amor con mil mujeres, cuando lo que en realidad ha tenido son mil relaciones sexuales, sólo físicas, sin un encuentro personal y vacías de amor y compromiso. Ha tocado mil cuerpos, pero no ha descubierto el arte de amar.

Misteriosamente, la familia es el espacio en el que menos se logra hablar con naturalidad de la sexualidad. Aunque en todas las escuelas de padres se proponga iniciar este diálogo entre los 7 y 11 años (porque el adolescente ya no escucha), sin brusquedades pero claramente, llamando pene al pene y vagina a la misma, muchos padres que pretenden ser cercanos temen que el hablar de relaciones implique autorizarlas. Parece que los adolescentes y jóvenes tienen ya todo tipo de información, pero lo que realmente consiguen es una deformación que les impide descubrir la riqueza de la sexualidad y de la afectividad.

Los adolescentes españoles practican el sexo cada vez antes, más veces y con más gente, porque se ha convertido en una parte importante de su ocio habitual. Creen que lo saben todo, pero en muchos casos actúan bajo el influjo del alcohol o las drogas, que les hacen perder el control sobre sí mismos. Hablan con libertad de sus inicios sexuales y se jactan ante los demás de su actividad sexual y de su información, con un

lenguaje soez y provocador, mientras comparan la frecuencia sexual con la de la higiene dental.

La última *Encuesta nacional de hábitos sexuales*, del Ministerio de Sanidad, daba una media de iniciación a los 16 años en los chicos y a los 15 en las chicas, lo que no significa que todos se inicien a esa edad, sino que unos lo harán a los 13 y otros a los 18. Los expertos en la materia, como psicólogos, profesores, médicos y sexólogos especializados en proporcionar información sexual y afectiva a los adolescentes, avalan la percepción de que cada vez son más niños cuando tienen el primer contacto sexual. También cada vez se venden menos preservativos, con la función anticonceptiva que tienen y la función profiláctica y de barrera para evitar el contagio de gran número de enfermedades de transmisión sexual. Resulta preocupante el dato que indica que el 20% de los jóvenes entre 20 y 30 años no los utiliza nunca. No es menos preocupante que el inicio en las drogas se está produciendo entre los 11 y 13 años, lo que lleva a la pérdida de control de uno mismo y a la vivencia de la sexualidad sin precauciones, sin consciencia y sin miedos.

La televisión ofrece series –en las que los adolescentes se ven reflejados o en las que ven conductas que pretenden imitar– en las que la actividad sexual va separada de la afectividad y tanto ellos como ellas son muy activos, y parece que el cuerpo y la sexualidad son el centro de sus vidas. Otra fuente de información más cercana y menos transmisora de valores aún que la televisión es Internet, donde el chaval encuentra todo tipo de ofertas sexuales, imágenes, pistas, seducciones y “rollos”. Muchas veces, en el *messenger* se dicen cosas que no se atreven a expresar cara a cara, y sus fantasías sexuales crecen y se las alimentan en este medio que tanto evade de la vida real. Pero estamos en unos tiempos en los que la red es nuestra ventana al mundo, para lo bueno

y para lo malo. Y no es precisamente donde se educa para el amor y la comunicación entre mujeres y hombres...

#### *Cinco cosas para desaprender*

1. El hombre es superior a la mujer en los temas de sexualidad.
2. Las mujeres y los hombres siempre estamos discutiendo o buscándonos porque nos interesamos.
3. Los hombres tienen que aprovecharse de las mujeres y ellas defenderse de ellos.
4. Los chicos siempre quieren sexo, y las chicas tienen que hacer lo mismo para no ser menos.
5. El otro sexo tiene siempre más suerte. Es un "rollo" que las chicas se embaracen.

#### *Cosas que hay que tener muy claras*

1. La mujer y el hombre son complementarios y la sexualidad les ayuda en su encuentro y comunicación.
2. Se nos ha enseñado a hacernos el amor o la guerra, pero no a ser amigos los hombres y las mujeres, que es lo más importante que puede conseguir una pareja.
3. Los hombres y las mujeres somos responsables de nosotros mismos y no debemos hacer a nadie nada que no nos gustaría que nos hicieran. Es importante saber respetarse mutuamente.
4. La relación afectiva-sexual es algo muy valioso y especial que se vive entre dos personas, y hay que saber vivirlo con respeto, cariño, responsabilidad y delicadeza. Hay que ser adulto para amar, porque la sexualidad no es un juego de niños, sino algo sagrado que brota del amor.

5. La mujer y el hombre viven la sexualidad de muy diferente forma, y ambas son preciosas. Los dos tienen que ser conscientes y responsables de su sexualidad y de las posibles consecuencias.

### *Cuerpo y Dios*

Este Dios que nos regaló un cuerpo único, que nos hizo como su gran obra maestra –nos dio unas capacidades de comunicación en los cinco sentidos del gusto, el tacto, el oído, la vista y el olfato, además del sentido del humor y el sentido común–, quiere que vivamos divinamente. Pero durante muchos años se le ha utilizado para engañarnos, recomendándonos recato, desapego, frialdad, lejanía. Y tenemos que aprender de nuevo a dejarnos fluir, a abrazar, a estrechar, a rodear de cordialidad a quienes se nos acercan, a entrar en contacto con su corporalidad con delicadeza y respeto.

Estamos a tiempo de aprenderlo, porque somos discípulos de un maestro que dominaba el arte de acoger, de amparar y de ofrecer asilo entre sus brazos a las vidas heridas y a los cuerpos maltratados de tantos hombres y mujeres, esos mismos que hoy siguen esperando nuestra ternura y el cobijo aprendidos de los gestos y de las palabras de Jesús.

Y ese Dios que nos impulsa a la plenitud nos invita a vivir las relaciones de pareja con todas nuestras capacidades y posibilidades, mostrando en ellas creatividad, ternura, erotismo, belleza, disfrute y poesía. Nos enseña a entregarnos del todo y a gozar en la entrega común, a no escatimar la más mínima caricia, detalle o expresión de cariño, a vivir nuestra sexualidad “achampadamente” divertida, amorosamente romántica y atrevidamente juguetona, para ser personas plenas en todas las áreas de nuestra existencia y

para formar parejas y familias de las que salgan al mundo, queridas ya de casa, personas felices, para transformarlo en un lugar más habitable.

## **Lanzándonos a la carrera: ¿corporalidad y pastoral juvenil están relacionados?**

En lo expuesto hasta ahora seguramente te has reconocido, o te han surgido nuevas dudas, o tienes mucho que decir. El hecho es que la palabra “cuerpo” parece tener hoy un peso específico. Sin embargo, si somos sinceros, muchas veces no sabemos qué decimos exactamente al referimos a él, y aún puede ser mayor la vaguedad en la comprensión del término cuando lo contemplamos como contenido de la acción pastoral.

### *Cuerpo y corporalidad: ¿son lo mismo?*

Permítenos de nuevo una pregunta: ¿Qué expresión te parece más acertada: “Yo tengo un cuerpo”, “yo soy en mi cuerpo” o “yo soy mi cuerpo”? Date tiempo para responder. Busca las razones de peso que tienes para dar tu respuesta.

Veamos qué supone pronunciar cada una de estas afirmaciones.

#### *1. “Yo tengo un cuerpo”*

La relación que se establece con el cuerpo desde esta premisa es la de poseedor-poseído, es decir, el cuerpo es un objeto que yo poseo. Cuando vivo el cuerpo como objeto poseído, yo decido qué hacer con él, si me gusta o no, si lo acepto o no. En este sentido, quien se siente a gusto con su cuerpo lo disfruta, lo puede utilizar incluso como tarjeta de presentación, como arma de seducción, como escaparate de uno mismo... Evidentemente, el cuerpo de los demás pasa a ser también un objeto, y, como tal, me gusta o no me

gusta, juzgo a los demás por su apariencia, etc. Si el cuerpo que tengo no me gusta, lo rechazo, lo cambio, lo remodelo, lo oculto... Se convierte en una carga que o bien me inhibe o bien arrinconó viviendo como si no tuviera cuerpo. El cuerpo de los otros pasa a ser una amenaza, una fuente de continúa comparación, etc. Afirmando “yo tengo un cuerpo”, el ámbito en el que vivo la relación con éste es la de la exterioridad<sup>1</sup>. Desde este punto de vista, no será importante escuchar el cuerpo si no es en los momentos de pérdida de salud. Pronunciando “yo tengo un cuerpo”, nos vamos transformando en una especie de “analfabetos corporales”. No nos damos cuenta de hasta qué punto nuestro cuerpo habla de nosotros, nos expresa y, al mismo tiempo, nos dice algo a nosotros mismos.

Esta forma de entender el cuerpo ha sido la más extendida en nuestra cultura occidental. La concepción dualista que separa cuerpo y alma sigue presente en nuestro inconsciente colectivo de ciudadanos occidentales.

En el ámbito de la pastoral juvenil, también podemos captar las huellas del legado neoplatónico: el cuerpo es la cárcel del alma. Si pudiéramos hacer un estudio comparativo de todos los proyectos pastorales y catequéticos de nuestro contexto cultural, seguramente el resultado sería que un alto tanto por ciento de ellos se basa en

---

<sup>1</sup> No se trata de contraponer exterioridad a interioridad, ya que el ser humano se desarrolla y expresa como tal en esos dos ámbitos inseparables. En este caso, nos referimos a la relación con el propio cuerpo, que se vive únicamente en uno de los dos ámbitos. Evidentemente, todo extremo es deformante. La mera exterioridad, sin punto de anclaje en la interioridad personal, sitúa a la persona en la superficie de todo. La interioridad, cuando queda carente de plasmación en el ámbito de la exterioridad, sitúa al individuo en una mirada obsesionada por el yo, en una especie de mundo de ensoñación con poca o nula referencia y apertura al “tú” y al “nosotros”.

procesos intelectivos. Verbos tales como “leer”, “comprender”, “argumentar”, “debatir”, “comentar”, “resumir”, “opinar”, “rebatir”, “afirmar”, “negar”, “explicar”, “escribir”, “describir” y otros semejantes describen la mayoría de acciones que desplegamos en las acciones pastorales. Otros verbos, como “dibujar”, “modelar”, “oler”, “escuchar”, “contemplar”, “tocar”, “caminar”, “abrazar”, “saborear”, “saltar”, “estirarse”, “tumbarse”, “bailar”, “cantar”, “reír”, “llorar”, “gritar”, “susurrar”, “bostezar”, “respirar”, “relajar”, “tensar”, “romper”, “recomponer”, “masajear”, nos pueden resultar extraños. ¿Dónde encajan? ¿Hacia dónde nos llevan?

## 2. “Yo soy en mi cuerpo”

Poder pronunciar esta afirmación representa un cambio cualitativo en la comprensión del propio cuerpo. Éste ya no es un objeto que se posee, sino un lugar en el que se es. Así, nos situamos más cerca de la comprensión del cuerpo como una parte de algo más grande: la dimensión corporal. Fijémonos en lo que sucede en el campo de la sexualidad: fisiológicamente soy hombre o mujer, pero el hecho es que la sexualidad es algo mucho más amplio que la genitalidad; ésta es un aspecto de aquélla, una parte, pero no el todo. Cuando afirmamos que “yo soy en mi cuerpo”, estamos afirmando implícitamente que “hay” mucho más que el mero cuerpo, con sus kilos de peso, su altura, color de pelo, de ojos, etc. Afirmo que mi ser queda constituido como tal en tanto en cuanto existe una dimensión corporal a la que llamamos corporalidad.

Ésta es la clave: la corporalidad es una dimensión constitutiva del ser humano. Nadie puede ser sin un cuerpo. Somos quienes somos en un cuerpo, y éste queda englobado en la dimensión corporal. Aquí ya estamos en el ámbito de la interioridad. La relación con el propio cuerpo se establece desde lugares más hondos. Así, descubro que mi mundo interior (emociones, pensa-

mientos, anhelos, recuerdos, miedos, creencias, etc.) se expresa en mi corporalidad: mirada, tono de voz, forma de caminar, algunas enfermedades, ritmo cardíaco, dificultad para dormir, dolores musculares, colores favoritos... Es el gran vocabulario del lenguaje no verbal, el lenguaje más universal que existe y el que todos hablamos. La diferencia estriba en la conciencia o no de que eso es así. Mi cuerpo no es mi enemigo, y no debería ser un desconocido ni tampoco una obsesión. Mi cuerpo es mi casa. Es en este sentido en el que esta segunda afirmación debe ser uno de los contenidos a trabajar en la acción pastoral.

### 3. “*Yo soy mi cuerpo*”

Se trata de la más atrevida y extrema de las afirmaciones. ¿Qué estamos diciendo cuando afirmamos “yo soy mi cuerpo”? ¿Se trata de que yo soy mera corporalidad, materia en estado puro? ¿Se trata de que soy únicamente esa imagen que veo reflejada en el espejo? No, ni mucho menos. Si la respuesta fuera en esta dirección, nos encontraríamos de nuevo en la mera exterioridad de nosotros mismos. Esta última afirmación, más que como un hecho, puede entenderse como un horizonte hacia el que tender, un proceso a vivir. En ese proceso se va entendiendo el cuerpo como un elemento integrante de algo mucho más amplio a lo que llamamos “dimensión corporal”.

#### *Tomar conciencia del cuerpo que uno es*

De lo expuesto hasta ahora podemos deducir que el horizonte hacia el que tiende la inclusión de la dimensión corporal en la pastoral juvenil es el de favorecer en el adolescente y joven la toma de conciencia de su cuerpo como parte de su ser.

Al considerar solamente el cuerpo que uno tiene, se le cosifica. Se hace de él un objeto exte-

rior a uno mismo. Tomar conciencia del cuerpo que uno es significa considerarlo en la plenitud de lo que es: el santuario, el *athanor* en el cual se lleva a cabo la gran obra de nuestra vida y, al mismo tiempo, la materia prima de esa gran obra. Hemos de construirlo trabajando con él y sobre él<sup>2</sup>.

Traducido al lenguaje neotestamentario, resuena en la cita anterior la pregunta-afirmación de Pablo:

¿Acaso no sabéis que vuestros cuerpos son templos de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros? (1 Cor 16).

Con esta afirmación, Pablo no hace sino recordar el efecto de uno de los dogmas de nuestra fe, el de la encarnación del Verbo. Esta maravilla de la encarnación conlleva la dignificación explícita por parte de Dios de nuestra dimensión corporal. Aquel vestido viejo con el que Adán y Eva cubren su cuerpo al transgredir la voluntad divina se transforma en vestidura nueva, vestido de lino fino, por la acción del Espíritu de Dios en nosotros, acción posibilitada por la encarnación, muerte y resurrección del Hijo de Dios. El hombre viejo, dividido y disperso en todas sus dimensiones por el pecado, es llamado en Cristo, por él y con él, a devenir hombre nuevo, humanidad nueva, en la que todo el ser (cuerpo, alma, corazón) sea lugar de plena manifestación del ser.

Tomar conciencia del cuerpo que uno es implica tomar conciencia de la plena interconexión existente entre las diferentes dimensiones de la persona. Si el camino del cristiano es el de la plena identificación con Cristo, es la persona en su integridad la que debe quedar atravesada por la dinámica liberadora y vivificadora de Dios.

---

<sup>2</sup> De Souzenelle, A., *La Palabra en el corazón del cuerpo*, Kier, Buenos Aires 1997, p. 34.

Hasta no hace mucho, sin embargo, parecía que sólo el intelecto y el espíritu eran los máximos receptores y emisores de la vivencia espiritual. Hoy, poco a poco, nos vamos dando cuenta de que toda la persona debe participar de la relación con Dios y de que cuando Dios se manifiesta a la persona es a toda ella a quien se dirige.

*“No he venido a ser servido, sino a servir”:  
Jesús, servidor de red*

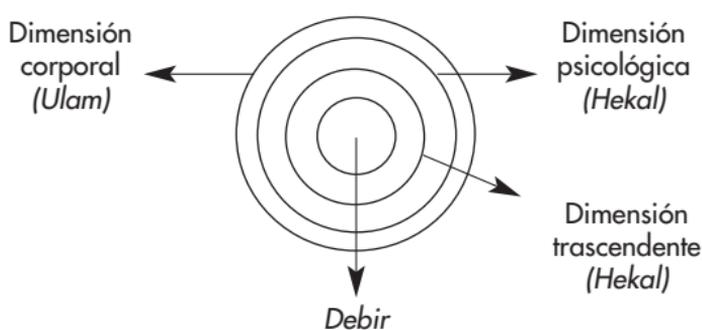
Utilizando un símil, podemos comparar nuestro proceso de crecimiento personal y de fe con el complejo universo de Internet. Internet es un caos de páginas, mundos inconexos en los que es fácil perderse. Así, los servidores de red facilitan la conexión y navegación por ese océano inmenso, creando una red de interconexiones. De la misma manera, nuestro ser, en su dimensión exterior e interior, muchas veces puede aparecer ante nosotros mismos como un complejo mundo de páginas *web* desconectadas unas de otras. Nos cuesta encontrar los *links* que nos permitan descubrir el delicado entramado de interconexiones entre nuestras diferentes dimensiones. La relación personal con Cristo se transforma, en este sentido, en la posibilidad de ir descubriendo la unidad de nuestro ser, nos pone en camino de experimentar que todo en nosotros está conectado: cuerpo, mente, alma, corazón. Además, nos sitúa en camino hacia los otros para entretrejer con ellos esa red que a todos desea abrazar y sostener, que llamamos Reino de Dios.

Pero como nos enseñan los evangelios, no puede haber Reino de Dios si no hay liberación de la persona, liberación del pecado, en todas sus formas, que nos esclaviza y disgrega. La liberación comienza con la toma de conciencia de lo que somos: imagen y semejanza de Dios, y, en esa toma de conciencia, el trabajo de la corporalidad es imprescindible. De la disgregación a la unifi-

cación, de la separación a la unidad: ése es el camino que nos señala el Verbo encarnado. En ese camino, el seguidor de Jesús experimenta que no está solo, sino que Dios mismo se hace camino, un camino cuyo horizonte es la plenitud de la persona, su desarrollo máximo.

## Una antropología integradora

Como venimos indicando, la inclusión de la dimensión corporal dentro de los contenidos de la pastoral juvenil proviene de la necesidad de dirigirse a toda la persona, para que toda ella quede afectada en ese proceso de crecimiento humano y espiritual que se pretende. Siendo conscientes de los modelos de persona que se proponen a nuestros jóvenes desde diferentes ámbitos, creemos importante traer a la primera línea de nuestra reflexión una alusión a la antropología propia del cristianismo. En el siguiente esquema presentamos de manera muy simple las dimensiones constitutivas de la persona, haciendo alusión a la imagen de la persona como el templo de Dios que nos propone san Pablo.



Recordando el esquema del templo de Jerusalén, ponemos entre paréntesis el nombre hebreo de las diferentes partes del mismo. En el centro de la persona, el *debir*, el santo de los santos, que en el templo correspondía a la cáma-

ra sagrada en la que los israelitas habían colocado el arca de la alianza, lugar de la presencia divina. Haciendo una trasposición, aplicamos ese término al hondón o fondo del alma del que hablan los místicos, un lugar interior que correspondería al corazón en otras pedagogías espirituales. En torno a ese centro, están las demás dimensiones, *hekal* o santuario y *ulam* o atrio, que dan acceso a él y quedan iluminadas y unificadas por él mismo.

No se trata de dimensiones separadas, ni tampoco responde a una concepción jerárquica de las mismas. Se trata de una manera de entender a la persona en la que cada dimensión ha de ir creciendo y desarrollándose desde un centro; por lo tanto, todas están interrelacionadas y todas son importantes en el camino del desarrollo personal que pueda conducir a un encuentro íntimo con Aquel que nos habita.

– *Dimensión corporal*: sería el equivalente al *ulam* o atrio del templo, la sala hipóstila que forma parte del templo y da acceso a las salas más interiores. Del mismo modo, es a través de nuestro cuerpo como nos manifestamos al mundo exterior y como éste llega hasta nosotros. Pero no por ser la dimensión más exterior, nuestra corporalidad tiene menor o mayor importancia en nuestro crecimiento que las demás dimensiones. Tampoco en el camino de la fe el cuerpo debería quedar relegado ni erigirse en el único protagonista.

– *Dimensión psicológica*: es una dimensión que está formada por infinidad de aspectos: inteligencia, emociones, pensamientos, recuerdos, deseos... Algunos de estos aspectos son de fácil acceso para uno mismo e incluso quedan visibles para los demás a través de nuestros actos, palabras, opciones, etc. Sin embargo, en esta dimensión encontramos zonas a las que uno mismo no sabe cómo acceder. Muchos de nuestros “claroscuros” perso-

nal se sitúan en la dimensión psicológica, que relacionamos con el *hekal* o santuario por su carácter más íntimo<sup>3</sup>, misterioso.

– *Dimensión trascendente*: es una dimensión a caballo entre lo psicológico y ese centro de la persona habitado por Dios. No entendemos por “trascendente” la dimensión de relación con el Trascendente. El ser humano, al margen de su condición o no de creyente, vive experiencias que le sitúan en un lugar interior diferente al psicológico. Se trata de experiencias que nos trascienden, que nos dejan sin palabras. El enamoramiento, la pérdida inesperada de un ser querido, una enfermedad... pueden ser experiencias que nos ponen en contacto con zonas interiores de mayor hondura. Es en esta dimensión donde, obviamente, se dan las condiciones de posibilidad de la experiencia religiosa, de la experiencia del Trascendente. Por ello lo relacionamos con el santuario.

– *Debir*: se trata del centro del centro o del corazón del corazón. El fondo del alma (Juan Taulero) o séptima morada (santa Teresa), la cima del monte o la interior bodega (san Juan de la Cruz), la cuarta semana (san Ignacio), el último peldaño de la escala espiritual (Juan Clímaco) o la séptima forma de amor (Beatriz de Nazaret). En todas las experiencias místicas encontramos la referencia a ese lugar interior, y, además, muchos místicos señalan diferentes caminos para llegar a él a manera de pedagogías espirituales. La antropología que proponemos afirma la existencia de ese

---

<sup>3</sup> No queremos decir con ello que nuestro cuerpo no esté revestido de un aspecto íntimo. Es evidente que muchos de los aspectos que hacen referencia a la dimensión corporal, como la sexualidad, forman parte de la intimidad de la persona y son vividos desde el pudor necesario. Simplemente, queremos subrayar el hecho de que esa intimidad de emociones, pensamientos, etc., que forman parte de la dimensión psicológica son muchas veces menos patentes que otros aspectos de la corporalidad. Reconocer el rostro de una persona no significa conocer su interior, por ejemplo.

centro en cada ser humano y la posibilidad de ser adentrados en él si se sabe preparar el camino.

Es importante no perder de vista este esquema al hablar de la corporalidad. No nos cansaremos de repetir que, en cualquier proceso de crecimiento humano y de fe, tan mala como su infravaloración es su supervaloración.

*El trabajo corporal:  
un primer paso hacia el interior*

El anterior esquema nos sirve para indicar el posible proceso o camino a seguir para situar a los adolescentes y jóvenes en el umbral de la experiencia de Dios. Ese camino, a manera de pedagogía de la interioridad, comenzaría por la dimensión corporal para ir llegando a la dimensión trascendente. Sin embargo, llegar al *deber*, a la experiencia personal y transformante del Dios que nos habita, es un don de Dios. Ningún plan de pastoral, por más estudiado y cuidado que sea, puede pretender ser el responsable primero y último de la experiencia de Dios. La entrada en el *deber* nos es dada, es un don que se nos concede en el tiempo oportuno, un tiempo que sólo Dios conoce. Lo que a nosotros, pastoralistas, nos corresponde es preparar los caminos.

El trabajo corporal, por lo tanto, debería formar parte de un conjunto de contenidos que hagan referencia a la totalidad de la persona. Esos contenidos, convenientemente secuenciados en cada edad, pueden ayudar al crecimiento personal del adolescente y joven. Se labra la tierra interior para que la semilla de la fe pueda fructificar a su tiempo.

Así pues, teniendo en cuenta el esquema de las dimensiones propuesto anteriormente, los otros contenidos que deberían trabajarse junto con el trabajo corporal son la integración emocional y la apertura a la trascendencia. Sólo en este con-

texto de una pedagogía de la interioridad que conduzca al joven y al adolescente al umbral de la experiencia de Dios tiene sentido incluir el trabajo corporal de manera secuenciada en nuestros proyectos de pastoral. Lo contrario convertiría las propuestas relativas a la corporalidad en meras clases de relajación, de baile, de expresión... Interesantes, pero desprovistas de referencia al crecimiento espiritual.

### **El trabajo corporal en la pastoral juvenil: ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Quién?**

Uno de los escollos que podemos encontrar al tratar este tema es tener muy claras las ideas pero andar escasos de praxis. Sucede en ocasiones que solucionamos el tema de la corporalidad en el quehacer pastoral con reflexiones en torno al tema o con algún ejercicio esporádico de relajación. El origen de esta dificultad para ser más creativos y serios en la aplicación del trabajo corporal en la pastoral reside en que muchas veces somos los propios pastoralistas los que no tenemos formación sobre esto. Escasos de recursos como andamos, acabamos recurriendo, una vez más, a la vía intelectual, lo cual no deja de ser una paradoja: hablar del cuerpo cuando lo que se pretende es experimentarlo.

La propuesta que lanzamos desde estas líneas es invertir el orden: experimentar para después poner palabra.

#### *El trabajo corporal: ¿cómo?*

Caeríamos en la trampa si en este subapartado nos lanzáramos a una serie de reflexiones al estilo de lo que hemos venido haciendo hasta ahora. Por eso, a continuación os ofrecemos unos ejercicios concretos. No están todos, pero pueden ser una buena pista de a qué nos referimos cuan-

do hablamos del trabajo corporal como contenido de la pastoral juvenil.

Recomendamos las siguientes técnicas para el trabajo corporal:

- La relajación en sus diferentes variantes.
- Los ejercicios de conciencia corporal.
- La expresión corporal.
- El trabajo de la voz.
- La expresión artística (modelaje, pintura, música, baile-danza).
- El teatro.
- La práctica del yoga, el *tai-chi*, el *qi-gong*, el método pilates.

Por razón de espacio, presentaremos sólo algunos ejercicios de iniciación a la relajación. Como hemos dicho, se trata de dar pistas. Para profundizar en las diferentes técnicas indicamos en la bibliografía final algunos libros que pueden ayudar y, desde luego, recomendamos una formación lo más profunda posible en el caso de querer aplicar seriamente estas técnicas con los adolescentes y jóvenes.

### *La relajación física*

Podemos definir la relajación física como el estado de satisfacción, bienestar, tranquilidad y ausencia de fatiga que se experimenta debido a la distensión muscular<sup>4</sup>. Evidentemente, de este estado de bienestar físico se sigue un estado mental de mayor concentración y paz. Los pensamientos dejan de agobiarnos y se va dando una progresiva unificación de todas las dimensiones de la persona. Podríamos decir que pasamos de estar atados por la tensión, las prisas, el torrente de pensamientos y emociones que nos pueblan, a

---

<sup>4</sup> Rincón, D., *El poder de la relajación curativa*, Baile del Sol, Tegueste 1999, p. 63.

estar sueltos: la relajación consiste en aflojar tanto la parte física como psíquica de la persona y, al mismo tiempo, genera creatividad y aumenta la expresión de las emociones<sup>5</sup>.

Nuestros adolescentes se enfrentan cada día a un enorme número de bombardeos informativos que colocan todo al mismo nivel de importancia. No hay tiempo para profundizar en la información. Se ven inmersos, además, en una sociedad del ruido y de la imagen. Son escasos o inexistentes los espacios para el silencio, para la contemplación. Todo pasa rápido y en medio del ruido. Aprender desde jóvenes técnicas de relajación significa disponer de herramientas para saber encontrar vías de acceso a un ritmo vital más sosegado y en contacto con lo esencial de uno mismo y de la vida.

En la relajación física nos centramos en las sensaciones quinestésicas<sup>6</sup>, que ayudan a la persona a tomar conciencia de su corporalidad a través de diferentes técnicas, entre las que cabe destacar:

- Relajación progresiva de Jacobson<sup>7</sup>, también denominada relajación activa.
- Relajación autógena de Schultz<sup>8</sup>, conocida también como relajación pasiva.

---

<sup>5</sup> Pinantel, M., *Técnicas de relajación creativa y emocional*, Thomson, Madrid 2005.

<sup>6</sup> Entendemos por sensación kinestésica la conciencia de las sensaciones producidas por los movimientos activos o pasivos de todo el cuerpo o de alguna de sus partes.

<sup>7</sup> A finales de los años treinta, el filósofo estadounidense Edmund Jacobson dio a conocer sus ideas sobre la relajación muscular y propuso ésta como un procedimiento para alcanzar un estado de serenidad y paz.

<sup>8</sup> Heinrich Schultz elabora en los años treinta una teoría sobre un tipo de ejercicios respiratorios que, permitiendo una buena oxigenación celular, producen una absoluta distensión muscular que conlleva un estado de relajación saludable para la persona.

- Relajación mente-cuerpo<sup>9</sup> de Payne, que tiene componentes de relajación emocional.
- El método Silva de control mental<sup>10</sup>, que nos adentra ya en el plano de la relajación creativa.

### *La relajación creativa y emocional*

Entendemos por relajación creativa y emocional aquella cuyos componentes principales son la predisposición de la persona a sentir sus propias emociones y a expresarlas de forma adecuada, la creación de imágenes mentales y el encuentro de un estilo propio de hacer las cosas que le produzca más satisfacción vital. La relajación creativa y emocional prepara a la persona para pasar todos sus proyectos a la realidad, y el desarrollo emocional ayuda, a su vez, al desarrollo social y de la personalidad<sup>11</sup>.

En este tipo de relajación, la persona puede visualizar aspectos de su vida “pensando” en ellos de manera no discursiva (hemisferio izquierdo del cerebro), sino utilizando la imaginación. En este sentido hablamos de “visualización”.

Presento dos ejemplos de relajación creativa y emocional utilizando la visualización. Una tiene un contenido más introspectivo; la otra se basa

---

<sup>9</sup> Esta relajación de Payne se realiza a partir de unas instrucciones mentales que ayudan a ir aflojando todo el cuerpo y a serenar las emociones. Le acompaña la respiración abdominal profunda. Tiene parecidos con la relajación pasiva (Schultz). Para profundizar en el tema, recomiendo Payne, A. R., *Técnicas de relajación. Guía práctica*, Paidotribo, Barcelona 1998.

<sup>10</sup> José Silva demostró el potencial de la mente humana, que la hace capaz de encontrar soluciones a problemas psíquicos o físicos al llegar al grado de relajación profundo que está asociado a la producción cerebral de ondas alfa. En este método confluyen la relajación física y la relajación mental y nos acercamos a la relajación creativa.

<sup>11</sup> Pinantel, M., o. c., p. 4.

en un pasaje evangélico y pretende tocar la dimensión espiritual. Para llevar a cabo las dos, lo primero es dedicar unos minutos a entrar en un estado de relajación. Podemos utilizar cualquiera de los métodos de Jacobson o Schultz.

*Relajación creativa 1: viaje por mi interior*

1. Situamos al grupo en el espacio.
2. Relajación.
3. Música suave.
4. Imagina que estás frente a un espejo. Te estás mirando fijamente a los ojos. Sólo ves tus ojos, no existe nada más. Poco a poco, a través de tus ojos, vas asomándote a tu interior. Ha comenzado un viaje fascinante. Lo primero que encuentras dentro de ti es una cascada de nombres. Te fijas en ellos. Los primeros nombres que reconoces son los de tus seres más queridos. Concéntrate en esos nombres. Inspira pronunciándolos a medida que los veas. Espira dando gracias por cada una de esas personas. Detente en los nombres que evocan más emociones en ti. Reconoce esas emociones (Silencio y se sube un poco el volumen de la música. Se les deja en silencio durante un par de minutos.)

Ahora comienzas a reconocer otros nombres: son los de las personas con las que actualmente tienes algún problema de relación. ¿Qué sientes al pronunciar sus nombres? (De nuevo silencio, subimos la música y dejamos otro par de minutos.) Inspira pronunciando el nombre de una persona con la que deseas mejorar tu relación. Espira emitiendo un deseo de reencuentro. (Silencio de un minuto.)

5. El viaje continúa y llegas a un lugar interior en el que encuentras los recuerdos más especiales de tu vida. Son momentos inol-

vidables por la razón que sea. (Silencio, subimos la música, dejamos pasar unos tres minutos.)

6. Observas ahora un punto de luz que proviene de tu corazón. Te concentras en ese punto de luz. En él te encuentras con tu gran sueño personal, con el deseo de tu vida. Lo reconoces, lo nombras. Inspiras profundamente y al espirar pronuncias suavemente ese sueño, ese anhelo, y lo imaginas ya cumplido. ¿Qué sientes? Quédate con ese sentimiento. Descansa y disfruta de este momento.
7. Vamos bajando el volumen de la música hasta que desaparezca del todo. Comenzamos a volver de la relajación.
8. Cada chaval escribe en un papel o en su libreta lo que ha visto y lo que ha sentido.
9. Comentamos el ejercicio.

*Relajación creativa 2 (meditación guiada):  
el lavatorio de los pies*

Esta relajación se sitúa ya en el terreno de la meditación. Es un ejemplo de cómo podemos utilizar una técnica de trabajo corporal para facilitar la entrada en la dimensión trascendente. En sí, el ejercicio es una meditación guiada pensada para grupos de jóvenes con un camino de fe más profundo.

1. Como se trata de un meditación con contenido religioso, es recomendable llevarla a cabo en una capillita o acondicionar la sala de tal forma que ayude a la oración, con velas, algún icono...
2. Es recomendable situar al grupo en carmelitanas o en sillas bajas, mejor que tumbados, aunque, si están acostumbrados, puede ser muy bueno realizar la visualización tumbados.

Relajamos al grupo. Dejo que mi respiración vaya calmando mi interior: emociones y pensamientos se aquietan y anclo mi atención en el presente. Aquí y ahora estoy en presencia de Dios.

3. Poco a poco visualizo mis pies. Calzo unas sencillas sandalias. Veo mis pies en movimiento. Camino por diferentes caminos. Mi mirada interior se centra en mis pies. Camino ahora por una calle de piedras irregulares. Entro en un amplio portal y subo una escalera de madera. Escucho el crujir de la madera bajo mis pies, el sonido de mis pasos. Veo cómo mis pies suben peldaño a peldaño.

Entro en una sala amplia. Me rodea una agradable penumbra. Levanto los ojos y dejo de mirar mis pies para ver a dónde me han conducido. Hay un amplio grupo de hombres y mujeres reunidos. Están cenando y charlan animadamente. Uno de ellos me hace señas para que me siente con ellos. Visten túnicas. Yo también. Repaso los rostros que me rodean y los reconozco. Puedo reconocer a Juan, a Pedro, a Santiago, a Judas... Estoy en la mesa de la última cena... ¿Dónde está Jesús? Se ha levantado de la mesa y está ciñéndose una toalla a la cintura. Toma entre sus manos una jofaina llena de agua y comienza a lavar los pies de uno de los discípulos. Cesan las conversaciones. Se hace un gran silencio. Escucho el sonido del agua en la jofaina cada vez que Jesús lava los pies. Con una mansedumbre y una dulzura increíbles, Jesús coge los pies de cada persona y los mete él mismo en la jofaina. Los lava con detalle, los envuelve en la toalla... No hay afectación ninguna en sus gestos, todo es tremendamente real... Entonces reparo en mis pies: están muy sucios, llenos de polvo, porque he caminado

con sandalias... ¡Qué vergüenza! Si me lava los pies a mí, verá que están muy sucios. En este momento mis pies me parecen terriblemente feos y me avergüenzo de ellos. Desearía esconderlos, levantarme de la mesa e irme: “No me laves los pies, Jesús; están demasiado sucios”, es lo que desearía decir.

Jesús está a los pies de Pedro... Y Pedro dice lo que yo siento: “¿Lavarme tú los pies a mí? Jamás”. Escucho la voz de Jesús, que dice: “Si no te dejas lavar, no tienes nada que ver conmigo”. Leo en el rostro del discípulo sorpresa, desconcierto, pero, sobre todo, el deseo de ser de los de Jesús. Se deja lavar.

Jesús se está acercando a mí. Jesús está a mis pies, arrodillado ante mí. Siento vergüenza. Internamente interrogo a Jesús: “¿Qué haces tú a mis pies? Yo soy quien debería arrodillarme ante ti”. Sé que sabe lo que pienso, lo que siento. Jesús sonrío y toma mis pies entre sus manos. Me hago consciente de mi suciedad, pero no de la de mis pies, sino de todas las zonas contaminadas de mi ser: sentimientos, pensamientos, acciones... No son mis pies lo que Jesús toma entre sus manos, sino todo mi ser, mi vida entera tal y como es, y eso es lo que él introduce en la jofaina: mi vida, mi ser por entero, y él lo lava con cariño y respeto. Me siento bautizado, me siento sanado, me siento fortalecido... Amado.

Ya no pienso nada. Sólo me dejo hacer, me abandono. Jesús me seca los pies, que ahora siento más ligeros, y me mira de nuevo. La vergüenza y el desconcierto no se interponen. Entiendo la hondura de lo sucedido. Acepto que Dios elige situarse a mis pies, a los pies de todos. Lo acepto y bendigo a Dios por ello.

Contemplo mis pies, que acaban de ser lavados por Jesús, y en su lugar van apare-

ciendo otros pies, los de aquellos ante los que Jesús me pide que yo me arrodille, los pies que yo he de lavar en su nombre.

4. El animador, tras un momento de silencio, lee el texto evangélico de forma pausada.
5. Silencio.
6. Canto meditativo.
7. Salimos de la relajación
8. Compartimos lo vivido.
9. Se puede terminar dibujando cada uno o en grupo nuestro icono del lavatorio

### *Posturas para la relajación*

En el trabajo con los adolescentes, la postura que más utilizaremos será la de decúbito supino (tumbados boca arriba), aunque no es ésta la única posición óptima para relajarse. A continuación explicamos cada una de las posturas.

#### *Relajación sentado*

1. En una silla, con la espalda bien pegada al respaldo, de forma que se sitúe recta, pero no rígida. La cabeza recta sobre los hombros, es decir, no inclinada hacia atrás ni hacia delante. Las piernas, sin cruzar y dejándolas sueltas de manera que las rodillas se separarán espontáneamente el equivalente al ancho de las caderas. Los pies totalmente apoyados en el suelo. Si por la estatura nos “cuelgan” los pies, lo evitamos poniendo bajo los mismos algún poyo. Una caja o un libro del grosor adecuado pueden valer, pero siempre teniendo en cuenta que los muslos deben descansar sobre la silla, haciendo un ángulo recto con la espalda. Las manos descansan sobre los muslos, para ayudar a la distensión de los hombros y las cervicales. Los ojos están suavemente cerrados.

2. Si se realiza el ejercicio en una carmelitana o banquito de meditación, se ha de bascular la pelvis hacia atrás<sup>12</sup> manteniendo la espalda recta, pero sin rigidez. La cabeza recta. Es recomendable poner un cojín no muy grueso debajo de las rodillas. Las manos apoyadas en los muslos. Los ojos cerrados.
3. Sentados en el suelo en posición de medio loto (coloquialmente decimos sentado “a lo indio”) o de loto entero (lo que todo el mundo identifica con las postura típica del yogui en meditación). Esta posición se puede adoptar sobre un cojín de meditación, lo cual eleva la pelvis del suelo y permite una mayor relajación. La espalda se mantiene recta, pero no rígida; las manos reposan en las rodillas. La cabeza recta y los ojos cerrados. Esta postura, sin embargo, no es recomendable. La mayoría de nosotros, incluidos los adolescentes y jóvenes, no podemos mantener esta postura durante mucho tiempo sin necesidad de movernos. Se puede ofrecer cuando se proponga la relajación con postura libre. Quizá haya chavales que practican yoga o cuya flexibilidad muscular les permite disfrutar de un estado de relajación en esta postura, pero no es muy habitual en nuestros ambientes.
4. Salir del estado de relajación. Es tan importante como la entrada y requiere unos pasos:
  - Inspirar profundamente por la nariz o por la boca, llenándose de aire y dejándolo salir poco a poco por la boca (3 veces).

---

<sup>12</sup> Cuando hablemos de bascular la pelvis, puede servirnos la imagen coloquial de alguien que “saca el trasero”; sin embargo, el grado de basculación será intermedio, sin exagerar, ya que de lo contrario nos podríamos hacer daño en la zona lumbar al acentuar excesivamente la lordosis (curvatura) de esa zona.

- Respiramos normal.
- Inspirar profundamente dejando salir de golpe el aire por la boca (3 veces).
- Mover los dedos de los pies.
- Frotar un tobillo contra otro.
- Juntar y separar las rodillas.
- Estirar las piernas.
- Cerrar y abrir las manos.
- Doblar y estirar los brazos.
- Frotarse la cara.
- Mover la boca.
- Mover la cabeza en círculos o de un lado a otro.
- Abrir suavemente los ojos.
- Levantarse de la silla y estirarse, bostezando si nos apetece.
- Volverse a sentar en el mismo sitio o en otro lugar de la sala y anotar lo que indique el animador.

### *Relajación tumbados*

Sobre una esterilla, tumbados boca arriba con las piernas totalmente estiradas y los pies sin cruzar. Los brazos pueden estar estirados a lo largo del cuerpo o bien apoyar las manos suavemente sobre el abdomen de manera que no se presione éste con el peso de los brazos. Y también se pueden poner los brazos abiertos en forma de cruz en algunas relajaciones. La cabeza estará apoyada sobre la nuca, nunca de medio lado. Para relajar las cervicales, llevar un punto la barbilla hacia el pecho, siempre sin exagerar, y colocar debajo de la cabeza un cojín no grueso o una manta doblada. Para evitar posibles molestias en la zona lumbar, sobre todo si la relajación dura más de 10 minutos, es reco-

mendable poner algo debajo de los muslos, cerca de las rodillas: con esa pequeña elevación conseguimos que el hueso sacro descansa en el suelo, lo cual relajará las vértebras lumbares. Los ojos suavemente cerrados.

Si el grupo es muy numeroso, es importante buscar una colocación que permita a todos tener espacio libre a su alrededor, evitando que se toquen entre compañeros.

Para salir de la relajación tumbados:

1. Llenarse de aire inspirando profundamente y vaciarse totalmente poco a poco (3 veces).
2. Respiración normal.
3. Inspiración profunda, dejando salir el aire de golpe por la boca (3 veces).
4. Mover los dedos de los pies.
5. Mover los tobillos.
6. Doblar y estirar las piernas suavemente.
7. Cerrar y abrir las manos.
8. Doblar y estirar los brazos.
9. Mover la cabeza suavemente.
10. Tumbados de medio lado con las piernas encogidas, permanecer en esta posición durante un momento para no marearse al incorporarse y no cargar la espalda.
11. Nos incorporamos como sigue: se pasa por delante de la cara la mano del brazo que no toca el suelo y se coloca junto al hombro que está apoyado en el suelo. A modo de palanca, el brazo libre ayuda a incorporarse. Cuando el otro brazo queda libre, se apoya la mano del mismo en el suelo para terminar de incorporarnos.
12. Sentados sobre la esterilla, se escribe en la libreta lo que indique en animador.

### *Relajación de pie*

En general, no solemos identificar el estado de relajación con esta postura. La relajación de pie se consigue con mayor facilidad cuando se ha practicado la relajación sentado y tumbado.

1. De pie sobre una esterilla no demasiado blanda o sobre el suelo, manteniendo la cabeza recta.
2. Los pies bien afincados en el suelo, notando que todos los dedos están en contacto con el suelo (por lo que es recomendable estar descalzos).
3. Abrir las piernas el equivalente al ancho de las caderas, es decir, las piernas no estarán juntas ni excesivamente abiertas.
4. Las rodillas no están rígidas y se flexionan ligeramente, favoreciendo así que el peso corporal se reparta equilibradamente.
5. Bascular la pelvis hacia atrás. Recordemos que se trata de una basculación suave, que devuelve a la zona lumbar su curvatura natural sin exagerarla. Con ello de nuevo aportamos una repartición natural del peso de nuestro cuerpo sin cargar la zona lumbar.
6. Los brazos caen sueltos, al igual que los hombros.
7. Los ojos suavemente cerrados.

Para salir de la relajación de pie:

1. Respirar profundamente varias veces, llenándose y vaciándose por completo.
2. Volver a inspirar profundamente, pero esta vez expulsando todo el aire de golpe.
3. Deshacer la postura corporal soltando los brazos y moviéndolos libremente, doblando y estirando las piernas, haciendo torsiones con la columna vertebral. Los ojos pueden abrirse en este momento, aunque es muy placentero mantenerlos cerrados.

4. Abrir los ojos.
5. Sentados, escribir en la libreta lo que indique el animador.

### *Cómo dirigir una relajación con adolescentes y jóvenes*

A la hora de realizar ejercicios de relajación con adolescentes y jóvenes, hemos de tener en cuenta dos elementos clave: el animador del ejercicio y las pautas básicas que debemos comentar con el grupo antes de comenzar la relajación.

#### *El animador*

- Ha de ser el primero en estar relajado y en creer de verdad lo que va a hacer.
- Utiliza un tono de voz suave, pero no tanto que cueste oír lo que dice. Es obligatorio saber vocalizar correctamente.
- Jamás ha de leer el ejercicio.
- Si utiliza música de fondo, deberá estar muy atento a que el volumen del sonido no tape su voz. Es imprescindible que haya probado antes el aparato de música y que lo controle a la perfección, para evitar sorpresas desagradables.
- Nunca debe cerrar los ojos, sino que está atento a las reacciones del grupo.
- Está quieto en un mismo sitio, para que su voz suene siempre desde el mismo punto: esto evita distracciones al animador y al grupo.
- Se sitúa en un lugar de la sala desde el que todo el grupo queda frente a él: así su voz llega a todos por igual.
- Es una presencia que tranquiliza.
- Tiene siempre a mano una o varias botellas de agua para usar en caso de ataques de tos.

- Es muy consciente de que aprender a relajarse de verdad lleva mucho tiempo. No debemos pretender que los chavales sean expertos a la primera.
- Practica la relajación en su vida.
- Antes de comenzar el ejercicio, crea ambiente, es decir, expone el porqué del mismo. Saber presentar el ejercicio ayuda a calmar a los chicos, al poner las cosas en un contexto lógico, comprensible.

### *Pautas básicas para el grupo*

Siempre que propongamos a un grupo de adolescentes un ejercicio de relajación, es conveniente dar a los chavales algunas pautas básicas que se han de respetar. Se trata de dejar bien claros los mínimos necesarios y, a la vez, de ir pautando mucho las cosas para que no haya despistes o miedos por “no entender bien de qué va el asunto”. Sabemos que a los chavales les cuesta cada vez más escuchar. Precisamente, los ejercicios de relajación ayudan a practicar la escucha, pero es muy necesario que, antes incluso de hacer el ejercicio, se escuchen a sí mismos: cómo están, cómo se sienten ante el hecho de hacer un ejercicio de este tipo. Por eso, recomiendo dedicar un rato a explicar la totalidad del ejercicio, dejando claros estos puntos:

- El silencio es necesario para relajarnos, y lo creamos entre todos.
- Es necesario estar mínimamente motivado; por eso, es mejor plantear el ejercicio como voluntario.
- Si tú no quieres o no puedes relajarte hoy, deja que lo haga tu compañero. “No molestar” es el lema básico durante una relajación.
- La forma de disponer el grupo en el espacio es importante, y es bueno explicar al

grupo antes de comenzar el ejercicio cómo nos colocaremos en el espacio.

- En la relajación sentados y de pie es recomendable ponernos en círculo o en filas, de manera que los de la segunda fila se sitúan en los espacios libres que hay entre persona y persona, y así sucesivamente, dependiendo de si hacemos más de dos filas.
- En la relajación tumbados les indicamos que se distribuyan bien por toda la sala y que se tumben boca arriba, lo más separados posible unos de otros, alejados de las paredes. Si disponéis de material suficiente, que cada chaval coja una manta o un cojín para ponerlo debajo de los muslos. Si tenéis dos por persona, mejor: que cada uno coja dos cojines o mantas enrolladas y se ponga una debajo de la cabeza y otra debajo de los muslos. El animador supervisa que se coloquen correctamente los cojines, especialmente los de las piernas.
- Otros avisos importantes que podemos dar mientras se colocan, o antes incluso, son el de qué hacer en caso de mareo o de ataque de tos (dos cosas muy normales en una relajación tumbados). Les indicamos que lo único que han de hacer en ese caso es abrir los ojos, ponerse de medio lado con las piernas encogidas y ver si se les pasa; si no es así, se incorporarán poco a poco, quedándose sentados en la esterilla. Si necesitan agua, no tienen más que levantar la mano y el animador se la dará.

### *El trabajo corporal: ¿cuándo?*

Aunque aquí el enfoque está dirigido a la pastoral juvenil, es evidente que, en lo que al trabajo corporal se refiere, cuanto antes se comience a trabajar, mejor. Recibir desde niños una catequesis o un pastoral que lo incluya como contenido

prepara perfectamente el terreno para poder profundizar y alcanzar mayores honduras en la adolescencia y la juventud.

En otro orden temporal, podemos traducir este “¿cuándo?” como “¿en qué momentos es aplicable el trabajo corporal?” A nuestro modo de ver, un ejercicio de relajación o de conciencia corporal puede ser un óptimo previo a una sesión de catequesis, a un momento de oración... Del mismo modo, también puede convertirse en una maravillosa forma de concluir un sesión de trabajo. Relajar al grupo para comenzar o para terminar. Visualizar lo que se trabajará con otras técnicas o lo ya trabajado... Esto en lo que se refiere a la relajación, pero podríamos decir lo mismo de todo lo que hemos mencionado.

Sin embargo, el trabajo corporal no tiene por qué ser sólo una actividad de preparación o de conclusión. Puede ser, y deberá ser en muchos momentos, una actividad con peso propio. Podemos crear sesiones que sean en su totalidad trabajo corporal, utilizando varias técnicas.

Por último, es conveniente advertir que todas las técnicas mencionadas requieren ir profundizando en ellas. No pasa nada por repetir algunos ejercicios; es más, resulta conveniente en el caso de las relajaciones, de los ejercicios de conciencia corporal y del trabajo de la voz.

### *El trabajo corporal: ¿quién?*

Llegados a este punto, quizá nos preguntemos “¿quién puede hacer todo esto?”, nos digamos “¡yo no tengo formación en esos campos!” o tal vez surja otra exclamación: “¡Yo no tengo edad para hacer esas cosas!”. Es aquí donde debemos ser muy sinceros con nosotros mismos. Si creemos de verdad que es imprescindible hoy incluir el trabajo corporal en la pastoral juvenil, entonces se trata simplemente de descubrir de qué

manera lo puedo aplicar yo. Cuáles son mis límites por formación y edad, pero también cuáles son mis posibilidades. En lo referente a los límites formativos, se trata simplemente de buscar cómo formarse. Desde luego, hoy en día no hay ciudad grande o pequeña en la que no haya cursos sobre técnicas de relajación, *tai-chi*, etc. Se trata de buscar, de ver qué es lo que los chavales necesitan y lo que yo puedo asumir. En cuanto a los límites por edad, aquí ha de funcionar el sentido común. Es el propio pastoralista el que tiene que escuchar a su cuerpo para descubrir límites y posibilidades.

En este sentido, el trabajo corporal seguramente nos abre más a la necesidad de trabajar en equipo. Quizá yo no sé trabajar la voz ni voy a poder prepararme para ello, pero a lo mejor en mi parroquia, en mi contexto pastoral, hay personas que saben y, con ellas, mano a mano, podemos crear algo con ilusión. Tampoco es descartable invitar a nuestras sesiones de trabajo, convivencias, retiros, etc., a personas especializadas que puedan ofrecer un taller a los chavales.

## Conclusión

Hemos querido presentarte una manera de entender y de trabajar la corporalidad en el ámbito de la pastoral con adolescentes y jóvenes. No es la única, ni la mejor. Tras leer estas líneas, te pasamos el testigo en esta carrera de fondo: te toca a ti pensar, crear y recrear este tema de la forma que consideres más conveniente para los chavales. Hay múltiples maneras de ser adolescente y joven, y varían en función de múltiples elementos. Por eso, quizá, lo que te proponemos aquí deba ser repensado si quieres aplicarlo con tus grupos. Ése es tu trabajo. La vida es evolución, cambio. Lo que hoy funciona quizá mañana no sirva. Lo que ayer desechamos seguramente en otro momento debamos retomarlo.

## Cuerpo y vida

Para terminar, te ofrecemos estos dos testimonios en torno al cuerpo. Puede ser un buen final para relajarse, cerrar los ojos y respirar hondo dando gracias a Dios por ser hombres y mujeres en un cuerpo, desde un cuerpo, llamados a formar un solo cuerpo en Cristo.

El primero es una carta que Mari Patxi Ayerra escribe a sus hijos, en la que nos dice muchas cosas bellas sobre la corporalidad. Es la visión de alguien con mucho camino hecho, con mucha vida vivida, con mucha sabiduría acumulada y compartida.

### *Carta a mis hijos Marta y Javier*

Queridos hijos: esta carta va dirigida a los dos porque nacisteis el mismo día. Sé que sois muy distintos y que no os suele gustar leer las mismas cosas, pero en esta ocasión quiero que vaya dirigida a los dos precisamente por eso, porque sois tan maravillosamente distintos por vuestras diferencias de mujer y de hombre. Me parece importante que tanto uno como otro tengáis una buena relación con vuestro cuerpo y conozcáis su funcionamiento, así como el del otro sexo.

Llegasteis a este mundo uno detrás de otro, con unos minutos de diferencia. Ya dentro de mí estaban vuestros cuerpos juntos. Luego habéis jugado durante mucho tiempo, juntos y amigos, hasta que las diferencias os separaron. De pronto un día, a ti, Marta, tu hermano te resultaba un poco “burro” y a ti, Javier, tu hermana te parecía “mimosa”. Uno tenía preferencia por los coches, mientras que la otra quería jugar a las mamás con todo lo que tenía alrededor.

Crecisteis juntos, compañeros de juegos y de colegio, pero es ahora cuando más se diferencian vuestros cuerpos. Tú, Marta, te estás haciendo mujer. Tu cuerpo se va curvando, se está poniendo precioso, atractivo, femenino. Van tomando forma tus pechos, que se adivinan bajo tu ropa; nace vello en tu pubis y en las axilas, y pronto tendrás la primera regla. Todo esto parece un poco caótico, pero es lo normal.

Mientras, tú, Javier, también vas cambiando, y no sólo porque te crecen brazos y piernas, manos y cuello demasiado deprisa, como a tu hermana, sino porque también tu pene está creciendo y dejándose notar, al igual que los testículos. También tus axilas y tu pubis se han cubierto de vello. Pero es tu voz lo que más se nota diferente en esta época de la vida. Parece que todo tu cuerpo de hombre grita que ya no eres un niño.

Lo que está ocurriendo en vuestro cuerpo es que el organismo está poniendo en marcha un nuevo sistema hormonal. Es posible que os sintáis un poco torpes en este cuerpo nuevo. Os miraréis una y otra vez en el espejo para controlar la forma y el tamaño. Quiero recordaros que vuestro cuerpo se va preparando para el amor, para la comunicación, para el encuentro hombre-mujer. Todos los cuerpos son diferentes. No hay dos mujeres con el pecho igual, como no hay dos hombres con el mismo tamaño de pene. Os recuerdo a los dos que el tamaño no guarda relación con el placer sexual.

Vuestro cuerpo se está transformando, pero también dentro de vuestra personalidad se está produciendo un cambio tremendo. Ya no pensáis ni sentís de la misma manera. Ya vais teniendo vuestra propia opinión en muchas cosas. Os gusta contrastarla con la de los adultos, y eso está muy bien, para que cada uno os hagáis un ser independiente, que sabe ocupar bien su lugar en el mundo, que está reservado sólo para él.

También habrá momentos en los que nos os aguantéis a vosotros mismos. Estáis raros, picajosos, susceptibles y maravillosamente encantadores al mismo tiempo... Es normal, todos hemos sido un poco insoportables en la misma etapa de la vida y todos tenemos derecho a cambiar de humor. Pero en vuestra edad se nota mucho más, y eso os hace sentirnos mal. No pasa nada y, aunque a veces nos impacientemos, que sepáis que nos tenéis incondicionales a todos los de la familia. Os ayudaremos a pasar esta etapa lo mejor posible y recordad que a vuestros hermanos también les llegará.

Cuando tengáis ratos de melancolía o deseéis encerraros en un mutismo total, para no ver ni oír a nadie, pensad que es vuestro lío psicológico natural el que os mantiene así, pero no os toméis demasiado en serio. Al momento siguiente posiblemente estéis de nuevo encantadores y dicharacheros. Ser

adolescente significa sufrir y disfrutar, amar y odiar, quererlo todo de una vez o pasar olímpicamente de todo lo que te rodea.

Queréis aprenderlo todo, vivirlo todo, verlo todo..., es vuestro derecho a la experiencia, a la vivencia, a conocer y disfrutar, ya que en cada uno de vosotros hay un mundo interior y exterior por descubrir y queréis hacerlo solos. Pues sabed que aquí, muy cerquita, está vuestra familia, que os quiere, confía en vosotros y os tenderá una mano siempre que lo necesitéis.

Creced, disfrutad, amad mucho. Aprended los dos cómo es el cuerpo de una mujer. El milagro que se produce cada mes dentro de su cuerpo, preparado para la maternidad, como se prepara la habitación a un invitado que anuncia su visita. Luego no viene y se renueva el dormitorio. Eso pasa con la sangre que regula la mujer cada ciclo y que volverá a acumularse en espera de ser fecundado. Aprended también lo que le ocurre al hombre con sus poluciones nocturnas, que le sorprenden; con su sexualidad, más externa que la de la mujer. Es precioso pensar que cada uno de vosotros podrá vivir un día la maternidad o la paternidad si así lo decidís. Vuestro padre y yo tuvimos la suerte de vivir la espera de vosotros dos, que ocupabais más sitio que otros, dabais más guerra que otros y costó sacaros adelante. Hoy nos parece mentira que aquellos dos seres os hayáis transformado en ese hombre y esa mujer que tanto ocupan en esta casa.

Los hombres y las mujeres somos muy diferentes, incluso en alguna etapa de la vida parece que somos incompatibles..., pero no es así. Dios nos ha creado complementarios, con unas capacidades especiales a cada uno. Y cuando en el encuentro hombre y mujer cada uno ayuda al otro a sacar lo mejor de sí mismo, los dos se vuelven unos seres fantásticos, completos, armónicos y plenos. Porque las mujeres tenemos unas cualidades femeninas, como son la ternura, la estética, la sensibilidad, y los hombres otras cualidades masculinas, como la lógica, la concreción, la racionalización. Pero dentro de cada persona están dormidas esas capacidades del sexo contrario, y al vivir el amor la mujer se hace más práctica, más astuta, más racional, y el hombre se hace más sensible, más tierno, más exquisito. Y ésa es la maravilla de la pareja, que hace a cada uno aún mejor.

Javier, respeta a todas las chicas con las que trates como te gusta que respeten a tu hermana, y tú, Marta, haz lo mismo: trata a todos los chicos como te gustaría que tu hermano fuera tratado. Pensad que los cuerpos y la personalidad de los demás son tan sagrados como los vuestros.

La sociedad gasta muchas energías en marcar la diferencia entre hombre y mujer, pero no ayuda nada a que nos complementemos, a que nos hagamos amigos, a que nos hagamos el uno al otro más pleno, más persona. Vosotros dos, Marta y Javier, sed de los que construyen una sociedad nueva donde vivan bien hombres y mujeres, donde todos nos ayudemos a crecer, a desarrollar lo mejor que llevamos dentro y a vivir nuestra propia inclinación sexual, que no todos la vivimos de la misma manera.

Este mundo os necesita. Quizás cada uno de vosotros forme una familia donde se viva el amor, donde nazcan unos hijos felices, constructores de ese mundo nuevo que está por hacer, porque —se me había olvidado recordaros— el mundo anda muy pachucho, hay mucha desigualdad social, sexual, racial, y hace falta gente maja que aporte su grano de arena para que esto funcione mejor.

Hoy le pido a Dios, que os quiere y os conoce todavía más que yo, que os mantenga bien abrazados, que os sugiera el mejor modo de crecer, de amar, de vivir y de gozar..., y que os prepare para que con vuestra presencia desaparezcan algunas de las heridas que entorpecen la felicidad de tanta gente.

Marta, Javier, que viváis la vida con los cinco sentidos; mejor dicho, con los siete, también con sentido del humor y con sentido común. Que no se os quede nada por disfrutar, por amar, por mejorar... Os quiero mucho.

*Mamá*

El segundo testimonio es de David Rosco, cantante, actor, seguidor de Don Bosco como laico. Lo que nos dice está lleno de ilusión y habla de compromiso, de horizontes abiertos. Es el testimonio de un joven.

### *Mi experiencia personal*

En este texto pretendo explicar simplemente mi experiencia personal con la corporalidad: cómo me ha ayudado en mi relación con los demás y en mi ámbito profesional.

Desde pequeños, dentro del seno familiar, hemos tenido muy presente el cuerpo. Para mis padres siempre ha sido muy importante el contacto, el transmitir el calor del cuerpo, la energía humana mediante el abrazo, el beso, la caricia... y es por ello por lo que me eduqué en un ambiente en el que el cuerpo ocupaba un espacio importante.

En la infancia, mi relación con los demás siempre fue cercana y experimenté cierta atracción por las artes en general: la pintura, la música, el teatro, la escultura... Sentía estas formas de expresión muy cercanas y pensaba que quizá algún día yo podría utilizarlas..., sin saber que desde la infancia ya yo me expresaba corporalmente con los demás. Con el tiempo fui tomando conciencia de lo que quería hacer y empecé a educarme en el campo de la música. Comencé solfeo con 7 años, y sentir que había más niños y niñas como yo, con inquietudes similares, me llenó de alegría y me animó aún más a emprender este nuevo camino de mi vida, el camino del lenguaje musical.

En la adolescencia, a la vez que crecía corporalmente y experimentaba cambios en mi físico, comencé a experimentar también el placer de componer mis primeros temas para expresar lo que sentía mi cuerpo. Era una vía de escape que me ayudaba a desnudarme interiormente ante los demás, y me sentía a gusto, limpio y realizado.

En esos temas expresaba mis sentimientos con los demás —sobre todo con las mujeres—, mis alegrías, mis penas, mis experiencias íntimas con el sexo opuesto...

Por aquel entonces, también crecían en mi interior inquietudes religiosas, y alguien me animó a formar parte de la familia salesiana, una congregación dedicada a la juventud y que trabaja por y para los jóvenes. Me gustaba la idea y empecé a acercarme de forma más activa a la comunidad cristiana de mi pueblo, participando

como animador de jóvenes de mi pueblo, haciendo lo que sabía hacer: comunicarme mediante la música, el baile...

Me sentía tan a gusto que aprendí que la expresión corporal me ayudaba a enseñar y quizás educar a los chavalillos de mi pueblo que empezaban a sentirse atraídos por las mismas inquietudes por las que yo fui seducido en su día. Sentía que yo era quien estaba contribuyendo a aquel milagro, sí, porque me parecía un milagro. Dios se hacía presente cada día en mi vida cuando un chaval de los que animaba se interesaba por el mundo musical y aprendía a escuchar, a sentir y a disfrutar de las notas musicales y de todo lo que en ellas se podía experimentar.

Quería más, necesitaba más experiencias de este tipo, y comencé a educarme en el campo de la interpretación: consideraba necesario aprender cómo transmitir mis canciones, que fueran más sinceras, más cercanas para cada uno de aquellos que podían escucharlas en algún momento determinado, y fue así como emprendí un nuevo viaje, esta vez por el mundo de la interpretación. Esta experiencia fue todavía más intensa... Te acercas más a tu cuerpo; en esta ocasión, a desnudarlo más físicamente, pero sin dejar de lado el interior. Tienes conciencia de que somos un cuerpo, de que somos inquilinos de un cuerpo determinado. Los cuerpos pueden ser grandes, pequeños, gordos, flacos, velludos, etc., pero todos están formados por personas: dentro de cada cuerpo existe un ser único e irreplicable, igual de importante que cualquier otro.

Sentía algo extraño: me costaba más desnudar mi físico que mi interior. Solemos pensar que el interior es más difícil, pero no: me costaba más exponer mi cuerpo físico a los demás que mi alma. Todo esto me hacía plantearme una pregunta: "¿A qué se debe todo esto?". Lo medité, lo estudié y lo valoré, y llegué a la conclusión de que, a pesar de todo, damos más importancia al envoltorio que al producto interior, y es ahí donde nos equivocamos. El interior es mucho más importante, aunque nos cueste mucho verlo.

Hay una frase que, para mí, resume toda esta experiencia vivida durante tantos años de mi vida: "La belleza se encuentra en los ojos de quien la mira".

No sé quién la dijo, pero esa persona tiene toda mi admiración, porque no le falta ninguna razón.

Siguiendo por este camino de la interpretación, se abrió una puerta que me daba la oportunidad de hacer de mi experiencia de vida un modo de vida y, así, poder dedicarme profesionalmente a aquello que desde pequeño me ayudó a crecer como persona, como hijo de Dios y como honrado ciudadano.

Emprendí un nuevo camino con la compañía de teatro musical con la que actualmente estoy trabajando. Es toda una experiencia: compartes inquietudes con gente similar a ti, a tus gustos, pero también te das cuenta de que todos somos muy diferentes. A cada uno le gusta un estilo diferente de música, un estilo distinto de vestir..., pero hay algo que nos une: la música.

La verdad es que mi condición de cristiano practicante es una opción muy poco conocida entre los compañeros de profesión. En un principio te ven como un bicho raro, pero luego te das cuenta de que esta profesión es muy tolerante y de que nadie discute ni cuestiona la tendencia religiosa de cada cual.

David Rosco

## Bibliografía

- Anatrella, T., *El sexo olvidado*, Sal Terrae, Santander 1994.
- Ayerra, M. P., *El regalo de la sexualidad*, Reinado Social, Madrid 1998.
- Cautela, J. – Groden, J., *Técnicas de relajación para adultos, niños y educación especial*, Martínez Roca, Barcelona 2002.
- Chun-Tao Cheng, S., *El Tao de la voz, la vía de la expresión verbal*, Gaia, Madrid 1993.
- De Souzaenelle, A., *El simbolismo del cuerpo humano*, Kier, Buenos Aires 1997.
- , *La palabra en el corazón del cuerpo*, Kier, Buenos Aires 1997.

- Endredy, J., *Caminatas para el cuerpo y el espíritu*, Gaia, Madrid 2002.
- García Monje, J. A., *Treinta palabras para la madurez*, Desclée de Brouwer, Bilbao 1997.
- Germain Blandine, C. – Lamotte, A., *Anatomía para el movimiento*, tomos I y II, La Liebre de Marzo, Barcelona 2006.
- Hernández, V., *La expresión corporal con adolescentes*, CCS, Madrid 2000.
- Instituto Español de Focusing: [www.focusing.es](http://www.focusing.es).
- Irwin, E., *Relajación curativa*, Paidós, Barcelona 1999.
- Pintanel, M., *Técnicas de relajación creativa y emocional*, Paraninfo, Madrid 2005.
- Rincón, D., *El poder de la relajación creativa*, Ediciones del Baile del Sol, Tenerife 1999.
- Rizzi, G., *Quiero aprender a amar*, CCS, Madrid 2008.
- Rubia, F., *La conexión divina: la experiencia mística y la neurobiología*, Crítica, Barcelona 2002.
- Whitw, R., *Cómo trabajar los chakras*, RCR, Barcelona 1995.



# Red

Maite Valls  
Koldo Gutiérrez  
Ignacio Dinnbier

## Introducción

Acabamos de iniciar el Año Paulino, convocado por Benedicto XVI con motivo del segundo milenio del nacimiento del apóstol de los gentiles. Serán muchas las iniciativas que nos ayudarán a acercarnos a la vida y el mensaje de quien fue alcanzado por el Señor Jesús e hizo de él un servidor del Evangelio.

Lo imponente de su personalidad y su obra deja en la sombra a aquella multitud de hombres y mujeres que colaboraron en sus iniciativas evangelizadoras. Aristarco, Marcos, Epafras, Síquico, Enésimo, son algunos de los nombres que pueblan las cartas paulinas a las iglesias dispersas por todo el orbe conocido.

El trabajo denodado de unos, la oración insistente de otros, la hospitalidad de no pocos, el acompañamiento en los momentos de cautiverio, el apoyo económico en medio de la penuria, la visita a las comunidades en nombre del apóstol..., son incontables las acciones que se enumeran en los escritos de Pablo y que reflejan el dinamismo evangelizador de aquellos primeros cristianos. Acciones que hacen realidad la enseñanza paulina: “Siendo muchos los miembros, el cuerpo es uno solo”. Un cuerpo eclesial diverso, plural, pero vivificado y unificado por la acción del único y mismo Espíritu, que es quien “la activa, dando a cada uno lo que a él le parece” (1 Cor 12,11)

Dos mil años más tarde, este mismo Espíritu sigue suscitando la diversidad y la comunión en la Iglesia. Dos mil años más tarde, este mismo Espíritu nos sigue lanzando a las ágoras en donde se alzan voces tan distintas para seguir anunciando que es cierto: el Señor ha resucitado. En estas ágoras nos estamos encontrando y reconociendo en una misma fe confesada y profesada, anunciada y proclamada a tiempo y a destiempo. En estas ágoras estamos creando vínculos concretos que expresan la comunión eclesial de forma nueva.

*Redes* es una palabra que hemos incorporado a nuestro acervo evangelizador. Una palabra que hace referencia a esos nuevos vínculos, a esos proyectos compartidos, a esas iniciativas comunes en favor de la evangelización.

Redes que afectan a cuestiones que iremos abordando en una primera parte: el trabajo en red en la pastoral juvenil diocesana, los recursos compartidos, las plataformas de evangelización, las sinergias entre vida diocesana-religiosa-laical, la red de redes que es Internet... Redes que se están haciendo realidad en diversos proyectos y que presentamos en una segunda parte.

## **Trabajo en red en pastoral juvenil diocesana**

“Que todos sean uno como tú, Padre,  
estás en mí y yo en ti” (Jn 17,21)

Al poner en relación la palabra “red” con la expresión “pastoral juvenil” nos encontramos con significados sugerentes.

El diccionario de la RAE define red como un “conjunto de personas relacionadas para una determinada actividad”. Nos presenta una imagen: “conjunto de ordenadores o de equipos informáticos conectados entre sí”. Unas personas, unos grupos, unos colectivos. Unas relaciones

con una finalidad entre esas personas, esos grupos, esos colectivos. La imagen de los ordenadores nos habla de autonomía y de relación, de comunicación de información y de potenciar la capacidad de cada uno.

Al hablar de pastoral juvenil nos referimos a las “acciones de la comunidad eclesial con los jóvenes y para los jóvenes, en quienes ella desempeña su papel constitutivo y original de llevar a cabo la salvación en su situación concreta”<sup>1</sup>.

En la Iglesia hay diversas formas de entender y hacer pastoral juvenil, hay diversos modelos. Hay quien subraya aspectos más objetivos, hay quien destaca aspectos más existenciales, y otros hacen más insistencia en el sujeto comunitario de estas acciones pastorales. Unos y otros, todos, hablan de la gran dificultad para el trabajo con jóvenes hoy. No es tiempo de certezas, sino de búsquedas. La gran certeza en pastoral juvenil es su finalidad, el encuentro salvador con Jesucristo. Los caminos para llegar a esta meta se nos presentan entre brumas, no siempre con claridad, por eso este tiempo es de búsquedas.

La pastoral de la Iglesia ve aquí una oportunidad y una urgencia. Es así que hoy nos encontramos con muchas diócesis haciendo un gran esfuerzo de reestructuración pastoral. Se buscan nuevas formas de hacer, surgen nuevas estructuras pastorales, el sujeto pastoral se organiza de otra manera, hay equipos ministeriales donde se potencian las distintas vocaciones eclesiales.

También en las congregaciones, en los movimientos y en las asociaciones eclesiales se participa de esta manera reticular de organizarse. Equipos de pastoral relacionados entre sí; presencia activa de laicos y laicas vocacionados compartiendo carisma y misión. Se buscan apoyos, alianzas y

---

<sup>1</sup> *Diccionario de catequética*, CCS, Madrid 1987, p. 634.

sinergias. Se va asentando un convencimiento adquirido desde la experiencia: “Juntos somos más, hacemos más”.

La pastoral juvenil se apunta a este movimiento. Las delegaciones diocesanas de pastoral juvenil adquieren un nuevo protagonismo y una responsabilidad, no exentos de dificultades.

El protagonismo lo da esa clave conciliar donde se afirma la importancia de la iglesia local. Es en la iglesia local donde somos cristianos, donde bajo el ministerio pastoral de un obispo construimos la Iglesia, el pueblo de Dios. Los distintos carismas están invitados a ofrecer su originalidad carismática a la iglesia local. La iglesia local reconoce y valora esta gracia carismática.

Este planteamiento tiene sus consecuencias prácticas. En primer lugar, hay que notar que para integrar bien nuestros esfuerzos, para trabajar en red, debemos tener en cuenta la propia identidad de los sujetos y los grupos, el propio carisma. No hacemos ningún favor a la pastoral juvenil si relativizamos lo que somos. Cuando todos parecemos tan iguales, cuando no respetamos el carisma propio, cuando estamos desbocados en el hacer cosas, podemos pecar de un testimonio genérico y más bien plano. Este peligro ha sido muy real en la Iglesia. La clave quizá vaya en la dirección contraria: radicalizando lo que somos, en el sentido de ir a la raíz, aportamos más.

Los carismas han sido suscitados por el Espíritu para el bien de la Iglesia. Hablar de las dificultades no es echar un jarro de agua fría a nuestras buenas intenciones, sino ejercitar la prudencia. Algunas de las dificultades que nos podemos encontrar son éstas: pretender consciente o inconscientemente la uniformidad o favorecer el exhibicionismo; buscar resultados rápidos o tener una actitud de lentitud extrema; adolecer de im-

provisación y falta de reflexión o querer “tener todo claro” antes de dar un paso; el autoritarismo y la falta de liderazgo.

Puestos los fundamentos, comentadas las dificultades, es momento de describir algunos aspectos que ayudan al trabajo en red en las delegaciones diocesanas de pastoral.

Nos ayuda tener un plan de trabajo. La elaboración de este plan hace visible si lo que quiero es buscar apoyos, alianzas, sinergias o, por el contrario, imponer una visión pastoral. Tiene que ser un plan pastoralmente atractivo y debe suscitar adhesiones. El plan de trabajo ha de contar con una colaboración amplia de asociaciones, movimientos, grupos. Mejor y más útil que un plan perfecto es un plan con alma y dirección.

Para sostener y aplicar este plan hay que intentar generar redes a todos los niveles. Por lo tanto, hay que aunar esfuerzos y hacer alianzas. Redes donde se potencie, como ya hemos dicho en otros lugares, la autonomía y también la relación. Redes donde fluya la comunicación de información y se valore la originalidad de cada grupo, congregación, movimiento o asociación. La fotografía que visibiliza esta red son equipos de trabajo donde tengan un hueco los grupos, las congregaciones, los movimientos, las asociaciones. Redes, equipos, que en ocasiones también rezan juntos, comparten su fe. No somos un equipo de trabajo más, sino que somos equipos de pastores, de creyentes con encomiendas pastorales.

Es imprescindible un liderazgo con unas características determinadas. Estamos necesitados de líderes que sepan implicar, que sepan delegar, que no necesiten el continuo reconocimiento de los demás. Éste es uno de los carismas personales más urgentes hoy. “La coordinación exige el esfuerzo de abrirse a los demás, de reco-

nocer que nadie es autosuficiente, de escucha paciente, etc., pero también es fuente de gozo fraternal y de eficacia apostólica... Uno crece cristianamente cuando hace crecer a los demás”<sup>2</sup>.

Trabajar en red en pastoral juvenil es como trabajar juntos confeccionando un hermoso tapiz. Cuando uno aporta su hilo quizá no vea la importancia, pero la aportación de ese hilo, con sus nudos y oscuridades, ayuda a que el tapiz adquiera toda su belleza.

## Trabajo en red en plataformas evangelizadoras

“¡Ay de mí si no anuncio el Evangelio!”  
(1 Cor 1,17)

Por “plataforma evangelizadora” entendemos todo lugar o realidad donde se desarrolla una acción evangelizadora. Para poder ser reconocida como tal se necesitan una comunidad y un proyecto evangelizador. Una escuela, una universidad, una parroquia, un oratorio o un centro juvenil, una institución caritativa, un proyecto social, un medio de comunicación social, pueden ser plataformas evangelizadoras.

Pablo VI, en el año 1975, al presentar la encíclica *Evangelii nuntiandi*, reconocía que la evangelización es la tarea primera de la Iglesia. Ponerse al servicio de esta tarea requiere una doble fidelidad. Por una parte, ser fiel al mensaje recibido; por otra, ser fiel a las personas. El papa hablaba de nuevos tiempos para la evangelización. Ya han pasado tres décadas, y este mensaje sigue siendo actual. El proceso de secularización

---

<sup>2</sup> Conferencia Episcopal Española, *Proyecto marco de pastoral de juventud*, CEE, p. 62.

de las sociedades no ha disminuido, sino más bien se ha acelerado, y en este proceso se acentúan hoy ciertos aspectos: la sociedad es más plural, hay nuevos estilos de vida y nuevas escalas de valores.

“Evangelizar significa para la Iglesia llevar la Buena Nueva a todos los ambientes de la humanidad y, con su influjo, transformar desde dentro, renovar a la misma humanidad” (*Evangelii nuntiandi*, 18). Desde este dinamismo, la evangelización puede ser actualizada desde muchos aspectos: anunciar el Evangelio, dar testimonio, educar en la fe, celebrar la fe mediante los sacramentos, impregnar y transformar la realidad...

Nos acercamos a las plataformas evangelizadoras fijándonos en el trabajo en red. Ya hemos dicho que las plataformas evangelizadoras necesitan una comunidad y un proyecto, es decir, un grupo humano con identidad y con una misión.

Podemos fijar nuestra mirada hacia dentro de ese grupo humano y, también, podemos fijar la mirada en las relaciones con otros grupos con una misión similar. Dentro y fuera se habla de trabajar en red.

### *Mirando dentro*

Lo primero que podemos constatar es que el sujeto evangelizador se ha enriquecido. La crisis vocacional en general y la escasez de vocaciones de especial consagración han propiciado un redescubrimiento de la vida entendida como vocación. Dios llama y nosotros respondemos, y en este diálogo asentamos nuestra vida. Por eso podemos decir que somos buscadores y misioneros, testigos y mensajeros.

Descubrir estas vocaciones, profundizar en su identidad e impulsar la misión son objetivos de muchas congregaciones, movimientos y parroquias. La primera consecuencia visible es que

podemos ver un buen número de laicos con clara conciencia de identidad carismática y de misión. Con su presencia, los proyectos pastorales se han revitalizado y enriquecido.

Hay una nueva forma de organizarse para la misión. Se habla de corresponsabilidad, de colaboración, de participación, de aportación específica de cada uno. Se habla de trabajar con proyecto y con mentalidad de proyecto. Se habla de programas de mejora continua y de calidad. No es un camino exento de dificultades, y es conveniente más de una conversión a esta mentalidad.

No es extraño el esfuerzo por cualificar la misión. En estos años se han intensificado los planes formativos. La mayoría de estos planes pivotan en dos núcleos de interés: identidad y misión. Fortalecer la identidad es responder a esta pregunta: “Desde dónde hago lo que hago”. Fortalecer la misión es hacer visible la originalidad de cada carisma a la hora de llevar a cabo la evangelización. Estos planes formativos suelen tener también como criterio unir responsabilidad con formación. La responsabilidad se traduce en unas funciones, unos procesos.

Cada plataforma evangelizadora (escuela, universidad, parroquia, centro juvenil, proyecto social, medio de comunicación...) se organiza de una manera u otra. No todas las plataformas evangelizadoras han dado los mismos pasos y con igual intensidad y decisión, pero podemos decir que el camino está iniciado.

### *Mirando fuera*

Una misma misión ha unido en intereses a distintas comunidades, grupos o colectivos. Pocos piensan hoy que con sus solas fuerzas pueden responder a los complejos objetivos de la misión. ¿Qué hacer? La respuesta es inmediata: buscar alianzas y trabajar en red.

Se ven colegios, parroquias, universidades, centros juveniles... uniéndose con unos objetivos. Así han surgido uniones. Algunas son más o menos espontáneas; otras se caracterizan por dotarse de una fuerte estructura: federaciones, fundaciones o asociaciones.

Toda iniciativa humana tiene sus luces y sus sombras, sus posibilidades y sus riesgos.

Se facilita el trabajo. Se genera creatividad y una mayor masa de ideas. Se dotan los proyectos de más recursos humanos y económicos. Se ponen en relación grupos de personas.

Pero también podemos ver algunos peligros: se puede crear una estructura excesiva que haga lenta y pesada la misión; se puede ahogar la espontaneidad y la vida; se puede hacer dejación de responsabilidades.

## Misión hoy

“Os aseguro que si el grano de trigo caído  
en tierra no muere, queda él solo;  
si muere, da mucho fruto”  
(Jn 12,24)

Nuestro mundo evoluciona y cambia a gran velocidad; si estás en él te comprometes a vivir a su ritmo y si te “apeas” te arriesgas a quedarte al margen. Si te comprometes a vivir a su ritmo trepidante, en el que uno no se puede parar, en el que se tiene que estar a la altura a nivel profesional, relacional, social e incluso religioso, puede aparecer lo que muchos jóvenes están empezando a percibir en sus vidas: esa duda de si merece la pena mantener este compromiso, ese vago sentimiento que indica que en realidad uno no sabe bien a dónde va, esa casi imperceptible sensación de cansancio existencial donde el entusiasmo y el dinamismo no fluyem como antes.

Poco a poco va emergiendo esa pregunta o esa búsqueda para poder ir a la profundidad de uno mismo y encontrar en la propia esencia la respuesta anhelada, la luz que guía, el agua que apacigua. Pero a veces esa búsqueda se hace interminable, quizá porque se busca en cualquier sitio y de cualquier manera o sin rumbo claro. Podría decirse que la realidad recuerda el texto en el que Jesús nos habla de las ovejas sin pastor o de la oveja perdida, cuando Jesús va en busca de esa oveja perdida. Todo ello apunta a una realidad de artesanía pastoral, de acompañamiento personal, donde el proceso es tan complejo que implica una aproximación diferente, en la que uno debe descalzarse porque es “terreno sagrado”.

Durante muchos años, la Iglesia ha podido evangelizar a las personas que venían a escuchar. Las distintas congregaciones e institutos —en definitiva, la Iglesia— podían, desde su riqueza y desde la variedad de los carismas, evangelizar y transmitir el deseo de Jesús.

La situación social, cultural y política del momento permitía con cierta facilidad, aunque no exenta de dificultades, actuar y vivir desde la individualidad y desde la profundización de la propia riqueza carismática. Sin embargo, el cambio de paradigma al que estamos asistiendo implica plantearnos colectivamente nuestro modo de estar, nuestro modo de hacer y nuestro modo de ser.

Quizá ha llegado ya el momento, y sería el *kairós*, el momento de Dios de ser capaces de mirar el mundo colectivamente, no desde nuestra propia individualidad, sino formando parte todos y todas de una misma realidad de vivir y transmitir ese mensaje-deseo de Jesús. Quizá ha llegado ya el momento de ser capaces de tender puentes y colaborar conjuntamente en esa misión.

Quizá ha llegado ya el momento de ser capaces de renunciar a nuestras parcelas, de renunciar

a nuestros limitados puntos de vista y perspectivas..., y sumarnos a una mirada común, global, que incluye las peculiaridades de los demás; quizá ha llegado ya el momento de ser capaces de colaborar en red y de sentirnos implicados también en esa red, en esos vínculos compartidos.

Quizá ha llegado el momento de Dios de profundizar en nuestro modo de aproximación a la realidad y a la humanidad y de descubrir el enorme tesoro que reside en la capacidad de compartir nuestros carismas, nuestros modos de ser, de estar y de hacer.

Quizá ha llegado el momento de profundizar los vínculos que nos unen, de romper barreras, de quitar obstáculos, de resolver conflictos y entablar diálogos fructíferos y fecundos que hagan realidad el deseo de Jesús: “Mirad cómo se aman”. Y quizá entonces el testimonio o la pregunta que toque el corazón del joven estará en el mismo vínculo.

Podemos decir que vivimos en un mundo “disociado” donde, por el contrario, “estar conectado” se transforma en una necesidad inherente al ser humano. ¿No habrá llegado ya el momento de pasar de la disociación a la conexión? Si queremos “llegar”, conectar con los jóvenes, no podemos estar “fuera de cobertura”. ¿No será que ha llegado ya el momento de construir juntos esta cobertura, que traspasa nuestros propios límites y seguridades? ¿No habrá llegado ya el momento de vivir un nuevo estilo de misión, donde la palabra “compartida” llene de sentido nuestro quehacer y donde la fuerza se ponga más en los vínculos y en lo que éstos aportan de novedoso y experiencial que en los grandes planes pastorales basados en iniciativas individuales?

De un solo instrumento puede sonar una bella melodía, pero con una orquesta pueden llenarse todos los huecos de la sala y del corazón de las personas. Las notas y los acordes se entrelazan

y tocan el corazón humano, y parece que las notas llaman a nuevas notas y emergen nuevas voces y se crea la armonía. Quizá así se puede despertar una cuerda del corazón humano que de otro modo no sería posible. Quizá ha llegado el “momento de Dios” de convertir nuestra pastoral de jóvenes en una orquesta donde cada instrumento deje emerger sus notas y juntos consigamos la armonía que sintoniza con el corazón del joven que está esperando “conectar”.

Quizá ha llegado el momento de Dios de recoger y volver a sembrar el fruto de ese grano de trigo que ya ha caído en tierra y ha muerto, y nos ha dado un testimonio de entrega compartida y nos llama, sin miedo, a asumir un nuevo reto, una nueva aventura, una nueva esperanza y un nuevo sueño de creer en nuevas posibilidades, a las que sólo podemos llegar todos juntos.

## Pluralidad y comunión

“¡Pero, Señor, si llevamos toda la noche echando las redes y no hemos conseguido nada...!”

La red puede ser una trampa como esa tela de araña en la que uno o varios quedan enmarañados, donde pierden su libertad y su autonomía... La red puede significar la “pesca” de los peces y de las personas... Y puede ser también la red del trapicista que le salva de la caída al vacío y le da seguridad. Y la red puede ser también, entre otras muchas cosas, una nueva forma de pensar, una nueva forma de colaborar distintas instituciones compartiendo estilos, misiones, carismas, formas de hacer y de ser..., poniendo en juego las potencialidades de cada uno.

Quizá puede ayudarnos la imagen de un ecosistema. La red puede significar la creación de un nuevo ecosistema que da vida a nuevas relacio-

nes, nuevas estructuras, nuevas formas de pensar, de dialogar, de sugerir y de sentir.

En un ecosistema todo está en equilibrio y todos y cada uno de sus miembros tienen un sentido, una función, un porqué y un para qué. Un ecosistema es más que la suma de sus especies, porque un ecosistema genera y engendra vida en sí mismo.

Este ecosistema de vida implica, para poder ser, una renuncia a lo propio y particular, para poder generar algo nuevo; se trata de una fecundidad que es imposible de conseguir uno solo, porque necesita de los demás.

Esta fecundidad, a su vez, crea unos vínculos y lazos que dan fortaleza al ecosistema en sí mismo y a los propios miembros. Vínculos que enriquecen, posibilitan y capacitan. Y lo nuevo creado está teñido del color y el sabor de estos lazos, y éstos, a su vez, te vinculan a la unidad, al conjunto.

“Las primeras comunidades pusieron todo en común”. En el fondo, tenemos un primer ejemplo de red en las primeras comunidades, que pasaron de la individualidad a la comunión y desde esa realidad fueron construyendo su vida.

La red es la posibilidad que conecta a los contrarios entre sí y facilita el intercambio, el compartir, el dar y el recibir. Posibilita la pluralidad y lo concreto, la autonomía y la comunión. Permite mantener la idiosincrasia de cada uno y poner en relación y en juego los elementos comunes.

Este ecosistema implica abrirse a nuevas posibilidades insospechadas en un inicio; significa darse cuenta de la grandeza de poder llegar a ser lo que nunca se había soñado, porque lo que nace es nuevo. Implica la igualdad, estar “de tú a tú”, de igual a igual, para poder entablar el diálogo previo y después dejar fluir...

En esta estructura de red caben todos los que luchan por un nuevo estilo plural y que posibilita la comunión.

A veces puede resultar más fácil trabajar y pensar uno solo, pero, sin duda, es mucho más enriquecedor el hecho de ser capaces de crear algo nuevo juntamente con otros y otras, en red, en interrelación.

La imagen del ecosistema de la red nos remonta también a la “multiplicación de los panes y los peces”. Porque fueron capaces de poner en común los propios panes y los propios peces, porque fueron capaces de confiar en que eso era posible y de confiar en los demás, se produce el milagro de la multiplicación, el milagro insospechado de la saciedad de tantas personas hambrientas, ¡y, encima, sobran doce canastos llenos! Aún nos queda mucho por descubrir, por profundizar y por penetrar.

La primera parte, el primer eslabón de la cadena, es poner en común, y a partir de ahí “lo común se multiplica”. Eso es quizá lo que se experimenta en esta forma de colaboración: poco a poco, lo que se ha puesto en común se multiplica y a su vez engendra más vida, no exenta de dificultades, de conflictos, que pueden ser “oportunidades disfrazadas” que al quitarles el disfraz las descubres como posibilidades de mayor crecimiento personal y comunitario, y, a su vez, como un proceso de fortalecimiento de los vínculos que poco a poco se han ido creando.

A medida que va pasando el tiempo e intentamos conectar con nuestra sociedad y cultura posmoderna, creo que vamos percibiendo, cada vez más, que todos y todas formamos parte de un Todo. Que estamos más conectados entre nosotros de lo que creemos. Que aunque a veces no nos demos cuenta, nuestras acciones, decisiones y movimientos afectan a los demás más de lo que creemos, y viceversa. Podemos decir, pues, que

todos y todas formamos una unidad y estamos conectados entre nosotros y conectados también con el cosmos, con la naturaleza; en definitiva, con la creación.

Quizá esta nueva forma de colaboración en red signifique también una nueva posibilidad de volver a nuestra esencia, a nuestro origen, a nuestro “sentido”. Quizá cuando el Señor nos dice “volved a echar la red” nos está animando a redescubrir el tesoro que llevamos dentro, todos juntos, en esa comunión. Quizá ha terminado ya la etapa de evangelizar como “francotiradores” y empieza la etapa de poder colaborar juntos siendo conscientes de que somos partes de un todo. Quizá ha llegado ya el momento de decirle al Señor con renovado entusiasmo: “Señor, en tu nombre echaremos de nuevo la red”.

## Internet

“Su Palabra corre veloz”  
(Salmo 147)

El autor del salmo 147 se quedó corto cuando exclamó que su Palabra corre veloz. Ya no es el viento quien la difunde; ahora son la banda ancha y las ondas electromagnéticas sus raudos emisores: *mail*, *web*, *blog*, *wiki*, *intranet*, *podcast*, foros, *skype*, multimedia... Las posibilidades de interaccionar y de hacerlo en tiempo real se han triplicado. Nuestras relaciones se han visto ampliadas con nuevas acciones: navegar, descargar, enviar, compartir, conectar, reproducir, copiar, cortar, pegar, comprimir, descomprimir... En ésas andamos, bregando con las redes que el Señor ha puesto en nuestras manos.

Los sinópticos conservan el mandato del Señor de ir a todos los pueblos y anunciar el Evangelio. Un mandato que, más allá de la tarea que comporta, afecta directamente a la identidad

del aquel primer grupo de discípulos, que se ve transformada: “Desde ahora seréis pescadores de hombres”.

El tiempo pascual hace referencia, justamente, a esa transformación personal y grupal por la presencia del Señor resucitado en medio de ellos. Los relatos pascales lo van detallando y ponen el acento en el paso de la esfera de lo privado a lo público. En este sentido, es paradigmático el relato de Pentecostés, en donde la plaza pública es el ámbito de anuncio. La comunidad conservará el recuerdo de las palabras de Jesús: “Lo que os digo de noche decidlo en pleno día, y lo que escuchéis al oído pregonadlo desde la azotea” (Mt 10,27).

Una de las virtualidades de esta red de redes que es Internet es ofrecernos un nuevo espacio público en el que hacernos presentes para seguir anunciando la Buena Noticia. Sus diversas modalidades nos ofrecen la ocasión para ensayar otras formas de proponer el Evangelio, teniendo acceso a personas que, seguramente, no se acercarían a nuestros tradicionales espacios de evangelización.

A lo largo de la historia, la presencia de la Iglesia se ha ido concretando y haciendo visible en espacios que le eran propios, teniendo el templo un valor preeminente. Estos espacios han sido y siguen siendo los lugares propios de la acción pastoral de la comunidad cristiana, pero son lugares cada vez más ajenos y extraños para nuestros contemporáneos, especialmente para los jóvenes. Basta acudir a una celebración litúrgica en cualquier iglesia para constatar la evidencia.

El Concilio Vaticano II abrió una brecha en esa tendencia en la que mayoritariamente nos habíamos instalado, en la que eran los otros los que tenían que venir hasta donde estamos nosotros, en vez de ir nosotros hasta donde están ellos. Éramos, nuevamente, lanzados al espacio de lo público sin otra autoridad que la otorgada por el servicio al

Evangelio. No ha sido fácil, no está siendo fácil, aprender a situarnos en lo público de esa manera, sabiendo que no tenemos prebendas que nos hagan especiales o distintos.

Entrar en lo público es entrar en la esfera de una pluralidad y diversidad que ya la primera comunidad cristiana se encontró tras Pentecostés. Al ser lanzados por el Espíritu Santo a la plaza pública, tuvieron que vérselas con gente venida de Mesopotamia, Judea, Capadocia, Ponto, Frigia, Panfilia... Y para asombro de los propios discípulos, todos les entendían. Quizá es que se hicieron entender.

Internet nos ofrece un espacio público en el que hacernos entender. Salir a este espacio comporta asumir unos riesgos, como que te digan lo que piensan, que te confronten, que te conduzcan a un debate en el que ya no sirve situarse fuera, mirando los toros desde la barrera.

Es llamativo el modo como nos estamos haciendo presentes por medio de las *webs* y *blogs* con los que hemos inundado Internet. Buscamos darnos a conocer, pero da la impresión de que no siempre buscamos darnos a entender.

Nuestra presencia en la red está más orientada a presentar lo que hacemos, y, evidentemente, es un valor del que muchos se beneficiarán, pero situarnos de esta manera nos da acceso a un sector de la población que puede encontrar en nosotros la ayuda que necesita. La pregunta es sobre todos aquellos que, en principio, no pretenden establecer ese tipo de relación de ayuda.

Hacerse presente en la plaza pública que es Internet pide de nosotros no sólo creatividad y buen gusto, sino también discernimiento para situarnos evangélicamente, para dilucidar cuestiones de fondo y de forma, para identificar cuál es el público al que nos debemos dirigir y los códigos que debemos manejar para hacernos enten-

der por ese público y no por otro. Es una cuestión de inculturación del Evangelio, que pide de nosotros la creatividad de las primeras comunidades cristianas, que se expresaron en los códigos propios de su cultura. En este sentido, habría que tener cuidado en la repetición de tópicos que resultan irrelevantes fuera de nuestros ámbitos eclesiales. Tópicos que encontramos tanto en el lenguaje verbal como en el visual y el musical. Como afirman los obispos del País Vasco y Navarra:

“Nos falta experiencia. No nos resultará fácil desprendemos de actitudes y esquemas de actuación propios del pasado. Acostumbrados a presentar la fe a personas que la aceptaban sin dificultad, no sabemos cómo dialogar con los increyentes y cómo anunciar a Jesucristo a los indiferentes. Entramos en una fase abierta y creativa, llena de posibilidades y estimulante”<sup>3</sup>.

Son estos mismos obispos quienes nos sitúan ante un horizonte que pide un cambio: “Esta pastoral evangelizadora responde a una nueva situación: crisis de fe, abandono de la Iglesia, indiferencia religiosa. Requiere actitudes nuevas: recuperar la conciencia misionera. Tiene objetivos nuevos: anuncio ‘primero’ del Evangelio, llamada a la conversión a Jesucristo, despertar de la fe. Se dirige a nuevas personas: las que han abandonado la comunidad cristiana. Obliga a revisar los contenidos de nuestra pastoral actual: todas las actividades han de adquirir un tono evangelizador y centrarse en lo fundamental del anuncio de la fe. Obliga a revisar la vida y los comportamientos de las comunidades cristianas: revitalización de la comunidad, del testimonio y del compromiso transformador. Obliga a incorporar nuevos métodos: encuentro con personas alejadas y propuesta cordial de la fe. Parte de una

---

<sup>3</sup> Obispos de Navarra y País Vasco, *Evangelizar en tiempos de increencia*, San Sebastián 1994, nº 10.

experiencia eclesial nueva: una Iglesia que trata de recuperar el espíritu de sus orígenes y lo que es esencial a su ser, el anuncio de Jesucristo”<sup>4</sup>.

## Sinergias entre la vida diocesana, religiosa y laica

“He recibido informes, hermanos míos,  
por la gente de Cloe, de que hay discordias  
entre vosotros. Me refiero a eso que  
cada uno por vuestro lado andáis diciendo:  
Yo estoy con Pablo, yo con Apolo, yo con Pedro”  
(1 Cor 1,11-12)

Entro en una conocida página *web* de información religiosa. En ella se alojan numerosos *blogs*. Los hay de todo tipo y pelaje. Unos son de Pablo, otros de Apolo, otros de Pedro. Cada uno pone el acento donde lo pone y percibe desde donde percibe. Hasta ahí, todo normal. No podemos negar que estos espacios *blogeros* y sus incontables foros han posibilitado que nos estemos comunicando en tiempo real, que expresemos nuestras opiniones y pareceres. Bienvenidos a la diversidad y a la variedad.

Sin embargo, cuando entras en algunos de ellos tienes la impresión de haber accedido a un foro de *Aquí hay tomate* en su versión más deplorable, si cabe. Fuegos cruzados que van a dar en el ojo del vecino, sea quien sea y sea como sea. Palabras, en algunos casos, ofensivas, comentarios despectivos, insultos gratuitos. Posicionamientos extremos que muestran las lindezas de las que somos capaces cuando por encima de todo ponemos nuestro derecho a opinar y a cantar las cuarenta a quien toque. Será que somos así de pasionales y viscerales.

Al leer los comentarios de algunos foros se puede reconocer la afición de encasillarnos los

---

<sup>4</sup> *Ibid.*, nº 79.

unos a los otros: los hay progresistas, conservadores, neoconservadores, de derechas, de izquierdas... Esta manía ya le ponía nervioso al mismo san Pablo cuando se enteró de que en la comunidad de Corinto se estaban formando grupos que se disputaban quién era el más auténtico. Aquellas diatribas partidistas que alimentaban los prejuicios y daban pábulo a todo tipo de enfrentamientos entre unos y otros fueron cortadas en seco.

Harto de tantas desavenencias, san Pablo tomó cartas en el asunto: “Fijaos a quiénes os llamó Dios: no a muchos intelectuales, ni a muchos poderosos, ni a muchos de buena familia; todo lo contrario: lo necio del mundo se lo escogió Dios para humillar a los sabios, y lo débil del mundo se lo escogió Dios para humillar a lo fuerte” (1 Cor 1,26-27). No hay nada como el dato de realidad para situarnos de nuevo. A los de Corinto se les fue la mano, y Pablo puso a unos y a otros en su sitio.

En su primera carta a esta comunidad cristiana, les dejó bien claro que todos formaban un mismo cuerpo: “Sois cuerpo de Cristo”, les dijo. ¿A qué vienen, entonces, estos enfrentamientos y divisiones? ¿Es que no sabéis que habéis recibido el mismo Espíritu? Es él quien va trabando la unidad entre la diversidad de los miembros. Es cierto que hay una manifestación particular de este Espíritu en cada uno, ¿pero habéis olvidado que es para el bien común? Esta diversidad “la activa el mismo y único Espíritu, dando a cada uno lo que a él le parece” (1 Cor 12,11). Lo podía decir más alto, pero no más claro.

Aquí reside uno de los puntos esenciales que afectan a la actual evangelización: la confusión entre ser eficaces y dar fruto. ¿No estaremos excesivamente impregnados por mentalidades ajenas al Evangelio? El mandato del Señor Jesús es dar fruto, y lo daremos en la medida en que permanezcamos unidos a él, que es la vida. ¿Bellas pala-

bras? Mucho más: el norte que nos orienta, el horizonte que nos ha sido señalado. Un norte, un horizonte, que deberían estar explícitamente formulados en los pasos que demos en el servicio a la evangelización.

Uno de estos pasos es la sinergia entre la vida diocesana, religiosa y laical. Es evidente que esta sinergia pasa por la determinación de personas e instituciones que toman decisiones en ese sentido, pero hay un espacio común de confluencia que no nos hemos dado a nosotros mismos, sino al que somos llamados, convocados a confluir: la misión de Cristo.

Por ello, las sinergias que se pueden establecer entre nosotros son expresión de esta acción del Espíritu que mueve y dispone que todo sea para la edificación del cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, y para la realización de la misión que le ha sido encomendada. Salirnos de este marco es errar el tiro y edificar sobre arena.

En teoría estaríamos de acuerdo. Las dificultades vienen cuando bajamos al terreno de lo concreto y cotidiano, en donde se pone en evidencia que ni siempre nos movemos en esa dirección ni siempre estamos dispuestos a abandonar todo aquello que dificulta las sinergias entre nosotros. Las dificultades que nos podemos encontrar se nutren:

- De asumir mentalidades ajenas al Evangelio.
- De intereses particulares.
- De las sensibilidades de cada uno.
- De los encasillamientos.
- De los estereotipos.
- De los prejuicios.
- De los protagonismos.
- De un sentir eclesial debilitado.
- De una comprensión gregaria de la Iglesia: “los míos”, “lo mío”.

- De valoraciones parciales.
- Del desconocimiento mutuo.
- Del mantenimiento de posturas encontradas.
- ...

Las sinergias que se pueden establecer entre nosotros ponen sobre la mesa algunas cuestiones que se deben abordar. No hacerlo, además de una temeridad, sería una ingenuidad:

– *La comunión eclesial.* Ésta no es un sentimiento de estar a gusto con quien se está a gusto. No es un consenso entre pareceres diversos. No es uniformidad ni pensamiento único.

– *La misión evangelizadora.* Ésta no es el cúmulo de tareas que realizamos, ni los numerosos proyectos que ponemos en marcha. Confundir misión con tarea y desvincularla de Aquel que la otorga es reducirla a meras acciones cargadas de buenas intenciones.

## Experiencias de redes en pastoral

Dado que en varios sectores ya se está trabajando en red y está resultando una nueva forma de trabajar en pastoral, creemos que es necesario asomarnos a algunas de las iniciativas que ya están funcionando. Por ello, nos hemos puesto en contacto con algunas experiencias y les hemos pedido su reflexión en torno a estas cuatro preguntas:

- ¿Por qué trabajar en red como lo estáis haciendo y no de otra forma?
- Origen de vuestro proyecto.
- Fortalezas y debilidades de trabajar en red.
- Sugerencias para quien se anime a trabajar de esta forma.

Las experiencias a las que nos hemos asomado son éstas:

1. Casal Loyola, de Barcelona.
2. Delegación de pastoral vocacional de la diócesis de Mérida-Badajoz.
3. “Luces en la Ciudad”, de Valencia.
4. Animación y formación de voluntarios en línea pastoral, de Cáritas de Granada.
5. “Plataforma Solidaridad en Marcha”, de Granada.
6. “Todos Uno”, de Brotes de Olivo.
7. Trabajo en red en pastoral juvenil de la Diócesis de Vitoria.
8. “Estació d’Enllaç”, de Barcelona.

## **Casal Loyola (Barcelona)**

### *Origen de vuestro proyecto*

Los Universitaris Loiola (UL) se originaron hace diez años como una iniciativa para unificar las iniciaciones de dos comunidades CVX que había en el Casal Loiola: Berchmans y Fórum. En efecto, cada comunidad tenía su plan de trabajo con los más jóvenes, su iniciación propia. Se vio entonces que el diálogo, el poner en común los recursos y experiencias, podía ser bueno para todos. Y así fue. Miembros de las dos comunidades, junto con un jesuita, elaboraron un proyecto de formación en cinco años bien sólido, que aprobó el Consejo del Casal y se puso en marcha en octubre de 1998.

Es bonito recordar cómo, una vez que teníamos un proyecto bien elaborado, nos encontramos el primer día cuatro posibles monitores esperando a ver quién venía... Y así, tras una espera de una horita, apareció un chico..., luego dos chicas más... y finalmente una cuarta. Les dijimos que, para empezar, lo primero es que ellos se responsabilizaran del proyecto dando voces a personas conocidas que pudieran tener interés... De esta forma, ¡la semana siguiente ya tuvimos un primer grupo que empezaba!

Se empezó así, poco a poco: el primer año con un grupo, el año siguiente con dos grupos... y así sucesivamente.

El aumento progresivo de grupos hizo que se fueran requiriendo más y más monitores. Al principio todos eran miembros de las dos comunidades CVX o jesuitas. Pero poco a poco las circunstancias hicieron que el equipo de monitores empezara a ampliarse con personas que no eran de ninguna comunidad CVX y con religiosas de espiritualidad ignaciana. Fuimos viendo poco a poco, a través de lo que nos iba indicando la realidad, que convenía abrir el equipo a personas “no CVX ni jesuitas”, puesto que lo que hacía falta eran monitores cercanos en lenguaje y afectivamente a los jóvenes, que fueran testimonios para ellos de la pluralidad de maneras de vivir el compromiso cristiano serio, que “toca” la vida de tan diversas maneras.

Esto hizo que el equipo de monitores fuera amplio, 13-14 monitores y monitoras de diversas procedencias, aunque todos ellos compartiendo la espiritualidad ignaciana.

A modo de resumen, me parece que el gran valor de los Universitaris Loiola, el gran tesoro a cuidar, es la fuerte ilusión de todos los monitores por el trabajo que se realiza. Esto, evidentemente, se refleja en los jóvenes y hace que el espacio sea acogedor, flexible, apto para el buen trabajo del Señor en nuestras vidas y en las de los jóvenes. Es desde ahí desde donde se consigue que sea un lugar en el que se puede profundizar la experiencia de fe, de vida y de compromiso.

*¿Por qué trabajar en red como lo estáis haciendo y no de otra forma?*

El trabajo en red no sólo es una buena cosa, sino algo necesario. No sería posible llevar a cabo el proyecto de los Universitaris Loiola si no hubiera una apertura a personas que no son de un colecti-

vo determinado. El punto que se comparte no es la pertenencia a un colectivo concreto (CVX, jesuitas...), sino la espiritualidad ignaciana como fuente inspiradora y articuladora de una vida cristiana madura y comprometida con el mundo.

El equipo de monitores tiene una estructura simple, con un coordinador o coordinadora que hace de memoria colectiva, coordina el equipo y, con la ayuda de todos, concreta las sesiones de formación, los retiros del equipo, el calendario... El funcionamiento es de tipo asambleario, con reuniones todos los miércoles media hora antes de que empiecen las reuniones de los grupos. Una de las cosas buenas de esta estructura simple es que todos se sienten verdaderamente responsables del conjunto. No hay una estructura compleja que haga que unos se desentiendan del funcionamiento de algunas cosas del conjunto.

Los Universitaris Loiola están representados en el Consell del Casal a través de su coordinador o del socio, de manera que la vinculación con el Casal y las comunidades CVX de allí queda asegurada.

Para la cohesión del equipo de monitores y de los Universitaris Loiola es importante que todos los grupos se reúnan el mismo día y compartan una oración al principio de la sesión. Estas características permiten el régimen simple y bastante asambleario del equipo de monitores. En efecto, todos los miércoles se encuentra el equipo media hora antes de la oración conjunta y de las reuniones de grupos, de modo que se van planteando y resolviendo las cuestiones que aparecen.

### *Fortalezas y debilidades de trabajar en red*

Para conseguir que los monitores seamos efectivamente un equipo es importante lo dicho: el contacto semanal de unos con otros... Pero, además, son fundamentales las salidas del equipo de monitores, los retiros y jornadas de reflexión que

hacemos cada año... La red se consigue, a mi parecer, mediante el contacto personal, el compartir un proyecto y pensarlo juntos, y colaborar en su realización.

Como debilidades, diría que la mayor es la falta de tiempo que tenemos todos. Esto hace que durante el curso vayamos un poco a piñón fijo, que a veces no todos puedan participar plenamente del ritmo de las reuniones semanales del equipo y de las cosas múltiples que van apareciendo. Para este funcionamiento ordinario, para gestionar las fuerzas de todos y todas, para coordinar el equipo sin que haya quien se quemé, es importante cierta flexibilidad y el papel de la coordinación de ir recordando las cosas con tiempo, de ir pidiendo a unos y otros la colaboración en tal o tal cosa que hay que preparar. Lo que sí queremos asegurar es la participación de todos y de todas en las jornadas de formación, retiros y jornadas de reflexión que programamos a principio de año.

No hay, por tanto, la posibilidad de que durante el año se puedan hacer demasiadas florituras extras. Pero asumiendo esto y distribuyendo las tareas que se prevén para el año entre los monitores, el equipo funciona bastante bien. La buena voluntad de todos, el gozo compartido de vernos instrumentos del Señor, que tanto quiere darse a conocer a estos jóvenes para llenarles el corazón de un amor expansivo que quiere llegar a los más necesitados..., es uno de los mayores regalos que se pueden tener en un trabajo así.

### *Sugerencias para quien se anime a trabajar de esta forma*

Me parece que las conclusiones de lo dicho son simples:

1. El trabajo en equipo plural es posible y muy positivo, supuesto que se comparta algo de fondo tan serio como la pasión por

compartir la fe y acompañar a jóvenes a crecer en ella y en el compromiso que conlleva. Y hacerlo con un estilo compartido, con una espiritualidad de fondo; en este caso, la espiritualidad ignaciana.

2. Es importante el encuentro regular, el hacer equipo mediante este contacto cotidiano. Y también son importantes las jornadas tranquilas, de oración, reflexión y de compartir..., que vamos haciendo a lo largo del año.
3. La corresponsabilidad es un elemento destacable en este proyecto: los monitores no delegan su responsabilidad en el coordinador o la coordinadora ni en un equipo coordinador, sino que todos se sienten partícipes del proyecto. Y una cosa buena es establecer a principio de curso una serie de comisiones, de modo que los monitores se encargan unos de una cosa, otros de otra... Así todos participan plenamente, de una forma u otra, en lo que se va realizando a lo largo del año.
4. El buen ambiente, la cordialidad, el compartir las ilusiones y lo que vamos viviendo unos y otros es también clave, pues el buen clima del equipo de monitores se traslada a los jóvenes, que lo perciben claramente.

### **Delegación de pastoral vocacional de la Diócesis Mérida-Badajoz**

Ante todo, para situar a la persona que lea estas líneas, quiero señalar que las preguntas están respondidas desde el trabajo que hace la Delegación para la Pastoral Vocacional de la Diócesis de Mérida-Badajoz; más en concreto, desde su trabajo planteado en red con el “Plan diocesano de animación vocacional”.

*¿Por qué trabajar en red como lo estáis haciendo y no de otra forma?*

El trabajo que planteamos en red es ante todo una forma de evangelización más eficaz y efectiva. Es una forma de economizar recursos, de compartir lo que se tiene, de plantear muchas más acciones y de llegar a más chicos y jóvenes.

Planteamos el trabajo desde varias etapas: sensibilización, profundización y acompañamiento. En cada una de las etapas se insertan distintos proyectos que van coordinados con otras delegaciones o sectores de la Iglesia y, a la vez, los proyectos entre sí están entrelazados.

En sensibilización tenemos estos proyectos:

- “Samuel”, en coordinación con la Delegación de Catequesis y Enseñanza, pues de él parten unidades catequéticas y didácticas para trabajar con los jóvenes.
- “Venid y lo veréis”, que se coordina con el seminario metropolitano como jornada de puertas abiertas.
- “Nicodemo”, con la Delegación para el Clero, que pretende integrar a los curas en este trabajo.
- “Nazaret”, coordinado con la Delegación para las Familias.
- “Damasco”, el más grande, y coordinado con Pastoral para la Juventud. Jornadas de convivencias y dos campamentos de verano. Éste, a su vez, se subdivide en zonas y niveles de edad.

Todo el trabajo que se realiza en pastoral con jóvenes está coordinado por un equipo permanente en el que sus miembros son representativos de distintos sectores de la Iglesia. A los chicos que entran en los proyectos se les va invitando a pasar por todos.

En profundización están los siguientes proyectos:

- “Mar adentro”, en coordinación con Pastoral para la Juventud. Plantea un proceso anual de acompañamiento y culmina con unos ejercicios espirituales. Nos sumamos a los ofertados por los jesuitas de nuestra diócesis.
- “Buen samaritano”, en coordinación con Pastoral de la Salud y Juventud. Es una experiencia de voluntariado.
- “Pozo de Jacob”, en coordinación con distintas comunidades religiosas. Es un proceso de acompañamiento a chicas.
- “Menor externo”, en coordinación con el seminario metropolitano. Es un proceso de acompañamiento a chicos.

En acompañamiento no existen proyectos, y en este punto a los jóvenes se les invita a seguir implicados en la Iglesia allá donde ellos hayan descubierto su vocación.

Todos los proyectos, al igual que las etapas, están unidos y entrelazados entre sí, para que cualquier joven pueda sumarse en cualquier momento al proceso.

Es necesario mucho personal en toda esta tarea, y lo que no tiene nuestra delegación lo ponen los demás grupos. En la formación para los animadores, nos sumamos a la que ofrece la diócesis o a lo planteado desde la Pastoral para la Juventud.

### *Origen de vuestro proyecto*

Durante el curso 2001-2002, el equipo de formadores del seminario elaboró una reflexión sobre la realidad actual del seminario y de la acción pastoral diocesana encaminada a suscitar vocaciones al presbiterado.

Todo este trabajo hizo que el Consejo Episcopal y el equipo del seminario consideraran necesario trasladar el tema al Consejo del Presbiterio con la intención de compartir la inquietud y enriquecer la reflexión. El 17 de octubre de 2002 el presbiterio acoge el asunto y los consejeros se pronuncian sobre él.

Durante el curso 2002-2003, en todos los arciprestazgos se dedica al menos una sesión de trabajo al mismo documento, con la pretensión de que el Presbiterio Diocesano se pronunciara, sugiriera las líneas de actuación que habría que plantearse para motivar y fomentar la pastoral vocacional y aportara medios concretos para impulsar la acción pastoral orientada a la promoción vocacional en los niveles diocesano, arciprestal y parroquial.

Como fruto de todo lo anterior se pudo observar una importante sensibilización en el conjunto de los sacerdotes. Del mismo modo, este proceso dio lugar a sugerencias concretas de acción que no se quedaron aparcadas y a poner en marcha acciones no puntuales, sino claramente articuladas. El “Plan diocesano de animación vocacional”, que se pone en marcha desde la Delegación para las Vocaciones, surge como cauce concreto desde el que es posible articular los nuevos caminos y los medios nuevos o los de siempre, para que de forma coordinada con otras delegaciones o grupos de la Iglesia se evangelice a los jóvenes, motivando en ellos el interrogante vocacional.

### *Fortalezas y debilidades de trabajar en red*

#### *Fortalezas:*

- Cambio de mentalidad al hacer un trabajo compartido.
- Implicación de mucha gente en la tarea.
- Revisión continua del trabajo emprendido.

- Presencia en todas la diócesis.
- Trabajo conjunto con Pastoral de Juventud y con otras delegaciones y entidades.
- Experiencia de generar procesos en los proyectos planteados.
- Presencia de los seminaristas en los proyectos.
- Autofinanciable.
- Los laicos y laicas asumen responsabilidades en los distintos proyectos.
- Asistencia masiva.

*Debilidades:*

- Necesidad de formación de los animadores.
- Imposibilidad de acompañar eficazmente todo.
- Escasa implicación de los sacerdotes.
- Necesidad de personas liberadas para la tarea.
- El trabajo conjunto con otras delegaciones implica saber ceder y adaptarse a distintas maneras de trabajar.
- Trabajo desigual por arciprestazgos.

*Sugerencias para quien se anime a trabajar de esta forma*

Descubrir la necesidad del trabajo en red en todos los sectores eclesiales. Fiarnos muchísimo del trabajo de los demás, descubriendo que es mucho más lo que nos une que lo que nos separa. Tener paciencia e ir sin prisas. No olvidar nunca de dónde partimos y hacia dónde queremos caminar juntos.

Saber que el protagonista de todo es el Padre y creernos nosotros sus instrumentos. Desde ahí sabremos poner originalidad, creatividad y buen hacer en lo que nos planteemos.

## **“Luces en la Ciudad”: un proyecto evangelizador en red**

### *Origen de vuestro proyecto*

El origen de este proyecto es el “Fórum de escuela cristiana y agentes de pastoral juvenil”: un punto de encuentro y reflexión de educadores y evangelizadores de jóvenes promovido por el Centro Arrupe (jesuitas) y en el que han participado sacerdotes, religiosos y laicos de la diócesis de Valencia.

Los encuentros del Fórum de Evangelización venían precedidos de unas reuniones en las que algunos de sus participantes iniciaron un seminario en el que pudieron analizar más detalladamente la situación de la pastoral juvenil.

Una de las conclusiones a las que se fue llegando fue que se detectaba una fractura en el sentido de la misión compartida, que debilitaba la comunión eclesial y provocaba posicionamientos entre sacerdotes, religiosos y laicos. Si se quería favorecer la evangelización juvenil, se debía posibilitar lo que Juan Pablo II denominó “la espiritualidad de comunión”.

Esto fue lo que ocurrió en este grupo inicial: en él se fue dando un sentir común en medio de la diversidad de carismas que cada uno vivía. La diversidad se traducía en diferentes presencias eclesiales en la evangelización juvenil: ámbito escolar y universitario, ámbito urbano y rural. Estas presencias posibilitaban el contacto con realidades juveniles diferentes en las que se desarrollaban numerosos proyectos evangelizadores. Aquello se vivió como una riqueza que el Espíritu suscitaba al servicio de los jóvenes.

Se quiso mostrar aquella riqueza a los jóvenes de la diócesis posibilitando un encuentro juvenil que se llamó “Luces en la Ciudad”<sup>5</sup>, que a lo largo

---

<sup>5</sup> <http://lucesenlaciudad.webnode.com>.

de los últimos cinco años ha implicado a diversas comunidades parroquiales, religiosas y laicales.

A partir de esta iniciativa se ha ido creando una red desde la que se han puesto en marcha distintos proyectos: unos, dirigidos a la formación de agentes de evangelización (“Café Luces”); otros, dirigidos a los jóvenes (“Encuentro de Luces en la Ciudad”, “Taller de discernimiento vocacional”).

*¿Por qué trabajar en red como lo estáis haciendo y no de otra forma?*

No es por razones de mayor eficacia, aunque la posibilita, ni por aunar recursos, que lo favorece. El motivo que está alentando este proyecto en red no es otro que favorecer la comunión en el ámbito de la evangelización juvenil, y generar una red era una forma de posibilitarla. ¿Por qué trabajar en red? En las palabras de Juan Pablo II en su encíclica *Novo millennio ineunte* encontramos la razón:

“Hacer de la Iglesia la casa y la escuela de la comunión: éste es el gran desafío que tenemos ante nosotros en el milenio que comienza, si queremos ser fieles al designio de Dios y responder también a las profundas esperanzas del mundo. Antes de programar iniciativas concretas, hace falta promover una espiritualidad de la comunión, proponiéndola como principio educativo en todos los lugares donde se forman el hombre y el cristiano, donde se educan los ministros del altar, las personas consagradas y los agentes pastorales, donde se construyen las familias y las comunidades”

Éste era el motivo: promover una espiritualidad de la comunión entre los agentes pastorales implicados en la evangelización juvenil. “Luces en la Ciudad” está siendo la concreción de esto en la medida en que posibilita el encuentro de agentes pastorales alrededor de un proyecto compartido en el que están tejiendo una trama de nuevos vínculos.

### *Fortalezas y debilidades de trabajar en red*

En la puesta en marcha de este proyecto evangelizador nos fuimos encontrando ante situaciones a las que tuvimos que dar respuesta. Poco a poco se fueron poniendo de manifiesto las fortalezas y las debilidades del trabajo en red.

Una de las primeras situaciones que se nos planteó era la identidad de la red. ¿Quiénes éramos? ¿Quién avalaba esta red? ¿Quién estaba detrás? Éstas no eran unas preguntas que nos preocuparan inicialmente, pero se nos plantearon en el momento en que dimos a conocer el proyecto. Para superar las reticencias iniciales, fue esencial dar a conocer esta propuesta en red y los motivos que la alentaban. Se trataba de invitar, de sumar, de aunar, y para ello se necesitaba el contacto personal con las distintas instancias eclesiales a las que nos fuimos dando a conocer. Ésta ha sido una de las fortalezas: los contactos personales que se han ido estableciendo, que diluían, en buena medida, las desconfianzas iniciales.

Tuvimos que abordar la cuestión de la diversidad de los modos de proceder a los que cada uno estábamos habituados. Las dificultades empezaron a ser concretas cuando se tuvieron que decidir cuestiones concretas. En ellas se reflejaban los distintos modos de hacer, los acentos, los estilos. Se necesitó diálogo y tiempo para conocer al otro de manera que las percepciones cambiaran. Y cambiaron. ¿La razón? Elegimos aquello que fortaleciera lo que nos unía, en vez de remarcar lo que nos diferenciaba.

La evolución de “Luces en la Ciudad” fue dando distintos grados de implicación. Esta constatación se podía convertir en una fortaleza o en una debilidad del proyecto; la cuestión radicaba en cómo lo planteáramos. Fue crucial dilucidar que unos estarían implicados en la coordinación del proyecto, que otros colaborarían puntualmente en él, que otros lo apoyarían en aquello que les

interesase y que otros lo apoyarían aun a costa de los intereses personales o institucionales.

*Sugerencias para quien  
se anime a trabajar de esta forma*

El sentido eclesial como criterio orientador. Tener capacidad para mirar más allá de los intereses particulares o institucionales. Tener capacidad para ceder en beneficio de lo que aúne y suscite conciliación. Superar las divisiones entre “los míos” y “los tuyos”. Empezar a conjugar en primera persona del plural. Subrayar lo que une y no lo que diferencia. Las categorías de “conservadores”, “progresistas” o “neocon” son absolutamente ajenas al sentir eclesial y no nos benefician, sino generan posicionamientos estériles, alimentan prejuicios absurdos y bloquean posibilidades que podrían ser puestas al servicio del Evangelio.

**“Animación y formación de voluntariado  
en línea pastoral” de Cáritas de Granada**

*¿Por qué trabajar en red como lo estáis haciendo  
y no de otra forma?*

Porque creemos que la riqueza de la Iglesia en Granada es muy grande, pero también somos conscientes del desconocimiento que existe con respecto a la acción social que se lleva a cabo. De esta forma, se conectan necesidades y personas inquietas con deseos de entregarse. Se ponen en contacto centros, organización, programas y proyectos, con grupos de jóvenes que necesitan dar el paso de acercarse a otras realidades que les complementen su formación teórica, catequética o pastoral.

*Origen de vuestro proyecto*

En noviembre de 2006 se inició un proceso de formación, constitución y animación de grupos de jóvenes que pudieran estar vinculados a la

realidad de Cáritas Diocesana de Granada, potenciando en ellos la formación, la identidad cristiana en la formación social, el voluntariado, y una serie de experiencias puntuales que acercaran a los jóvenes el mundo de la marginación, con idea de abrirles una nueva perspectiva y despertar en ellos el sentido solidario del servicio a los demás entendido desde el seguimiento de Jesús de Nazaret como el modelo de referencia.

Desde el principio se ha visto que es importante tener claro que no se trata de instrumentalizar a los jóvenes, sino de asomarles a una realidad que en muchos casos es muy distinta a la que viven en su día a día y, así, poder ser experiencias que les ayuden en su proceso a descubrir el sentido de la entrega a los más necesitados como una parte vital de sus opciones de vida.

Se han ido desarrollando múltiples experiencias en cuanto a realidades juveniles interesadas en la acción social de Cáritas en Granada. Destacamos las siguientes realidades existentes en la actualidad:

- Grupos de jóvenes vinculados a parroquias o colegios, con sesiones de formación y visitas a centros de voluntariado. Edades entre los 15 y 18 años.
- Grupos de jóvenes universitarios, con reuniones mensuales de formación, oración y coordinación y voluntariado semanal, cada uno en su lugar de desarrollo.
- Plan de Educación Social de Cáritas (PESC), para jóvenes de primero de bachillerato.

Se propone esto porque, dentro de la formación integral de toda persona, hay experiencias que no se pueden impartir y adquirir en el aula; porque es necesario dar un salto de la teoría a la praxis, de lo puntual a lo habitual, a nivel humano y a nivel religioso. Dar un salto de una teórica preocupación social por la marginación

en momentos puntuales del curso a un compromiso real en la transformación de la realidad.

Un compromiso real en la solidaridad con los más necesitados irá transformando el colegio en un “centro de vida” que irradie vida, llevándolo más allá de un “centro de estudio”.

Experimentar la importancia del trabajo en grupo es fundamental: los problemas sociales no pueden ser resueltos por una sola persona, pero entre todos sí es posible.

Queremos proporcionar una inquietud, formación y experiencia que pueda llevar en el futuro a un compromiso social continuado.

*¿Qué entendemos por  
“plan de educación social”?*

Formación teórica en valores vitales durante las clases, aprendiendo a ser críticos frente a actitudes personales y sociales injustas e insolidarias. Se hace en clases de ERE durante el horario escolar.

Dedicación de 30-35 horas al año a experiencias de voluntariado en distintas instituciones existentes en el ámbito de la ciudad.

Un sistema de evaluación distinto, basado en la implicación y la responsabilidad: diario de las experiencias, puntualidad, asistencia... Por supuesto, es optativo: el alumno que lo desee puede ser evaluado de forma tradicional y no apuntarse a las experiencias sociales.

Cada alumno sugerirá las experiencias en las que quiere participar, de acuerdo con sus inquietudes y posibilidades, quedando en manos del equipo de animación la distribución final, por razones prácticas.

Personas y estamentos implicados:

- Los alumnos, pero no como pacientes a la hora de recibir unas enseñanzas, sino como parte activa en una experiencia social.

- Los padres, que deben ser conscientes de la importancia que tiene una experiencia como ésta para la formación de sus hijos y tienen que apoyarla.
- Los profesores de Enseñanza Religiosa Escolar, que animarán este proyecto: los tutores, desde su plataforma, y los demás profesores que lo deseen, formando parte de los talleres junto a los alumnos.
- Los acompañantes, que realizarán la tarea de seguimiento en los lugares de prácticas junto con los responsables de los centros de acción social.
- El equipo local de pastoral y el equipo de animación y coordinación del PESC.

### *Fortalezas y debilidades de trabajar en red*

#### *Fortalezas:*

- Se trabaja con personas diferentes pero que aportan mucho: alumnos, padres, acompañantes, profesores...
- Se llega a centros de voluntariado que carecen de voluntarios y se les nutre con jóvenes que dan vida a sus acciones.
- Es una experiencia de conocimiento y de apertura que muestra a los jóvenes nuevas perspectivas en lo que a su vida se refiere, y que forma parte de su proceso de maduración y crecimiento en la fe.
- Se descubre el valor del servicio como algo posible y necesario en nuestra sociedad y que está muy cerca del lugar de cada uno.

#### *Debilidades:*

- A veces se convierte en algo puntual, que no genera compromiso.
- Corre el riesgo de consumir experiencias fuertes, sin calar lo suficiente como para que sea una experiencia transformadora.

- El tránsito de voluntarios en los centros a veces produce desorganización.

*Sugerencias para quien  
se anime a trabajar de esta forma*

Crear equipos de organización, animar a los responsables de cada parroquia, colegio... Hacerles partícipes del proyecto, para que lo sientan como propio. Acompañarles, apoyarles y facilitar su trabajo. El resto ya lo hacen ellos, y su efecto crece y se multiplica.

**“Plataforma Solidaridad en Marcha”,  
de Granada**

*¿Por qué trabajar en red como lo estáis haciendo y  
no de otra forma?*

Porque el efecto es multiplicador; porque las pequeñas fuerzas, el número reducido, la sensación de ser muy pocos, el creer que no se pueden hacer gran cosas... se pierde, ya que ves que hay muchas personas implicadas en el proyecto y que la diversidad es riqueza y genera vida.

La red se abre hasta límites insospechados, ya que cada participante en esta actividad, con su carnet, se dedica a convertirse en agente de sensibilización, no sólo en receptor; por tanto, cada niño, con su lenguaje infantil, es capaz de generar en su entorno (familia, amigos, compañeros de clase...) un dinamismo de valores solidarios, del compartir, de la justicia, del sentido de la responsabilidad..., que llegan muy lejos.

*Origen de vuestro proyecto*

Se inició en el año 1993 como una experiencia propia del Colegio Marista de Granada. Pasados tres años, se vio que era una iniciativa que tenía mucho éxito de convocatoria y se decidió abrirla formando una plataforma en la que

tuviera cabida cualquier organización, asociación, parroquia... Desde entonces se ha ido ampliando, y ya somos más de 40 las que formamos esta “Plataforma Solidaridad en Marcha” (PSeM), que cada año consigue movilizar a las más de 8.000 personas que participan en la “Marcha solidaria”.

Esta actividad consiste en una manifestación pacífica y festiva en la que participan más de 40 colectivos implicados en la justicia y la solidaridad en un mundo en el que todos tengamos cabida. Somos cada año más de 8.000 las personas que nos reunimos. Esta actividad tiene un triple objetivo:

- Sensibilizar a la sociedad granadina de la importancia de la solidaridad.
- Recaudar fondos para subvencionar varios proyectos de desarrollo.
- Generar un clima festivo y ser foro de encuentro de grupos y colectivos de diferentes edades e índoles pero con un trabajo de fondo común.

Para lograr estos objetivos, la marcha se prepara con meses de antelación, realizando diferentes tareas previas. Nos organizamos por comisiones: sensibilización, economía, patrocinadores, medios de comunicación, materiales, voluntarios, permisos, animación, coordinación...

En la marcha pueden participar todos. Cada participante, sobre todo los que se encuentran en edad escolar, tiene un carnet a través del cual le patrocinan amigos, familia, vecinos... De esta forma, sus pasos son los pasos de la gente que confía en ellos para esta labor. Los carnets se van sellando en diferentes controles durante la marcha y el dinero se lo entregan a la persona responsable de su centro o asociación. También se puede participar sin recoger dinero, sólo disfrutando de las actividades que se organizan.

Los proyectos que se subvencionan son elegidos entre los presentados por las asociaciones y centros que participan en la PSeM. Deben seguir unas bases establecidas y son elegidos por la comisión de proyectos.

### *Fortalezas y debilidades de trabajar en red*

#### *Fortalezas:*

- Se llega muy lejos y el efecto del trabajo es multiplicador. Hay mucha riqueza y la unión de muchos hace cosas grandes. Se pierde el concepto de individualismo y se gana en sentido de Iglesia. Hay conciencia de pertenencia y hay unidad de criterios comunes, lo que acerca posturas.

#### *Debilidades:*

- A veces, la dispersión, la falta de responsabilidad, si no hay una organización, pues puede quedar en manos de nadie.
- También, la despersonalización, si no hay un encuentro cercano entre las personas que la forman.

### *Sugerencias para quien se anime a trabajar de esta forma*

Uno tiene la sensación de que hay muchas personas inquietas que desde su realidad, desde su ámbito de trabajo, desde su entorno, pueden contribuir a hacer un mundo mejor. Cualquier persona de cualquier edad puede participar y aportar. El hecho de realizar una actividad tan variada, con tantas tareas que desarrollar, posibilita que tenga el atractivo de hacer que la persona se sienta útil aportando lo que está en su mano, ya sea en la organización previa a este evento o en el día en sí.

La riqueza es asombrosa y hay gente de colectivos muy diferentes; en nuestro caso, la mayoría

somos miembros de organizaciones católicas, por lo que, en la práctica, esto se convierte en un movimiento muy vivo de Iglesia, en el que se siente muy cerca la presencia viva del Espíritu, que genera vida allí donde hay unidad y deseo de un bien común.

Nuestra experiencia está siendo cada año mejor. Crece el número de personas que se unen, aumenta la ilusión por participar y crece el sentido de unidad. Ver que los proyectos de los otros son también tuyos, que hay una conciencia común en cuanto al apoyo a las iniciativas de los demás, no sólo a las propias, te hace sentir que se camina en la misma dirección aunque los carismas sean diferentes.

La unión hace la fuerza, y la difusión es mayor trabajando en red, pues de un pequeño germen brota vida hasta lugares insospechados.

### **“Todos Uno”, de Brotes de Olivo**

*Sentido, raíz y fundamento  
de nuestro trabajo en red*

¿Dónde están los espacios en la Iglesia en los que la pluralidad de carismas y servicios se encuentren y ofrezcan al mundo una casa común de acogida, justicia, unidad y fraternidad para rescatar la Palabra y la vida en todo y en todos? ¿Cómo hacer que nuestros lugares y carismas, familias, comunidades, parroquias..., sean cada vez más universales?

Debemos ir creando espacios o redes de pensamientos plurales que generen relaciones más fluidas entre las diferentes realidades eclesiales, movimientos, teólogos, comunidades y parroquias, vida religiosa, obispos, etc. Unidad entre el clero y los religiosos, entre la jerarquía, entre los jóvenes y los adultos... Faltan marcos significativos de referencia para poder entender e interpretar la realidad.

*Qué pretende y busca*

Ser un espacio donde el pueblo de Dios y sus pastores, el seglar y el religioso, el matrimonio y la familia religiosa contemplativa, el adulto y el joven, el sacerdote católico y el pastor de una iglesia hermana, nos reunimos y ofrecemos un espacio de unidad en red. Para enriquecernos, para investigar cómo ser “uno”, para sabernos enamorar del Dios que hay en el otro, para contemplar la Palabra y la vida. Quiere ser un espacio de creatividad y pluralidad, comunicación y comunión en, por y desde el Espíritu de Dios, y que asume el papel de ser catalizador y fermento de comunión.

“Todos Uno” quiere ser una humilde “mesa camilla” que favorezca e impulse, desde un cambio de mentalidad, nuevas vinculaciones y relaciones con Dios y con todos. Quiere ser una red en la que se puedan compartir inquietudes, proyectos, búsquedas, interrogantes, alegrías, certezas. Por ello, la tarea adquiere dimensiones de “fermento de comunión y visión de conjunto”, y, en ella, todos advierten y entienden la preferencia por el abajamiento que tienen quienes buscan y se entregan, para alcanzar la unidad trinitaria desde la más absoluta gratuidad de cada miembro o parcela de Iglesia.

Buscamos la diversidad y la sentimos como necesaria e imprescindible. La verdad no es de nadie en exclusiva, y necesitamos de los otros. Hay diversidad de dones espirituales, pero el Espíritu es el mismo; diversidad de funciones, pero el mismo Señor; diversidad de actividades, pero el mismo Dios que lo hace todo en todos. A cada cual se le da la manifestación del Espíritu para el bien común.

*En qué se fundamenta:  
ser todos uno en la palabra*

El objetivo preferente y único es hacer de la Iglesia una sola familia eclesial evangelizada,

evangélica y evangelizadora, cuyo único alimento sea la Palabra de Dios y todo aquello que nos proporciona la historia de la Iglesia basado en ella, dándole razón, enriqueciéndola y catapultándonos a todos a ser todos uno (Jn 17,21). La unidad es la única referencia viva que, trabajada y alcanzada conjuntamente, nos puede llevar desde lo más íntimo de cada uno a “amarnos como él nos amó”. Este objetivo preferente, consciente y adulto es el que tiene que ver el mundo, y enamorarse de él sólo es posible desde la comunión trinitaria profunda y real de toda la Iglesia.

- “Que todos sean uno, como el Padre y el Hijo, para que el mundo crea” (Jn 17,21).
- “Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo; un solo Dios y Padre de todos, que está sobre todos, por todos y en todos” (Ef 4,4-5).
- “Cuerpo místico de Cristo” (1 Cor 12).
- “Hacer de la Iglesia casa y escuela de comunión” (*Novo millennio ineunte*, 43).

### *Raíces*

La unidad que perseguimos desde estos espacios es, ante todo, una unidad trinitaria, nacida de la misma esencia de Dios, uno y trino, uno y diverso, uno y plural.

Queremos llegar a la verdadera espiritualidad de comunión (Ef 4) (*Novo millennio ineunte*, 43), auténtica y constante. Una comunión que se viva en todo momento y en todo lugar.

Es una tarea global, desde todos y para todos, siempre haciéndose, nunca descubierta. Estos espacios sólo son el instrumento, no van a solucionar la historia. Deberían pasar totalmente desapercibidos. Que se vean nuestras obras, nuestros frutos, y que lleven directamente al Creador. Sin “iluminados” que muestren el

camino. Sin protagonismos de parcialidad o de miembros.

Es un concilio y una consulta permanente. Un Pentecostés continuo. Si no viene el Espíritu, poco tenemos que hacer, pero el Espíritu Santo, no el que cada uno se monte. No debemos atribuir al Espíritu nuestros mecanismos de defensa, nuestras tradiciones, lo sabido, lo que nos dijeron.

Trata de ser un aguijón de lo “sabido” que acaba haciéndonos olvidar la esencia. Ahí está el misterio y el reto: cómo ir diciendo la verdad, cómo ir buscando la verdad, cómo ir descubriendo la verdad, cómo ir creciendo en fidelidad y teniendo claro a quién estamos siendo fieles. Y todo esto con misericordia y con amor, como lo haría el Maestro.

Un buscador de lo nuevo, de lo bueno y de lo eterno de Dios: lo bueno del Génesis, lo nuevo del Apocalipsis, lo eterno de todos los tiempos.

Su raíz es Emmanuel, Dios-con-nosotros, Dios-con-todos. A veces no nos creemos egoístas porque ya no decimos “yo”, sino “nosotros”, pero nos hemos quedado en el egoísmo del “nosotros”. La clave es “todos”.

Por medio de la oración tenemos que ir viendo cuántas cosas que hacemos y sentimos a lo largo del día no están creando una unidad plural, sino división.

Trata de ser una puerta estrecha para cada miembro, para que entremos todos juntos en el camino de la salvación. Por la puerta estrecha tiene que entrar cada uno cuando lo vea, sin forzar a nadie, sin empujarnos unos a otros, pero también sin escudarnos en el “todos”. Todos no asumen la responsabilidad; la responsabilidad la asume cada uno. Hay que dar una respuesta personal a la llamada del Señor, asumir desde lo más profundo de nuestro corazón el “hágase en

mí, Señor”, para luego estar todos en el camino que hay detrás de la puerta.

Ser un descubridor de la ultimidad que significa el gozo y la plenitud de la auto-expropiación. Ser último. Desprendernos de nuestras cosas, de nuestras ideas. No ser último por serlo, sino ser último para servir. Considerar al otro más que yo. Esto se produce cuando uno se siente uno con el otro, cuando el otro nota que eres uno con él, cuando el mundo cree. Cuando se cumple la Palabra de Dios.

### **Trabajo en red en pastoral juvenil de la Diócesis de Vitoria**

Desde la Delegación de Pastoral con Jóvenes vimos la necesidad de unir esfuerzos entre grupos, movimientos, congregaciones y asociaciones que trabajan pastoralmente con jóvenes en nuestra diócesis. Nos propusimos con fuerza este objetivo, ¿pero cómo iniciar el proceso, considerando que las inercias, resistencias y dificultades iban a ser muchas?

Como primer paso nos propusimos “hacer un mapa” en el que todos nos viésemos suficientemente cómodos e identificados. Necesitábamos asegurar la colaboración, y para ello era necesario proponer entre todos unos intentos humildes pero bien definidos.

Durante un año, un equipo plural de personas con fuerte experiencia pastoral fue dibujando este mapa, al que le dimos un nombre: “Plan estratégico”.

Todas las iniciativas y experiencias que vamos proponiendo en la diócesis tienen su enganche en este plan. A algunos puede parecerles algo tan aburrido como una planificación, como un documento, pero no debemos quitar valor a estas cuestiones, y queremos decir bien claro que detrás

hay una espiritualidad. Sin alma, unas estrategias, un cuerpo, están vacíos, faltos de vida.

Empezamos con una pregunta: hoy, en este momento de la historia, en estas circunstancias, en este lugar, en esta Iglesia, ¿cómo proponer la vida de la fe a los jóvenes? Nos salían muchas fotografías de lo que veíamos: números reducidos, desgaste de los agentes de pastoral, crisis religiosa, secularización –también secularización interna–, descuido de la experiencia de fe, lejanía de los jóvenes respecto a la Iglesia, y lejanía y debilidad de la Iglesia respecto a los jóvenes.

El camino que la pastoral juvenil hace en nuestra diócesis va unido al caminar de nuestra Iglesia diocesana. Este camino, este esfuerzo, quedan muy bien recogidos en la carta pastoral de nuestros obispos para la Cuaresma-Pascua del año 2005, *Renovar nuestras comunidades cristianas*. Esta carta pastoral es nuestra hoja de ruta hoy y lo será en los próximos años.

Dicen nuestros obispos: “Preparar el futuro desde la situación presente entraña la necesidad de renovar nuestro estilo pastoral, que está llamado a ser más espiritual, más comunitario, más evangelizador, más corresponsable, más personalizado y más centrado en la formación del núcleo pastoral de nuestras comunidades”.

¿Y cómo hacer operativo este horizonte? Dicen: abrir la parroquia, las unidades pastorales, los equipos pastorales o ministeriales. Impulsar asociaciones o movimientos. Reavivar o reinsertar carismas de la vida religiosa.

Este camino hecho juntos creemos que está sustentado en estos grandes mojones:

- *Comunión*. ¿Cómo lo hemos traducido? Aunando fuerzas, sumando esfuerzos. Nos decíamos: No somos los únicos que estamos haciendo camino con los jóvenes. ¿Quién sabe de esto? Escuchémosle, invitémosle,

aprendamos de ellos. Esto ha requerido un poquito de humildad. “Abrir las parroquias”, decían nuestros obispos. Los colegios, las plataformas de pastoral, en nuestra forma de ver las cosas, adquieren mucha fuerza y reconocimiento.

- *Somos buscadores y misioneros.* Es un dibujo antropológico. Nos conecta con una forma de ser al hombre y la mujer. Nos situamos en eso que llamamos vocación, llamada-respuesta. Llamados misteriosamente por Dios y dispuestos a responder (“aquí me tienes, mándame donde tú quieras”). ¿Es esto sólo teoría? Creemos que no. Cuidar la llamada es ser buscadores. Evidentemente, buscadores de Dios. Cuida tu vida espiritual, ten la suerte de beber de buenas fuentes, goza con la eucaristía y los sacramentos, reza. Cuida ese espacio único de intimidad que te hace un pequeño místico. Cuidar la respuesta es ser misionero, misionero de los jóvenes. Sé creativo, trabaja en equipo de misión, goza de las cosas de los jóvenes, habla de Jesús.
- *Cierta polaridad en nuestra forma de proyectar.* Este criterio nos hace poner los pies en nuestro mundo de hoy. Si entendemos que existe la urgencia de la evangelización de los jóvenes, nos decimos por una parte que hay que anunciar a Jesús y, por otra, que hay que hacer pastoral misionera. Una y otra: Jesús, con mucha claridad y fuerza, y también pastoral misionera, para acercar a Jesús y su Evangelio.
- *Teóricos y prácticos de la pastoral.* Pensar y hacer. Nunca lo uno sin lo otro. La pastoral juvenil es, dentro de la teología, lo que las ingenierías son para las matemáticas. Un buen ingeniero necesita buenas matemáticas. Una pastoral juvenil acertada

necesita un esfuerzo en teología. Quizá hoy un esfuerzo en teología espiritual.

A modo de elenco, y como conclusión de este trabajo hecho juntos, se nos ocurren algunas fortalezas y algunas debilidades.

### *Fortalezas y debilidades*

#### *Fortalezas:*

- Este trabajo conjunto nos hace más humildes y más flexibles.
- Trabajar así nos hace rentabilizar esfuerzos, reconocer carismas.
- Nos vamos conociendo y valorando unos a otros, y esto nos hace usar menos prejuicios y estereotipos de los demás.
- Las posibilidades de unos se convierten en fortalezas de otros.

#### *Debilidades:*

- A veces, cada uno defiende lo propio.
- Esta forma de trabajar exige mucho esfuerzo de programación, de planificación, de organización.

### *Sugerencias para quien se anime a trabajar de esta forma*

Éste es un trabajo fecundo para nuestra época global: la Iglesia es la foto más clara de la globalización. Es importante precisar los criterios para un buen trabajo en red. Nos aventuramos a proponer tres criterios:

- “Para integrar bien nuestros esfuerzos en pastoral juvenil debemos tener en cuenta la propia identidad de los sujetos y de los grupos (carisma)”.
- “Importancia de la iglesia local”.
- “Desarrollar el arte de la implicación”.

## “Estació d’Enllaç”, de Barcelona

*¿Por qué trabajar en red como lo estáis haciendo y no de otra forma?*

Ésa fue la intuición primera cuando, en unas reuniones iniciales, nos encontramos diversos agentes de pastoral con jóvenes que trabajamos en la Diócesis de Barcelona: vivir nosotros, con los jóvenes, una experiencia de solidaridad pastoral. De esta manera, y a la luz de algunas propuestas ya algo experimentadas, nos pusimos en marcha responsables de diversas congregaciones religiosas, animadores de algunas iniciativas diocesanas y el equipo de la Delegación Diocesana de Pastoral Juvenil.

### *Origen de vuestro proyecto*

Nos reuníamos bajo el impulso de una muy buena experiencia de comunión en la pastoral con jóvenes, como había sido el último “Aplec de l’Esperit”, que reunió en Pentecostés de 2007 en Tarragona a unos 6.000 jóvenes de las diócesis catalanas y baleares. Nos urgía dar continuidad a todo lo vivido y al trabajo realizado en común. Compartíamos la necesidad y la urgencia de poder ofrecer conjuntamente a nuestros jóvenes un lugar de encuentro donde poderse identificar como cristianos, donde compartir las búsquedas y los encuentros con otros jóvenes de otras realidades eclesiales de la diócesis.

Calculando nuestras posibilidades y las de los jóvenes, nos decidimos a ofrecer un encuentro al mes, el cuarto viernes, de 10 a 12 de la noche, en alguna iglesia o espacio religioso del centro de la ciudad de Barcelona. Bautizamos la propuesta como “Estació d’Enllaç” (Estación de Enlace) porque vimos que la vida del joven en nuestras grandes ciudades está muy marcada por su ir y venir en los transportes públicos, enlazando un trayecto con otro, encontrándose aquí y allá con mucha gente y muy diversa; también porque

creímos que definía bien el proyecto: un lugar de referencia, no de pertenencia, donde jóvenes de diferentes colectivos eclesiales (movimientos, congregaciones religiosas, grupos parroquiales o arciprestales...) puedan encontrarse, compartir durante unas horas su camino en la vida y en la fe, y después proseguir su “ruta” con los compañeros de viaje más próximos.

Este lugar de referencia en el camino de fe de los jóvenes quiere ser un espacio donde presentar el mensaje cristiano de forma creativa y provocadora; somos conscientes de que “nos la jugamos” en lo que ofrecemos, a pesar de que reconocemos que lo que sabemos ofrecer tiene ya unos formatos conocidos: música, teatro, testimonios, cine, oración, debate-tertulia... Y con un doble acento: como primer anuncio para jóvenes que buscan (y que con toda probabilidad serán invitados por aquellos que ya están en proceso) y como segundo anuncio para jóvenes que buscan o necesitan confirmar o afianzar su opción cristiana.

Nuestra presentación del mensaje cristiano quiere contar en todo momento con el protagonismo de los propios jóvenes y quiere priorizar los “lenguajes” de los jóvenes de nuestro tiempo, para de esta manera “provocar” el encuentro personal y grupal con Cristo.

¿El “plus” que ofrece esta iniciativa? Pues el hecho de que no la ofrece cada grupo o comunidad religiosa por su cuenta, sino que es fruto y empeño de un ejercicio de solidaridad pastoral de todas las instancias eclesiales de la diócesis. Por ello, desde el principio, esta propuesta no ha querido suplantar aquello que ya existe y que es necesario en cada grupo o “espacio eclesial” más pequeño. Lo que “Estació d’Enllaç” pretende es recoger y aprovechar el enorme potencial que poseemos para anunciar el Evangelio a los jóvenes, que, sumado, queda mejor invertido y proyectado con mayor apertura a nuestra sociedad.

Así, durante este primer curso de andadura, hemos sabido recoger experiencias y propuestas que ya estaban a punto en un grupo o en otro, que personas concretas han ido experimentando quizás en espacios más pequeños: un concierto dialogado; un mimo que nos dio las bases para trabajar en pequeños grupos el valor del lenguaje no verbal y el caminar por la vida sin máscaras; la danza litúrgica para expresar la alegría de la fe; compartir la Pascua en torno al relato de los discípulos de Emaús expresado en un mural de 12 metros de largo..., haciendo camino con el Resucitado; una oración de Adviento para prepararnos para el encuentro de Taizé, en Ginebra; una cena solidaria con un proyecto de cooperación en África animado por los payasos Soli y Daridad; un macroconcierto con Martín Valverde en una preciosa iglesia gótica especialmente propuesto para jóvenes de procedencia latinoamericana...

“Estació d’Enllaç” quiere ser, pues, un espacio de encuentro, de escucha, donde el joven no tenga la sensación de tener que “fichar” y que ofrece “experiencias bisagra” que pueden invitar a ir más allá en la búsqueda personal; con rostro tolerante y abierto, atentos también a la interreligiosidad; que ayuden a conectar con otras realidades juveniles del entorno. Un espacio que invite a contactar con el sentido de la vida y favorezca la expresión, la formulación de preguntas, la presentación de opciones de vida, la celebración. No quiere suplir a los grupos ya existentes, pero creemos que sí puede generar la formación de grupos de jóvenes que buscan: jóvenes inmigrantes que no tienen comunidad cristiana estable, jóvenes que se replantean su propia fe adormecida, amigos de la universidad...

### *Fortalezas y debilidades de trabajar en red*

Trabajar en red nos ha permitido aprovechar las intuiciones y los recursos que ya poseía cada colectivo y, además, nos ha posibilitado hacer

una reflexión conjunta sobre lo que hemos ido encontrando a la hora de poner el proyecto en marcha. Así, hemos constatado que la pastoral con jóvenes hoy nos pide estar muy atentos a los procesos cambiantes, a las diferentes puertas de entrada que podemos encontrar, a las diferencias que se nos presentan según nos queramos dirigir más a los adolescentes o a los jóvenes algo mayores...

Trabajar en red nos pide que todos los que estamos en la propuesta adaptemos nuestros programas y nuestros calendarios particulares para que, cada vez más, aquello que vamos construyendo juntos tenga su lugar y su protagonismo. A veces, nos hemos encontrado con que a quien acude a las reuniones en representación de un colectivo luego le cuesta hacer llegar la propuesta a los suyos. Consideramos que cualquier proyecto necesita un tiempo de rodaje y de irnos ganando la confianza tanto de los animadores y responsables como de los propios jóvenes.

Iniciar un proyecto nuevo entre tantos colectivos nos ha pedido ir encontrando nuestro ritmo y nuestra dinámica de trabajo; hemos tenido que configurar un pequeño grupo coordinador para que no se perdiera excesivo tiempo en el trabajo de todos y para que las decisiones se pudieran concretar y llevar a la práctica.

Hemos constatado que este tipo de trabajo en red, utilizando mucho los mensajes por Internet para nuestra comunicación interna, tiene la dificultad del seguimiento, que es desigual por parte de los que están implicados: algunos se van quedando "descolgados" paulatinamente del ritmo de reuniones y programación, del nivel de implicación con sus propios jóvenes; a menudo, nos debemos recordar entre nosotros aquello en lo que habíamos quedado. En esto influye en gran medida que acostumbremos a implicarnos en nuevas propuestas quienes ya estamos implicados

en un gran número de otras, y esto dificulta la disponibilidad.

Las nuevas tecnologías nos ofrecen un sinfín de posibilidades, pero también conllevan nuevas dificultades.

*Sugerencias para quien  
se anime a trabajar de esta forma*

Una de las conclusiones a la que llegamos al cabo del primer año de esta experiencia es que todo necesita su tiempo para irse consolidando, afianzando. Creemos que una propuesta como “Estació d’Enllaç” necesita un tiempo de rodaje y de progresiva implicación de los diversos agentes de pastoral; un tiempo, también, para que los propios jóvenes lo vean como un proyecto de ellos y para ellos.

## **Bibliografía**

Bautista, J. M., “Descubro mi vida. Programa de prevención para tutorías”, en *Revista Escuelas Católicas*, julio-agosto 2008, pp. 8-11.

De Miguel, M. D., *Con el Señor en la cibercultur@*, BAC, Madrid 2001.

Obispos de Navarra y País Vasco, *Evangelizar en tiempos de increencia*, San Sebastián 1994, nº 10.

<http://lucesenlaciudad.webnode.com>.

[www.gazteok.org](http://www.gazteok.org).

# Acompañamiento

Teresa Iribarnegaray  
Óscar Alonso

Para enfocar el tema, hemos elegido esta definición de Piet van Breemen: “El acompañamiento espiritual es una ayuda que un hombre ofrece a otro para que crezca en su fe y sea él mismo en la realización de la voluntad de Dios<sup>1</sup>”.

- En primer lugar, se define el acompañamiento por el objetivo mayor al que apunta: el desarrollo de la vida *espiritual*.
- Se designa dicho acompañamiento como una ayuda, la humilde aportación que, desde lo mejor de sí, se ofrece a otro ser humano. Aquí resuena la “ayuda adecuada” (Gn 2,18) ofrecida por Yahvé a Adán como esa aportación radical que los seres humanos podemos ofrecernos mutuamente y que determina un modo de vivir en el mundo.
- *Que un hombre ofrece a otro*: deja que broten aquí todas las sugerencias acerca de esa limitación nuestra que se sabe valiosa, que es capaz de salir de sí en favor de otro, de la fe en uno mismo y en el otro, y en el mejoramiento de la humanidad y, por tanto, de la vida que ello supone.
- *Ayuda... que se ofrece para que crezca en su fe y sea él mismo*: en el planteamiento del

---

<sup>1</sup> P. van Breemen, “El acompañamiento espiritual hoy”, en *Manresa*, nº 68, 1996, pp. 361-377.

que hablamos, crecer en la fe y ser uno mismo no sólo no están reñidos, sino que se suponen en interacción mutua: la fe exige autenticidad, y la autenticidad personal es suelo óptimo para el crecimiento de la fe.

- *En la realización de la voluntad de Dios:* en último término está el deseo de hacer lo que Dios quiere. Al fondo está una pasión por Dios, por descubrirle actuando en la vida, en las cosas, en las personas. Está, por tanto, la certeza de que Dios nos habla y actúa en la historia, de que tiene un proyecto para nosotros, y la experiencia gozosa de que esa búsqueda y ese caminar hacia Dios los descubrimos mejor en comunidad, ayudándonos unos a otros según los dones que hemos recibido de él.

Tenemos así perfilado el modo de acompañamiento en el que nos vamos a centrar. Lo perfilamos más netamente al distinguir los dos grandes modos del acompañamiento.

## **El acompañamiento: asimilación o personalización<sup>2</sup>**

En las últimas décadas reconocemos dos grandes modos de entender el acompañamiento (que reproducen, por su parte, los dos modelos de la vida espiritual), y corresponden a las dos grandes miradas en relación a la persona: o bien se reconoce el señorío de la persona sobre la realidad, o se entiende que son las estructuras las que la ahorman y orientan, las que le dan consistencia. En la tradición evangélica está elocuentemente

---

<sup>2</sup> Para dichos términos seguimos a J. Garrido, *Proceso humano y gracia de Dios. Apuntes de espiritualidad cristiana*, Sal Terrae, Santander 1996.

expresado en las palabras de Jesús: “No ha sido hecho el hombre para el sábado, sino el sábado para el hombre” (Mc 2,27). Se distingue así la sumisión de la persona a las estructuras, que llamaremos *asimilación*, o la primacía de la persona sobre éstas, que llamaremos *personalización*. De este esquema básico van a proceder dos grandes modelos de acompañamiento. En el primero se trata de orientar a la persona hacia un modelo objetivo que se ha demostrado valioso y al que la persona debe amoldarse; en el segundo se intenta conciliar dicho modelo objetivo con la subjetividad personal y los momentos de su realidad procesal para que se abra y realice, desde su realidad en cada momento, al *más* de Dios para ella.

Nos vamos a decantar aquí por el modelo que hemos llamado “personalización”, puesto que en él, sin perder de vista la realidad objetiva de la vida espiritual que la persona está llamada a desarrollar, se atiende también a ese “ser uno mismo” que reconocíamos como necesario en la definición que hemos dado al comienzo.

¿Qué implica dicha opción? En primer lugar, una apuesta firme en favor de la persona, una opción por ajustar el proceso espiritual a su ritmo particular, que vendrá marcado por multitud de factores: sociológicos, culturales, familiares, personales... y dentro de éstos, y más para el marco de edad al que nos referimos, ese amplio espectro que designa a los jóvenes<sup>3</sup>, para las características psicológicas, humanas y espirituales que concurren en cada persona concreta, con sus circunstancias. A esta persona queremos hacerla crecer en su fe y que sea ella misma, para que un día esté en condiciones de desear y poder realizar la voluntad de Dios en su vida.

---

<sup>3</sup> Como en nuestro trabajo nos referimos a jóvenes, hemos marcado el corte de edad (sin que sea enteramente significativo) entre 15 y 29 años.

Como se ve, a medida que avanzamos vamos delimitando nuestra labor, lo que nos permitirá, en el paso siguiente, poder profundizar en ella.

### Tres claves en paralelo<sup>4</sup>

Vamos a ver ahora, en paralelo, las tres claves mayores con las que trabaja el acompañante: el horizonte sociocultural, la experiencia vital que a nivel psicológico y antropológico le corresponde vivir al joven, y la mirada cristiana que reconocemos como dadora de vida y que se plantea como referente de las otras dos.

Estas tres claves han de ser conocidas por el acompañante y manejadas de modo dinámico, puesto que las tres forman parte de la realidad del joven, de los jóvenes de nuestro tiempo, y no pueden ser negadas, sino *asumidas de modo creativo* en orden a que el joven llegue a ser lo que debe ser. Esta articulación dinámica supone reconocer las tres en confluencia, y la necesidad de secuenciación en relación al proceso para acompañar al joven que vive en cada situación dada.

Esto significa, en concreto, que todas han de ser asumidas como realidad con la que trabajar, reconocidas e integradas en la realidad del acompañamiento, porque lo están en la realidad del joven:

- El *entorno sociocultural*, al que nos referimos en primer lugar, es el espacio-tiempo en el que ha de aprender a vivir, del que ha

---

<sup>4</sup> El acompañamiento que exponemos trabaja a la vez con claves diacrónicas y sincrónicas. Aquí nos referimos a las diacrónicas: contexto sociocultural, experiencia vital, mirada cristiana. Las sincrónicas serían: la dimensión psicológica, antropológica y espiritual de la persona. No podemos atender a ellas en este trabajo, pero sí señalarlas para tener presentes las dimensiones en las que la persona debe desarrollarse.

de aprender a distanciarse de modo crítico, para lo cual antes tiene que implicarse en él con la libertad que le corresponde. Un ejemplo de esto puede ser el que nuestro acompañamiento no deberá cargar sistemáticamente contra la sociedad, culparla de los males que acechan al joven —o a la Iglesia—, sino, por el contrario, enseñar un modo de dialogar con el entorno que le rodea que le lleve a ser realista y crítico, de modo que, en su medida, pueda moverse en la sociedad con una actitud que no sea ingenua, desconfiada o acrítica. Es necesario abrirle a lo real de modo que pueda moverse según la verdad y la justicia, desde la edad y las experiencias que en cada momento vive.

- En cuanto a su *experiencia vital*, supone también reconocer que está viviendo una serie de etapas vitales que determinan su modo de abrirse a lo real, y respetar a la persona implica acompañarle en cada situación según el momento del proceso que le toca vivir. Por ello, no podemos pretender que viva o desee lo que aún no corresponde. Por ejemplo, a una joven de 17-18 años a la que le planteamos el seguimiento de Jesús, lo que en realidad le estamos diciendo es, dada su tendencia al idealismo, que aspire a algo que no puede vivir y de lo que se experimentará como estrepitosamente incapaz al choque con la realidad. La pregunta para el acompañante —y para el encargado de pastoral y el catequista— es: ¿cuál es el mejor modo, teniendo en cuenta la tendencia a idealizar que tienen los jóvenes a esta edad, de proponer esta relación con Jesús, acorde con su momento y abierta al *más* de Dios? ¿Qué es lo que tienen que vivir según lo humano y de qué modo esta experiencia radical les abre o les impide abrirse a la experiencia cristiana?

- La tercera de estas claves es, como decíamos, *la mirada cristiana*. Una mirada cristiana es un universo en el cual el cristianismo tiene plena coherencia existencial y teologal, que es fruto de un largo recorrido en el que la experiencia teologal va transformándolo todo, también la mirada humana. Este elemento va a ser central en nuestro trabajo. No lo planteamos aquí como algo que el joven al que acompañamos tenga que conocer (decíamos más arriba que éstas son claves que corresponden al acompañante), pero sí como algo que el acompañante debe vivir. ¿A qué nos referimos con “mirada cristiana”?

Quizá sea bueno, en primer lugar, distinguirla de la “ideología cristiana”: la ideología cristiana, que todos conocemos, se organiza en una serie de orientaciones, actitudes y normas cuya referencia es meramente conceptual. No requiere adhesión existencial por parte del que la transmite ni del que la recibe, con lo cual no forma creyentes, sino sólo simpatizantes, socios. A menudo se confunde la adhesión afectiva que se desarrolla en todo aquello con lo que nos implicamos, con la adhesión existencial de la que estamos hablando. La ideología ignora, por tanto, este momento que hemos reconocido como clave que es la experiencia vital del joven. La mirada cristiana se distingue de la ideología en que, incluso reconociendo los mismos referentes ideológicos, los cree y vive de ellos y para ellos, los sirve, no los utiliza en su favor o sobre otros. La mirada cristiana a la que nos referimos se va haciendo precisa en medio de esta sociedad plural en la que nos movemos, y su necesidad se impone como *tejido* matriz en la que vivir. La mirada cristiana es un *lugar en medio del mundo* desde el que vivir.

A la vez que se diferencia de la ideología (dar unas consignas cristianas, por buenas que sean), la mirada cristiana se distancia del “tradicionalismo”, que intenta mantener lo propio, lo conocido, lo que “ha sido siempre así”, cerrándose y rechazando el mundo que le rodea, del que forma parte. El tradicionalismo rechazará, por tanto, el contexto sociocultural, en la ilusión de poderse constituir de espaldas a él. En ambos planteamientos, en la ideología y en el tradicionalismo, la persona queda sometida a un modo de mirar lo real, en vez de ser ella misma la referencia.

La mirada cristiana a la que nos referimos, por su parte, tiene un origen teológico: es un don de Dios. ¿Cómo podemos darlo por supuesto? No lo damos por supuesto; es don de Dios y se lo da a quien quiere. Pero —y respondemos a ésta con otra pregunta— ¿cómo podemos ofrecer a los jóvenes un anuncio cristiano que quiere tener una mirada cristiana sobre la persona y sobre nuestro mundo sin haber *presentido* que lo cristiano es de otro modo? Los discípulos de Jesús, con experiencias cristianas distintas, anuncian todos desde aquí<sup>5</sup>: desde lo que han visto y oído al Señor Jesús, que les ha cambiado la vida y el modo de mirar (cf. Hch 2,32), y no anuncian lo que les parece a ellos, sino que se lanzan a anunciar una vez que han recibido el Espíritu (cf. Hch 2,14). Ser acompañante cristiano consiste, en último término, en *transmitir esta mirada cristiana*. Esta mirada parte de concebir lo

---

<sup>5</sup> Esto supone un planteamiento que afecta a los acompañantes y a la hondura creyente —y desde ahí, personal y social— del que acompaña. No podemos dejar de plantearlo y de proponerlo como necesario, por más que nos parezca ambicioso.

cristiano no como un conjunto de ideas o normas que transmitir, sino como un *espacio* vital que es fuente de vida y que transmite vida a los que le rodean. Esto significa, respecto del acompañado, que esta mirada cristiana transmite a la persona, a su nivel, según su proceso, la vida de Dios. De esto tenemos muchos ejemplos en el evangelio. Nos detenemos en aquel en el que Jesús es reprobado porque sus discípulos comen espigas en sábado: Jesús, lejos de retractarse, lejos de recriminarles o justificarse, argumenta con los fariseos a causa de lo sucedido (Mt 12,2-8). ¿Saben por ello los discípulos que lo suyo es una “mirada cristiana”? Para nada. Lo que saben, porque lo ven en él, porque lo experimentan, es que hay otro modo de vivir, otro modo de funcionar en el que ellos cuentan, y este modo les abre a Dios desde otra parte, que se experimenta como más verdadera y deseable. Así es como se presenta la mirada cristiana: *como un modo de vivir nuevo, que es más vida*. Éste es el camino para anunciar el Evangelio en nuestro tiempo, para caminar junto a otros creyentes, junto a los jóvenes a quienes queremos anunciar la fe. En la mirada cristiana, por tanto, hace falta un *testigo*, alguien que avala con la coherencia de su vida eso que anuncia, y una pasión por Dios y por las personas que le va indicando el camino a seguir, a la escucha del Espíritu. De este modo no sólo no se cierra al mundo en una pretendida “seguridad cristiana”, sino que se abre a todo, porque Dios tiene una palabra para todo lo que vive.

Se trata, como decíamos arriba, de conocer en profundidad estas tres claves y manejarlas de modo dinámico para que contribuyan a promover la vida de la persona, del grupo.

### *El horizonte sociocultural*

Nos centramos en el acompañamiento de jóvenes. Ahora bien, ¿a qué nos referimos con “jóvenes”? Los sociólogos, en sus encuestas, marcan el corte del “joven” a los 29 años. Siendo como es bastante convencional, nos da una idea de las grandes diferencias que nos vamos a encontrar en esta franja de edad: ¿qué tiene que ver una chica de 16 años con un chico de 28? ¿Uno que acaba de terminar la ESO y otro que está empezando en su primer trabajo? ¿Una chica que intenta vivir una historia de amor en la que se implica a fondo, y otro que sólo sabe de “rollitos” cada “finde”, u otra tan bloqueada en las relaciones o acomplejada por su aspecto que no sale de casa siquiera? ¿El que es un “fiera” del ordenador y la que tiene las cosas bastante claras, la que vive en una ciudad enorme, anónima y despersonalizante, y el que vive en un pueblo donde todos se conocen y controlan?

Es necesario, en orden a este trabajo de personalizar el acompañamiento que queremos hacer, que tengamos claras las características generales de esta franja de edad, así como lo que, por su momento, les correspondería vivir, para ver de qué modo podemos desarrollar con ellos esa situación de ayuda a partir de lo que viven.

A nivel social, los jóvenes de nuestro tiempo se caracterizan por una serie de rasgos que hemos de tener en cuenta a la hora de situarnos ante ellos. Con esto no queremos decir que todos los jóvenes sean así —estaríamos negando la unicidad del ser persona—, pero sí que hay un “suelo común” del que participan gran parte de los jóvenes con quienes nos encontramos y una misma matriz socio-cultural de la que también participan. Esta cosmovisión tendrá que ser después matizada con otros elementos, como la situación familiar y el origen económico, cultural, religioso (en nuestro país estos elementos son últimamente

mucho más plurales que en décadas anteriores). Vamos a definir estas líneas generales aportadas por la sociología no para “juzgar” a los jóvenes –como veremos, la actitud de juicio es radicalmente contraria a la “ayuda” del acompañamiento–, sino en un intento de elaborar un marco comprensivo desde el que entenderlos.

Las características generales que los sociólogos recogen como más comunes a los jóvenes de nuestro tiempo son las siguientes<sup>6</sup>:

- Jóvenes hedonistas, para quienes es prioritario el tiempo libre, disfrutar y divertirse. La diversión se lleva a cabo individualmente o mediante el grupo de iguales. Este tiempo libre los muestra abstraídos y en una especie de *carpe diem* de inusitada intensidad que se materializa en diversiones fuertes, sexo efímero y acceso a las drogas. Este goce hedonista ha sido redireccionado por la industria del ocio hacia el consumo, que supuestamente persigue el placer de los sentidos, la libertad, la diferenciación individual, la seducción del otro.
- Instalados en un mundo de apariencia lúdica y sabedores de las dificultades que supone el mundo de los adultos, son también *presentistas*. Quieren vivir al día y renuncian a pensar en el mañana, en una peculiar huida de la incerteza. Alargan todo lo que pueden el estadio de juventud o adolescencia y se detectan resistencias a asumir las responsabilidades propias del mundo adulto, lo que determina una larga dependencia del núcleo familiar.

---

<sup>6</sup> El estudio que citamos, encargado por la Fundación Lluís Carulla, es de T. Mellén y L. Sáez i Giol, *Jóvenes y valores. ¿Qué mueve a nuestros jóvenes?*, ESADE, Barcelona 2007.

- Un dato significativo es la percepción que de los jóvenes tienen los propios jóvenes: en una encuesta del año 2005 se veían “consumistas”, “presentistas”, “egoístas” y “con poco sentido del deber y del sacrificio”, mientras que destacaban entre los rasgos que menos les caracterizaban el hecho de ser “maduros”, “generosos”, “tolerantes”, “trabajadores”, “solidarios” y “leales en la amistad”, lo que es un claro síntoma de baja autoestima de los jóvenes.
- Los nuevos valores de la juventud actual son, por otra parte, la libertad, la individualidad, la seducción, el consumo y el éxito como algo que ha de obtenerse a corto plazo.
- Por el contrario, la escuela está infravalorada y el mundo del trabajo se ve ante todo como una fuente de recursos materiales (lo que le hace perder su función identitaria). El nuevo tipo de familia que procede de la transformación de funciones de los padres implica una desorientación entre padres y madres que genera un vacío de autoridad que es aprovechado por los hijos e hijas para invertir las relaciones de poder en beneficio propio. También la religiosidad y la espiritualidad se individualizan, pierden todo sentido de trascendencia real y se convierten en objeto de consumo y culto al propio *ego*. De este modo, se corta el paso a los valores colectivos o sociales: el compromiso y la solidaridad tiran a la baja en el nivel del compromiso práctico. Avanzan, por contra, la tolerancia y la indiferencia: una tolerancia pasiva, que refuerza una concepción acrítica de las cosas.

No queremos decir que todos los jóvenes sean así o que no haya muchos que aspiren a vivir y luchar por valores opuestos a éstos. Sí hemos de tener en cuenta que este grupo crece hasta hacer-

se dominante y marca la tendencia entre nuestros jóvenes, por lo que hemos de suponer su influjo, en mayor o menor medida, entre los grupos que nos encontramos, como propuesta deseable, imposible, temida. Nos vamos a encontrar, como decíamos, con jóvenes que luchan por valores opuestos a éstos y con jóvenes que, deseando estos valores dominantes, no tienen acceso a ellos por la situación en la que se encuentran. De tal manera que esta referencia es un elemento ante el que todos tienen que situarse y que, por tanto, no podemos ignorar como componente del medio en el que se mueven.

Como decíamos, la personalización ha de dar por supuesto este mundo en el que se mueven los jóvenes, asumiéndolo de modo crítico pero sin condenarlo globalmente y sin aprobarlo de manera incondicional: éste es el mundo que ellos se encuentran; por lo tanto, si las claves socio-culturales implícitas en dicho marco no aportan lo preciso para llegar a ser persona, habrá que mostrárselo de modo fehaciente. El camino de la asimilación, que condena el mundo y espera de ellos que lo rechacen igualmente, pretende “quemar” etapas de un proceso que tienen que vivir por sí mismos y les mantiene en una actitud dependiente e infantil, incapaces para dar respuestas propias.

Pongamos un ejemplo de esto: los jóvenes están suficientemente alertados, desde los colegios, desde la publicidad y a menudo desde sus familias, sobre el peligro de las drogas. Sin embargo, ¿cómo son esos mensajes?

- *Asimilación*: “Drogas. Hay trenes que es mejor no coger”. Campaña de prevención del Plan Nacional sobre Drogas 2006<sup>7</sup>. Se

---

<sup>7</sup> Lo mismo para la campaña 2007, que pivota sobre lo emocional: “Cocaína. ¿Se lo vas a dar todo? Quiere arrancarte lo que más quieres”.

te dice qué es lo que no tienes que hacer, se te asusta con ello... pero no se te dice cómo se hace para ese “no”. Se espera que lo sepas, porque “eso es lo que hay que hacer”. Ahora bien, ¿qué pasa si coges ese tren? ¿Qué pasa si no sabes o no puedes decir “no”? ¿Qué haces de tu miedo a verte solo, de tu inseguridad para definirte, de la dificultad para vivir en nuestro mundo con tan pocos recursos personales y sociales?

- *Personalización*: eres único. Las drogas son objetivamente malas (la tensión entre lo objetivo y lo subjetivo que decíamos), pero hemos de ver de qué modo ves tú este tema, cómo lo abor das, qué recursos tienes para afrontarlo y con qué miedos o dificultades te encuentras. Es un camino más largo, que requiere esta atención personal que llamamos acompañamiento (personal y grupal) y que cuenta con la persona, cree en ella y en su deseo de vivir, y confía esto a sus propias manos.

El riesgo es el mismo: en ambos casos, un adolescente, o un joven, es una persona frágil, al que hay que enviar a la vida dejando que se exponga a sus propios retos. En el primero, la objetividad anula la subjetividad, por lo que la persona conocerá todos los criterios, pero no tendrá recursos ante los eventuales conflictos que la vida, más grande que todas las teorías, le va a plantear. En el segundo, la subjetividad se va abriendo a la objetividad significativamente: a medida que el joven se va abriendo a la vida, se le ofrece la posibilidad de, confrontándose con la objetividad, interrogarse sobre cómo se sitúa o cómo quisiera responder a ella. Estamos construyendo así, a través del proceso pedagógico que esto implica, una persona adulta que es capaz de responder abierta, responsable y confiadamente a la realidad en diálogo con lo que le rodea.

Un inciso: ¿es posible trabajar así con el joven de modo “espontáneo”? En general, lo que ha recibido en la familia es el terreno apropiado para sembrar una confianza básica, una cierta autoestima y el reconocimiento de unas referencias vitales, sociales y religiosas de carácter absoluto. Señalamos, por tanto, una nueva dificultad, la que se deriva de que, en conjunto, los padres se ven desorientados o incapaces de transmitir estas referencias sociales o personales a sus hijos, habiéndose convertido, en buena parte, en sustentadores materiales (eso sí, generosos e incondicionales). Esto viene a subrayar algo que destacaremos en la conclusión: para educar a los hijos se hace cada vez más urgente educar a los padres.

### *La experiencia vital del joven*

Nos centramos en la personalización como estilo de acompañamiento. Para ello, no nos basta con saber cómo es el joven de nuestro tiempo (ya hemos insistido en que es necesario conocer nuestro tiempo, sus claves), sino también cómo es la persona del joven, cómo se experimenta a sí mismo, a qué aspira. Esto es imprescindible si queremos trabajar con una persona a partir de donde se encuentra. Como hemos dicho al referirnos al nivel socio-cultural, no pretendemos cubrir la totalidad de referentes que describen a este marco tan amplio de personas que se encuentra entre los 15 y los 29 años, sino más bien ver qué les ha movido en las etapas anteriores y qué les orienta, lo que después habremos de concretar en el joven o la joven concreto con quien nos encontramos, que vivirá cosas parecidas... o no.

Vamos a partir de un par de esquemas de desarrollo en los cuales situamos lo que se refiere al joven.

Por un lado, tendremos presente la clasificación jerárquica de las necesidades, de A. Maslow:

1. Necesidades primarias o fisiológicas: son las primeras necesidades que el individuo precisa satisfacer, y son las referentes a la supervivencia: respirar, comer, dormir, descanso, abrigarse, etc.
2. Necesidades de seguridad: búsqueda de seguridad y protección para consolidar los logros adquiridos.
3. Necesidades sociales o de pertenencia (de aceptación social): se refieren a la pertenencia a un grupo, ser aceptado por los compañeros, tener amistades, dar y recibir estima, etc.
4. Necesidades de aprecio o estima (autoestima): son las que están relacionadas con la autoestima, como la confianza en uno mismo, el respeto por parte de los compañeros (reputación y sentirse valorado), desarrollar las propias capacidades.
5. Necesidades de autorrealización (necesidades del “yo”): lograr los ideales o metas propuestas para conseguir el pleno desarrollo personal, que incluyen conocer, entender, aspirar a la propia plenitud y trascendencia (belleza, espiritualidad...).

Y nos vendrá bien complementarla con la clasificación de E. Erikson según los ciclos vitales, que integra mejor el *proceso de crecimiento* y la función crucial del *conflicto* para resolver las tensiones que atraviesan y van estructurando a la persona<sup>8</sup>.

- Confianza *versus* desconfianza (los 12 primeros meses).

---

<sup>8</sup> Esta función del conflicto, determinante para el desarrollo humano, tiene un paralelo a nivel espiritual: en san Juan de la Cruz vemos igualmente que lo más influyente del desarrollo personal no son los estados, sino las crisis. Esta simetría contribuye a cohesionar el universo de comprensión (esta mirada cristiana) que así se va configurando.

- Autonomía *versus* inseguridad (1-3 años).
- Iniciativa *versus* culpabilidad (4-5 años).
- Laboriosidad *versus* inferioridad (6-11 años).
- Identidad *versus* confusión (12-18 años).
- Intimidad *versus* aislamiento (edad adulta).
- Integridad *versus* desesperación (madurez).

Estos marcos generales nos ofrecen un soporte para comprender al joven con el que nos encontramos. En esta etapa, el joven se abre a la realidad, que experimenta en sí mismo transformada:

- Ha de recorrer el largo camino de abrirse a la realidad de su propio físico y de sus posibilidades y límites, y ha de llegar a aceptarse en lo que es, más allá de la apariencia. Asimismo, todo joven se vive en conflicto entre la problemática interior que vive y la sensación de frustración/exaltación en la que con frecuencia se debate. El joven vive desde un universo imaginario que le sirve, a su vez, para ir elaborando una imagen de sí mismo. El objetivo al que apuntamos en este ámbito es a que el joven desarrolle una imagen más o menos coherente por la cual se acepte a sí mismo.
- A nivel de pensamiento formal continúa su desarrollo, que crece paralelamente a un ensanchamiento de su mundo de intereses, que despierta en él la conciencia crítica, que vive agudamente como teoría que sólo a veces se materializa en la práctica (pero que cumple esta función, complementaria de su egocentrismo, de abrirle más allá de sí). De esto no es consciente el joven, y la conciencia de dicho “fracaso” a nivel práctico provocará una crisis que dará paso a la siguiente etapa, como veíamos en el esquema de Erikson. La importancia de esta fase de reflexión/argumentación desembocará en

el desarrollo de una escala de valores o códigos de ética propios, que contribuyen al desarrollo de la identidad personal, que aparece como objetivo, a la vez que permiten al joven configurarse frente a los demás, sean personas concretas o grupos.

- La experiencia de su diferencia le lleva, progresivamente, a separarse de sus padres y cambiar las relaciones de dependencia por relaciones de autonomía plena. La ruptura que este paso requiere no puede hacerse sin enfrentamiento, sin conflicto, aunque la toma de conciencia de su necesidad de autonomía y la asunción de la propia responsabilidad (que sustituye al universo normativo en que se movía) no suele vivirla de modo consciente y mucho menos pacífico. En este aspecto, ha de llegar a desarrollar un sí mismo que sea fuente de su ser y de su actuar.
- A la vez que se separa de la familia, se apoya en el grupo de iguales. La amistad tiene una enorme importancia en la configuración de su persona en esta etapa. El límite de este desarrollo grupal, que tanta importancia tiene, es la dificultad que tiene para hacerse autónomo respecto de los dictados del grupo, lo que limita su crecimiento. Esta fase de socialización secundaria culmina cuando se haga autónomo respecto del grupo y adquiera autonomía propia, una imagen ajustada de sí desde la que abrirse a los otros. Es importante tener en cuenta para esta etapa la importancia de los modelos, referentes vitales que orientan el modo propio de ser que se busca inconscientemente.
- Se ve obligado a confrontarse con la sociedad: empieza haciéndolo de modo crítico-racional (que le permite analizar lo que le rodea) o emotivo-irracional (que se mani-

fiesta en el gusto por el riesgo), y progresivamente le irá implicando de modo concreto (experiencias, conflictos, vida laboral o afectiva). Tiene que llegar a descubrir su lugar en la sociedad, para lo cual ha de encontrar su sentido, su lugar en la vida.

En líneas generales, éstos son los jóvenes con los que nos vamos a encontrar. Que retrasan, respecto de etapas anteriores, el período de juventud a edades más tardías y que experimentan las mismas necesidades de crecimiento, en términos generales, que todos los seres humanos anteriores a ellos. Vamos así precisando el “retrato robot” del joven al que nos dirigimos para descubrir el modo como vamos a trabajar con él.

Tenemos así dos claves: la social y la personal, que se vive en confrontación con la familia, la sociedad, etc., desde la propia circunstancia. Al sujeto atravesado por todas estas tensiones es al que queremos acompañar desde donde se encuentra hasta donde tiene que llegar.

Se hace preciso articular lo objetivo y lo subjetivo. Lo objetivo es, como vemos, que este proceso de personalización, de socialización, de autonomía, de estima propia y de los otros, de identidad personal y grupal, etc., los marcos interpretativos de Maslow y Erikson a los que nos hemos referido, se presentan como el horizonte que aspira a desarrollar a la persona según su plenitud propia. Esto, por “objetivo” y válido que sea, no vamos a imponérselo, ni le vamos a exigir llegar a ello “saltando etapas”, sino, por el contrario, partiendo de la propia circunstancia de la persona con la que caminamos. Un ejemplo nos dará luz sobre este hecho.

Un chico de 28 años, con novia desde hace cuatro y un trabajo que le permite mantenerse, expresa un rechazo visceral al matrimonio, a los hijos y a todo aquello que implica un paso de

mayor compromiso respecto de su relación presente (teniendo en cuenta que la chica ha expresado este deseo no para ser realizado ahora, sino como paso natural de su relación). El acompañante debe preguntarse por la actitud defensiva del muchacho, en orden a encaminarle a una postura más abierta y reconciliada con aquello que hoy detesta. Ahondando en ese rechazo, se descubre una ruptura familiar grave y otros elementos que pueden ser causa del rechazo actual. Desde ahí, se inicia el camino de ir integrando la herida, de modo que dicha reconciliación con su pasado le abrirá a la realidad de otro modo más abierto.

No valdría de nada, y sería profundamente lesivo tanto para el muchacho como para su futura relación, “obligarle” a casarse porque tiene un compromiso, porque la chica es valiosa y se quieren mucho...

Por el contrario, el acompañante no puede tener ideas preconcebidas a la hora de orientar en relación a unos “objetivos”. Esta advertencia quiere llamar nuestra atención sobre el hecho de que la personalización establece una síntesis dinámica entre esa realidad objetiva que se reconoce como posibilitadora de la persona, en su calidad de horizonte valioso para ella, y la apuesta radical por la persona, a la que hay que ayudar a que se abra a la verdad a partir de su historia y sus determinaciones concretas. Esta tensión fecunda entre lo objetivo y lo subjetivo sintetiza la técnica y el arte del acompañamiento.

Lo mismo para la orientación vocacional: trabajaremos con la persona alentando, desde esta mirada cristiana a la que nos referimos en el punto siguiente, el despuntar vocacional si éste se manifiesta. A la vez, creemos que al trabajar en favor de la persona, abriéndole a percibir y abrirse a su *más* propio, para el que ha sido creada, estamos creando el *humus* más favorable para que

se dé un proceso vocacional sano cuando éste se manifieste.

### *Una mirada cristiana*

Estamos hablando de acompañamiento cristiano, que, como decíamos al comienzo, quiere hacer crecer a la persona en la fe y en su desarrollo vital, que veíamos que guardan una correlación estrecha. Ésta es la tesis de la que partimos:

1. La persona que estamos llamados a ser se unifica en la medida en que va descubriendo que Dios quiere que te desarrolles como persona y que la persona, en la medida en que se realiza como tal, y si se le anuncia, está en condiciones de descubrir que la propuesta de vida encarnada en Jesús de Nazaret es plenitud de lo humano, una plenitud que sólo se logra plenamente en su dimensión teologal, a la que sólo el creyente tiene acceso. Estamos partiendo, por tanto, de un concepto de persona global, en el que la fe no es un añadido (por ello no se trabaja aparte), sino que, a medida que se va integrando, llega a convertirse en el suelo nutricional de la persona, que descubre que la relación con Jesús, el Hijo, es su verdadera fuente. A la vez, ya podemos constatar, por nuestra propia experiencia, que esto no es algo que se dé de entrada, sino que es algo a lo que se llega, y probablemente se llega tarde.
2. Este planteamiento que ofrece al creyente, como horizonte para vivir, una *mirada cristiana*, y no sólo unas referencias externas, nos parece que responde mejor a la verdad evangélica, que plantea la conversión como comienzo del camino y presenta la vida cristiana que brota a partir de dicha conversión. Esta mirada cristiana parece ser más necesaria aún en la sociedad pluralista

y posmoderna en que nos movemos, porque el suelo cristiano no se alimenta de esas certezas débiles que caracterizan a la posmodernidad, sino que se hace precisa esa conversión que parte de la conciencia de ruptura y escoge a Cristo como Señor único, para que el suelo cristiano sea firme y fecundo, capaz de sostener la vida. Ya vemos que este planteamiento requiere una consistencia de la que el joven carece. Esto nos lleva a preguntarnos qué es lo que hay que ofrecerle en el punto en el que hoy se encuentra, de modo que se prepare el terreno para comprender lo real desde esa mirada cristiana que es, como hemos dicho, don de Dios.

3. Por lo dicho, no pretendemos introducir al joven de golpe en una mirada cristiana como la que aquí se plantea. Pero sí que hemos de ofrecerle, a la vez que atendemos a su momento personal en las tres claves que veíamos más arriba, la referencia de esta mirada cristiana como horizonte para vivir. Algo que deberíamos tener muy presente en esta época nuestra de secularización. Ya hemos dicho más arriba, al presentar la mirada cristiana, que ésta es sostenida y manifestada por los *testigos* y que éstos hacen la función de modelos para el joven, le hacen atrayente y posible el creer, le introducen a una experiencia.
4. Más bien, se trataría de ofrecerle, a toda persona con la que nos encontramos en esta clave de acompañamiento, el modo cristiano de mirar como modo que supone una salvación para la persona, puesto que oferta un forma nueva de mirar que es salvadora. Este modo deberá ir avalado por nuestra coherencia personal (y nuestra pobreza, humildemente reconocida) y por la *oferta de experiencia* que pretendemos

suscitar en los jóvenes. Esta experiencia será argumento elocuente, en nuestra sociedad pluralista, ofrecido a su persona y a su libertad, en nombre de la cual podrán elegir.

5. Esta mirada cristiana implica, por tanto, *perder el miedo a ser pocos*. En la teoría lo afirmamos así, pero a menudo nuestros planteamientos siguen aspirando a convencer a todos. Se trata, más bien, de ofrecer un estilo cristiano que privilegia a la persona de modo que ésta se sepa querida por Dios (como les pasa a los discípulos que van comiendo las espigas porque tienen hambre). Y, de este modo, suscitar una experiencia que, en contraste con las otras múltiples experiencias que nuestra cultura ofrece, pueda reconocerse como valiosa hasta el punto de escogerla como referente radical para vivir. Esto supone, de verdad, creer en la persona y creer en el Espíritu: creer en que la persona reconoce la vida si la experimenta, creer en el Espíritu que sigue suscitando vida entre nosotros, en el Espíritu que es poderoso para salvar también en este tiempo nuestro, que a menudo interpretamos como “dejado de la mano de Dios”. Esta presentación humilde e intensa, creyente y pobre, es la fuerza y la debilidad de nuestra fe: verán... quienes Dios quiera.

Con lo que hemos dicho hasta aquí no hemos hecho sino presentar una teoría. Todos podemos hablar de “mirada cristiana” y podemos creer que estamos entendiendo lo mismo. Lo cierto es que la mirada cristiana está, para nosotros, por hacer: hemos vivido tanto tiempo en una cultura cristiana, arrastramos tantas ideas cristianas en nuestro modo de mirar, que se hace difícil distinguir entre aquello que muchos de nosotros vemos como “lo normal” o “lo bueno” y lo que ahora

llamamos “mirada cristiana”. Esta mirada cristiana articula todos los elementos a los que nos hemos referido más arriba, los interpreta y da sentido en la clave de personalización (con una actitud no directiva, por tanto), a la que nos estamos refiriendo. En el punto siguiente comentaremos de qué modo se articularía dicha mirada en el acompañamiento con jóvenes, de forma que, en la concreción, podamos precisar a qué nos referimos con este concepto de “mirada cristiana”.

## Una mirada cristiana en acción

Partimos de un acompañante de jóvenes que tiene esta mirada cristiana. La mirada cristiana se caracteriza, en primer lugar, por hacer una lectura atravesada por la fe, la esperanza y el amor en relación a las personas y a los acontecimientos. Podríamos reconocer esta mirada cristiana también en la persona que reconoce que la mirada cristiana es así, lo viva ella o no lo pueda vivir. Pero es preciso que de algún modo lo comprenda “por dentro”, porque, si no, no será un acompañante *cristiano* de jóvenes, sino otra cosa.

- Se caracteriza por creer en la persona no como mera teoría, sino como actitud concreta en la vida.
- Se exige a sí mismo toda la competencia que el objetivo merece, tanto a nivel espiritual como a nivel antropológico y psicológico: hace verdad lo que dice en relación a la fe, se trabaja humanamente como quiere que trabajen otros, se forma, se interroga, busca ahondar en la verdad de la misión.
- Ha experimentado la bondad de lo que afirma, expresa honestamente sus límites y se experimenta llamado por Dios, por la comunidad religiosa o parroquial, por su superior o párroco, a prestar este servicio

eclesial que encarna la “compañía” de Jesús a nuestro lado. Se experimenta, por tanto, llamado a encarnar el rostro de Jesús en medio de los jóvenes.

- Lo realiza por medio de la “pedagogía simultánea”<sup>9</sup>, que expresa, como instrumento, la cohesión entre fe y vida que atraviesa todo el proceso.

Vamos a poner ejemplos que concreten lo que estamos diciendo y así comprobamos si nos referimos a lo mismo al decir “mirada cristiana”. Lo primero que hemos de tener presente en todos estos casos es que la joven o el joven no van a venir a contarnos lo que viven mientras esto no sea un problema, y un problema que les desborde, como hacemos también de adultos. No se trata, por tanto, de pretender ganarse su confianza para que nos abran su mundo, sino que han de ser respetados en su intimidad y en su derecho a escoger las personas con las que confiarse. Nosotros estamos ahí a su servicio, para que el día que quieran, si quieren, cuando necesiten, puedan contar con nosotros y saber que haremos lo posible por estar a su lado. Esta primacía de la persona empieza, por tanto, por reconocer que no soy “yo”, la experimentada, “profe guay”, quien tiene importancia. Son ellos, a los que amamos, quienes nos preocupan y nos interesan, los que han de encontrarnos disponibles cuando nos necesiten. No se puede plantear como imposición del tipo “tienes que hablar *conmigo* y con-

---

<sup>9</sup> La expresión, y su contenido, es también de Javier Garrido, al que ya hemos citado en la nota 2. Frente a la pregunta que nos solemos hacer de si es mejor primero hablar al joven de Dios o si es mejor empezar por lo humano, la pedagogía simultánea va trabajando lo humano y lo espiritual en paralelo, partiendo de una lectura bíblica adaptada al momento personal del joven. Esto supone (lo decimos en orden a la formación en la que luego insistiremos) una preparación bíblica por parte del acompañante.

tarme qué es lo que te importa, lo que te preocupa, quiénes son tus amigos y con quién te llevas mal”. ¡A esa intromisión no hay derecho, y merece el rechazo que suscita! Esta advertencia sobre el respeto máximo a la intimidad no quita para que, por nuestra parte, ofrezcamos actividades, experiencias en las que los jóvenes puedan enganchar. Pero siendo muy conscientes de que su rechazo no se puede leer como “estos que fallan”, sino como “nosotros que no acertamos con la actividad” o como interrogante que nos lleva a preguntarnos qué significa su desinterés, su rechazo<sup>10</sup>. No puedes caminar junto a alguien a quien minusvaloras o desprecias.

Estamos hablando de un acompañamiento que se realiza en ámbitos en los que encontramos a los jóvenes, como la escuela, la parroquia o el centro cultural o deportivo. Lo normal en estos casos es que la figura del acompañante se mezcle con la del profesor, el catequista, el trabajador social o el novicio que suele estar con los chavales. No significa esto que la figura del acompañante tenga que permanecer así inespecífica, pero en estas etapas en que uno no tiene conciencia de sí mismo, no busca un acompañamiento, sino que habrá que írselo ofreciendo como oferta que le permita descubrir lo que la ayuda de una persona que está a su favor, con más experiencia de vida y más conocimientos, que está por lo suyo, le puede aportar. En estas etapas, la figura del acompañante y estos otros servicios van a estar ordinariamente mezclados. Y será bueno, en orden a ese *más* al que apuntamos, que los jóvenes sepan que la figura del acompañante, que

---

<sup>10</sup> De nuevo, matizamos para aclarar: lo que aquí decimos se refiere al hecho de que si yo organizo una actividad, no tiene por qué parecerles atractiva a los jóvenes. Otra cosa es cuando ya se han comprometido y después fallan. Ahí sí que hay que exigir: no porque frustran lo mío, sino porque se desdican de la palabra dada, y acompañar es también educar.

ahora les ayuda y les aporta tanto (siempre que sean ellos quienes eligen el quién y el cuándo, como ya hemos dicho), puede tomar una forma establecida y ayudarles a crecer no sólo en situaciones puntuales, sino en un caminar global, específico y constante.

Asimismo, es preciso *leer*, también, por qué vienen los que vienen. Muchos de los que no vienen es, ya hemos dicho, porque no lo necesitan, no se atreven o no ponen nombre a lo que les pasa. Otros porque no despertamos su confianza o por lo celosamente que protegen su intimidad, por pudor... ¿Y los que vienen? ¿Los que vienen mucho qué demandan? A veces vendrán desde esa necesidad que decíamos que será el motor principal, pero también puede ser que el contenido de la demanda sea un problema más o menos imaginario, y la demanda real sea la profunda necesidad de ser escuchados, atendidos, de sentirse únicos... Es importante reconocer todas esas motivaciones para poder ayudar a cada persona en su circunstancia.

Se deduce de aquí la importancia de que el acompañante, aunque no lo sea por ministerio, por vocación, tenga una sensibilidad desarrollada hacia la tarea que realiza, porque, si no, hará mucho daño... En la Iglesia hemos echado mano con exceso de confianza de la “buena voluntad” de las personas que trabajan en la escuela, la parroquia, las actividades..., y así hemos hecho mucho daño. Para acompañar no basta la buena voluntad, aunque sea mucha. Es precisa la competencia en los campos en los que trabajamos, puesto que nos dirigimos a personas, y el daño que se puede hacer es demasiado grave como para ignorarlo.

Por eso, antes de continuar hablando de los jóvenes, vamos a detenernos en la figura del acompañante. Sólo si está en condiciones de acompañar, sólo si vive en tensión fecunda su vida y se vive

llamado y capacitado para prestar este servicio en relación a los jóvenes, con lo que esto significa, puede aportarles las claves que necesitan.

### *La figura del acompañante*

En primer lugar, nos vamos a centrar en la figura del acompañante. Lo hacemos así porque nos dirigimos a acompañantes y estamos orientando nuestro trabajo en relación a ellos. La persona de la que estamos hablando no es alguien que ejerce la función de acompañante porque “le ha tocado”, porque se lo han encargado, “por obediencia” (mal entendida). Sea cual sea el camino por el que ha llegado a esta misión, ahora que tiene este encargo ha de vivirla no desde el hacer, sino desde el ser: hacer esta misión propia, porque el trabajo con personas no puede hacerse sino respondiendo a ella con todo el ser y con todas las fuerzas.

Por tanto, esta persona a la que se le ha encargado acompañar a jóvenes, o aquella que se ha visto conducida a ello por una llamada interior (damos por supuesto el discernimiento previo, y suponemos que tienen que darse juntos de algún modo), no pueden, sin más, colocarse ahí desde su ser “natural”, sino que han de desplegar las habilidades, las capacidades, las antenas que les permiten acompañar a los jóvenes de modo adecuado. ¿En qué se concreta esto? En que su trabajo con ellos viene avalado por la integridad y la autenticidad de la propia vida: sólo con ese trabajo sobre uno mismo puede alguien reconocer lo costoso y lo necesario del trabajo que pide a los demás. El testimonio que vamos reconociendo como elemento valioso de este trabajo con jóvenes no se apoya en ninguna autoridad institucional o en la mera mayoría de edad, sino en la certeza, en la fe en que la vida puede ser mejor para ellos de lo que nuestro mundo ofrece..., tan buena como la quiso Dios al crearnos.

El acompañante debe vivirse, por tanto, en tensión dinámica hacia la vida que propone Jesús, atendiendo tanto a la dimensión antropológica (y lo que sea necesario ir integrando de la psicológica) como a la dimensión espiritual. Como dice Óscar Alonso citando a Légaut, los que acompañan son “presencias que, sin violentar su soledad, la llenan y, sin distraerle de sí mismo, le ofrecen ocasiones de escuchar la llamada de su ser”<sup>11</sup>.

Hablamos de ofrecer una mirada creyente. La persona que acompaña ha de ir incorporando esta mirada a su propio modo de mirar y de vivir, de manera que pueda ofrecerla después como experiencia vital y no sólo como teoría acartonada, cuya inautenticidad alejará muchas veces a los jóvenes de esos malos acompañantes y también de la Iglesia y de la oferta de salvación que trae Jesús, que queda así desacreditada. Esto tiene que ir acompañado de ese “buen entendimiento” que le permite saber qué es lo que puede recibir cada joven en el momento en que se encuentra, sin pedirle de menos o de más, sino ajustándose lo más posible a la realidad de la persona que se encuentra, lo que implica un trabajo extra: su vida se irá concentrando en ese trabajo de verdad sobre sí mismo que ahora incorpora progresivamente a los otros, a estos jóvenes que acompaña, para que su palabra sea cada vez más verdadera, más atinada, más posibilitadora o exigente, según los casos. Éste es un rasgo de esa mirada cristiana: no una ideología que se predica, sino una vida que se entrega a vivir en favor de lo creído, tan valioso que se empeña en ello la propia vida.

Entendemos muy bien esto que dice Teresa de Jesús: “Si con esto tiene letras, es grandísimo negocio”... Mejor que mejor, que decimos nosotros. Pero si hay letras sin darse lo anterior, sólo daremos eso, letra *muerta*. Esto nos ilumina sobre

---

<sup>11</sup> Alonso, O., *Acompañar*, PPC, Madrid 2008, p. 39-40.

el fracaso de la educación de nuestros días, que enseña tantas veces a los hijos “verdades” que ellos no viven..., esa incoherencia de la que los jóvenes expresan la ruptura y que nos confirma en la necesidad de enseñar más cosas que las formas civilizadas, el “saber estar” o la capacitación laboral... Eso nos lleva a la siguiente pregunta: ¿quién les enseñó a los padres esa asignatura llamada “vida”? Este saber, que aporta sabiduría, sigue siendo una asignatura pendiente en nuestra vida.

Estábamos con las cualidades del acompañante y decíamos que éstas tienen que ir avaladas por la vida, una vida que se vive en diálogo constante entre el acompañante, la vida y Dios. El acompañante que tiene a su vez a otro hermano que le acompaña, que encarna para él esos rostros humanos en los que experimentar de modo concreto la misericordia de Dios. De esta manera, con la ayuda de los hermanos, con la Palabra de Dios que se va iluminando en la vida, en la lectura de los acontecimientos, va aprendiendo a conocer un Dios cada vez más verdadero, más cercano al Dios que se revela en la Biblia, que va enseñando a Israel, a la Iglesia, a cada uno con su pedagogía amorosa y eficaz, cuál es el modo de realizar el Reino en nuestros días. El acompañante, así, es un *consagrado al Reino*. Esto ha de darse lo mismo en el religioso que en el laico: la llamada que todo cristiano ha recibido a realizar la propuesta de Jesús y que se caracteriza, en nuestros días, por el modo concreto de mirada cristiana que *hoy* nos toca encarnar.

## La vida del acompañante

No puede creer en cada joven si no experimenta la palabra creadora de Dios sobre él. Esto supone, de nuevo, mirar de otro modo que el mundo: el mundo mira a las cualidades visibles y rechaza a aquellos que no las tienen. Creer en la

creación de Dios es creer en lo valioso de cada persona y no dejar a aquellos que el mundo deja, sino hacer visible para ellos la belleza que Dios ha puesto en cada uno: un objetivo que sólo podemos realizar unidos a él. En esto consiste la mirada cristiana, un modo de mirar que sólo Dios hace posible entre nosotros, y a nosotros nos toca creer.

No puede transmitir perdón si no ha sido perdonado: ¿y cómo decirle a un joven que se perdona a sí mismo, en esta etapa de autodesprecio furibundo que vive el joven, si el acompañante no cree profundamente en que el perdón salva, si no sabe de qué habla?

No puede manifestar al Dios de la Vida si no lo ha experimentado, y lo experimenta si se ha sabido rescatado de la muerte, si sabe que Dios puede sacar vida de toda muerte.

No puede suscitar vida en las diversas muertes que viven los jóvenes si no ha conocido que Dios saca vida de la muerte: con lo que ello implica de reconocer la propia historia de dolor, haberla integrado (o estar en ello), saber de la liberación que experimenta.

No puede vivir sin miedo, o afrontando su propio miedo, si no ha sido rescatado a la libertad de los hijos: tenemos mucha tendencia a mirar a los jóvenes con la preocupación, la desconfianza y el temor con que los mira el mundo. ¿Cómo es la mirada que tiene Dios sobre ellos? ¿Cómo es esa mirada en sus desvíos, en sus descalabros, en sus errores indudables y a veces estrepitosos? ¿Cómo necesita uno ser tratado cuando teme o fracasa?: ¿como te mira Dios o como te mira el mundo?

...

¿Cómo podríamos resumir el rostro del acompañante? El de ser testigo y maestro de una experiencia: “Hoy los jóvenes reclaman, efectivamente,

no tanto valores cuanto modelos visibles y concretos que encarnen los valores... Necesitan un modelo de vida del que aprender y con el que caminar. Necesitan un maestro para aprender a vivir la fe y llevarla a plenitud. El maestro conoce el camino porque él lo ha recorrido, y sabe que hay caminos que nunca ha recorrido del todo. El maestro de acompañamiento sabe que el único Maestro es Jesús".<sup>12</sup> En palabras de san Gregorio Magno, "hay que mostrar lo invisible a través de lo visible".

Queremos subrayar una *experiencia* que se caracteriza por encarnar, en la subjetividad propia, en su vida, la *objetividad* y universalidad de la salvación de Dios, que es para todos: lo que el acompañante debe transmitir no es *su* propia experiencia, sino la *salvación de Dios* que se manifiesta en la vida y en su vida, y que transmite con palabras y, sobre todo, en ese algo inobjetivable que hace presente a Dios.

La mirada cristiana de la que hablamos no se hace a base de consignas, sino a base de creer y realizar en la propia vida, y en la vida de los jóvenes con los que caminamos, lo creído, esto que ha prendido como *luz* en la vida del acompañante y que él quiere hacer *prender* en la vida de los jóvenes con los que camina. Creyendo en que la vida que corre a través de todos, de los que acompañan y de los que son acompañados, es la vida fecunda de Dios, que riega toda la tierra y la hace fecunda a su tiempo.

El acompañante, por tanto, ha de vivir en presente: no se trata de trazar un plan con este joven de aquí a... (aunque hay que tener una visión procesal y de conjunto), sino de ir caminando, paso a paso, desde su paso hasta donde nos deje. Lo que dice Ignacio de Loyola, aplicándolo a los acompañantes, a la luz de la transformación que

---

<sup>12</sup> Urbietta, J. R., *Acompañamiento de los jóvenes*, PPC, Madrid 1996, p. 31.

en nosotros opera Dios: “Entrar con lo suyo para salir con lo nuestro”<sup>13</sup>. De modo que vayamos caminando con la persona, teniendo presente que, la perdamos de vista o no, Dios está siempre con ella. Vivirse, por tanto, desde la libertad que ofrece ese ser meros medios.

Ahora bien, *¿quién es capaz de hacer esto?* Como ya hemos dicho, no basta la buena voluntad. Como decía Teresa de Jesús hablando de los directores espirituales: “Así que importa mucho ser el maestro avisado —digo de buen entendimiento— y que tenga experiencia. Si con esto tiene letras, es grandísimo negocio. Mas si no se pueden hallar estas tres cosas juntas, las dos primeras importan más...” (*Vida* 13, 16). Buen entendimiento y que tenga experiencia, nos dice Teresa que es lo imprescindible. Buen entendimiento, sentido común y profundidad que le capacitan para entender la vida con verdad. Esto va unido a la experiencia, no puede darse sin ella. Es necesario formarse, además, pero hace falta tener las dos condiciones primeras. El motivo es que la buena intención, a bobas (*de devociones a bobas librenos Dios*, termina este párrafo), puede hacer mucho mal a los jóvenes, desorientándolos o forzándolos en una dirección que no es la suya.

¿Y acompañarla, *para qué?* Volvemos ahora a la frase de Légaut que estaba al comienzo de este apartado: para llenar su soledad sin violentarla y ayudarle a escuchar la llamada de su ser. El objetivo no tiene que ver con el acompañante, sino con el acompañado. Esa primacía de la persona en la que insistimos quiere decir que cada acompañamiento es único, porque la persona es única. Por tanto, habrá que respetar esa soledad esencial

---

<sup>13</sup> Éste es un caso de una frase que puede entenderse como pura manipulación o como tensión dinámica entre el “menos que sí mismo” en que a menudo la persona se vive, y el “más personal” que le es tan propio y que le abre a sí misma, a lo real y a Dios.

que reconocemos como el reducto de su intimidad y el modo como éste pueda o quiera irse expresando, de tal manera que se sepa en toda ocasión respetado, a la vez que movido a respetarse a sí mismo en los núcleos fundamentales a que su soledad le obliga.

Desde esa soledad que le pone consigo mismo, cada persona ha de escuchar la llamada de su ser. El acompañante acompaña al joven para ayudarle a descubrirse a sí mismo, para que realice aquello que está llamado a ser, eso que Dios puso en él y que es, por lo tanto, su más profundo yo. El acompañante no se pone a sí mismo, sino que “saca” lo que está en el interior del otro; cuando habla de sí mismo, no es de sí de lo que habla, sino de la *experiencia objetiva*, que es la que puede iluminar al acompañado (Jn 8,38).

Para terminar, resumimos en estos puntos<sup>14</sup> los rasgos que debe tener el acompañante:

- El acompañante no es el guía que abre caminos al muchacho, ya que es el propio muchacho el que debe ir descubriendo la senda que el Espíritu le marca y ésta no tiene por qué ser la misma que en su día recorrió el acompañante.
- El acompañante no es el director que marca el ritmo, sino que más bien se mantiene fiel al ritmo que Dios va marcando en el muchacho.
- El acompañante no es un colega al mismo nivel que el muchacho. La empatía y la cercanía son imprescindibles en la relación de acompañamiento, pero la perspectiva con que se ve el camino recorrido, y sobre todo

---

<sup>14</sup> Proceden de un material sobre el acompañamiento de los escolapios que he encontrado en Internet: [http:// www.escolapios.es/colegios/cercedilla/Libreria/Materiales/CFAP/formap33.doc](http://www.escolapios.es/colegios/cercedilla/Libreria/Materiales/CFAP/formap33.doc).

por recorrer, hace distintos los roles y las percepciones de ambos.

- El acompañante no es el psicólogo que escucha y resuelve los problemas, sino alguien que se pone en situación de construir apoyado en Jesús y de afrontar las dificultades desde la fe.
- El acompañante no es el técnico que enseña contenidos con una gran argumentación, sino alguien que testimonia con su vida que se puede vivir en “abundancia” (Jn 10,10) y que convence por lo que hace y es, no por lo que piensa y dice.
- El acompañante no es mero espectador de las cosas que pasan en el muchacho, sino que tiene que ayudar activamente a éste, de modo que, además de ser luz, refleje con su propia vida el Amor de Dios. Ha de ser sal, dando sabor y evitando que se pudra la “interna inclinación del Espíritu” en cada muchacho. Para esto hace falta discernir lo que va pasando en el muchacho y saber cooperar con la Verdad de la llamada que cada uno recibe.

Sólo desde estas claves puede el acompañante caminar junto a los jóvenes, puesto que sólo en la medida en que vive o se abre a vivir lo que anuncia puede comunicar una *experiencia* y presentarse como testigo tanto de la riqueza de la vida que comunica como de las oscuridades e incapacidades que se experimentan al caminar.

### *Los jóvenes a quienes acompañamos*

En el espacio que nos queda, queremos dar alguna pista del modo de este acompañamiento. Hemos escogido, para terminar, algunas situaciones en las que comúnmente nos encontramos, y queremos dejarlas ahí como ejercicio-reflexión de la tarea de acompañar que hemos ido proponien-

do. Esperamos que la reflexión personal y/o grupal que pueda suscitar despierte en nosotros cada vez una mayor sensibilidad en relación a esta tarea, tanto si somos llamados a ella como si hemos de recomendársela a otros.

1. *Ante la realidad del sufrimiento.* Vemos cómo nuestros jóvenes sufren. No más ni menos que los anteriores, pero qué duda cabe que sufren: no sólo los cambios vitales que se ven obligados a afrontar, la búsqueda de la necesaria identidad y todo lo que se refiere a su propia situación existencial..., sino que tienen que medirse con un mundo competitivo, en una sociedad que instrumentaliza a las personas, en tantos negocios que los buscan como clientes: ocio, imagen, drogas..., señuelos ante los que no es fácil defenderse. Tienen que medirse ante la soledad, la desorientación y la marginación. Viven, además, en un mundo plural al que deben abrirse progresivamente y para el que no están preparados: razas diferentes, multitud de ideas, de propuestas, de sentidos, de credos..., trabajos para los que no están preparados, carreras que no se presentan como la preparación necesaria, sino como exigencia imprescindible. Muchos de ellos padecen rupturas familiares, han crecido demasiado solos o demasiado protegidos, han sido educados desde la desorientación que sus padres arrastran... ¿Cómo orientarse en un mundo complejo, anónimo, global? ¿Cómo enseñarles a mirar el mundo con confianza y con esperanza, más allá de las indudables dificultades, más allá de la competitividad y el individualismo? ¿Cómo estamos nosotros mismos en el mundo, qué podemos enseñar desde nuestro propio mirar?

¿Cómo enseñarles a leer las experiencias dolorosas, a no negarlas ni huir de ellas? ¿Cómo hacer que aprendan a dialogar con la realidad que se les va presentando, sin encerrarse en actitudes defensivas, sin arriesgarse innecesariamente? ¿Cómo desarrollar en ellos la apertura necesaria, distinta

según su carácter y sus experiencias, que aprenda de los errores, que no marque de modo irreparable? ¿Cómo integrar el fracaso, la frustración, la muerte? ¿Cómo enseñarles a vivir con heridas?

2. ¿Cómo se hace para acompañarles en este *despertar sexual* que viven con tanto temblor y deseo? ¿Cómo caminar junto a ellos en sus búsquedas y en sus preguntas? Se ha acabado ya el tiempo de las teorías, y ahora les toca bajar a la arena y vivir su propia vida en primera persona. Con qué cuidado es preciso estar a su lado, especialmente en esos momentos en que su mala conciencia, su inseguridad o su frustración, como les ocurre a Adán y Eva, que se ocultan a la vista del Señor (Gn 3,8), les hace ocultarse a nuestra vista. Cuánto necesitan entonces una mirada que sigue siendo fiel, que sigue a su lado para cuando quieran venir y contar, para cuando necesiten consultar, emocionarse o llorar. ¿Cómo haremos entonces para darles esa acogida que se parece a la de Dios..., que si te tiene que decir “mal” te dice “mal” sin dejar de estar un instante a tu lado... pero que ante todo te busca porque quiere estar contigo, y en su presencia descubres que eres valioso más allá de toda apariencia y de toda inseguridad? ¿Cómo habremos de vivir nosotros mismos la sexualidad como don de Dios, como bendición y vida, para poder transmitirles así ese saber secreto que nuestra sociedad quiere desacralizar y naturalizar? ¿De qué modo transmitirles el gozo de la vida como don y como misterio? ¿Cómo enseñarles a vivir sin miedo, a mirar la vida y las experiencias con confianza?

Nuestro acompañar tendrá que adecuarse a su ritmo vital, a su ansiedad o a su capacidad de escucha. En general, se parecerá a ese caminar de los discípulos junto a Jesús, en el que se saben cuidados, pero del que ignoran lo verdaderamente importante. Es ahí donde nos toca dar esas claves, confiando en su capacidad de leer *a posteriori*, confiando en la luz del Espíritu que ilumina

nará su vida con la vida que les hayamos podido aportar. No se trata de estar seguros de que “aportamos”, de que “sembramos”, y mucho menos de que recogemos. Se trata de comunicar otra mirada, otro modo de estar en la vida, un talante abierto y confiado, porque somos *hijos...* Y confiar en que Dios, Señor de la Vida, promoverá en ellos la vida. En este tiempo de crisis social, religiosa, cultural, no podemos aspirar a ser un referente poderoso y bien establecido..., y nuestras palabras y gestos participan también de esa *debilidad* que lo atraviesa todo en nuestra época. Por eso, sólo la confianza en el Espíritu aportará la fuerza que requiere nuestra debilidad.

3. En cuanto a la *dimensión espiritual*, será preciso, además de las actividades parroquiales o escolares que ayudan al desarrollo de la dimensión espiritual, atender a cómo son vividas por el joven: qué quiere decir con sus críticas, con sus quejas, con su emoción al volver de una Pascua, con su pudor... Y aprender a leer más allá de estas manifestaciones, conociendo además cuál es la situación familiar que le acompaña, para comprender cuál es su sensibilidad religiosa y ayudarle a situarse desde su propio lugar.

Por ejemplo, ¿de qué están hablando los chavales que te dicen que se aburren en las celebraciones del *cole*, que reciben con un “joooooooo...” (cuando menos) el anuncio de la eucaristía mensual y que luego te cuentan *emocionados* cómo se reúnen en el bar de su pueblo para el partido del domingo? ¿De qué manera desarrollar la dimensión espiritual en este entorno, cómo comunicarles esta vida? ¿Cómo transmitir la grandeza de Dios en sus claves culturales sin *rebajar* la densidad de su presencia, sin hacerles a ellos *subirse* a una altura que no desean ni conocen? Quizá tengamos que empezar por comunicarnos nosotros no qué hacemos —qué *funciona*—, sino qué nos entusiasma, qué conecta, para comunicar desde ahí...

¿Cómo hacer que el voluntariado de los idealistas, de los buenos, no sea excusa para no abrirse a la vida? ¿Cómo hacer para que la vida de nuestro mundo autosuficiente y aburguesado no se les presente como la única vida? ¿De qué modo los voluntariados se *integran* en la vida del joven? ¿Cómo hacer para no “aprovecharnos” del joven que se compromete, en qué tensión hemos de estar para no olvidar a los que pasan, a los que se van?

¿Y cuando una chica te viene a contar la emoción que ha sentido durante una salida al monte, emoción que reconoce venida de Dios, y que relata con temor y vergüenza, qué le dices? ¿Qué haces para cuidar eso?

4. ¿Cómo hacer, en general, para *reconocer la luz de cada uno*, para mostrarles su propio brillo de modo que se sepan conocidos y posibilitados por una mirada que les bendice, que cree en ellos, que, *como el mismo Dios*, les llama a vivir? ¿Quién ha creído en ellos para mostrarles la vida que les habita, la promesa que cada uno lleva en sí? ¿Cómo transmitirle que creemos en sus dones, que creemos en él, con tanta insistencia y tanta confianza que un día pueda creer él? ¿Cómo se aprende a mirar de modo que esta luz, este rostro de Dios en cada uno, se pueda ver en lo que puede llegar a ser? ¿Cómo mirar así y reconocer también lo que no va, lo que se cierra, lo que oscurece la luz, y que también está? ¿Cómo darles a los jóvenes la verdad que podemos ofrecerles, ni más ni menos?

En nuestra sociedad se les enseñan muchos conocimientos, se les exigen muchas capacitaciones, pero ¿quién te enseña a vivir? ¿Quién tiene el detenimiento y el amor suficiente para escuchar las críticas del joven, tantas veces gritadas y tantas veces vacías, y es capaz de encontrarse con él ahí porque ve más allá de lo que se ve? ¿Quién enseña a caminar hacia donde se encuentra la luz, desde la confusión enmarañada en que se

encuentran, desde la multitud de mensajes que dicen, todos por igual, ser “la” verdad? ¿Cómo caminar sin imponerle nuestro camino, sin exigirle otro ritmo que el suyo, sin esperar otra cosa sino lo que en presente se nos requiera? En definitiva, ¿de qué otro modo transmitir el amor?

Hemos de tener presente que aquí el acompañante no puede ni debe estar solo: en la medida de lo posible, es más fecundo el trabajo conjunto de la escuela o la parroquia, la familia en lo posible, para que esa escucha personal del joven no sea un hecho aislado en su vida, sino un referente dentro de un “esquema de plausibilidad” común que le sirva de orientación. A ser posible, decimos, y no porque todo o todos en su entorno encarnen esta mirada cristiana, sino porque podamos ofrecerle distintos rostros de este modo de vivir y de actuar. Si no puede darse eso, es muy bueno tener esta referencia del acompañante. Pero señalamos la conveniencia de este trabajo en equipo que, respetando la intimidad de la persona como condición necesaria del acompañar, puede ofrecer al joven más que la propia persona del acompañante.

Se hace necesario caminar con el joven, en la medida en que nos lo permita, donde el joven se encuentra. No a base de “ir” a lo suyo —somos distintos, y por eso nos necesitan—, sino de “estar por” lo suyo. Con un conocimiento de la sociedad que no les obligue a engañarnos, con un conocimiento de su persona y de su momento que les permita sentirse comprendidos y respetados, con la coherencia humana que hace de nosotros referentes creíbles, con una experiencia de Dios que se haga atractiva y deseable porque uno la vive así.

Acompañar también supone vivirse en examen permanente, no querer ser testigo, a la vez que creer profundamente en esta referencia que uno puede llegar a ser para los jóvenes. Sin olvi-

dar que la siembra de estos años es probable que no la veamos, por lo que hay que trabajar para que la ilusión no se alimente de lo inmediato, sino de fuentes más profundas.

### **La comunidad educativa: testigo y acompañante**

Al hablar de acompañamiento debemos mencionar algunos rasgos específicos sobre cómo funciona el acompañamiento en un centro educativo y la función que cumple la comunidad educativa como ente acompañante. Su función no es sólo presentar un proyecto pastoral a las familias y a los alumnos que llegan al centro escolar, sino que es la primera que debe creer aquello que anuncia, que debe vivir aquello que propone, como estilo de vida a todos los que a ella acuden y confían la educación de sus hijos e hijas.

Y es que la comunidad educativa es el sujeto de la pastoral. La comunidad realiza el acompañamiento a los adolescentes, acompañando y apoyando a los docentes que directamente trabajan en la tarea del acompañamiento. También en las relaciones y en el testimonio que dicha comunidad establece y da, ya que ella es referente y modelo de un estilo de vida y de relación para ellos. Por último, en el ambiente adolescente y juvenil que es capaz de generar en torno a sí a través de actividades, encuentros, celebraciones, de modo organizado y de modo espontáneo.

Por todo ello hablo de que la comunidad educativa debe ser una comunidad testigo. Su labor, además de ser profesional en el ámbito educativo, debe ser vocacional en el ámbito propiamente religioso. Se ve a la legua cuando en un colegio se respira o no, en todo lo que en él acontece (en su estilo, en sus ritmos, en su organización, en sus prioridades, en su gente...), un talante evangélico o no, un modo de ser y actuar u otro. La comu-

nidad educativa debe ser una comunidad que testimonie con su trabajo, pero sobre todo con su vida, que el motor del centro escolar es la Buena Noticia de Jesús y no otros intereses más o menos encubiertos, más o menos maquillados.

Recuperar esta función testimonial de la escuela es una labor urgente, necesaria y que puede hacernos mucho bien, pues nos obligará a repensarnos, a replantearnos qué hacemos nosotros en el mundo educativo, qué presencia se nos está exigiendo, aquí y ahora, entre los alumnos y sus familias, y de modo particular entre los adolescentes y sus familias.

La pastoral escolar y el acompañamiento pastoral que en ella realizamos no es, de ninguna manera, una especie de táctica o estrategia pastoral para entretener a los adolescentes, sino la semilla que lleva dentro toda la riqueza que, poco a poco, si se desarrolla, dará los frutos deseados de vida cristiana adulta.

Es muy lamentable el hecho de que, siendo tantos los cristianos preocupados por la pastoral de adolescentes y ocupados en ella, sean tan escasas las comunidades educativas como tales que ofrecen su vida como ámbito para la pastoral con adolescentes y, por tanto, para el acompañamiento.

Es frecuente observar que muchas instituciones eclesiales prefieren designar personas concretas con esta función específica del acompañamiento, personas que acaban desempeñando esa función autónomamente, sin vinculación significativa con el resto de tareas que lleva a cabo la institución, perdiendo así el valor de la delegación y de la necesaria referencia a la comunidad educativa en la que se desempeña este ministerio.

Debemos recordar que “testigo” es aquel que, en primer lugar, manifiesta algo de lo que ha tenido experiencia. No hay testigo sin experiencia. Por lo tanto, no hay comunidad testigo si en

ella no se experimenta a Jesús, si en ella no se propone su palabra y su vida como estilo de vida, si en ella no se enseña a vivir desde el Evangelio.

La comunidad educativa, en cuanto realidad dinámica que es, en cuanto red de interrelaciones, de participación y de vida compartida, debe tener en cuenta que no sólo los adolescentes son los que deben aprender de ella, en cuanto comunidad-acompañante, sino que también ellos tienen mucho que aportar a la vida comunitaria. La comunidad cristiana presente en la escuela no crece porque haya más o menos miembros, no aumenta porque integre a más personas, sino porque testimonia las propias opciones en su vida profética en su significación cristiana.

La comunidad educativa, como comunidad testigo y acompañante, puede ayudar a los adolescentes a vivir personal y comunitariamente su seguimiento de Jesús, a estar en contacto permanente con la Palabra de Dios, a aprender a orar, a aprender a celebrar junto a otros, a vivir la dinámica de la fraternidad, a ser solidarios, a sentirse Iglesia universal, a descubrir la propia vocación como proyecto de vida, a realizar sus opciones fundamentales desde el Evangelio, a discernir la voluntad de Dios en la propia historia y a vivir abiertos a lo que el Espíritu insinúe en cada momento.

En este momento en el que nos encontramos, es importante que las instituciones religiosas que están presentes en la escuela se tomen el pulso y examinen cómo son sus comunidades educativas y cómo quieren que sean. Sin comunidades acompañantes, la evangelización en la escuela queda en entredicho y hace aguas por todas partes. Necesitamos discernir qué lugar ocupa realmente el Evangelio de Jesús, la experiencia de éste y su anuncio, en nuestras escuelas.

## Diez sugerencias para acompañantes de jóvenes

Para terminar, queremos sintetizar lo dicho en forma de sugerencias que orienten la misión propia.

1. Distinguir la mirada cristiana de otras y consagrarse a vivir desde ahí.

2. Estar seguros de que Dios actúa y salva en nuestro mundo como lo ha hecho siempre. Se trata de descubrir sus caminos.

3. Ahondar en la propia vida en clave de autenticidad y en el deseo del “más” de Dios, para transmitir la vida que uno tiene.

4. Formarse seria e ilusionadamente para acompañar a los jóvenes que nos han sido confiados.

5. Creer en los jóvenes y en su anhelo de abrirse a la vida como un don puesto por Dios en su corazón. Desde ahí, enseñar a vivir.

6. Vivir en el mundo como el lugar desde el que abrírnos –y abrirles– a lo real, sin temerlo y sin ensalzarlo. Vivir en el mundo como lugar de encuentro con Dios, con nosotros y con los demás.

7. Extender la labor de acompañamiento a las familias, a los padres, muy especialmente si son jóvenes; transmitir la necesidad de aprender a vivir como condición para, realmente, vivir.

8. Comunicar y suscitar experiencia: de vida auténtica, de servicio a los demás, del gozo de amar a Dios.

9. Vivimos en un tiempo nuevo. Como todos los cristianos de todos los tiempos, buscamos claves nuevas que revelen el mundo bajo una luz nueva. ¿De qué manera contamos con otras personas, con otras experiencias, con otras miradas, para orientarnos mutuamente?

10. No estamos solos: Dios, que acompaña siempre a los suyos y es fuente de vida radical, camina a nuestro lado y es capaz de sacar vida de la muerte.

## Bibliografía

Alburquerque, E., “Perfil del acompañante espiritual”, en *Misión Joven*, 204-205, 1994.

Alonso, O., *Acompañar*, PPC, Madrid 2008.

Aleixandre, D., “Imágenes bíblicas para el acompañamiento”, en *Sal Terrae*, nº 1.004, 1997.

Arrieta, L., *Acoger la vida, acompañando la vida*, Cuadernos Frontera Hegian, nº 26, Vitoria 1999.

Bermejo, J. C., *Apuntes de relación de ayuda*, 1, Sal Terrae, Santander 1998.

Garrido, J., *Proceso humano y gracia de Dios. Apuntes de espiritualidad cristiana*, Sal Terrae, Santander 1996.

———, *Qué es personalización*, Cuadernos Frontera Hegian, nº 2, Vitoria 1982.

Imoda, F., *Acompañamiento vocacional para adolescentes*, Sociedad de Educación Atenas, Madrid 1996.

López Galindo, A., *Claves antropológicas para el acompañamiento*, Cuadernos Frontera Hegian, nº 23, Vitoria 1998.

Mollá, D., *El acompañamiento en los procesos de formación*, Sal Terrae, Santander 1994.

Ortigosa, J., *La entrevista pastoral*, Sal Terrae, Santander 1985.

Pagani, S., *Acompañar espiritualmente a los jóvenes*, San Pablo, Milán 1997.

Sastre, J., *Acompañar*, Monte Carmelo, Burgos 2002.

———, *El discernimiento vocacional*, San Pablo, Madrid 1996.

Urbieto J. R., *Acompañamiento de los jóvenes*, PPC, Madrid 1996.

Vela, J. A., *La entrevista personal y el diálogo pastoral. Cómo ayudar a los demás a resolver sus problemas y encontrar su camino*, CCS, Madrid 1998.

